



---

**HISTORIA DE LA CULTURA  
BOLIVIANA : FUNDAMENTOS  
SOCIO-POLITICOS**

---

**José Fellman Velarde**

---

# INDICE

---

Prólogo

## PARTE I - LOS FACTORES FORMATIVOS

La Raíz Nativa

El Injerto Foráneo

La Oportunidad Perdida

## PARTE II - LA EPOCA DE LOS SEÑORES DE LA TIERRA

La Casi Nada

Los Románticos

Gabriel René Moreno

## PARTE III - LA EPOCA DE LOS BARONES DEL ESTAÑO

Realistas y Modernistas

La Generación del Chaco

El Nacionalismo Revolucionario

## PARTE IV - LA ACTUALIDAD

Notas Preliminares

Bibliografía

## PROLOGO

---

La tarea de escribir una obra de historia cultural requiere, previamente, la obligación de aclarar lo que se entiende por cultura. De otra manera, el campo de estudio que se abarca, resultaría opaco y discutible.

Definiciones de cultura hay muchas, pero todas ellas, de un modo u otro, pueden catalogarse en dos grandes grupos: las sociológicas y las históricas. Para el sociólogo, la cultura lo engloba todo o casi todo, es la suma de la actividad humana dentro de una sociedad dada. El historiador es menos ambicioso. Para él, la cultura “es el conjunto de las actividades espirituales –creativas diría yo- de un pueblo”.

Como ésta, en esencia, es una obra de historia, se ha ceñido, naturalmente, al ámbito histórico.

Hecha la primera aclaración, resulta evidente la necesidad de una segunda. ¿Cuáles son las manifestaciones espirituales o creativas de un pueblo? En orden de importancia, primero el pensamiento, aquellas directrices que, tácita o explícitamente, informan la conducta de ese pueblo en cada uno de los momentos de su desenvolvimiento; además, la educación, el mecanismo gracias al cual nace el pensamiento, es inyectado en la corriente social y se convierte en causa histórica. Luego, las ciencias, el estudio de los hechos observables, desplegadas en el amplio abanico que va desde las puras, especulativas, hasta sus aplicaciones. En tercer lugar, las letras, en todas sus formas, incluso aquellas, como el periodismo por ejemplo, nacidas de un propósito pasajero por último, las artes y el folklore.

Las manifestaciones espirituales o creativas de los pueblos son originadas por las condiciones ambientales, económicas, sociales y políticas que viven esos pueblos y, a su vez, influyen en esas condiciones dentro de una larga cadena cada uno de cuyos eslabones, a la postre, viene a resultar causa y efecto a la vez.

---

Un ejemplo, cualquier, sirve para ilustrar esa afirmación. La obra literaria de la generación, de los años treinta, caracterizada por una aspiración de cambio, vaga si se quiere, no podría explicarse sin tener en cuenta algunos hechos que le dieron vida: la crisis del llamado problema del indio, la maduración de la clase obrera, el predominio del pensamiento liberal, y sobre todo, la guerra del Chaco. Por otra parte, sin tener en cuenta el impacto resultante de esa obra, tampoco podría explicarse el cambio, cuando ocurrió años más tarde, o, por lo menos, no podría explicárselo integralmente.

La regla es igualmente válida para las manifestaciones espirituales o creativas individuales, ya que, después de todo, son parte del total. Incluso las manifestaciones estructuralmente tardías respecto a su época, las tentativas innovadoras o, en otro plano, lo que se ha dado a llamar “obras de arte por el arte mismo”, no pueden explicarse sino respecto al eje de las condiciones históricas, como demostraciones, respectivamente, de que un nuevo orden establecido empieza a ser cuestionado o que, dentro del orden, hay segmentos sociales anímicamente despegados.

Por esa razón, en este trabajo, se ha encarado la historiación de la cultura boliviana sobre el gran telón de fondo de la historia boliviana entendida como un conjunto de hechos ambientales, económicos, sociales y políticos, a fin de posibilitar la comprensión de las manifestaciones espirituales o creativas de los bolivianos, sus orígenes, sus consecuencias, la influencia que tuvieron, y poderlas, en consecuencia, valorar debidamente.

El hacer historia de la cultura, como el hacer historia en general, importa emitir juicios de valor, lo que, casi siempre, resulta conflictivo, sobre todo para el autor.

No hay manera de evitar el problema. Se puede, sí, minimizarlo, reduciendo, en todo lo que es posible, el elemento subjetivo que entra, necesariamente, en toda apreciación. Para ese objeto, en el caso particular de esta obra, primero, he tenido en cuenta que Bolivia, país pobre, mediterráneo y de escasos habitantes, no ofrece las condiciones ideales para un desarrollo cultural vigoroso y sostenido, lo que hace tanto más dignos de estímulo a quienes producen sobreponiéndose a esos obstáculos y tanto más meritorios a quienes alcanzan una estatura internacional. Y, segundo, dentro de ese criterio, me he sujetado a los parámetros propios de toda crítica responsable: la influencia de la obra criticada, su originalidad tanto dentro de una escuela como en relación con su tiempo, el valor intrínseco de sus presupuestos y de sus proposiciones, la armonía entre el fondo y la forma, su fuerza, su equilibrio, su claridad.

Nótese el uso del vocablo “parámetros” y no el de “reglas”. Las reglas son pasajeras. Evaluar una creación literaria de acuerdo a las reglas gramaticales en boca, por ejemplo, es imprudente, podría desanimar a un innovador. Los innovadores, precisamente, son los que rompen unas reglas para crear otras.

---

La aplicación estricta de ese doble criterio, me ha permitido, sin caer en la injusticia, historiar, como parte de la cultura boliviana lo que, como parte de la cultura boliviana lo que, como parte de una cultura nacida de mejores condiciones no tendría, tal vez, el mérito suficiente; limitar el juicio adverso, cuando se hace constructivamente necesario, para los personajes o las obras inflados más allá de sus verdaderas proporciones, y orillar la tentación de hacer un catálogo de lo que es sólo una historia.

Una advertencia. Esta “Historia de la Cultura Boliviana” no llega más que hasta el año 1956. El resto es demasiado reciente para aventurar un estudio o una valoración con pretensiones definitivas. Pero le he añadido unas “Notas” adicionales, puramente tentativas, que llegan al año 1971. Repito que son puramente tentativas, la historia actual, sus condiciones, no ha cuajado aún lo suficiente como para registrarla sin temor a equivocarse, y la cultura que le corresponde, por lo tanto, se halla todavía en ebullición.

Y una explicación final. Se ha acompañado esta obra con una bibliografía básica, que puede ser útil para el que quiera profundizar en el tema, total o parcialmente. Las obras comentadas en el texto, como es natural, no figuran en esa bibliografía.

## PARTE I : LOS FACTORES FORMATIVOS

---

### LA RAZ NATIVA

I

El altiplano es una enorme y árida meseta que se extiende entre las Cordilleras Real y Occidental, dos brazos que el gran macizo andino abre en el nudo de Vilcanota y cierra e la quebrada de Humahuaca.

Cuenta con pocos y delgados cursos de agua, y su altura media oscila alrededor de los 3.600 metros sobre el nivel del mar. La agricultura, por eso, se halla restringida a unos escasos rubros y depende del régimen de lluvias. La vida humana, consiguientemente, resulta sacrificada e insegura.

Se halla, al norte, aliviada por la hoya del lago Titicaca. En los alrededores de esa hoya, gracias a la acción fecundadora de las aguas, la producción de alimentos es mayor y puede sustentar una población más numerosas.

Allí nació la célula madre de la bolivianidad.

No se sabe, a ciencia cierta, cuando lo hizo. Los restos humanos más antiguos que se ha encontrado hasta ahora, tienen unos 11.000 años. Se trata de unas pinturas de tipo arruínense existente todavía cerca de Mojo-Coya, en la provincia Zudáñez, y de algún material lítico hallado en Viscachani y en el cerro Relaves de San Vicente de Lípez. Fueron hechos por tribus de cazadores primitivos de paso a otras tierras más abundantes de animales.

Los primeros asentamientos tienen, poco más o menos, 4.300 años. Fueron descubiertos en Chiripa y Sora-Sora. Sus actores se hallaban, recolectando sus alimentos, cazando ocasionalmente y empezando a cultivar la papa.

Una vez que hubieron dominado el cultivo de la papa, esos recolectores devinieron agricultores y empezaron a evolucionar con rapidez. Su evolución avanza,

---

históricamente en tres grandes épocas. La primera puede denominarse Epoca de los Grandes Cultivos. Empezó hace 2.800 años, cien más de cien menos, y se distingue por varias características peculiares: el aumento de la población determinado por la mayor productividad del cultivo estable; la definición de la propiedad de la tierra y que concluye en el **ayllu**, un grupo humano unido por vínculos de sangre, asentado en la tierra, que la posee colectivamente, la trabaja en común y cuyos miembros se dividen, por igual, el fruto de su esfuerzo; una primera definición social que relieves a los sacerdotes como administradores y a los artesanos, dedicados a producir para el culto; la modificación de ese culto, o sea, la superimposición de una diosa de la fertilidad: la **Pachamama**, sobre las creencias animistas y totemistas propias de los cazadores y recolectores; la aparición de la **marka**, una federación de **ayllus**, debido a la creciente importancia del culto, y el establecimiento del ocio creativo.

La papa posee un alto rendimiento. Una familia, con el trabajo de tres meses, puede vivir todo un año. Su cultivo da, pues, tiempo para pensar; es decir, para dedicarse a ese ocio creativo. Con ello nace la cultura.

Durante la Epoca de los Grandes Cultivos hubo, en el altiplano, varios centros urbanos de importancia: Pucara y Chañapata entre otros, amén de Chiripa; pero Tiwanacu, que perduró a lo largo de dos milenios, fue, sin duda, lemas importante. Era el corazón del aymarismo, la sede de un culto generalizado, lo más grande y lo más bello.

Tiwanacu se halla a 60 kilómetros de La Paz en dirección al lago Titicaca y se llamaba, probablemente, **Taipicala** que significa “piedra de en medio”; **Chuquihuara** que quiere decir “campamento de oro” o Wiñaimarca, traducible como “ciudad eterna”. Durante la Epoca de los Grandes Cultivos evolucionó, desde el punto de vista cultural, en tres fases.

Durante la primera, las construcciones se hicieron de piedras bastas unidas con barro, como el pequeño templete semisubterráneo que tiene, en cuanto adorno principal, el raro motivo de las cabezas clavadas. Los edificios, al menos los principales, estaban comunicados por estrechos caminos empedrados. La cerámica es peculiar por el pulido vertical con espátula, su engobe amarillo y su pintado rojo. Se producían, también, objetos de oro, plata y cobre.

En la segunda fase empezó a trabajarse la piedra principalmente arenisca roja debido a su mayor maleabilidad. Las piedras eran, aún, unidas con barro y devastadas sólo en caras visibles. Para dar solidez a las paredes se usaban grandes bloques colocados verticalmente a intervalos regulares. El **Kalassasaya** empezó a construirse entonces. Lo tipifican los grandes bloques verticales que sirven de sostén a sus paredes y está a la vista que fue concluido más tarde y refaccionado varias veces. La cerámica era puramente utilitaria, lisa y de un material con un alto contenido micáceo. Aparecieron las primeras aleaciones: cobre con oro o plata por lo general.

---

En la tercera fase, las energías del aymara tomaron vuelo y procuraron grandes empresas para emplearse. Fue completado el **Kalassasaya**, se construyó el **Aka Pana** y empezó el **Puma-Punku**. El **Aka-Pana** fue concebido de acuerdo a una idea general y distinta de la que inspiró el **Kalassasaya** y realizado con una técnica diferente de construcción. El material es el mismo, la arenisca roja, pero se ha aprendido a trabajarlo con mayor precisión, en masas rectangulares perfectamente cortadas y pulidas, de modo que los altos bloques verticales subsisten, únicamente, como motivos de adorno. El uso del barro se hizo innecesario, ya que las piedras se ajustan a tal punto que es imposible meter una hoja de cuchillo entre sus juntas. El bajorrelieve pasó a formar parte inseparable de la arquitectura.

Empezó a tenderse una red de alcantarillado, hecha de piedra, asombrosa como obra de ingeniería y que comprende cuatro niveles de “cañerías” de distinta dimensión, con sus correspondientes bocas de tormenta.

La cerámica se producía en dos tipos. Uno, sin pintura, adornado con incisiones y realizado en cuatro formas principales: un vaso de borde ondulado, otro de borde recto, un cazo con asas horizontales y un incensario, semejante al vaso, pero del que se desprendió un cabeza totémica en bulto; el otro, pintado, que añadió a las cuatro formas de la cerámica incisa, una ampolla globular de cuello alto y delgado. Empezó a precisarse, en el diseño, el severo y peculiar estilo tiwanacota, con dibujos muchas veces antropomorfos, geoméricamente estilizados, en rojo, anaranjado y marrón.

Es posible, por analogía con las técnicas y el material empleado en la construcción, clasificar la estatuaria. De acuerdo con ese criterio, corresponderían, a la primera fase, los antropolitos bastos y cuyos adornos no corresponden a una sola unidad de concepción como el llamado **Kon-Tiki**; a la segunda, los monolitos de tendencia naturalista, cuyos mejores ejemplos son los “dioses acuclillados” que se hallan, actualmente, a las puertas de la iglesia del pueblo; a la tercera fase, los monolitos estilizados, ricos en adornos, representados, idealmente, por el que, en nuestros días, señorean la plaza de **stadium** en La Paz.

El inventario cultural, al finalizar la Epoca, se enriqueció enormemente. el tipo de papa original fue desdoblado en más de trescientas variedades, amén de la oca y la quinua. Se usó el algodón junto a las lanas de llama, alpaca y vicuña. Las aleaciones fueron refinadas para adecuar los porcentajes al uso del objeto. se empleó el hueso en la fabricación de agujas y la madera en la de varios instrumentos musicales. Se usaban adornos de piedras semipreciosas, **topos** de metales raros, anillos y botones de arcilla....Un alto porcentaje de enterramientos revela cráneos artificialmente deformados. Las armas, de varios tipos, empezaron a hacerse comunes, lo que indica una situación generalizada en conflicto.

Alrededor del primer siglo de nuestra Era, la Epoca de los Grandes Cultivos dio paso a otra que se caracteriza, principalmente, por la domesticación de todas las



---

plantas comestibles que se conocieron hasta la Conquista, la introducción de sistemas generales de riego, el uso de los abonos y, lo que es igualmente importante, el descubrimiento del bronce, que le da su nombre.

El bronce es un arma. Gracias a ella, se subrayó la importancia social de los guerreros, que acabaron por convertirse en estamento aparte junto a los sacerdotes, y canalizaron la creciente necesidad de espacio vital creada por el aumento de la población, expandiendo el ámbito cultural tiwanacota hasta Cochabamba por el sur y Pachacamac por el norte.

El bronce es también una herramienta. Con ella, el hombre altiplánico se hizo capaz de abandonar la andesita roja y enfrentarse al trabajo de otras piedras más duras y perdurables como la andesita gris. Fuera de la “pared balconera” del **Kalasaasaya**, del templete superior del **Aka-Pana** y de algunos remanentes sueltos del **Puma-Punku**, no quedan vestigios de ninguna edificación que pueda adscribirse, sin duda, a la Epoca del Bronce. El aymara, en su transcurso, conservó el espíritu de empresa que había demostrado ya, pero confinado al embellecimiento de los edificios existentes. El cortado, el pulido y a unión de las piedras, se mantuvieron en un nivel de rara perfección y continuó la práctica llevada a su apogeo, de adornar las paredes con bajorrelieves y frisos en su cara exterior y con nichos cruciformes y escaleriformes en su cara interior. El hallazgo de pequeños capiteles y piedras de dintel, acredita la existencia de puertas y ventanas rectangulares. Los primeros trabajos hechos con taladro, son contemporáneos de ese tipo de construcciones.

La estatuaria de andesita gris sigue el patrón perfeccionado en la última fase de la Epoca de los Grandes Cultivos, mejorando el detalle y elevando la idealización en Epoca del Bronce, no es, sin embargo un monolito, sino la “Puerta del Sol”. Si bien los aymaras señoreaban ya sólidos conocimientos astronómicos. el motivo que adorna esa “puerta” no parece ser un calendario; más bien, la representación de la organización social tiwanacota de ese entonces.

Los conocimientos calendáricos de los tiwanacotas de la Epoca del Bronce están eternizados en la llamada “placa de Echenique”. Su porción central representa el rostro de Viracocha, la divinidad suprema de la metrópoli aymara desde la tercera fase de la Epoca de los Grandes Cultivos, y el círculo que la rodea se halla dividido en tantos cuarteles como meses tiene el año lunar.

La cerámica ceremonial tiwanacota de la Epoca del Bronce, es de varia y exquisita belleza y colorido, y su calidad resulta superior a cualquiera otra en el continente. el artífice tiwanacota, heredero de una larga tradición, inspirado, domina su material, es un maestro de la arcilla y de los colores. Produce diversos modelos, entre los que sobresale el **keru** y se cuentan los incensarios de bordes ondulados o lisos que concluyen en cabezas de pumas o de cóndores, el **huaco-retrato**, el cántaro y las vasijas de bordes abiertos. El diseño suma las principales figuras de la estatuaria, idealizaciones del ser humano y de los animales totémicos de los distintos

---

**ayllus** federados, sin ningún esfuerzo aparente, para formar otros nuevos, sugestivos y simbólicos. Los adornos subsidiarios son geométricos y en ellos se repite el signo escalonado.

El trabajo de los metales y del hueso es exquisito. Collares, máscaras y armas, muestran el genio de la raza en su máxima expresión original.

El inventario bélico, amén del hacha y de la maza, comprende la flecha y el peto. El espíritu religioso y guerrero del tiwanacota ha dejado, en las realizaciones del artista, muestras útiles para adelantar un estudio de costumbres. Los jefes, a juzgar por lo que se ve en los **huaco-retratos**, se pintaban el rostro con dos surcos, desde la frente hasta las mejillas y usaban máscaras como los sacerdotes. Se conservan **keros** e los que se ven bailarines enmascarados de cuyas manos cuelga la cabeza de sus enemigos, cráneos-trofeos y calotas craneanas que servían como vasos sagrados, acaso para beber chicha.

El arte tiwanacota de la Epoca del Bronce, evidencia un alto grado de refinamiento. Las formas originales del modelo se desdibujan en el vuelo de la fantasía y, al adquirir acento propio y diferente, contribuyen a precisar, en el proceso, el carácter del artista que las creó y el de la sociedad que creó al artista. La imaginación que se solaza idealizando y combinando está, sin embargo, sujeta a la severidad del estilo predominante. El refinamiento, por eso, no cae en el preciosismo, la línea conserva su trazo seguro y angular, y la armonía se mantiene por la distribución uniforme, casi matemática, de los elementos.

Para completar la pintura de la sociedad tiwanacota debe alinearse, junto a sus realizaciones materiales, alguna noción sobre el cuerpo de ideas que constituía su vida intelectual.

Cuando los Incas, que podían haber recogido sus tradiciones, conquistaron el altiplano, Tiwanaku era una ciudad en ruinas y los habitantes no conservaban más que un manojo incoherente de mitos y leyendas. Esos mitos y leyendas, si pudieran fecharse, constituirían los restos arqueológicos conservados hasta la actualidad. Por eso, el material más importante que e tiene a mano para profundizar en ese terreno es el idioma.

El idioma es una cosa viva, plástica y al mismo tiempo, un instrumento. Crece enriqueciéndose, a medida que aumenta el horizonte intelectual de quienes lo utilizan y, consiguientemente, refleja, muy ajustadamente, su grado de cultura. ES lógico, por eso, pensar que un idioma alcanza su plenitud con la plenitud de la sociedad a la que sirve.

La evolución del aymara, idioma de los tiwanacotas, si podía aún evolucionar, quedó detenido por la conquista española. El habitante aymara, desde entonces, recurre al castellano para expresar cualquier concepto que le es desconocido. Ese

---

hecho notorio permite deducir que un fenómeno semejante se produjo, hace cinco siglos, con la conquista incásica, más aún si se sabe que los Incas, entre sus medios de dominio, imponían el aprendizaje del quechua.

El idioma aymara, pues, alcanzó su plenitud antes del Incario y precisamente, durante la Epoca del Bronce, ya que nunca, como entonces, los aymaras requirieron de términos que significaran el vuelo de sus ideas y la amplitud de sus conocimientos.

La ciencia astronómica de los tiwanacotas ha dejado su huella en la riqueza de vocablos creados para darle precisión. El siglo: **vinaya**, las estaciones, los meses y los días, tienen sus nombres respectivos. Se distinguían los planetas. Venus era **nantaio**, Marte era **sartirninasannha** y Júpiter **pakheri**. Los cometas llamaban **encalla**, la Vía Láctea **alaj takhi** y el plenilunio **paysurutti**.

Los aymaras poseían un sistema decimal de numerar: **hakhuta** sin haber llegado como los mayas, a la abstracción del cero. Comprendían las nociones del círculo, cuadrado, recto y curvo.

Sus medidas menores eran el palmo: **tajlli** y la cuarta, **chia**. Es de suponer, por la exactitud de sus construcciones, que esas medidas habían sido estandarizadas.

Sus actividades agrícolas e, incluso, las técnicas apropiadas como riego, canalización, terradío y abono, dieron al aymara un elevado porcentaje de acepciones. Los oficios o **cama**: carpintero, metalurgista, cacharreo, poseen sus denominaciones especiales.

Cuando los españoles impusieron sus diferencias sociales en la región, el aymara, para denominarlas, no tuvo necesidad de recurrir al castellano. Contaba con sus correspondencias para esclavo: **supari**, para siervo: **yana** o **jaque**, para noble: **lñaco**. También ciertos conceptos teogónicos; eterno era **sayma** y creador **hapallatha** o **pachajachachi**.

Pero donde se evidencia con mayor claridad la hondura del pensamiento aymara es en las abstracciones como acción: **huraña**, entendimiento: **chumaniña** costumbre: **sara**, paz: **utaña**, tristeza: **llaqui**, razón: **aro**, imaginación: **amajasicha** y condición natural: **chima**, lo que requiere un considerable desenvolvimiento de la facultad de generalizar.

Es digno de hacer notar que también poseían nociones como letra, escrito y escribiente.

La Epoca del Bronce duró unos ocho siglos. Al cabo, el impulso expansionista de los aymaras desde Tiwanacu, logró la primera unificación política y cultural de los Andes Centrales, todo lo que es ahora Bolivia y el Perú, más una parte de Chile y la Argentina y otra del Ecuador.

---

Esa unificación caracteriza una nueva Epoca que no puede tener otro nombre que Imperial. Aparecieron poblados ya no organizados solamente, sino planificados; se regularizó el intercambio; los conocimientos metropolitanos fueron generalizados y mejoró la navegación gracias al uso de la totora.

El esfuerzo imperial recanalizó las energías del aymara del arte a la conquista. El uso de la piedra en las construcciones se redujo a los cimientos, reutilizándose, a veces, material antiguo y reemplazando el bajorrelieve por la pintura mural. La estatuaria fue rebajada parte del planteo arquitectural, enanizando los modelos en función de ornamentos. En la cerámica surgieron formas derivadas, de menor gracia y proporción que las originales, algunas puramente ornamentales y la mayoría hechas en molde. Los diseños clásicos resultaron mutilados y perdieron su sentido convirtiéndose en un puro adornado, ejecutado sin atención y pintado en negro sobre café y anaranjado.

Como todos los pueblos que alcanzan la etapa imperial, Tiwanacu se hizo vulnerable. No se sabe bien qué precipitó su derrumbe, probablemente una sequía prolongada. Lo cierto es que se derrumbó con rapidez. Su inmenso territorio resultó parcelado como un rompecabezas que ha perdido su cohesión y, en el altiplano, los aymaras se dividieron en busca de un nuevo equilibrio.

Pero la metrópoli misma no se recuperó jamás.

## II

El encuentro de ese nuevo equilibrio resultó lento y penoso. La disgregación se había profundizado hasta las unidades más primitivas: los **ayllus**. Muy luego, sin embargo, en una segunda fase que ha dado su nombre a toda la Epoca, como Epoca de los Estados Locales, esos **ayllus** volvieron a formar alianzas que se dibujaban y desdibujaban de acuerdo al vaivén de los acontecimientos militares.

El aporte de los estados locales aymaras a la historia cultural del altiplano consiste, sobre todo, en los tejidos, la cestería y la orfebrería con que enterraban a sus muertos: en las **chullpas** que servían de enterratorios y en las **pucarás**, sus fortalezas, cuyo trabajo lítico habría de inspirar, más tarde, a los Incas; pero, sobre todo, en la medicina. Los **callahuayas** refinaron un inusitado talento en el estudio de las propiedades de las hierbas. Usaron la quinina en el tratamiento de las enfermedades tropicales; la **collpa**, tierra rica en sulfatos, para curar las úlceras y la achicoria de flores amarillas, amén de la savia de la tuna, para combatir la fiebre común. Los dolores al riñón eran curados con el jugo de la oca, la rigidez de las articulaciones con la raíz molida de la **huanchaca**. La carne del pájaro-mosca era utilizada contra la epilepsia, las de vicuña y serpiente contra los males de la vista y el caldo de un cóndor joven contra la locura.

---

En medio del caleidoscópico panorama de la Epoca de los Estados Locales, desapercibidamente, nació y empezó su desarrollo el que había de ser Imperio de los Incas.

Sus fundadores, los Ayares, procedían de las orillas del lago Titicaca y eran aymaras por lo tanto. Dirigidos por Manco Capaj y Mama Ojlo llegaron al valle de Cuzco alrededor del año 1.100 y se asentaron allí. Sus primeros descendientes no hicieron otra cosa que consolidarse en su nuevo ambiente gracias a los superiores conocimientos técnicos que llevaban consigo. Fue, recién, el séptimo u octavo Inca, Viracocha, quien creó el núcleo de un nuevo imperio adueñándose del valle cuzqueño e imponiendo una nueva forma de reparto de lo producido por la tierra. De esa manera, emergió una nobleza: los “orejones”, un estamento productor: los **hatunrunas** y otro estamento medio de artesanos y burócratas.

El hijo de Viracocha, Pachacuti, sistematizó la superestructura consecuente. Dividió y subdividió el imperio para fines administrativos. Confió la operabilidad de ese armazón a la estadística, perfeccionada gracias a los **quipus**, y, para preservarlo, reorganizó el ejército, especializando a los soldados, e inventó el **mitimayazgo** un recurso destinado a trasladar **ayllus** enteros de una región a otra de acuerdo a las necesidades de la política imperial.

En verdad, toda esa construcción hubiera sido un compuesto carente de cohesión y unidad, sin los aglutinantes capaces de integrarlo. Pachacuti halló esos aglutinantes y los usó con sabia deliberación: la religión, la ley, el idioma y las comunicaciones.

Superpuso el culto del sol sobre los cultos locales y, de esa manera, añadió la condición de dios encarnado a la de gobernante supremo. Configuró un cuadro de delitos y de penas, fundamentado filosóficamente en la religión e inspirado, primero que nada, en la defensa de los privilegios del Inca. Hizo del quechua un idioma obligatorio para todo el que aspiraba a circular en la escala social. Y perfeccionó y extendió una red caminera que facilitaba el desplazamiento rápido y seguro por todo el imperio.

Aún así integrado, ese armazón parece a primera vista, helado y horro d vida. La tenía, sin embargo, densa y rica, y las ciencias y las artes eran la manifestación, el pulso de esa vida.

Las ciencias, como en todos los pueblos de la aurora histórica, eran parte inseparable del culto. Más que eso, eran una expresión del culto, interpretación humana de la voluntad de los dioses y parte de su rito, con mucho de magia pura y un poco, cada vez mayor, de ciencia en su verdadero sentido, resultado práctico de la observación, de la experimentación y del estudio.

---

Como en todos los pueblos agrícolas, la astronomía era una actividad de capital importancia entre los Incas. No parece, empero, que hubieran avanzado los conocimientos heredados de los tiwanacotas, aunque su técnica para calcular el tiempo, de atenerse a las evidencias arqueológicas, era diferente. Lo hacían guiándose por la dimensión y el ángulo de la sombra proyectados por el sol en pilares de piedra levantados a propósito: los **intihuathanas** o amarraderos del sol, que no se encuentran en las ruinas tiwanacotas o tiwanacoides.

Sus unidades de medida, al igual que las aymaras, correspondían a la cuarta, el codo y la altura media del hombre. Una piedra inscriptiva hallada en Sayhuito, cerca de Abancay y cubierta de signos, líneas y figuras, recuerda, ajustadamente, un mapa.

No se puede trazar una línea divisoria entre la práctica médica y la superstición mágica de los Incas. Consideraban, en principio, que toda enfermedad constituía un castigo de los dioses o el resultado de alguna hechicería. La cura, en consecuencia, consistía en identificar el mal por adivinación o por revelación, y combatirlo mediante la magia simpática. Sin embargo, la práctica había ido reemplazando los métodos del diagnóstico y la medicina puramente arbitrarios por otros verdaderamente científicos. En todo caso, los **callahuayas** aymaras continuaban siendo solicitados como médicos y maestros.

Los cirujanos incas mantuvieron la tradición de excelencia que les había legado las aymaras. Practicaban la trepanación y las amputaciones. El extracto de la coca les servía como anestésico y, para cerrar una herida, hacían picar sus dos bordes, a la vez, con hormigas que, cumplida su función, eran decapitadas.

Donde los Incas alcanzaron un alto nivel de perfección, habidas en cuenta las limitaciones de tiempo y de lugar, fue en la arquitectura. Heredaron de los tiwanacotas el uso de la piedra rectangular almohadillado y el poligonal, de mayor solidez. Sus trabaos de cantería, que hicieron inútil el empleo del mortero, eran superiores a los egipcios.

Los arquitectos incas no conocieron el arco. Techaban sus edificios con paja dispuesta sobre vigas de madera y abrían sus puertas y ventanas en forma trapezoidal. La misma destreza en el preparado de la piedra, era empleado en la construcción de acueductos. Conocieron el principio de los vasos comunicantes y lo emplearon para elevar el agua, en algunos casos, a notables alturas.

La tradición escultórica de los tiwanacotas se perdió en el derrumbe del Imperio Aymara. No se conoce ninguna estatua, monumento o bajorrelieve quechua digno de atención.

El trabajo de los metales preciosos, mayor en cantidad, no es mejor en calidad, a juzgar por los ejemplares que se conocen, aunque es justo mencionar que los más bellos pueden haber sido parte del rescate de Atahuallpa y fundidos en consecuencia.

---

El tejido de los Incas desmerece también si se lo compara con el de otros pueblos anteriores de la región andina. Sobresalieron, en cambio, en la confección de adornos de plumas. Existen todavía bellos ejemplares de tocados y de capas, cuya urdimbre y disposición, revelan gran habilidad y elevado sentido artístico.

Por lo que se refiere a la cerámica, los Incas, más que trabajarlas ellos mismos cubrían sus necesidades importándola de sus provincias. Introdujeron el **aríbalo**, un vaso de cuello alto, vientre abultado y base cónica, con dos asas a media altura, que solían decorar, con gusto y sobriedad, en tres colores básicos. Bastardearon, en cambio, el bellísimo **keru** tiwanacota, reemplazando la arcilla por maderas y recargando el dibujo.

Sus mayores realizaciones artísticas figuran en el campo de la música, la poesía y el teatro. El más popular de los instrumentos incaicos era la **queña** de hueso o caña. Usaba, también, la **zampoña**, el tambor, los cascabeles y la trompeta de cuero o concha. Los aires nativos sobrevivientes, como el **taki** por ejemplo, pariente del **huayño** aymara, relieván la dulzura y la melancolía como cualidades dominantes de sus composiciones musicales.

Poesías, cantos y relatos, eran obra de los amautas: sacerdotes, cientistas y consejeros políticos a la vez. Estos, además, llevaron la evolución de la danza representativa hasta su extremo natural, el teatro. Se conserva una obra fechable en los tiempos del Inca: "Ollantay". Fue recogida después de la conquista por un nativo de apellido Espinoza Medrano, que la reformó y adaptó al gusto colonial. Su construcción demuestra que el autor original presuponía, por parte del público, el conocimiento del tema, lo que le permitía cercenar las escenas de relleno y explicación. Tiene una gran dignidad temática.

Pachacuti y Tupaj Yupanqui, su hijo y sucesor, redondearon el Imperio sobre 300 mil millas cuadradas. el primero venció a las **chancas**, con lo que unificó a todas las tribus quechuas, empujó a los **hatunhuayllas** hasta fijar la frontera norte del Imperio en Cajamarca y llegó, por el sur, hasta Charcas, después de dos sangrientas campañas contra los collas y otras **markas** aymaras.

El segundo, cuando era todavía heredero del trono, ocupó el territorio de los **quitas** y toda la costa que se extiende desde ese territorio, sobre la línea ecuatorial, hasta la desembocadura del río Rimac. Más tarde, convertido ya en soberano del Imperio, puso cruento fin a una nueva rebelión aymara, descendió hasta el río Maule, trasmontó la cordillera y se hizo dueño del Tucumán.

Fue sucedido por Huayna Capaj que añadió 80 mil millas más a las posesiones imperiales estableciendo su frontera norte en el río Ascamayo. Hacia el fin de su reinado, en 1525, unos hombres blancos y barbados fueron vistos en las costas norte del imperio. Su jefe se llamaba Francisco Pizarro.

---

### III

Desde el descubrimiento de América, en 1492, españoles y portugueses se apresuraron a explorarla y colonizarla, derramándose por sus dos flancos, sin otra restricción que el límite impuesto, entre unos y otros, por el Tratado de Tordesillas: una recta perpendicular más o menos situada sobre el grado 48º de longitud oeste del meridiano de Greewich.

Pizarro era parte de una sociedad constituida, además, por Diego de Almagro y Hernando de Luque, un sacerdote que actuaba representando a Gaspar de Espinoza, rico comerciante, y que, en resumen, representa lo que, en esencia, fue la Conquista, una empresa conjunta de aventureros, mercaderes y predicadores.

Los mercaderes se hallaban movidos por la necesidad de abrir una nueva ruta a las Indias, como se llamaba entonces el Asia desconocida, a fin de quebrar el control que ejercía Constantinopla sobre el tráfico de las especies, y para hacerse de metales preciosos, único medio de pago que les era admitido en la adquisición de esas especies. Así se explica el por qué la Corona de España, desde los inicios de la Conquista, impuso a sus colonias el régimen del monopolio centralizando tanto la exportación de bienes de consumo cuanto la importación de oro y plata.

Ese hecho se convirtió en causa de la Conquista, pero no en la única causa. La religión había provisto el aglutinante nacional en la lucha por la reconquista de España de la dominación morisca y el español, por eso, era un católico militante, fanático. Por otra parte, el triunfo, en la península, del absolutismo y de las naciones consiguientes sobre el derecho divino de los reyes, tenían soldada una estrecha alianza entre la Iglesia y la Corona y daban a la Conquista el carácter de genuinas cruzadas para imponer la fe. De ahí surge el papel desempeñado por los predicadores.

Hombres como Pizarro y Almagro, los aventureros, a su vez, se constituyeron en el brazo ejecutor de mercaderes y predicadores. Las leyes del mayorazgo y las guerras contra los moros, arrojaban al ocio, y del ocio a la aventura de la conquista a una cantidad de seres crueles, individualistas, valerosos y desesperados por hacer fortuna, pero al mismo tiempo demasiado orgullosos para trabajar por sus propias manos.

Pizarro encabezó dos primeras expediciones, una hasta el río Birú y la otra hasta Tumbes, que no hicieron más que confirmar en su ánimo la desproporción entre sus fuerzas y la magnitud de la empresa en la que se había embarcado.

Puesto en ese trance, acudió al Rey mismo y, reforzado por un contrato real, las “Capitulaciones”, armó una tercera, más consistente y mejor pertrechada.



---

Volvió a Tumbes y halló la ciudad desierta. Huayna Capaj, al morir, había dividido el Imperio entre dos de sus hijos, Huáscar y Atahualpa, y los dos habían disputado el total.

Atahualpa, vencedor, invitó a los extraños extranjeros a visitarlo en Cajamarca, a fin de conocerlos personalmente, una curiosidad que le costó el Imperio. Pizarro le tendió una trampa, lo apresó, le impuso un enorme rescate con la promesa de ponerlo en libertad y lo hizo ejecutar una vez que tuvo el rescate o, por lo menos, parte de él, en sus manos.

La muerte del Inca, para todo propósito práctico, puso fin al Imperio. Se había cortado la cabeza y el cuerpo, inmenso, vigoroso todavía, quedó paralizado. Pizarro quedó con las manos libres para incorporar toda la región de los Andes Centrales al dominio de la Corona de España.

Esa incorporación impuso en el Perú el régimen feudal imperante entonces en España. Pizarro fue ennoblecido. Se le reconoció una inmensa posesión territorial con la facultad de repartir con la facultad de repartir entre sus hombre y facilitarles la explotación de minas a cambio del “quinto real”.

Como los españoles tenían a menos usar sus propias manos, y las tierras y las minas, por lo tanto, no poseían valor algunos sin brazos que las trabajaran, se subsanó el problema facultando a Pizarro a “encomendar” a los indios. La “encomienda” consistía en poner un número variable de indios en manos de un “encomendero” para quien debían trabajar sin otra retribución que la enseñanza de la fe católica. Las “encomiendas” reconocidas a Pizarro y sus compañeros eran revertibles al cabo de tres generaciones, las “encomiendas”, en su mayor parte, fueron reatadas a la tierra; otras, con el nombre de **mitas** se destinaron al laboreo de las minas. De esa manera, los habitantes del Perú, por efectos de la Conquista, pasaron a convertirse en siervos y en **mitayos**.

Esas formas de propiedad y de trabajo produjeron, n el Perú, una clase de señores, los conquistadores; otra de siervos, los campesinos, y abrieron, entre ambas, un ancho vacío para las clases medias.

Los poblados ocupados o fundados por los españoles, asumieron, de hecho, los privilegios que poseían, en esa época, las ciudades de la península, principalmente, en principio al menos, el de elegir a sus autoridades mediante “cabildos abiertos”. La imposición del régimen económico y social español, motorizó, en el Perú, la imposición paralela del régimen de gobierno. El Rey que, en la península, centralizaba los poderes ejecutivos, legislativos y judiciales, los delegó en Pizarro que fue nombrado gobernador, capitán general, adelantado y alguacil mayor, y que no dependía de nadie, sino del Rey mismo, a través del Consejo de Indias.

---

## IV

Los conquistadores pertenecían a un ambiente cultural más evolucionado que el de los conquistados. Conocían la rueda, el argo y el hierro, que los peruanos ignoraban; cultivaban los granos mesopotámicos y habían domesticado algunas variedades útiles de animales: caballares, ovinos y porcinos; poseían los conocimientos propios de los albores de la Edad Moderna: la escritura alfabética, la pólvora, la brújula y la imprenta. Cargaban, en resumen, con todo el bagaje material de la civilización cristiana tal como había desarrollado en su época y, lo que es igualmente importante, también con su bagaje mental.

Este era, tal vez, el de mayor peso. El cristianismo, a principios de la Edad Moderna y, sobre todo, en el apartado rincón europeo del que eran originarios los conquistadores, constituía, no sólo un estilo de vida, sino algo más, una concepción integral de la existencia, su desenvolvimiento y su propósito.

Su cimiento era la verdad tal como había sido revelada y era interpretada y entendida por la Iglesia, su única depositaria. El resto del edificio, naturalmente, tenía que estar unido por la argamasa de la fe.

Para el cristiano español del Siglo XVI, Dios había creado el universo y lo mantenía en existencia cómo, para y porqué sí. En consecuencia, el pensamiento especulativo se hallaba subordinado a la teología y, al igual que las verdades científicas, podía resultar falso o herético si discrepaba del dogma teológico.

La creación, como un enorme escenario, estaba centrada en el hombre, su actor principal, puesto que había sido creado, él solo, a imagen y semejanza del creador. Como tal, su destino en la vida, consistía en hacer la voluntad de Dios, así le importara sufrimiento y, después de la muerte, en reintegrarse a Dios, supuesto que hubiera hecho esa voluntad. La felicidad terrena era, por lo tanto, mucho menos importante que la felicidad en la otra vida.

La voluntad divina constituía, no solo una norma de conducta intrínseca en el ser humano: la ley natural, sino también, el parámetro maestro de todo orden, físico, espiritual y hasta social. La autoridad terrena era dada y permitida por la única autoridad puesta más allá de toda cuestión, la autoridad divina. De ese concepto se desprendía, de un lado, el derecho divino de los reyes y, de otro, la obligación de la obediencia política.

Una conquista, cualquiera que ella sea, significa, por lo general, la superimposición de una cultura foránea sobre otra nativa. La conquista española en el Perú, sin embargo, excepcionó esa regla. Durante los breves años que medían entre la tercera expedición de Pizarro y la muerte de Atahuallpa, apenas si los conquistadores importaron algunas formas culturales propias, las más necesarias a los efectos de sobrevivir en el nuevo ambiente. Lo que sí hicieron, con una totalidad

---

digna de mejor causa, fue detener por completo la evolución cultural nativa, confinar los remanentes al ámbito rural y, para todos los efectos prácticos, aprisionar ese remanente en un círculo de hierro sin otra salida que la folklorización.

El proceso, tal vez, no fue deliberado, aunque si lo fueron muchos de los métodos empleados para llevarlo a término. La desaparición, como clase, de la nobleza nativa, acabó con la demanda de obras de creación original. El saqueo de las riquezas acumuladas en los templos y en los palacios, contribuyó a destruir la mayor parte de las obras más ejemplares del arte nativo. Y la reducción indiscriminada de los pobladores a la categoría de siervos, desterró, dentro del feudo, a los artesanos que habían heredado la tradición creativa de sus antepasados y podían haberla legado a sus descendientes.

La conquista, en sí misma, produjo algunas narraciones escritas por testigos presenciales de los hechos, como Pedro Pizarro y Sancho de la Hoz, secretario de Francisco Pizarro; Juan Betanzos, su intérprete oficial y Cristóbal de Molina. Sus obras no son, ciertamente, parte del acervo cultural o bajoperuano, pero sí son parte de su historia cultural, no sólo porque se refieren a hechos decisivos de su evolución, sino, asimismo por el valor que tuvieron en su formación mental.

Lo curioso y por curioso raramente percibido, fue el papel que, en la civilización cristiana, madre de la rama peninsular importada a los Perúes, desempeñó el descubrimiento y la conquista del fabuloso Imperio de los Incas. Su estructura social sobre todo, una proyección lógica del medio ambiente, había de encender la fantasía de numerosos exponentes del pensamiento europeo y, más tarde, la admiración apostólica de varios de los profetas de la Revolución Francesa, como Voltaire y Rousseau. Si se tiene en cuenta la influencia que el pensamiento de esos hombres tuvo en la Independencia americana, se verá cómo, a través de un círculo cuyas dimensiones abarcan algo más de tres siglos, el ejemplo americano sirvió para los fines de su propia liberación.

## EL INJERTO FORÁNEO

I

Los primeros años del Coloniaje se desarrollaron bajo el signo de las luchas entre los propios conquistadores. Colidieron, primero, almagristas y pizarristas; luego, los “encomenderos” y la Corona. Todo lo cual, naturalmente, retrasó la iniciación más o menos metódica del proceso colonizador.

La manzana de la discordia entre Pizarro y Almagro fue la posesión del Cuzco, que no había sido cabalmente definida en las concesiones de tierras efectuadas por la Corona dentro de las “Capitulaciones”. Almagro fue derrotado en Las Salinas, juzgado

---

y muerto. Sus seguidores despojados, se vengaron, algunos años más tarde, asesinando a Pizarro en Lima. Como resultado, Gonzalo Pizarro, hermano de Francisco quedó dueño y señor de todo el antiguo Imperio Incaico.

Las confrontaciones entre los “encomenderos” y la Corona tuvieron causas más profundas. La Corona, como institución permanente, estaba obligada, primero, a defender la única verdadera riqueza local: el indio, de la codicia de los “encomenderos” que, deseosos de hacer fortuna con rapidez, la agotaban impiadosamente, y, segundo para los fines de esa defensa, a imponer su autoridad absoluta en el Perú.

Ese doble objetivo se concretó, el año 1542, con las Ordenanzas de Barcelona. Fue reafirmada la revertibilidad de las “encomiendas”; la prestación del trabajo campesino resultó substituida por el tributo y se trasladó, al dominio americano, toda la jerarquía institucional española empezando por los Virreynatos y las Audiencias.

Los “encomenderos”, en defensa de sus privilegios, se alzaron bajo las banderas de Gonzalo Pizarro. Este, como Almagro, resultó, al cabo, derrotado en Sacsahuaman, juzgado y ejecutado, gracias a la astucia de un clérigo: Pedro de la Gasca. Las Ordenanzas de Barcelona fueron puestas en vigor, excepción hecha de los acápite referentes a la substitución del trabajo obligatorio por el tributo.

Mientras los “encomenderos” y la Corona disputaban el destino del continente, fue descubierto el cerro de Potosí, un milagro de riqueza tan enorme que, por si solo, había de determinar la forma del Coloniaje y su curso, en todo el Alto Perú, por cerca de tres siglos.

La Gasca, para conmemorar su victoria, ordenó la fundación de La Paz. Estaba destinada a servir de pascana en el largo camino de la plata entre Lima y Potosí; pero cobró importancia independiente como nudo del camino del oro hacia Tipuani, y del camino de la coca yungueña, cuya demanda se había multiplicado a causa de la mita .

## II

La incorporación del antiguo feudo de los Pizarro al dominio absoluto de la Corona mediante las Ordenanzas de Barcelona, inició, recién, el proceso de colonización en el Alto Perú.

Ese proceso, que dura hasta a Independencia, se desarrolló en varios períodos acusadamente singularizados. El primero va, poco más o menos, desde la derrota de los “encomenderos” hasta el segundo decenio del siglo XVII, cuando la minería potosina entra en su época de mayor auge, y puede calificarse como el período de caracterización del orden colonial.

---

En él, lo que le da su denominativo, el orden colonial, primero, es definido en un ámbito político concreto; segundo, ese ámbito político resulta organizado práctica y legalmente; tercero, empieza a poblarse en sus puntos de mayor importancia a los fines colonizadores, y, cuarto, adquiere la fisonomía social que había de serle propia durante toda su existencia.

La definición del orden colonial altoperuano se produjo con la creación de la Audiencia de Charcas el año 1559. Su núcleo básico era el altiplano, al que, con generosa imprecisión, se le añadieron enormes extensiones por los cuatro costados. La Audiencia de Charcas, legalmente al menos, dependía del Virreynato de Lima; de hecho, a causa de la distancia, funcionaba como un ente autónomo.

La organización más o menos sistemática del orden colonial, fue, en gran medida, obra de virrey Francisco de Toledo que gobernó el Perú entre 1559 y 1581, y lo fue, sobre todo, por la dictación de las "Ordenanzas", el primer intento hecho para adaptar la legislación española a las condiciones peculiares de la colonia.

El poblamiento de los puntos de mayor importancia del ámbito colonial altoperuano, hasta entonces reducido a su corazón altiplánico, se realizó mediante las fundaciones. Fueron motivadas por el descubrimiento de nuevas minas; el empeño de los aventureros en la búsqueda de "El Dorado", el reino fabuloso de la riqueza y de la felicidad; la creciente demanda de alimentos determinada por la rápida expansión potosina y la necesidad de defender el territorio audiential de las incursiones de las salvajes tribus orientales, chiriguanas sobre todo.

Así, en 1538 y 1606, nacieron Chuquisaca, Santa Cruz, Cochabamba, Tarija, Trinidad y Oruro principalmente.

Entre los caminos surgidos para vincular fundaciones con su núcleo central, figura, en primer término, el de la coca, que unía Potosí con La Paz por un arco tendido a través del valle de Cochabamba, y, en segundo término, el que iba de Tarija a Cotagaita, ramal desprendido del gran camino de la plata.

La diversidad de las causas que motivaron las fundaciones, produjo un conjunto desordenado y desigual. Las gentes y el progreso con ellas, resultaron concentradas en los centros mineros, Potosí sobre todo, lo que disminuyó el impulso de otros poblados, excepto La Paz y Cochabamba, y sumió a las fundaciones tropicales en un largo sopor vegetativo.

La modalidad española, europea en verdad, de usar los poblados como centros de poder: guarniciones, mercados y sedes administrativas, determinó, sobre todo en la Audiencia de Charcas, una división profunda, económica, política y cultural, entre la urbe y el campo. La ciudad y la campiña empezaron a ser dos países diferentes. Su incomunicación había de tener largas y hondas consecuencias en el desarrollo de la sociedad altoperuano primero y boliviana más tarde.

---

El orden colonial adquirió su fisonomía social peculiar en los hechos, pero son las “Leyes de Indias” las que lo configuran con mayor precisión.

Las “Leyes de Indias” constan de nueve libros. Tienden esencialmente, a organizar el drenaje de la riqueza colonial en beneficio de la Corona y estatuir el aparato político y administrativo necesario para operar ese drenaje. Sus diversas disposiciones rigidifican el monopolio comercial de la Corona tendente a dictar los precios de los productos que las colonias debían consumir y de las materias primas que esas colonias producían; rearreglar el sistema de concesiones de tierras, lo que, mediante el mecanismo de las “composiciones” iba a terminar en la aparición del latifundio de tipo feudal; aclaran el sistema impositivo y el régimen de los “estancos”, dos medios adicionales al monopolio para drenar la riqueza colonial; reafirman las prerrogativas financieras de la Iglesia, beneficiada con los “diezmos” y las “primicias” e imponen en las colonias un aparato burocrático de doble curso, similar al que operaba en la metrópoli. Uno, originado en el Rey, que puede denominarse como la burocracia peninsular y otro nacido de la ciudadanía, la burocracia local.

### III

Recién en el período de caracterización del orden colonial empieza a haber una vida cultura, digna de ese nombre, en el Alto Perú. No era, desde luego, una vida cultural propia; lo era importada. La riqueza que empezaba a producir el rico cerro potosino, canalizada a través de la Iglesia y de la devoción de los concesionarios de minas, alentó la arquitectura sacra, su adorno y un cierto movimiento intelectual incipiente. Se limitó, empero, a aquellos centros urbanos directa o indirectamente beneficiados por el auge de Potosí.

La importación provenía, casi totalmente, de la península, algo natural si se tiene en cuenta el control estricto que la Corona ejercía sobre el tráfico con las colonias, y llegaba atrasada por la distancia, enanizada por las desconfianzas burocráticas, deformada en beneficio de sus rasgos confesionales y envilecida a causa del propósito de orientarla como un instrumento más del dominio colonial. Así lo demuestra, entre otros cientos de ejemplos, la prohibición, incluso, de los libros de caballerías; el tamizado con medida religiosa de quienes inmigraban al nuevo continente y el traslado de la Inquisición que, si bien no quemaba herejes, solía organizar unos espectaculares “autos de fe” para hacerlo con los libros.

El elemento más importante de la imposición cultural hispana en el Alto Perú, fue, más allá de toda duda, la religión. La expandieron los predicadores, convertidos en misioneros, con un celo a veces tan fanático, que llegó hasta la destrucción de creaciones artísticas nativas invaluables, como lo atestiguan los sumarios de la notoria “Comisión para la Extirpación de las Idolatrías”; pero, como toda medalla, tuvo también otra cara. Si bien deformada por un matrimonio a veces vergonzante con las creencias y las costumbres lugareñas, se constituyó, durante varios siglos, en el único lazo de unión entre el país urbano y el país rural.

---

El idioma apenas si le va en zaga a la religión tratándose de elementos importantes en la imposición cultural hispana. Estaba destinada a servir, por la pura lógica de las cosas, para incorporar a los indios a un ámbito cultural mayor, más adelantado y, gracias a la imprenta, mejor organizado para facilitar la accesión al conocimiento. Sin embargo, su penetración en el país rural resultó lentísima. Tres siglos más tarde, al nacer la República, no había en el campo más que un medio por ciento de alfabetos.

Lo que hizo el español, o más exactamente, el misionero, para facilitar su comunicación con el colonizador, fue tratar de aprender los idiomas nativos. El esfuerzo ha dejado varias obras, todas útiles y, algunas de ellas, meritorias además. La primera gramática quechua fue publicada en 1563 por fray Domingo de Santo Tomás, más tarde Obispo de La Plata, a quien se debe también el primer vocabulario en ese dialecto. En 1583, la Audiencia de Charcas, a imitación de su par limeña, instituyó una cátedra de quechua y el catecismo fue traducido tanto al quechua como al aymara. Tres años más tarde, apareció otro vocabulario aymara, destacado, tanto por su tema, su alcance y su erudición, cuanto por haberse editado en la imprenta más antigua de que se tiene noticia en el territorio audiencial, se debe al jesuita italiano Ludovico Bertonio y vio la luz el año 1612. Le siguió, muy poco después, un segundo vocabulario aymara el de Diego Torres Rubio.

La cultura del período de caracterización del orden colonial patentizada su condición de importada y la intención política que la deformó, sobre todo en la educación, en la historia y en aquellas especialidades de las letras más cultivadas entonces.

En 1571 y 1577, el jesuita Alonso Barzana fundó, en La Paz y Potosí respectivamente, los dos primeros establecimientos de enseñanza del Alto Perú con el propósito explícito de “descubrir vocaciones”. La enseñanza propiamente dicha se reducía a las primeras letras y a las operaciones aritméticas elementales. El resto del tiempo dedicado a los alumnos, era empleado, igual que durante la Europa medioeval, en la memorización del catecismo y la inculcación de la fe religiosa, el amor a la Iglesia y la obediencia al Rey de España.

Sin mucho esfuerzo, como homenaje a su intención, las descripciones: libros de viajes, anecdóticos, opúsculos especializados y monografías, pueden categorizarse como obras de educación. Entre las que se publicaron durante el período de caracterización del orden colonial, hay varias que poseen interés documental y valor intrínseco. La mayoría de ellas, sin embargo, no alcanza a velar su propósito de estimular una más pronta y efectiva colonización.

Entre los autores de ese tipo de descripciones descuellan: José de Acosta, Fray Romualdo de Lizárraga, Bernabé Cobos, Gonzalo Fernández de Oviedo y Miguel Cabello de Balboa, Sánchez de Alcajaza y Lorenzo Suárez de Figueroa se

---

interesaron en el oriente altooperuano y Juan Matienzo, Oidor charquino, publicó un extenso estudio sobre el gobierno colonial, con indudable penetración política pero enconadamente antindigenista.

La especialidad histórica del período admite varias divisiones. Es posible, primero, separar a los que escribieron sobre temas de su actualidad, como Diego Fernández de Palencia y Pedro Gutiérrez de Santa Clara, relatores de las luchas intestinas entre los conquistadores, Juan Capoche que pintó el Potosí de sus primeros decenios y Diego Cabeza de Vaca que lo hizo con La Paz, de los que se especializaron en la crónica del Imperio Inca.

Estos últimos, a su vez, pueden dividirse, con facilidad, entre quienes recogieron sus datos, investigando personalmente sobre el terreno de quienes narraron lo oído o recogido por terceros.

El primero de esos dos grupos, por lo general, es bastante imparcial y autorizado. Lo prueban sobre todo, Pedro Cieza de León, autor de una “Crónica del Perú”, obra profunda, escrita con buen estilo y loable honestidad intelectual, y Cristóbal de Molina, homónimo del cronista que acompañó a Pizarro, más inclinado a la descripción costumbrista que a la crónica propia dicha y cuya “Relación de las Fábulas y Ritos de los Incas” es inapreciable para profundizar el tema. Los trabajos de Agustín de Zárate, padre de una “Historia del Descubrimiento y la Conquista del Perú” y Martín de Morúa, aunque en otro plano confirman el juicio merecido por los dos primeros.

El grupo de cronistas, que narraron lo oído o recogido por terceros, meritúa una nueva división, ya no en grupos sino en escuelas: una proespañola y la otra americanista.

El virrey Toledo, a poco de llegar a Lima, organizó las “Informaciones”, una investigación del pasado incaico destinada a probar, primero que España poseía un derecho legítimo para conquistar el Perú y, segundo que su dominación era harto más beneficiosa que la de los Ayares. El primer extremo no necesitaba prueba ninguna puesto que ya había sido consumada –el querer legitimar a posteriori un acto de fuerza es siempre hipócrita e inútil- el segundo era imposible.

De todas maneras, las “informaciones” de Toledo dieron su fruto. Sirvieron para proveer de inspiración y de material a los cronistas de la escuela proespañola. Dentro de esa escuela, se destaca, con nitidez, Pedro Sarmiento de Gamboa, autor de una “Historia de los Incas”, bien escrita y mejor metodizada que, a pesar de su intención, aún hoy día se lee con agrado y se consulta con frecuencia. Le siguieron, en la misma huella, Polo de Ondegardo, después corregidor de Charcas, Antonio de Herrera, cronista de rey de España y Fernando de Santillán. Fernando Montesinos, entre una tupida maraña de fantasías, aporta algunos datos importantes para la prehistoria incaica.



---

La escuela americanista estuvo compuesta, en su mayor parte, por hijos de la tierra y surgió, en reacción contra la escuela proespañola, como una tentativa para restablecer el equilibrio histórico.

Sus principales exponentes son: Garcilazo de la Vega, hijo de un gentilhomme español y de una princesa india, y el sacerdote jesuita Blas Valera. Garcilazo adquiere relieve, más por su excelencia literaria que por su rigorismo histórico, y Valera, tanto por su equilibrio cuanto por la profundidad y la riqueza de sus aportes –ha quedado como única fuente para investigar una probable dinastía de los gobernantes tiwanacotas-. A ellos, es justo añadir el alto peruano Guamán Poma de Ayala, denso pero novedoso, y a Juan de Dios Pachacuti, minucioso y equilibrado. A pesar de sus limitado propósito, los americanista tuvieron la virtud de demostrar, en esa época, la existencia de valores nacidos en las colonias, con puntos de vista acordes con su condición de tales, en una de las especialidades más importantes del campo de las letras. Con ello, a su manera, se constituyeron en la primera avanzadilla de esa extraña comunión entre el espíritu nativo y la carnadura peninsular que fue, más tarde, la cultura barroca-mestiza.

En materia teatral, sólo se conserva referencia de una obra escrita en el Alto Perú y que data de 1601: “Nuestra Señora de Guadalupe y sus Milagros”. Pertenece al fraile Jerónimo Diego de Ocaña. El resto de la actividad teatral, por lo que se sabe, se redujo a la representación de auto sacramentales importados, algunos de los cuales devinieron en coreografías argumentadas dentro del folklore.

El mismo Diego de Ocaña produjo alguna poesía ocasional. Parece ser que varias composiciones de Duarte Fernández y Luis de Rivera fueron escritas a su paso por el Alto Perú, pero no cabe considerarlas como parte de la historia cultural alto peruano por cuanto no se refieren a la región ni tuvieron influencia posterior en su desenvolvimiento literario. Las que caben, aunque con mérito desigual, son las “Canciones Castellanas” de Sebastián de Mendoza, natural de Chuquisaca.

En el campo de las artes el rasgo confesional es todavía más acentuado y la calidad de importación más evidente.

Las primeras manifestaciones de la arquitectura colonial en el Alto Perú no tienen, en verdad estilo alguno. Obedecen a las sencillas exigencias de la economía y de la prisa, y fueron realizadas, consecuentemente, del modo más fácil, por medio de arcos y columnas. Se ha querido ver en ellas una extensión renacentista, pero, en el hecho, no son más que versiones utilitarias del románico o del mudéjar, o sea de aquellos estilos prevaecientes en la península donde habían nacido y vivido los conquistadores y colonizadores. Algunos ejemplos de ello son las iglesias de San Lázaro y San Francisco en Chuquisaca, Laja cerca de La Paz y Santa Bárbara en Potosí, por lo que hace a lo religioso. En lo secular, no se conserva ejemplo alguno.

---

La pintura y la escultura, exclusivamente dedicadas a la complementación de las iglesias, empezaron por la importación de la obra misma, imágenes religiosas de un valor relativo, excepción hecha, con buena voluntad, de algunos trabajos de Angelino Medoro, Francisco Pachecho y Gaspar Núñez Delgado. En una segunda fase, cuando la Iglesia y los devotos dispusieron de mayor riqueza, se importó, no ya el producto acabado, sino a los hacedores de ese producto, pintores y escultores europeos, afiliados a la escuela sevillana, el manierismo o al bajorenacentismo, entre los que cabe destacar, por la influencia que significó su paso, al pintor Bernardino Bitti y a los escultores Martín de Oviedo, Jácome Griego, Benito Genoves, Juan Bautista Vásquez, Diego Ortiz de Guzmán, Juan de Villegas y Andrés Pastorello. Finalmente, en una tercera fase, cuando el hombre altooperuano aprende de esos pintores y escultores las técnicas necesarias para su tarea, empieza a producirse imitaciones más o menos aceptables de lo que importó o produjo por importación.

Entre los primeros y más capaces imitadores en materia pictórica debe mencionarse a Matías Sanjinés, autor de la “Virgen de Peñas” y a Gregorio Gamarra, discípulo de Bitti, ambos poseedores de un toque ingenuo que recuerda a Ferrer Bassa. Entre los escultores, por la gracia de su estilo y porque fue el primero de origen indio, es necesario destacar a Francisco Tito Yupanqui, el autor de las vírgenes de Copacabana y Pucarani.

La imitación no es copia y los imitadores nativos, pintores y escultores, no podían, aunque lo hubieran querido, evitar que apareciera alguna chispa reveladora de su espíritu en las obras que ejecutaban. Es a causa de ese hecho, muchas veces involuntario, que Sanjinés, Gamarra y, sobre todo, Yupanqui, se unen a los cronistas de la escuela americanista dentro de ese capítulo de la historia cultural altooperuano dedicado, con justicia, a los precursores de la escuela barroco-mestiza.

En lo que hace a la música, no es mucho lo que puede historiarse. Chuquisaca importó un constructor de órganos, Sebastián du León, y, poco más tarde, al primer maestro de capilla de que se tiene memoria: Gutiérrez Fernández Hidalgo, un manierista.

Los factores limitativos de la importación cultural metropolitana explican, en el territorio de las letras y de las artes, porque, mientras en Europa maduraba el Renacimiento con toda su vigorosa secularidad y en España misma transcurría la primera mitad del Siglo de Oro iluminado por valores de tan alto vuelo como Cervantes, Lope de Vega, el Greco y Zurbarán, en la provincia no se creaba nada, se historiaba un poco y se imitaba más.

La historia del folklore colonial no tiene cultivadores. Para estudiarlo es necesario escarbar referencias en las crónicas dedicadas a otros temas, en los secos informes de las autoridades o en las exposiciones sobre las “idolatrías” de los campesinos escritas por los mismos encargados de extirparlas.

---

De todo ese disperso material es posible colegir, con un buen margen de aproximación, que, durante el período de caracterización del orden colonial, el indio, repuesto pero no olvidado de la derrota sufrida en manos del hombre blanco, desarrolló aquellas válvulas de escape que permanecían abiertas para las manifestaciones de su personalidad espiritual: la música y el baile.

Sujeto como estaba al calendario de trabajo impuesto por los dueños de las tierras y de las minas, aprovechó, para ese desarrollo, las mismas festividades que éstos le prescribían: la Navidad, el Corpus Christi, la Semana Santa, la llamada Invencción de la Santa Cruz y los distintos “presteríos” a que daba lugar el aniversario de los santos patronos locales.

Como resultado, todas esas festividades acabaron por convertirse en aleaciones inseparables de lo que eran originalmente y del sentido pagano con que los indios las adaptaron a su modo de ser. El culto católico, entonces, quedó impregnado del viejo ritual dedicado a la Pachamama, al Inti, a los antepasados o a los totems familiares, y la fe, en el acápite de sobrenatural por lo menos, se mezcló con sacrificios hechos para propiciar el éxito de las cosechas o la mejor reproducción de los animales de trabajo.

La música y el baile, puestos a la sombra del culto, se ramificaron entre lo que el indio conservó como tradición ancestral y lo que copió del país urbano, adaptándolo y transformándolo de acuerdo a su carácter.

Lo que era tradicional puede distinguirse mejor por la música que por el baile.

Aquellas melodías susceptibles de ser interpretadas en las simples escalas nativas, pueden, sin esfuerzo, clasificarse como anteriores a la Conquista. Con ese criterio, es altamente probable que, amén del **huayño** aymara, las **machascas** y los **yaravíes** quechuas sean efectivamente tradicionales.

Lo adoptado o transformado, en cambio, se singulariza mejor por la coreografía. Las “cuadrillas”, las “pandillas” y la “danza de las cintas” son, con poca duda, derivaciones de la contradanza, el minueto y el “baile del cordón”, tan de moda entre los peninsulares de esa época. Es muy posible que el “bailecito” pertenezca también a esa clasificación.

#### IV

El período de caracterización del orden colonial fue seguido, muy naturalmente por uno de consolidación que, en líneas generales, duró algo más de cien años, desde el segundo decenio del siglo XVII hasta el tercer decenio del siglo XVIII.

El período de consolidación del orden colonial comprende todo el auge de la minería potosina hasta que entra en la curva de su declinación. Debido principalmente

---

al descubrimiento de otros yacimientos, a la regularización de la agricultura y de la artesanía y a la conservación de su riqueza por parte de la Iglesia, esa declinación no arrastró consigo, en la misma proporción, la de todo el Alto Perú. Este, durante el período consolidativo del orden colonial, creció con el crecimiento potosino; pero, luego, empezó a parcelarse en grandes zonas autosuficientes, un fenómeno al que se puede atribuir el origen del sentimiento regionalista.

La consolidación del coloniaje se caracteriza por la emergencia del criollismo, el agrupamiento y la creciente importancia de los españoles nacidos en las colonias; por la incorporación de nuevos núcleos, principalmente selváticos, a la vida activa de la Audiencia, y por la emergencia del mestizaje, los hijos de indias y españoles.

La emergencia del criollismo tuvo su origen en el tema de la competencia económica con los peninsulares. Los criollos, gracias a la sencilla ley de la acumulación, acababan por ser dueños de las tierras más extensas y de las mejores minas a cabo de dos o tres generaciones. Los peninsulares, a fin de quebrar, para su provecho, la operabilidad de esa ley, excluían a los criollos del acceso a la burocracia peninsular, a la facultad de controlar el flujo de la riqueza. El balance daba una doble contradicción: los amos del poder económico no lo eran del poder político y los amos del poder político no lo eran del poder económico.

Esa doble contradicción originó una serie de conflictos que llenan casi toda la historia del período. Estallaron alrededor del año 1580, recurrieron, con mayor intensidad, a principios del siglo XVII y, para el segundo decenio de ese siglo, se habían convertido en verdaderas guerras civiles, las guerras entre vicuñas y vascongados.

La incorporación de los núcleos selváticos principales al conjunto humano de la Audiencia de Charcas fue, en gran medida, obra de los misioneros, y acabaron por perfilar tres grandes centros misionales autosuficientes: el de Apolobamba, a cargo de los franciscanos, y los de Chiquitos y de Moxos, organizaos por los jesuitas.

Como resultado de esas conformaciones, se esbozaron dos caminos más: uno, el de las misiones franciscanas, que remataba en Tipuani para enlazarse con el camino del oro; otro, el de las misiones jesuitas, que unía las concentraciones de Moxos y Chiquitos y conducía a Cochabamba, vía Santa Cruz.

La emergencia del mestizaje fue lenta y penosa, y completó, sobrepuesto al complejo social, el complejo étnico altooperuano. El mestizo, deprecativamente, era definido por la ley como el hijo de india y español “nacido en infamia”.

Pocos españoles traían sus mujeres blancas y más pocos aún llevaban sus mujeres indias al altar. El mestizaje, pues, creció considerablemente y en poco tiempo. Los mestizos estaban privados de heredar debido a las circunstancias de su

---

nacimiento y se legisló, expresamente, para que no pudieran, tampoco, optar a cargos públicos o poseer tierras.

Era una situación explosiva que hallaba desahogo parcial en la administración de las propiedades de españoles o criollos, en el pequeño comercio y en las artesanías, con lo que el mestizo se hizo, también, parte de las clases medias. Tenía que estallar y estalló, al cabo, en varias, breves pero brutales confrontaciones, cuyos mejores ejemplos son las sublevaciones de Antonio Gallardo en La Paz y de Alejo Calatayud en Cochabamba.

V

La cultura, durante el período consolidativo del orden colonial, sigue, más estrechamente aún que durante el período caracterizativo, la evolución económica del conjunto social.

Puede dividirse en dos etapas. La primera coincide con la curva ascendente del auge minero potosino y con la emergencia del criollismo. La conjugación de esos dos factores, el uno como impulso y el otro como carácter, con su contradictoria distensión a enraizar en la tierra pero dentro de un ámbito semejante al ámbito peninsular, produjo una continuación del estado de cultura propio de las últimas fases del período de caracterización del orden colonial, magnificada en cierto, pero también imitativa, de sello confesional y retrasada respecto de sus modelos. Para subrayar ese retraso, parece necesario acotar que, cronológicamente, coincide con la aparición europea del pensamiento liberal, creación, bandera y herramienta de la burguesía, en su rama racionalista. En esa primera etapa, la educación se señaló por un hecho sin duda relevante debido a su influencia: la fundación, en Chuquisaca, de la Universidad San Francisco Xavier, que acaeció en 1624 y fue puesta a cargo de los jesuitas.

Para clarificar el sentido que la informó, alquitaradamente tradicionalista, basta traer a colación las cátedras con que abrió sus puertas. Amén del aymara, se enseñaba otras seis: dos de teología, una de teología moral, una de artes y dos de latinidad. Es fácil advertir en semejante plan de estudios, una copia resumida de aquellos que rigieron las universidades europeas en la aurora del feudalismo y que, por entonces, estaban siendo abolidas en todo el viejo continente. Aprisionaba al estudiante en un mundo artificial, sin relación alguna con la realidad de la que formaba parte y lo titulaba, tal vez como un buen cristiano, pero, en todo caso, como un ser inútil.

El carácter del mecanismo colonial altoperuano, básicamente orientado hacia la explotación minera, y la detallada reglamentación merecida por los sistemas drenadores de la riqueza americana, produjeron dos obras de valía, una en el terreno de la exploración y explotación del subsuelo y otra e el de la recopilación y el comentario legales: el “Arte de los Metales” del sacerdote Alonso Barba, rebotante de datos, unos curiosos y otros todavía útiles, y el “Gazofilacio Real del Perú” de Gaspar

---

de Escalona y Agüero. El opúsculo dedicado a Galileo por Juan Vásquez Acuña el año 1560, constituye una curiosidad meritoria, sobre todo si se tiene en cuenta las vicitudes que el célebre astrónomo acababa de pasar a manos de la Inquisición.

Las descripciones se justifican con cuatro nombres principales: los franciscanos Vásquez de Espinoza y Bernardino de Cárdenas, autores de relaciones generales sobre las Indias y el Perú, y los jesuitas Francisco Altamirano y Juan Patricio Fernández, que se refieren, en particular, a Moxos y Chiquitos. El género etnográfico propiamente dicho, tuvo un pionero solitario en Diego Andrés Rocha, Oidor de la Audiencia de Lima, que escribió un libro sobre el origen de los americanos, particularmente referido a los dos Perús, curiosa mezcla de fantasía y rigurosidad.

En materia histórica, el mayor número de obras estuvo dedicado a la relación de los hechos de las distintas órdenes y sus autores fueron naturalmente, religiosos: Diego de Mendoza y Diego de Córdova entre los franciscanos y Bernardo de Torres entre los agustinos, para no mencionar sino a quienes lo merituán. Alonso Ramos Gavilán produjo una “Historia de Copacabana” digna de relieve y Antonio de la Calancha tipifica el género, con todas sus limitaciones y sus aciertos. Su “Crónica Moralizadora de la Orden de San Agustín”, posee el mérito intrínseco y documental por sus agudas observaciones a pesar de su pesado estilo.

La grandeza de Potosí estimuló el interés de numerosos cronistas: Juan de Medina, Diego de Acosta, Pedro Mendoza, Bartolomé Dueñas y Enrico Martínez. Con excepción de los dos primeros, los restantes son conocidos, únicamente, por las referencias de cronistas posteriores.

La obra de Antonio León Pinelo, más tarde Cronista Mayor de la Corona, es inclasificable por su vastedad. Abarcó una tesis sosteniendo que el Paraíso había estado en el nuevo mundo, una historia de Chile, otra de Potosí e incluso un memorial sobre el comercio entre Potosí y el Río de la Plata.

El cultivo de las letras, empezó a acusar, primero, una pérdida de ambición en la perspectiva temática y, segundo, la influencia, en algunos casos, del oscurantismo y, en otros, de las dos ramas principales del barroco: el conceptismo, dedicado a relieves la agudeza de las ideas, y el culteranismo, empeñado en difuminar el fondo con la exuberancia de la forma.

La poesía volvió a la atención histórica con la obra de Juan Sobrino, el cantor de los vicuñas, y de Luis de Rivera. El primero tiene un marcado sabor conceptista y fue recogida fragmentariamente, por cronistas posteriores. El segundo, un sonetista, ha dejado escasas muestras de su indudable dominio técnico.

En el terreno de las artes, la abundancia de riqueza facilitó la importación de aquellos ambiciosos estilos: el gótico y el barroco, todavía boyantes en España. que demandaban mayores recursos y esfuerzos que las simples versiones utilitarias del

---

románico o del mudéjar. El gótico, típico del medioevo europeo, se caracteriza, en su inspiración, por un alto vuelo místico y, en lo que hace a sus manifestaciones, por las líneas gráciles y elevadas, por la bóveda de crucería y por el arco ojival. El barroco, a su vez, peculiar del siglo XVII, se distingue por la tendencia a ahogar el armazón esquelético con una superabundancia de elementos ornamentales y decorativos.

Entre las muestras más destacadas del gótico producidas entonces figura la catedral de Potosí; entre las del barroco, se relievaa la portada de la Iglesia de Copacabana.

La arquitectura utilitaria era bien simple. Cuatro hileras de cuartos, sin comunicación interior, solían alinearse alrededor de un patio rectangular centrado por un aljibe. Los techos calan en dos aguas muchas veces de paja y algunas de tejas. Las vigas interiores raramente eran trabajadas.

La escultura siguió el curso de la arquitectura religiosa a la que continuó adscrita en condición ornamental y copio su evolución estilística, bien que, en algunos casos, con toques realistas. El más destacado de los escultores del periodo es el sevillano Gaspar de la Cueva, que trabajó parte de su vida en Potosí y produjo allí, entre otras obras, el llamado "Cristo de Burgos" y un excelente Juan Bautista actualmente en Chuquisaca. Luis de Espínola. Fabián Jerónimo y Luis de Peralta eran respetuosamente considerados por sus contemporáneos.

La pintura se concentró en Chuquisaca, asiento del aparato burocrático peninsular y en Potosí. Sus exponentes más calificados son Francisco de Padilla, mas bien manierista, cromáticamente atrevido, y Nicolás Chávez de Villafuerte, barroco, de líneas duras y modesta temática.

La música misional, inspirada por Domenico Zapiola, ha dejado algún recuerdo en las descripciones de los viajeros, más que nada por la facilidad de los neófitos, no sólo en ejecutarla, sino, asimismo en construir sus propios instrumentos.

La segunda etapa cultural del período consolidativo del Coloniaje coincide con la curva decente de la minería potosina, la aparición de otras fuentes de riqueza minera, la parcelación económica del Alto Perú en grandes unidades provinciales más o menos autosuficientes y la emergencia del mestizaje, y esos hechos la fluyen decisivamente.

Disminuyó el número de estudiosos, escritores y artistas; el mecenazgo se concentró en la Iglesia liberada del empobrecimiento general; apareció el estilo barroco-mestizo, primera aportación americana de cuantía a la historia de la cultura occidental y, finalmente, ese estilo barroco-mestizo se parceló en varias escuelas locales más o menos correspondientes a las grandes unidades provinciales en las que se había dividido la economía alto-peruana.

---

En el terreno del pensamiento, el panorama es desértico, igual que en el de los estudios o las divulgaciones científicas o técnicas. Por lo que hace a las descripciones, las únicas de que se tiene noticia pertenecen a los jesuitas de Moxos y Chiquitos y recuerdan los nombres de Francisco Altamirano, Garriga y Fernández.

Continuaron apareciendo algunos estudios lingüísticos de factura misional: uno de la lengua moxa perteneciente a Marbán, otro de la baure recopilado por el minucioso Di Maggio y un tercero de la guaraní, hecha por Montoya.

En el campo de la historia, aparte de Bartolomé de Orzúa y Vela, la preocupación de las órdenes religiosas por documentar sus realizaciones, continuó siendo común denominador, bien que en menor cuantía gracias al dominico Juan Melendez y al mercenario Francisco de Miranda.

Bartolomé de Orzúa y Vela merece párrafo aparte. Su obra ha sido y continúa siendo documento y fuente de inspiración inapreciable para el estudio de Potosí en particular y del Alto Perú en general. Escribió los “Anales de la Villa Imperial de Potosí” y la “Historia de la Villa Imperial de Potosí, distinguibles por el método seguido en la presentación del material. Ni los “Anales” ni la “Historia” fueron publicados en vida del autor y las ediciones de unas y otras hechas más tarde, se basan en diversos manuscritos que aparecen con distintos nombres, entre otros el de Nicolás de Martínez Aranzaes y Vela. Algunos estudiosos creen, por ello, que Nicolás era un pariente de Bartolomé y, por lo tanto, otro autor. Sin embargo, la coincidencia cronológica, la similitud del estilo y, aunque parezca paradójico, la misma diversidad de firmas en los distintos manuscritos, ahora que se sabe que los copistas solían rubricar sus trabajos, constituyen argumentos plausibles en favor de la tesis que sustenta una paternidad única para los “Anales” como para la “Historia”, bien que la última palabra no ha sido dicha aún.

La obra de Bartolomé de Orzúa y Vela, continuada, desde 1736, por su hijo Diego, deja un explicable sabor de nostalgia por el glorioso pasado potosino y sufre una notoria evolución estilística que va desde el barroquismo con toda su carga idiomática y funcional, hasta la mayor llaneza y objetividad del neoclasicismo, estilo del que aparece como único cultor en la historia de las letras altoperuanas.

El teatro no produjo nada digno del recuerdo, salvo que se adscriba al período una “Tragedia de Atahuallpa”, de autor desconocido, escrita en quechua y castellano, que no puede fecharse debidamente. Su estilo, puramente barroco, constituye una buena razón para hacerlo.

Sin embargo, es en las artes, más asequibles para los hijos de indias y españoles, que el estilo barroco-mestizo alcanzó su más elevada expresión. La libertad para el fantaseo y el adorno, la singularización de las partes dentro de la concepción del conjunto y la dedicación al detalle, eran tentaciones en las que el



---

mestizo cayó gozosamente. El constructor, el pintor, el escultor, el artesano y el músico, cogieron la importación y la hicieron suya, dándole un carácter propio y vital.

El barroco mestizo, dentro de la especialidad arquitectónica, ha sido ejemplarizadora, en Potosí, por la torre de la Iglesia de los jesuitas, y los templos de Belén, San Bernardo. San Benito y, sobre todo. San Lorenzo; en La Paz, por la cara exterior de la iglesia de San Domingo y, mejor aún, por la fastuosa fachada de San Francisco, un elaborado tejido de piedra, imponente y leve a la vez. Los nombres del criollo Bernardo de Rojas y de los mestizos Agustín y José Chavarría, constituyen el pináculo expresivo en la materia junto al de los canteros indios Sebastián de la Cruz y José Condori.

La Casa de la Moneda, en Potosí, el edificio más importante y digno de cuantos se construyeron durante el Coloniaje en el Alto Perú, es más bien neoclásico o, más precisamente, escorialesco.

La escultura, ejecutada siempre como parte del diseño integral de la arquitectura. tiene, en Luis Niño y en Diego Quispe, pintores además, y en Lázaro Coro, una representación de indudable jerarquía.

Empero, es en la pintura donde se percibe, con mayor diafanidad, la parcelación del estilo barroco-mestizo en distintas escuelas provinciales: La Paz, Potosí y Chuquisaca principalmente. Diego Quispe, desde el Cuzco, singulariza su carácter, y Javier de Cuenca y Leonardo Flores, en La Paz, le confieren algunos de sus rasgos más apreciables. Este último, sobre todo, se relleva, señero, por la seguridad de su trazo, el equilibrio de la composición, el brillo audaz de los colores y, en no menor grado, por haber avanzado, al escoger sus temas, en ese medio campo entre confesional y secular, en el que tan diestramente se movieron los grandes maestros del Renacimiento. La “Parábola del Rico Epulón y del Pobrè Lázaro”, actualmente en la Iglesia de San Pedro, es el más típico de sus trabajos.

La obra, vasta y meritoria, de las distintas escuelas barroco-mestizas del territorio charquino, ha sido un tanto ensombrecida por la presencia contemporánea del mayor de los pintores altoperuanos, el cochabambino Melchor Pérez Holguín. Este, dueño de un equipaje técnico que no admite paralelo en el ámbito colonial, no puede, sin embargo, ser clasificado dentro del barroco-mestizo y menos aún encasillado en una u otra de las escuelas provinciales a las que este dio lugar. Su estilo arranca de Rivera, el “Españoleto” en última instancia y. más inmediatamente, de Zurbarán, seguidor de aquel, y forma instancia aparte.

Las obras de Agustín Chávez y Juan Pineda, con el sello de lo altoperuano, la retorcida ebullencia del barroco y la gracia densa de lo mestizo, elevaron la platería del período a la categoría de lo artístico.

---

En materia musical, Juan de Araujo, compositor de Chuquisaca, ha dejado el recuerdo de algunos villancicos, no precisamente navideños, que los entendidos aprecian altamente.

El folklore, de acuerdo con las más apretadas aproximaciones que es posible escarbando en una y otra fuente de consulta, dio en aquellos años. la creación propia, hecho que se explica, además, por el mismo ordenamiento producido a causa de la consolidación económica y social colonial. Esa creación propia tiene, en la mayoría de los casos, una intención ridiculizadora de los usos y las costumbres del hombre blanco, pequeña revancha que el indio se tomó por todo lo que le era debido. Los auki-aukis, danzas de viejos enchambergados. de luengas barbas y que arrastran los pies debido al peso de los años; los huaca-tokoris, remedos de las corridas de toros y las "morenadas", reminiscentes de la esclavitud negra, pertenecen a ese género. Más agudo aún es el llamado "baile de la venganza", casi desaparecido hoy, en el que unos soldados cubiertos de armaduras, gordos traficantes enharinados y secos doctrineros de sobrepelliz, son vencidos, en los pasos finales de una complicada coreografía, por unos indios que aún llevan el faldellín incaico.

Hay folkloristas que fechan por entonces el nacimiento de "La Diablada". Su inspiración primigenia parece haber sido un auto sacramental que, con el correr de los años, se ha depurado y enriquecido hasta concluir en una parábola acerca de la eterna lucha entre las fuerzas del bien y las del mal, llena de color y de fuerza.

No puede, casi dudarse que el cuarteamiento del Alto Perú en grandes unidades provinciales más o menos autosuficientes, tuvo una gran influencia en el folklore. Resulta lógico deducir que el campesino, estrechado dentro de esas grandes unidades y cada vez más falto, por lo tanto. de una comunicación integral, acabó desarrollando, en cada una, un tipo de folklore propio y distinto. Hay, pues, buenas razones para adscribir al período, el nacimiento del folklore de rasgos provinciales.

## VI

Alrededor del tercer decenio del siglo XVIII. la minería peruana estaba en el punto más bajo de la curva descendente iniciada cuarenta años antes, lo que, como es natural, tuvo una serie de repercusiones ,todas concatenadas entre sí. El comercio exterior se paralizó, el interno quedó reducido a un mínimo, los precios cayeron a los más bajos niveles conocidos y los medios de pago empezaron a desaparecer.

Ese estado de cosas, a más de otras de menor importancia tuvo tres consecuencias visibles: fue conmovida la consistencia de las grandes unidades provinciales, lo que hizo al latifundio el heredero de sus características de autosuficiencia; se profundizó la división entre el país urbano y el país rural y, lo que es igualmente importante, el cuadro social, completado con la emergencia de criollos y mestizos, resultó estratificado en una pirámide de afilado extremo y ancha base.

---

En ese afilado extremo se empinaban las clases dominantes. Primero, la Corona, representada, en lo político, por la burocracia peninsular y, en lo económico, por los agentes del monopolio y los concesionarios de impuestos y “estancos”. Segundo, con la Iglesia por delante, los españoles propietarios de tierras, de minas y de “obrajes”. Tercero, los propietarios criollos.

En el largo trecho medio de la pirámide e igualmente divididos en diversas capas, se contaban las clases medias: criollos incrustados en la burocracia local, sin tierras, minas, ni “obrajes”; criollos y mestizos dedicados al sacerdocio, las armas, las profesiones liberales y el comercio minorista; mestizos que vivían del comercio al detalle o de las artesanías.

La ancha base de la pirámide, totalmente nativa, admitía, también, una estamentación. En primer término se debe contar a los comunarios cuyos ayllus habían sobrevivido a la Conquista y al Coloniaje, pero que, en el hecho, eran colonos de la Corona; en segundo lugar, a los colonos de los latifundistas españoles, criollos e, inclusive, nativos, a cuya obligación de trabajar la tierra se añadía el pongueaje; y, por último, a los yanaconas no absorbidos por los latifundios.

Las relaciones entre los diversos niveles de esa pirámide se desenvolvían de acuerdo a las contradicciones propias de toda diferenciación social, pero esas contradicciones se hallaban limitadas en su operabilidad, por la interrelación de intereses derivados, tanto de la situación colonial como de la división del país urbano y el país rural, por los prejuicios étnicos y por los reflejos de origen religioso, de tal manera que sólo el campesinado podía destrozar la pirámide sin perder nada en cambio, aunque carecía de la capacidad necesaria para hacerlo.

El juego de esas contradicciones y limitaciones entramadas, a partir del tercer decenio del siglo XVII, en un estático equilibrio que iba a prolongarse hasta principios del siglo XIX, configuran una sociedad que atraviesa un período de anquilosamiento, del que no puede salir por sí misma y que espera, para evolucionar o revolucionar, la intrusión de un agente exterior de agitación o destrucción.

Durante casi todo el período de anquilosamiento, pareció que el agente exterior capaz de destruir el estático equilibrio del orden colonial, sería Inglaterra. Existían varios motivos de antigua data que se profundizaban con el correr de los años.

El régimen del monopolio impuesto por la Corona había privado a la burguesía inglesa, primero mercantil y luego industrial, del mercado americano donde podía colocar sus manufacturas a cambio de metales preciosos, y, de esa manera, la puso en la disyuntiva de romper ese monopolio o resignarse al enanismo.

Los ingleses, naturalmente, optaron por el rompimiento del monopolio y su audacia en ese empeño, se hizo mayor a medida que España, en su larga

---

decadencia, perdía la capacidad de controlar el Atlántico. Lo hicieron, en lo que respecta al Alto Perú, primero, a través de las colonias portuguesas, empujando las incursiones de mamelucos y bandeirantes o usando la colonia de Sacramento, como un gran puesto de intercambio. Más tarde, luego de imponerse a España en las llamadas guerras de sucesión”, difundiendo la idea emancipadora y obligando a los vencidos a aceptar la presencia de un almacén flotante frente a Buenos Aires. Como resultado, se creó, en ese puerto, una burguesía mercantil necesitada de la libertad de comercio. la economía altooperuana fue re-orientada hacia el río de La Plata y acabaron liquidados los “obrajes” paceños y cochabambinos.

Las guerras de sucesión acabaron con la entronización de los Borbones en el trono español. Estos, más progresistas que los Habsburgos, escogieron, como ministros, a personajes de pensamiento liberal. Uno de ellos, Pedro Pablo de Aranda, motorizó la expulsión de los jesuitas de España y sus colonias, con lo que la Corona recuperó el dominio efectivo de grandes extensiones territoriales, pero, al mismo tiempo, se desmoronó el edificio productivo misional.

Las preocupaciones coloniales de los Borbones se concretaron en diversas disposiciones inspiradas por dos objetivos maestros: efectivizar el drenaje de la riqueza americana y, con ese fin, centralizar el aparato burocrático peninsular.

El primero fue procurando ajustar los mecanismos tributarios y aflojando algunas de las trabas impuestas sobre el comercio interno y externo; el segundo, mediante la creación de dos nuevos virrey-natos: el de Nueva Granada y el del Río de la Plata, dividiendo esos virreynatos en Intendencia y organizando una fuerza militar permanente integrada por soldados regulares y por milicianos que debían ser provistos por las diversas instituciones urbanas.

La Audiencia de Charcas fue trasladada al virreynato del Río de la Plata. De esa manera, se sacrificó la lógica geográfica y étnica que la unía con el Bajo Perú a la lógica económica que había reatado su producción exportable al intercambio vía Buenos Aires. Quedó, así, con la configuración geográfica que debía haberla acompañado al nacer a la vida independiente, unos tres millones de kilómetros cuadrados.

## VII

El empobrecimiento y la parcelación consiguiente de la economía altooperuana, junto con provocar el anquilosamiento del orden social colonial, completaron la decadencia de una cultura cuyo vigoroso poder creativo había sido probado, entre otras expresiones menos singulares, por la magnificencia del barroco mestizo.

Esa decadencia se manifestó, no solo por la disminución en la calidad y la cantidad de obras producidas, como es usual en casos similares, sino, también, curiosamente, en su secularización. La prominencia de los grandes latifundistas cuyo

---

horizonte espiritual no iba más allá de su predio, la expulsión de los inquietos jesuitas y las nuevas influencias creadas por la apertura de las colonias a los ciudadanos de otros países además de España, pueden, muy bien, haber sido los motivos de ese fenómeno.

En el campo del pensamiento, el hecho de mayor relevancia producido durante el período, fue la creación de la Academia Carolina de Chuquisaca, aprobada por Real Cédula de 1780, donde los practicantes juristas todos, ensayaban y profundizaban sus conocimientos mediante el debate.

El ingreso estaba naturalmente restringido ya que despuntaba al cabo de una larga serie de obstáculos iniciados a las puertas de la educación básica, y el iniciado, para optar a un lugar en la “cámara”, estaba obligado a jurar fidelidad al Rey y obediencia a las autoridades. Sin embargo, el poderoso estimulante constituido siempre por la confrontación de las ideas, tenía necesariamente, que empujar a los académicos a la investigación de todas las doctrinas entonces en boga, incluso de aquellas que orillaban el terreno vedado por la Corona y por la Iglesia. Es así que las teorías liberales promovidas por la emergencia de la burguesía en el orden mundial, después de haber penetrado en la propia España y haber contribuido a la reorientación impresa por los Borbones en su política peninsular y americana, se filtraron en Chuquisaca, en la Academia, y, desde la Academia, donde figuraban jóvenes criollos de varios países, a medio continente.

Uno de los vehículos de esa irradiación fue, naturalmente, el libro, circunstancia que permite ubicar uno de los centros más importantes del pensamiento liberal en la biblioteca que poseía, en Chuquisaca. el canónigo Matías Terrazas, hombre de espíritu renacentista y mentalidad inquieta. Allí, una u otra vez, acudieron gentes como Juan José Castelli, Bernardo Monteagudo, José Antonio Medina, Jaime Zudáñez, Basilio Catacora, Mariano Alejo Alvarez, Mariano Moreno, Manuel Rodríguez de Quiroga, cuyos nombres iban a llenar la crónica de la Independencia americana en el Río de la Plata, el Bajo Perú y hasta el Ecuador.

Las autoridades peninsulares, por mucho que algunas holgaran en su estudio, tenían sobrado motivo para recelar de las teorías promovidas por la burguesía. Los burgueses europeos, salidos de las clases medias urbanas, sin títulos de nobleza y postergados, dentro del orden feudal, a la condición de “tercer estado”, luchaban por contratar, comprar y vender sin restricciones; por ampliar sus perspectivas de mejora convirtiendo en consumidores a la inmensa masa de siervos encerrada en los ámbitos autónomos de los castillos feudales; por substituir las contingencias del capricho real por un orden de derecho que les permitiera planificar su futuro sabiendo a que atenerse y, en última instancia, por el control del poder político, único medio para realizar y perpetuar todas esas aspiraciones.

Creían en un universo racional gobernado por sus propias normas inmutables, en la solución de los problemas de la conciencia humana mediante la razón, en que nada existe sin un motivo de ser. Pensaban, como Adan Smith y David Ricardo, que el

---

valor de un bien cualquiera es resultante del trabajo únicamente y que la economía funciona en obediencia a ciertas leyes que regulan su desenvolvimiento y corrigen, en forma automática, sus anomalías, bases de las que deducían el imperativo de la libre empresa.

Los enciclopedistas: Diderot, D'Alambert, Condorcet, entre otros, proyectaron esos postulados al campo de la política. Según ellos, todo individuo nace con ciertos derechos inalienables, como el derecho a la libertad sobre todo, que le son inherentes e indispensables. Consecuentemente, todos los individuos son iguales, la sociedad es una organización puesta al servicio de sus componentes y el poder político debe emanar de la voluntad de esos componentes.

El liberalismo, en suma, cuestionaba, desde sus raíces, el pensamiento tradicionalista que había informado el orden feudal durante algo más de mil años y pugnaba por liquidar la estructura económica y el edificio político consecuente, nacidos de ese orden.

El estudio de la filosofía alcanzó figuración en el Alto Perú, gracias a José Aguilar, exégeta de la escolástica. El de la divulgación científica, donde la secularización es más notoria, destacó la figura polifacética de Pedro Nolasco Crespo, médico frustrado por falta de medios, que incursionó en la biología, la física, la metalurgia y, lo que constituye su mayor mérito, en el estudio de las propiedades medicinales de las plantas americanas ya usadas por los aymaras y los quechuas. Sus trabajos en ese orden, abrieron el camino para la investigación de la medicina nativa que, recorrido más tarde por una serie de estudiosos a cuya cabeza está el francés Martín Delgar, habría de concluir en un aporte más de los americanos al progreso de la civilización occidental.

Las descripciones, en este caso de mayor rigor científico, relievan los nombres de dos exponentes importantes, seculares ambos: Francisco de Viedma, que dejó una interesante relación sobre el oriente alto peruano, y Tadeo Haenke, un naturalista austriaco que recorrió el Perú con la expedición científica de Alejandro Malespina, se enamoró de la tierra y radicó en ella hasta su muerte. Escribió una "Introducción a la Historia Natural de Cochabamba", cuyo mérito es indudable, y varias monografías de menor vuelo pero similar importancia.

Entre los descriptores es imposible dejar de mencionar a Antonio de Ulloa y Jorge Juan, autores de unas "Noticias Secretas de América", escritas durante su recorrido continental con la expedición de La Condamine, y que constituyen, por sus datos, sus cifras, sus hechos, la requisitoria más objetiva y, por lo tanto, más grave, contra el régimen colonial español.

Los historiadores derivaron hacia la especialización local. Juan del Pino se preocupó de Potosí y Cosme Bueno de Chuquisaca. Destaca, sin embargo, Pedro Vicente Cañete y Domínguez con una "Historia Geográfica, Física, Civil y Legal del

---

Gobierno e Intendencia de Potosí”, más notable por su monumentalidad y su detallismo, que por su estilo, pesadamente barroco, publicada en 1787.

La literatura, más sensible a las fluctuaciones determinadas por la media del ocio creativo y la generosidad de los mecenas, entró en hibernación.

En lo que a las artes se refiere, el panorama no es tan desolador gracias al patronazgo de la Iglesia y de algunos poderosos latifundistas, aunque lo es bastante. En el campo de la arquitectura, el barroco mestizo, exigente y expansivo, agonizó un tiempo y cedió el paso, por completo, al neoclásico, menos moroso y más barato, cuyos mejores exponentes, en lo civil, son las casas de los marqueses de Villaverde y de los condes de Arana en La Paz, y, en lo religioso, la catedral de Potosí, obra del lego franciscano Manuel de Sanahuja.

Gaspar Berrío, en la pintura, prolongó un tanto la gloria del barroco mestizo, combinándolo con el dominio técnico heredado de Pérez Holguín, para acabar en una síntesis de rasgos propios, notable por sus contrastes cromáticos y la introducción del sobredorado. Más cercano al maestro, Nicolás Cruz se relieves, sin embargo, por la audacia de su colorido. Ambrosio Villarreal, por su parte, inició, desde Chuquisaca el movimiento neoclásico altooperuano con algunas figuras sagradas de rasgos aéreos.

La escultura declinó más marcadamente aún. Sólo en el repujado de la plata se continuó trabajando con obras que conservan su encanto a través de los años, aunque no el nombre de los artífices que las crearon.

Dos cultores: el maestro mestizo Juan Butrón en La Paz y Manuel Mesa y Carrizo en Chuquisaca, confinados ambos a los temas religiosos, mantuvieron y legaron la tradición musical heredada de otros períodos anteriores.

El folklore, por el contrario, continuó desarrollando y vigorizando sus caracteres regionales gracias al aislamiento. Lo copiado perdió, paulatinamente, su vinculación con el original, en tanto que, como lógica medida de reafirmación, lo tradicional se refinaba e idealizaba proporcionalmente. Lo creado, al mismo tiempo, se enriqueció con la adaptación de la escala musical de siete notas y la transformación de los instrumentos usados por los colonizadores de acuerdo con las necesidades expresivas de lo autóctono. El charango, verbigracia, es una mandolina transformada por el cambio de la caja resonante de madera con la caparazón del quirquincho.

## VIII

Las recurrentes tensiones entre España e Inglaterra se agravaron a principios de 1779 y la Corona se vio obligada a decretar un aumento en los gravámenes que pesaban sobre sus colonias. El descontento afloró en consecuencia y se expendió con tal rapidez que, en el momento, parecía que la imprudencia real podría constituirse en

---

el factor externo capaz de destruir el pesado edificio de contradicciones y limitaciones en que había acabado por convertirse el orden colonial en el Perú.

Los primeros en pasar del descontento a la rebelión fueron los mestizos paceños al mando de Eugenio Quispe y José Chino, reviviendo el viejo “cabildo abierto” -Los imitaron, el 10 de febrero de 1781, los orureños, dirigidos por Sebastián Pagador que, en principio, se adueñó de la ciudad, pero, al fin, acabó vencido por el engaño más que por las armas. Y, por último, pasaron a la acción los tupiceños inspirados por la prédica de Luis Lasso de la Vega.

Los campesinos, más afectados aún que los mestizos, tampoco permanecieron de brazos cruzados. Poco después de la rebelión paceña, los chayanteños adscritos a la mita en el complejo minero de Aullagas, impusieron, por la fuerza, como curaca de la zona, a uno de sus más decididos defensores: Tomás Catari.

Tomás era parte de una inmensa red conspirativa que abarcaba los dos Perús y estaba tejida por José Gabriel Tupaj Amaru, último descendiente de los Incas.

Este proclamó la insurrección en noviembre de 1870 y, en principio, obtuvo algunas victorias que hubieran podido aprovechar mejor. Luego, Tomás Catan resultó asesinado y sus hermanos, Dámaso y Nicolás, avanzaron sobre Chuquisaca.

Ambas noticias movilizaron a los virreyes de Lima y Buenos Aires que enviaron tropas y armas a fin de coger la insurrección en tenaza. El intervalo, hasta la llegada de esas armas y tropas, fue también el mejor momento para los rebeldes. Los Catan cercaron Chuquisaca y Julián Apaza, llamado Tupaj Catan, se alzó en Sica-Sica, llegó a dominar Carangas, Pacajes, Qmasuyos y los Yungas y tendió un anillo alrededor de La Paz.

La llegada de las tropas limeñas y platenses al teatro del conflicto, invirtió el sentido del cuadro. Dámaso y Nicolás Catari fueron, derrotados y Tupaj Amaru, no sólo derrotado, sino preso, juzgado y muerto por tormento.

La tenaza empezaba a apretar. Los remanentes de las fuerzas de Tupaj Amaru, después de capturar Sorata, se unieron a Tupaj Catan, que fracasó en el intento de tomar La Paz, anegándola con las aguas embalsadas del Chacaltaya, y tuvo que retirarse.

Entonces los brazos de la tenaza acabaron por unirse. Algunos lugartenientes de Tupaj Catan fueron derrotados y otros emblandecidos con el espejismo de unas negociaciones de paz. El mismo Tupaj, traicionado, acabó preso en Achacachi y atormentado también, como Tupaj Amaru, junto a su esposa y compañera Bartolina Sisa.



---

Las causas de la derrota de los campesinos, al igual que las de los mestizos, se encuentran en las limitaciones que habían detenido en el anquilosamiento el juego de las contradicciones propias de la pirámide social colonial.

Los mestizos se hallaban predestinados a la frustración, primero, por los prejuicios étnicos que ponían en su contra a las clases dominantes e incluso a los criollos de las clases medias, y, segundo, por su incapacidad, como parte del país urbano, para entenderse y hacer causa común con los campesinos. Estos, a su vez, no podían devolver su fluidez al juego de las contradicciones sociales debido a su aislamiento en el país rural y a la adversidad instintiva de todos los demás estamentos sociales, cuya existencia misma dependía de su explotación.

## IX

La victoria debía haber solidificado el dominio colonial, pero no fue así, al contrario. Los acontecimientos empezaron a cobrar velocidad tanto en el mundo cuanto en el mismo Perú.

En 1789 estalló la Revolución Francesa y las ideas liberales fueron puestas en acción. Los Derechos del Hombre, traducidos por el bogotano Mariño, y los conceptos de libertad, igualdad y fraternidad, ganaron carta de ciudadanía común. Los españoles empezaron a dividirse entre liberales y conservadores: partidarios del orden tradicional tal como era entendido por el pensamiento cristiano, y los criollos radicados en la península, ganados por el ejemplo de los propios españoles, no sólo se embanderizaban, formaban logias de tipo masónico tal como lo hablan hecho los revolucionarios franceses. El caraqueño Francisco de Miranda, un hombre de dispares cualidades, grandes sueños y existencia aventurera, creó la más importante. En ella, una u otra vez, juraron Simón Bolívar y José de San Martín.

A fines del siglo XVIII, la errática política exterior española se anudó en una alianza dependiente de Francia. Los ingleses derrotaron a la escuadra española en San Vicente, capturaron Trinidad y revitalizaron sus esfuerzos para incitar a los americanos a la rebelión.

En 1802 se produjo la crisis de azogue y la minería platera del Alto Perú entró en agonía. Tres años más tarde, una prolongada sequía llegó a su punto álgido y hubo hambre. En ese ambiente se descubrieron varias nuevas conspiraciones. El nombre de Pedro Domingo Murillo, acusado de organizar una de ellas en La Paz, sonó, por primera vez, en la larga crónica de las luchas por la libertad americana.

En 1806, Miranda, ayudado por los ingleses, desembarcó en Coro, pero fue vencido. Con esa experiencia, sus inspiradores decidieron tentar la suerte por sí mismos y organizaron dos invasiones a Buenos Aires, la una, mandada por el almirante Beresford y la otra por el general Whitelocke. Las dos se dieron la cara con

---

el fracaso. Los porteños querían, ciertamente, comerciar con Inglaterra pero no sujetarse a ella.

X

El breve pentodo que media entre las grandes sublevaciones campesinas y el año 1809, cuando el orden colonial empieza a cuartearse para terminar hecho pedazos, refleja, en el ámbito de la cultura, la importancia de las ideas liberales dentro del proceso preparatorio de la lucha independista.

Ya el año 1779, un desconocido jurista había sostenido ante los tribunales chuquisaqueños que la Ley, para regir, necesitaba el consenso popular previo. La idea fue desarrollada, en 1797, por el fiscal Victoriano Villalba que, en sus "Apuntes para una Reforma", postulaba la delimitación de derechos y deberes entre gobernantes y gobernados.

Ambos incidentes no ocultaban ningún propósito subversivo. Buscaban, como lo había hecho Aranda, una modificación del régimen para evitar su colapso. Pero la distinción fue salvada muy pronto y nada menos que por un sacerdote, José Antonio Medina. En el curso de un debate que se ha hecho célebre, no sólo condenó el absolutismo real calificándolo como despotismo insolente", sino, lo que es aún más digno-de relieve, profetizó la proximidad de la revolución, inteligentada que le valió el confinamiento en el curato de Sica-Sica.

Dos discípulos de Matías Terrazas; Moreno y Monteagudo, puestos en la escabrosa tarea de aplicar el pensamiento liberal a la realidad que los rodeaba, produjeron, con alguna diferencia cronológica, un Discurso sobre la Mita" y un "Diálogo en el Elíseo entre Atahualpa y Fernando VII", de neto corte jacobino.

Dentro de ese ambiente aparecieron los primeros periódicos en el virreynato del Río de La Plata: el "Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico" y el "Semanario de Agricultura, Industria y Comercio", expresión de una alianza entre los grandes ganaderos de la provincia bonaerense y la burguesía comercial asentada en el puerto, cada vez más poderosa y naturalmente orientada hacia la libertad de comercio o en otras palabras, contra el monopolio peninsular.

Del postulado económico a la Instrumentación política no había más que un solo paso y lo dio un altoperuano: Aniceto Padilla. Su periódico, "La Estrella del Sur", estaba dedicado íntegramente a la causa de la Independencia. La influencia que ejerció es difícil da evaluar a menos que se adopte, como medida, la enorme preminencia moral que iba a alcanzar en los destinos del virreynato.

La literatura pasquinesca es otra muestra, de menor jerarquía pero más difundida y sabrosa, del fermento causado por el pensamiento liberal. Los libelos, pasquines y caramillos, escritos a mano, que aparecían en las mañanas pegados a los

---

edificios centrales de las poblaciones, tuvieron una importancia que no es difícil apreciar. Difundieron las ideas que, al principio, eran patrimonio de los menos y generalizaron un estado de conciencia. Es cierto que los romanos renacentistas habían inventado el género empapelando la estatua del modesto Pashquino, pero fueron los americanos, en todo el continente, quienes lo llevaron a su más alto grado de ingenio y eficacia.

Ninguna de las muestras de la literatura pasquinesca llegada hasta nuestros días contiene una exposición doctrinaria, una divulgación sistematizada o, al menos, una interpretación de la realidad de los hechos cotidianos de esa realidad informada o ilustrada por el pensamiento liberal. Pero, en la mayoría, resuena, Inconfundible, el eco de las frases hechas con que ese pensamiento se vulgarizó, en sus países de origen, al transformarse en una herramienta de lucha popular.

Debido a su practicidad inmediata, el pasquín se ciñó, con mayor estrechez que el ensayo o la prensa, a los altibajos del acontecer diario. A la primera y entusiasta oleada de pasquines producida, alrededor de 1780, por el alza de los impuestos y que llegó a contrastar el “viva la ley” y la pureza de María” con un rotundo “muera el Rey”, le siguió una etapa de relativo adormecimiento, roto, alrededor de 1804 por el descontento producido a causa de la sequía y del hambre, que alcanzó su mayor intensidad al año siguiente.

Esa segunda pleamar, de la que fueron activos promotores los complotados del Cuzco y de La Paz, con Carlos Tovar y el propio Murillo entre los más hábiles y productivos, es menos exaltada y difusa que la primera, pero más concreta, más densa intelectualmente. El descubrimiento de la conspiración, en 1805, le impuso una nueva pausa, mucho más breve que veinticuatro años antes. El desboque de los acontecimientos históricos en 1809, iba a redespertar una tercera pleamar mucho más importante.

La difusión del pensamiento liberal en la universidad, el foro, las tertulias, las hojas periódicas extranjeras y los pasquines, no dejó de hallar su réplica. Cañete y Domínguez abandonó el estudio pacífico de la historia potosina y se lanzó de lleno a una carrera de panfletario, el más destacado y vigoroso de los conservadores apegados a las ideas tradicionalistas.

La historia no recibió otro aporte de nota que dos “Diarios” sobre el cerco de La Paz. El primero de ellos pertenece al propio Sebastián Segurola, que comandó la defensa, y el segundo, todavía inédito, a Tadeo Diez de Medina, el juez que condenó a Tupaj Catan a morir descuartizado. Las descripciones ofrecen un panorama todavía más árido. No sobrevive ninguna a menos que se considere, dentro del género, el “Lazarillo de Ciegos Caminantes” de Calixto Bustamante, “Concolocorvo”, destinado a uso de los viajeros que recorrían el continente, Y. en lo que hace a la literatura propiamente dicha, la aridez llega a su totalidad.

---

Las artes, por lo menos la pintura, más barata, resistieron mejor los efectos del empobrecimiento general gracias al patronazgo de la Iglesia. Sobresale el pacheño Diego del Carpio y el chuquisaqueño Manuel de Oquendo, cultores del neoclasicismo.

La música mereció la mejor parte del patronazgo eclesiástico. Apareció un neoclásico nativo, el chuquisaqueño Julián de Vargas y la polifonía fue fomentada por los padres de la iglesia de San Felipe, recopiladores, también de lo que se había producido durante el largo coloniaje.

El folklore, a causa de la derrota de los Catan y de los Amaru, se replegó en sí mismo, hoscamente, mientras los hechos de los caudillos rebeldes entraban en la leyenda a través de la troya. Fue el vencedor de esos caudillos, paradójicamente, el que aportó algo al folklore de esos años. Los aymaras, desde tiempos inmemoriales, solían ofrecer miniaturas al dios de la abundancia, el ekeko, a fin de propiciarlo por la vía de la magia simpática, y esa costumbre persistió a través del Incario, la Conquista y la Colonia. Seguro, para celebrar su victoria, dispuso, el 24 de enero de 1789, que las “cuerdas” o comparsas de jóvenes criollos que homenajearon a Nuestra Señora de La Paz, patrona del día, se enmascararan y ofrecieran chucherías baratas a las gentes reunidas en la plaza mayor. Esa disposición, convertida en costumbre, conjugó al cabo, el homenaje al ekeko con el comercio de miniaturas y nacieron las alasitas.

## UNA OPORTUNIDAD PERDIDA

|

Al cabo, el agente exterior que deshizo el anquilosamiento colonial, no fue Inglaterra ni los mayores impuestos, sino Francia o, más exactamente, Napoleón, su emperador.

Armó una pequeña comedia de presiones con el Rey Carlos VI y pudo vanagloriarse de haber puesto en el trono español a su hermano José Bonaparte sin disparar un tiro. Los tiros vinieron después. El pueblo de la península se levantó como un solo hombre desde los Pirineos hasta Portugal.

El levantamiento fue canalizado a través de unas Juntas locales, popularmente elegidas y que acabaron centralizándose en una Junta Nacional, sita en Cádiz. Para los absolutistas, esas Juntas actuaban, únicamente, como depositarias del poder real; para los liberales, constituían el germen de una monarquía constitucional sujeta a la voluntad del pueblo.

La noticia, cuando llegó a Charcas, dividió a las autoridades. El Presidente de la Audiencia, Ramón García Pizarro y el Arzobispo, Benito Moxó, querían reconocer a la Junta gaditana, pero los Oidores se oponían. La llegada de un enviado de esa Junta, el brigadier José Manuel de Goyeneche, en noviembre de 1808, precipitó la crisis. Los españoles, puestos en una disyuntiva sin beneficio, se paralizaron; los

---

criollos conservadores siguieron el ejemplo de los españoles, los criollos liberales se agruparon en torno al Cabildo y a la Academia Carolina listos para la acción. La actitud de los Oidores de mantenerse fieles a un gobierno que ya no existía, era más conducente a sus aspiraciones autonomistas que la de Pizarro y Moxó, favorable a un gobierno que, aún surgido de la voluntad del pueblo español, significaba la continuidad del dominio extranjero.

Pizarro y Moxó tropezaron de error en error hasta caer en el mayor de todos. El 25 de mayo de 1809, el primero de la Audiencia ordenó el apresamiento de los Oidores y de los cabildantes. Estos, previamente enterados, desaparecieron, con excepción de Jaime Zudáñez que se dejó prender con gran escándalo.

Ese escándalo degeneró en motín. Hubo dos muertos y varios heridos. Pizarro fue detenido y renunciado, Moxó se dio a la fuga y la Audiencia se proclamó Gobernadora en nombre de Fernando VII, el hijo de Carlos VI.

Los criollos liberales habían logrado el acceso al poder. Los moderados que había entre ellos no aspiraban a más; los jacobinos aquellos capaces de continuar la lucha a fin de concretar un cambio de estructuras económicas sociales y políticas, una revolución, como Monteagudo por ejemplo, fueron alejados, sutilmente, con el nombramiento de delegados de la Audiencia Gobernadora ante las varias Intendencias altoperuanas.

El cambio de estructuras, la revolución, había de producirse en La Paz. Los liberales paceños, sólidamente agrupados, venían conspirando desde mucho tiempo antes. Entre ellos, unos eran moderados, como Pedro José Indaburu: otros jacobinos, al igual que Medina, el doctrinero confinado por sus ataques contra el derecho divino de los reyes. Pedro Domingo Murillo, un pragmático, fue elegido como su jefe, una suerte de compromiso tácito entre los puntos de vista de unos y de otros.

La diferencia la hizo el pueblo con su presencia creadora. Llamado a “cabildo abierto” el 16 de julio, entre otras cosas, impuso la adscripción de dos jacobinos al Cabildo: Basilio Catacora y Gregorio García Lanza, obligó a renunciar al Intendente y al Obispo, quemó los comprobantes de las deudas al Fisco y abolió los impuestos y los “estancos”.

El 18, convocado de nuevo por los jacobinos, creó una Junta Tuitiva presidida por Murillo y a la que fueron incorporados dos representantes campesinos, adelantó la promesa de redistribuir la tierra y envió delegados a todo el territorio de la Audiencia para reclamar apoyo. Se había conquistado un gobierno elegido por el pueblo y ese gobierno se hallaba empeñado en la traslación del poder económico. Esos hechos fueron fisonomizados el día 27, por una Proclama, salida de la pluma de Medina, estatuyendo la independencia sin ambaje alguno.

Era la revolución. Los jacobinos habían logrado sus objetivos pero, al mismo tiempo, descubierto sus intenciones, y todos los damnificados abrieron los ojos. El

---

virrey de Lima ordenó a Goyeneche, entonces en Puno, que avanzara sobre La Paz y el de Buenos Aires nombró un nuevo Presidente para la Audiencia de Charcas, el mariscal Antonio Nieto. El intendente de Potosí, Francisco de Paula Sanz, por su parte, preparó su avance por el camino de la coca. Con el descubrimiento de sus intenciones, la revolución paceña había sido puesta en una disyuntiva: extenderse o perecer.

No pudo extenderse. Los delegados enviados a reclamar apoyo volvieron con las manos vacías, en tanto que Goyeneche avanzaba al mando de 5.000 hombres. Con esos dos hechos, la reacción cobró vuelo, los moderados, en buena parte, empezaron a retroceder y los jacobinos se vieron paulatinamente aislados.

Murillo hizo lo que pudo para evitar el desastre, sacrificando lo supérfluo a fin de conservar lo esencial; pero sus medidas no satisficieron a los jacobinos ni a los conservadores aliados con los moderados y resultó apresado por sus propios amigos.

La división interna facilitó el ingreso victorioso de Goyeneche a La Paz, sin otro esfuerzo que una escaramuza librada con la retaguardia de las escasas fuerzas con que los jacobinos se retiraban a los Yungas con la esperanza de continuar la lucha desde allí.

Se enjuició a todos los actores de los hechos de Chuquisaca y La Paz. La mayoría, en la sede de la Audiencia, fue condenada a penas de prisión y destierro; en La Paz, a muerte. El 28 de enero de 1810, Murillo y los suyos acabaron ahorcados.

El orden colonial, empero, no había sido restablecido del todo. Juan Manuel Cáceres, uno de los campesinos adscritos a la Junta Tuitiva, huyó hacia el lago Titicaca y levantó en armas a los suyos; los restos de las tropas huidas a los Yungas se agruparon a órdenes de Lorenzo Abril y un prófugo de Chuquisaca, Manuel Ascencio Padilla, buscó refugio entre los combativos hijos de Chayanta y se dio a la tarea de organizarlos militarmente.

## II

El 25 de mayo de 1810 se levantó Buenos Aires. Era un movimiento motorizado por la alianza de ganaderos y burgueses soldada tiempo antes gracias a la común aspiración de comerciar libremente con todos los países del mundo. A la cabeza, figuraban varios exalumnos de la Academia Carolina, jacobinos como Castelli, Moreno y Pasco, y moderados como Cornelio Saavedra.

Sus esfuerzos desembocaron en la creación de una Junta Gobernadora en “cabildo abierto”, cuya aparición significó la emergencia, en el continente, de dos polos de atracción políticamente opuestos. Ambos proclamaban su fidelidad a Fernando VII; pero uno, Buenos Aires, donde el poder había surgido del voto popular, representaba los principios liberales, en tanto que el otro, Lima, donde el poder había sido

---

designado por el Rey, abanderaba los ideales absolutistas. El Alto Perú, situado en el centro, iba a convertirse en el teatro natural de su conflagración.

La Junta Gobernadora de Buenos Aires, con el objeto explícito de liberar el Alto Perú, y, tácito, de hacerse con la plata potosina tan necesaria para su comercio exterior, envió tres ejércitos al Alto Perú.

El primero lo mandaba Castelli. Su aproximación determinó el alzamiento de Cochabamba, el 14 de septiembre de 1810, dirigido por Esteban Arze, Melchor Guzmán y Francisco del Rivero: el de Santa Cruz unos días después, y, finalmente, el de Oruro.

Castelli obtuvo una primera victoria en Suipacha, lo que decidió a los potosinos a seguir el ejemplo de cochabambinos, cruceños y orureños, e hizo que las autoridades de Chuquisaca reconocieran a la Junta de Buenos Aires.

El carácter de esos pronunciamientos, reducidos al país urbano, fue dado por la aparición protagónica de criollos con tierras como del Rivero, naturalmente orientados hacia el liberalismo moderado y para quienes tenía que resultar atractiva la idea de capturar el poder mediante una transacción puramente política que no pusiera en riesgo sus privilegios.

Las cosas, sin embargo, no iban a salir conforme a sus deseos. Castelli chocó con ellos, un choque clásico entre moderados y jacobinos sobre el uso del poder. Reunido, en Chuquisaca, con Monteagudo y Cáceres, ordenó la ejecución de las autoridades reales en represalia por la muerte de los protomártires paceños, dispuso la confiscación de los bienes de los peninsulares más activos y decretó la igualdad jurídica del indio. Los moderados, afectados, sobre todo, por esa última medida, iniciaron una larga maniobra para abandonarlo primero y aliarse con los conservadores después.

El 20 de junio, en Guaqui, se libró la batalla decisiva. Castelli, no pudo emplear la totalidad de las tropas de que disponía y fue batido. Sus saldos, días más tarde, recibieron dos golpes más, con lo cual tuvieron que optar por la retirada.

La derrota importó la reposición de las autoridades absolutistas en todo el territorio de la Audiencia. El criollismo latifundista, con escasas excepciones, se plegó a Goyeneche ultimando su alianza con los conservadores. Aún para los liberales moderados que había entre ellos, el control del poder era, naturalmente, una aspiración subsidiaria al imperativo de conservar sus tierras y de mantener a los indios en servidumbre.

Sólo el país rural continuó luchando. Cáceres asoló Tiquina y avanzó sobre La Paz. Baltasar Cárdenas se organizó en Mizque, Timoteo Callisaya levantó Tomina, Abril se preparó para un asalto sobre Irupana y Padilla apareció en las serranías de Chataquilla cercanas a Chuquisaca. Arze, por su parte, levantó a los campesinos de

---

Cliza, tomó Cochabamba y, con esa base, avanzó sobre Oruro que se le rindió.

Goyeneche tuvo que abandonar la intención de avanzar él mismo sobre el territorio dominado por la Junta de Buenos Aires y contentarse con enviar su vanguardia, mientras hacía frente a la desconcertante situación que se le había presentado a sus espaldas.

El segundo ejército porteño estaba al mando de Manuel Belgrano. Derrotó la vanguardia de Goyeneche en Tucumán y Salta, y traspuso la frontera. Goyeneche, por su parte, se replegó a Oruro, lo que indujo una nueva ola de levantamientos pro-juntistas en Santa Cruz, Potosí y Chuquisaca. No eran, sin embargo, los criollos con tierras quienes asumían las responsabilidades, sino criollos sin tierras y mestizos.

Belgrano no pudo, como quería, incorporar campesinos a su ejército debido a la violenta oposición de los criollos y aún de los mestizos potosinos. En cambio, reconociendo la importancia que habían asumido las guerrillas, las incorporó a su designio estratégico reconociendo grados a algunos jefes como Cárdenas y Padilla, y enviando, donde otros, a oficiales de su confianza: Manuel Uriondo a Tarija, Antonio Alvares de Arenales —que había luchado en el levantamiento chuquisaqueño de 1809— a Cochabamba, e Ignacio Warnes a Santa Cruz.

Mientras, en el sur del continente, las fichas aparecían dispuestas para una nueva jugada decisiva, en el norte, Cartagena, Bolívar, junto con Miranda, lanzó su famoso Manifiesto proclamando la independencia, el primer pronunciamiento categórico producido desde la revolución paceña.

Goyeneche renunció y fue reemplazado por José Joaquín de la Pezuela. Este sorprendió a Belgrano en Vilcapugio y lo venció, El jefe porteño retrocedió para recuperarse, pero antes de que pudiera hacerlo del todo. Pezuela volvió a derrotarlo en Ayohuma obligándolo a repasar la frontera. El país urbano, por segunda y definitiva vez, volvió al dominio absolutista, Pezuela, decidido, como Goyeneche antes que él, a recuperar para el absolutismo todo el territorio platense, atravesó la frontera, tomó Jujuy, avanzó sobre Salta, pero las guerrillas, otra vez, volvieron a levantarse a sus espaldas, Arenales y Warnes obtuvieron una importante victoria en La Florida, y Padilla fue derrotado en Las Carretas, donde perdió la vida el poeta indio Juan Huallparimachi.

Pezuela advirtió el peligro de quedar separado de su base surperuana y volvió sobre sus pasos. Dos nuevos guerrilleros, Mariano Pinelo e Ildefonso de las Muñecas, doctrinero como Medina, tomaron La Paz, bien que brevemente.

A principios de 1815, derrotado Napoleón, Fernando VII recuperó el trono de España. Abolió la Constitución liberal aprobada durante su exilio, y ordenó apresar y juzgar a todos los que la apoyaran. Ese abrupto retorno al absolutismo, tuvo consecuencias, tanto en la propia España como en sus colonias.



---

Ahondó la separación entre los españoles. Unos, los conservadores: la nobleza, el alto clero y los propietarios, se alinearon junto al Rey con parte del ejército; otros, los liberales, apoyados por las clases medias y la mayoría de las fuerzas irregulares que habían combatido a Napoleón, levantaron el estandarte de la monarquía constitucional. Y puso a los americanos en la disyuntiva de aceptar el absolutismo o desconocer al Rey.

Es en esas circunstancias que Buenos Aires decidió enviar al Alto Perú una tercera expedición del general José Rondeau, que avanzó hacia Chuquisaca. Para retorzarse, pidió a los guerrilleros afectos que se le reunieran en el valle de Cochabamba; pero cuando sus órdenes hubieron sido cumplidas, los ofendió tonta e innecesariamente.

Gran parte de las guerrillas se volvió a sus bases y, con un ejército debilitado por la falta de cohesión, Rondeau fue derrotado en Viloma.

El país urbano no se había movido a su llegada. Los liberales moderados, criollos y mestizos, estaban resignados al dominio absolutista; los liberales jacobinos habían muerto, se hallaban en el exilio o combatían entre las guerrillas.

### III

La derrota de Rondeau dejó el Alto Perú librado a su suerte. El absolutismo limeño dominaba, sin disputa, el país urbano; pero, en el país rural, campeaban varias grandes guerrillas más o menos escalonadas a lo largo del camino de la plata: Muñecas: Eusebio Lira y Miquel García Lanza; Warnes; Betanzos, Uriondo y el “moto” Méndez y Camargo.

Esas grandes guerrillas actuaban movidas por dos objetivos esenciales: la libertad y la tierra, en ese orden. Sus jefes habían tomado las armas inspirados por los anhelos emancipadores pero sus contingentes, campesinos en su mayor parte, luchaban para cambiar su situación de servidumbre por la tierra que había sido de sus abuelos.

Rondeau, una vez pasada la frontera, quiso enmendar el error cometido en la víspera de la batalla de Viloma y, con ese objeto, escribió a Padilla. Este, en una seca comunicación, le respondió que el Alto Perú, es decir los propios guerrilleros, no continuaban dispuestos a luchar por los porteños sino por sí mismos.

Esa comunicación es un gozne de la mayor importancia en el curso histórico del Alto Perú. Demuestra que la actitud de Rondeau para con los guerrilleros había roto los lazos que unían Buenos Aires con el país rural tan seguramente como la decadencia de la minería platera y las inclinaciones jacobinas de Castelli y de Belgrano los habían roto antes en lo que se refiere al país urbano.

---

Por otra parte, aún más relevante, era indicativa de que el país rural, puesto en la alternativa de aceptar el absolutismo o desconocer al Rey, había optado, contrariamente al país urbano, por desconocer al Rey. De esa manera, la guerra entre absolutistas y juntistas empezó a convertirse en una guerra entre realistas y patriotas.

Pezuela, animado por su victoria sobre Rondeau, insistió en la idea de invadir el territorio platense; pero, con la experiencia de lo que le había sucedido anteriormente, decidió, primero, limpiar sus espaldas. Dejó Chuquisaca bajo la guarnición de José Santos La Hera, adelantó a Pedro Antonio de Olañeta hasta Cotagaita, confió La Paz al cuidado de Juan Ramírez y envió a Francisco Aguilera hasta Santa Cruz.

Ramírez, Aguilera y Olañeta, a su vez, subdividieron sus respectivas fuerzas a fin de cubrir las zonas que se les había asignado con una espesa telaraña donde creían poder atrapar, inevitablemente, a sus adversarios. Era una sólida concepción estratégica y operó en gran medida.

Era el año 1816. En principio, las guerrillas obtuvieron algunas victorias: Camargo en Uturngo. Padilla en La Laguna y Tarabuco, y Muñecas en Huancané; pero, el mes de abril, se cambiaron las tornas. Camargo resultó derrotado y muerto en Arpayá.

Pezuela fue ascendido al virreynato de Lima y dejó a Juan Ramírez en su reemplazo temporal. Contemporáneamente aparecieron guerrillas indias en Vilaya, Vitichi, Puna y San Lucas, un refuerzo en el cuadro general que, por desgracia, no detuvo el contraste. Muñecas fue derrotado en Colocolo y asesinado poco después.

El mes de julio, los representantes de las provincias componentes del antiguo virreynato del Río de la Plata se reunieron en Tucumán y proclamaron la independencia. Nació, así, un nuevo país, las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Poco después Uriondo fue cercado y derrotado en La Yesera, y Padilla, puesto en la necesidad de licenciar parte de sus tropas a causa de la proximidad de la cosecha, acabó muerto en El Vilar. Los guerrilleros del sur, sin amilanarse por ese contraste, tentaron la toma de Tarija, solo para ser vencidos en Guerrahuaico.

En noviembre, para remplazar a Ramírez, fue nombrado el general José de la Serna, que arribó al Alto Perú acompañado de varios oficiales españoles. La Serna, como la mayoría de esos oficiales, había luchado, en la península, junto al pueblo, contra la invasión napoleónica y poseía las ideas liberales que motorizaron ese esfuerzo. Su presencia, consecuentemente importó al seno de las fuerzas realistas, la misma división entre absolutistas y liberales que asolaba España.

El ritmo de la lucha, empero, continuó invariable. Aguilera, en la batalla de El Pan, puso fin a la vida de Warnes.

---

Esa pérdida, añadida a las de Muñecas, Camargo y Padilla, es decir, a la de la mayoría de los grandes caudillos a los cuales se debía la prelación del objetivo libertad sobre el objetivo tierra, modificó substancialmente, la orientación de las guerrillas altoperuanas. Fueron sacudidos por mestizos e indios puros, salidos de las filas combatientes y, por lo tanto, más atentos a la conquista de la tierra que a la obtención de la libertad. Ocupaban ya determinadas extensiones y, naturalmente, su preocupación prioritaria consistía en conservarlas y administrarlas de modo que les proporcionaran los alimentos que necesitaban para subsistir, lo que alteró en concordancia, sus conceptos tácticos. Abandonaron, poco a poco, la disputa por los centros urbanos y el hostigamiento de las comunicaciones realistas, para concretarse a defender lo suyo.

A partir de mediados de 1817, la presencia de San Martín en Chile y la posibilidad de su avance sobre el Perú, obligó a Pezuela a depletar, progresivamente, las tropas realistas altoperuanas e hizo que La Serna, cada vez con mayor precisión abandonara la esperanza de reconquistar las áreas ocupadas por las guerrillas.

Los guerrilleros indios de los pequeños valles de La Loma y San Francisco recibieron la promesa de respetar las tierras que había ocupado. El "moto" Méndez, herido en una escaramuza, se retiró a San Lorenzo, meses después de la retoma de La Tablada, Eusebio Fernández acabó dueño de Ayopaya y Lanza de Inquisivi. Cambiaron las autoridades, eximieron a los campesinos del "tributo" y redistribuyeron la tierra entre los suyos.

En el hecho, pues, se fue configurando una suerte de statu quo tácito por el que los realistas se redujeron a los núcleos básicos de su antiguo dominio, en tanto que las guerrillas poseían y trabajaban las tierras que habían conquistado.

A partir de 1820, la suerte de España en América se fue definiendo desfavorablemente. Mientras Bolívar, vencedor en Boyacá, entraba en la capital de Colombia y San Martín ultimaba los preparativos para invadir el Bajo Perú, una fuerza de 20,000 hombres que estaba en Cádiz lista para ser embarcada hacia América, se sublevó bajo la influencia de las ideas liberales. Fernando VII se vio obligado a jurar la Constitución de 1812, los partidarios de la monarquía constitucional asumieron el poder y se profundizó la amarga división existente entre los liberales y los conservadores españoles no sólo en la península, sino, también, en América.

El mes de octubre, Pezuela, cumpliendo instrucciones del nuevo gobierno español, ordenó jurar la Constitución de 1812, un hecho que enconó a los absolutistas y no satisfizo a los liberales. Tres meses más tarde, las tropas realistas concentradas en el valle de Aznapugio, cerca de Lima, renunciaron al virrey y eligieron a La Serna en su reemplazo. Este puso a Jerónimo Valdés a cargo del Alto Perú y olvidó a Olañeta, absolutista convencido.

La victoria de los liberales y el resentimiento de los absolutistas, no fueron, empero, las únicas consecuencias del motín de Aznapugio. Contribuyó a estabilizar el

---

statu quo existente entre realistas y patriotas en el Alto Perú. Aquellos debilitados en ánimo y número, abandonaron los bordes indefinidos de su dominio y los guerrilleros, por su parte, consolidaron sus ocupaciones. Gobernaban y administraban las tierras por las que habían combatido, las sembraban y cosechaban, se habían liberado del colonato, de la mita, de los impuestos... En suma y para todos los efectos prácticos, habían triunfado.

El 1º de enero de 1822, el país urbano tuvo su oportunidad para decidirse. Casimiro Hoyos sublevó la guarnición de Potosí y proclamó la Independencia del Alto Perú. Una alianza de españoles y criollos propietarios lo debilitó primero y determinó, después, su derrota.

Bolívar y San Martín se entrevistaron en Quito durante el mes de octubre. El Libertador del sur, enfermo y desalentado, decidió dejar al Libertador del norte, un continente en el que ya no cabían los dos.

#### IV

A partir de 1823, los acontecimientos desatados, en España, por la invasión napoleónica, entraron en una fase definitiva. Los conservadores decidieron alzarse contra el poder legítimo, crearon una llamada Regencia en la ciudad de Urgel y, entre otras varias cosas, reclamaron la adhesión de los oficiales realistas en América, Olañeta entre otros.

En tanto que este rumiaba una decisión, se produjeron tres acontecimientos importantes. Andrés de Santa Cruz intentó, sin éxito, la liberación del Alto Perú por el norte, Bolívar entró en Lima donde fue proclamado Director Supremo y Fernando VII huyó de Madrid a Urgel.

Esto último, fue, sin duda, determinante. A principios de 1824, Olañeta pasó su Rubicón y se plegó al absolutismo desconociendo la autoridad del virrey. Una de sus primeras medidas consistió en reemplazar al Presidente de la Audiencia y a los Oidores con adictos suyos, Manuel María Urcullo entre otros. Su secretario y sobrino, Casimiro, se constituyó en el poder detrás de esa maniobra.

Casimiro, Urcullo y los otros Oidores olañenistas pertenecían, en general, al criollismo latifundista. Su encumbramiento dentro de la alianza conservadora de españoles y criollos propietarios que venía operando desde la derrota de Belgrano, los convirtió en la representación política de estos últimos y los puso en la necesidad de escoger entre prolongar su adhesión al realismo o cambiar de bando.

Con las Provincias Unidas firmemente independizadas, Bolívar en Lima y el ejército español dividido por la defección de Olañeta, la suerte del realismo estaba sellada. Para el latifundismo altoperuano, en consecuencia, la prolongación de su realismo, importaba la derrota y, naturalmente, la pérdida de sus privilegios.

---

Olañeta envió a Casimiro a Buenos Aires con el encargo de comprar armas y éste aprovechó el viaje, no para intentar el cambio, sino, más timorato que prudente, para poner un pie en cada uno de los dos bandos en conflicto. Primero, buscó a Lanza y a Méndez para convencerlos de que era un patriota; luego, estableció contacto con Mariano Serrano, hombre de su misma filiación y que oficiaba como secretario de la gobernación de Salta para que le hiciera la misma presentación ante las autoridades platenses y, por último, una vez llegado a Buenos Aires, se dirigió, por carta, al propio Bolívar, pintando a su tío como a un patriota alzado contra la autoridad real y asimismo como a la influencia que había decidido ese alzamiento.

Las tropas virreinales, comandadas por Valdez, estaban todavía maniobrándose en busca de Olañeta, cuando les llegó la noticia de que Bolívar había vencido en Junín. El Libertador, en la Proclama emitida con motivo de esa victoria, anunció que “das grandes ejércitos hostigan a los españoles en el Perú, el Ejército Unido —se refería al que manda él mismo— y el ejército del bravo Olañeta”. La aseveración no era cierta. Olañeta pensaba en todo menos en plegarse a Bolívar, pero la carta escrita por Casimiro en Buenos Aires, había tenido la virtud de confundir al Libertador.

La derrota de Junín obligó a Valdés a concertar un armisticio con Olañeta, dejándolo como dueño del Alto Perú. Este, de inmediato, nombró a oficiales de su confianza como autoridades de las distintas ciudades altoperuanas.

Esos oficiales, en su totalidad, eran de origen americano y producto de las fuerzas regulares que constituían, tradicionalmente, el aparato coercitivo del dominio colonial español. Procedían de las clases dominantes y de las clases medias; pero el largo ejercicio de la fuerza, el hecho de haber convertido ese ejercicio en un modo de vida, los hábitos castrenses y el aislamiento respecto de la sociedad que es propio de toda fuerza combatiente, habían acabado por definirlos como un estamento social aparte, con intereses propios, la autopreservación el primero de ellos.

El 9 de diciembre, Sucre derrotó a La Serna en Ayacucho. El virrey firmó una Capitulación comprometiéndose, en nombre de todas sus fuerzas, a abandonar la lucha. La independencia del Bajo Perú quedó, de esa manera, consolidada. En todo el continente solo quedaba Olañeta sosteniendo la causa realista.

Este se situó en la orilla altoperuana del Desaguadero en tanto que Sucre lo hacía en la bajoperuana. El vencedor de Ayacucho se hallaba en un dilema. El Alto Perú no conservaba ningún vínculo con las Provincias Unidas del Río de La Plata, pero les pertenecía legalmente en virtud de la doctrina del *uti possidetis juris* de 1810, adelantada por Bolívar; conservaba, con el Bajo Perú, sus viejos vínculos étnicos, pero reducidos al país rural en tanto que los legales estaban rotos y los económicos se habían debilitado en el largo proceso aislacionista ocurrido con la declinación de la minería potosina. En cambio, la lucha contra el realismo había desarrollado un fuerte sentimiento independista tanto en el país rural como en las clases medias del país

---

urbano.

Sucre apreciaba todos esos factores. Había llegado a la conclusión de que “los altoperuanos no quieren ser sino de si mismos” y, dentro de ese temperamento, tenía preparado el borrador de la convocatoria a elecciones para una Asamblea Constituyente. Comprendía, sin embargo, que intervenir personalmente en favor de la independización altoperuana, podía provocar reacción en Lima y Buenos Aires. Puesto en esa alternativa esperaba una decisión de Bolívar.

El mes de enero de 1825, los oficiales que había dejado Olañeta a cargo de las distintas ciudades altoperuanas, empezaron a defecionar. El 2 en Valle Grande, el 23 en Cochabamba y el 24 en Santa Cruz. El 25, como un paréntesis dentro de esa corriente, Lanza ocupó La Paz, el único, entre todos, que tenía, para ese efecto, el indiscutible derecho que le daba su insobornable y heroica tradición independista.

Recién entonces Casimiro y los suyos decidieron poner los dos pies en el bando vencedor. En el hecho, estaban obligados a hacerlo si no querían ser superados en la competencia del poder, por los liberales representados por Lanza o el estamento militar ya enquistado en las administraciones provinciales. Dentro de esa competencia, faltos de tuerza y siendo, como eran, comensales de última hora, necesitaban apoyarse en Sucre y lograr que Sucre los apoyara.

Casimiro se presentó al vencedor de Ayacucho llevando, como tarjeta de Introducción, una información circunstanciada acerca de las fuerzas realistas, sus planes y sus disposiciones. Era atrayente, fácil de palabra y fértil en recursos, y no le fue difícil ganarse la confianza del vencedor de Ayacucho que, como todos los hombres rectos, estaba siempre dispuesto a creer en la rectitud de los demás. Así empezó el gran escamoteo.

Sucre pasó el Desaguadero. El 9 de febrero, desde La Paz, lanzó el decreto que tenía preparado convocando a una Asamblea encargada de decidir la suerte del Alto Perú. Ese decreto, por una parte, importaba el reconocimiento del derecho de autodeterminación de los altoperuanos; por otra, reducía las facultades de elegir y de ser elegidos a la posesión de una renta, Con su dictación se puso la base para la independencia del Alto Perú, pero, al mismo tiempo, se dejó su destino en manos de las clases dominantes, nacidas durante el Coloniaje e interesadas, consiguientemente, en la conservación de la estructura económica y social creada por la dominación española. En ello estaba la mano de Casimiro y los suyos, y fue el segundo paso del gran escamoteo.

La llegada de Sucre al mando del Ejército Unido precipitó las últimas defecciones de los oficiales de Olañeta en las distintas poblaciones altoperuanas. El 22 en Chuquisaca y, a poco, Tarija, Cinti y Charcas. De esa manera, mientras el latifundismo se preparaba para asumir el poder por la vía del derecho, el estamento castrense lo hacía por la del hecho. Fue una circunstancia influyente. Sirvió para evitar, con excepción de Lanza, la eventual intrusión, en el país urbano de las

---

guerrillas, expresión política del país rural. Fue el tercer paso del gran escamoteo.

Las fuerzas de Olañeta habían quedado reducidas a 1.300 hombres, dueños, solo, de la tierra que hollaban sus caballos. El último oficial olañetista en defeccionar, José de Medinacelli, fue también el que acabó con ellas. En Falsuri, el 22 de abril Olañeta resultó muerto.

Bolívar era renuente a tomar, respecto del Alto Perú, disposición alguna que pudiera resultar perjudicial para el Bajo Perú, que le había confiado su destino y, en ese sentido, escribió a Sucre. Este, para su suerte, recibió el inesperado refuerzo de Arenales. El viejo guerrillero llegó al Alto Perú como delegado de las Provincias Unidas y asumió la responsabilidad de presionar en favor de la Asamblea Constituyente.

El 1º de junio se reunió, por fin, esa Asamblea. No estaba, ciertamente, a la altura de su cometido. La generación jacobina de 1809, había sido sacrificada en el patíbulo o aventada por las vicisitudes de la larga contienda; los grandes caudillos, criollos y mestizos, con excepción de Lanza, estaban muertos en una u otra esquina del dilatado Alto Perú, y los guerrilleros mestizos y campesinos no tenían derecho a elegir ni a ser elegidos a esa reunión.

La gran mayoría de los cuarenta y ocho representantes, habían vivido del régimen colonial español y lo habían servido. Como Casimiro y los suyos, eran latifundistas cuya existencia en cuanto clase, dependía de la explotación del trabajo campesino y cuya vigencia política colgaba de las bayonetas de una fuerza de coerción extranjera. El gran escamoteo se había consumado.

El 8 de agosto de 1825. se votó y, en una última rueda, la unanimidad se pronunció en favor de la independencia. Los primeros en luchar por ella, eran los últimos en conseguirla.

## V

Los diez y seis años invertidos en la conquista de la independencia, fueron, culturalmente, casi del todo estériles, excepción hecha de quienes eran parte de la lucha y producían para promover sus intereses.

El bando realista se vio apoyado por un ideólogo tradicionalista de nota: Vicente Cañete. Enquistado en la dirección de la Universidad chuquisaqueña, se empeñó en extirpar las ideas liberales y revertir las tendencias que habían alumbrado el nacimiento de la generación jacobina. Y lo logró. Casimiro Olañeta, Urcullo, Serrano, fueron su obra.

El bando patriota resultó más fecundo. Son varios los nombres de los

---

pensadores que aplicaron las teorías liberales a las circunstancias de su tiempo y su lugar, y que, por la continuidad de su actuación, se repiten durante la lucha. La obra escrita de Medina durante la Revolución de julio de 1809 en La Paz, especialmente la Proclama emitida el 27 de agosto, tuvieron una influencia claramente visible en la formación intelectual de los combatientes independistas posteriores, de Cáceres en adelante, y no sólo en el Alto Perú. Monteagudo maduró desde el “Diálogo en el Eliseo” hasta convertirse en el doctrinario principal del panamericanismo bolivariano, después del mismo Bolívar, con su “Ensayo sobre la Federación Americana”. Aniceto Padilla, después de cerrar “La Estrella del Sur”, aportó decisivamente a la creación del periodismo en Chile y dio contenido teórico a los esfuerzos militares realizados, en ese país, por los hermanos Carrera y el legendario guerrillero Manuel Rodríguez. Vicente Pasos Kanki, otra estelar figura altooperuana, contribuyó, desde la “Crónica Argentina”, a derrotar las iniciativas monárquicas de algunos congresistas tucumanos el año 1816, y, lo que es más, escribió el primer estudio sociológico platense, al modo de Montesquieu: “Cartas sobre las Provincias Unidas del Río de la Plata”.

La utilidad de los pasquines persistió durante todo el período de la lucha independista, encapsulando las ideas liberales y definiendo la filiación de sus autores. Los que aparecieron en La Paz antes del estallido revolucionario de 1809, reflejan, mejor que nada, la división ideológica surgida entre los conspiradores agrupados alrededor de Murillo. Unos están dirigidos contra los excesos de la dominación española y otros contra la dominación española misma, y la diferencia es altamente notoria. Los primeros reiteran su adhesión a Fernando VII y no van más allá de proponer el cambio de las autoridades locales: “Viva el monarca de España en el Imperio y sus dominios. Fenezca el mal gobierno y todos los chapetones los segundos con uno u otro argumento, cuestionan la autoridad real y sostienen la necesidad de sustituirla por otra, nacida del pueblo: “La España no existe ni los reyes. Es preciso que conozcamos nuestros derechos de separarnos y aglutinar-nos con un Código de Leyes mejores... que sólo miren la felicidad de nuestra Patria, la América del Sur, la libertad, la igualdad y el adelanto en la ilustración”.

En materia histórica, no pueden dejar de mencionarse las relaciones que los hechos inspiraron a sus actores o a sus testigos. Sobre la revolución paceña, Dámaso Bilbao La Vieja dejó unos cortos “Apuntes que abarcan, además, varios años posteriores y Tomás Cotera —tal vez un seudónimo—, Patiño y Ortiz de Ariñez, unos “Diarios” que, después de su publicación años más tarde, han servido como referencia para varios historiadores. El “Diario” de Cotera, si bien es intencionado y no siempre exacto, tiene sabor y chispa.

La guerra misma fue, naturalmente, más propicia en lo que a relaciones se refiere. Del bando realista, las “Memorias para la Historia de las Armas Españolas en el Perú” de García Camba, constituyen la fuente documental más completa sobre los episodios de la lucha altooperuana y, sobre todo, sobre la actividad de las guerrillas. En el bando patriota, las “Memorias” de Manuel Sánchez de Velasco, cumplen casi la misma función. El “Diario” del tambor mayor Vargas, referido a una de las fracciones de la guerrilla de Ayopaya, es inapreciable si se quiere penetrar en la vida diaria de los



---

combatientes del país rural. Las Memorias Póstumas del general platense José María Paz, resultan válidas para la historiación de las expediciones juntistas al Alto Perú y el detalle militar de sus acciones, aunque la tendencia antiliberal de su autor las ha convertido en una referencia obligada para todos los interesados en justificar el abandono de la lucha independista por parte del país urbano, con el pretexto de los excesos de las fuerzas porteñas.

En otro plano, los “Recuerdos” del general Francisco Burdett O’Connor y las “Memorias del general Juan Miller, bolivarianos ambos, arrojan luz sobre los hechos ocurridos desde que Sucre entró en la escena altooperuana —el primero se prolonga muchos años más—, en tanto que los Apuntes para la Historia del Alto Perú, hoy Bolivia, por unos Patriotas”, que se deben a la pluma de Urcullo, devuelven esos hechos a la sombra, o por lo menos, tratan de hacerlo. Los “Apuntes”, que muchos historiadores han seguido ciegamente, no son más que una deliberada distorsión de la realidad hecha para justificar y aún enaltecer la actuación de Casimiro y su grupo durante las febriles semanas en las que se decidió la autonomía altooperuana.

Bolivia emergió del Coloniaje con un medio por ciento de alfabetos en el país rural y no más de un quince por ciento en el país urbano, sin industria y con un comercio apenas competitivo. La prensa, dentro de esas condiciones, nació condenada al enanismo y necesariamente dependiente de quienes, gobierno o particulares, podían darse el lujo de subvencionar una publicación. Y como nadie, ni particulares ni el gobierno, tenían disposición a subvencionar nada que no les fuera útil, además de enana y dependiente, resultó políticamente intencionada.

La primera imprenta altooperuana fue llevada a Chuquisaca por Castelli —hay autores que la atribuyen a Belgrano— y, en élla, se publicaron, a partir de 1825, “La Gaceta de Chuquisaca” primero y “El Cóndor de Bolivia” más tarde. La “Gaceta”, al parecer, fue obra de Serrano y lleva el sello de su estilo vacío y redundante. “El Cóndor”, de mayor duración, era publicado por Olañeta y su grupo, y se redimió, en parte al menos, del pecado de pedantismo literario, gracias a las colaboraciones de Sucre y de algunos de sus asesores extranjeros.

El primer periódico, sin embargo, apareció en La Paz cuando Bolivia era todavía el Alto Perú, en febrero de 1825. Se llamaba “El Chuquisaqueño”, llegó a dos números y fue editado en la misma imprenta que Santa Cruz usó, durante su breve campaña del año 1823, para publicar “La Gaceta del Ejército Libertador del Sur”.

La épica guerrillera trascendió el ámbito puramente folklórico y produjo el primer trovador y poeta auténticamente indio: Juan Huallparimachi. El lugarteniente de Manuel Ascencio Padilla era quechua y es dudoso que supiera leer y escribir correctamente. Los escasos fragmentos que se conservan de su obra son, pues, traducciones y debe inferirse que han sido recogidas por terceros. Aún así, es fácil, puliendo la escoria añadida por esas dos circunstancias, descubrir el brillo y la belleza de las pequeñas obras maestras que hay debajo. Constituyen una comunión equilibrada entre la fantasía dulce, desatada por el sentimiento, propia del carácter

---

quechua y la vigorosa virilidad del combatiente y, por lo tanto, poseen todas las cualidades propias del romanticismo.

Es casi imposible trazar las influencias que hicieron de Huallparimachi un romántico cuando esa escuela no tenía aún cultores en el Alto Perú, el Bajo Perú o las Provincias Unidas y es bien posible que la obra de los románticos no hubiesen llegado al perdido rincón de La Laguna donde él luchaba y componía. Lo más probable es que llegara a serlo en forma natural, instintiva, por imperio de la intuición y del medio. De ser así, no habría más que convenir en una extraña coincidencia por la cual, mientras Byron, Keats, Lamartine y Víctor Hugo entre otros, paternizaban el romanticismo europeo, un hijo de los Incas hacía lo propio, independientemente, junto a las fogatas de la guerrilla lagunera.

El fenómeno no es imposible: imposible sería lo contrario. El romanticismo, un nieto legítimo de las trovas populares del medioevo, fue un modo de vida más que una escuela literaria, el triunfo del sentimiento sobre la razón. No hay motivo valedero para que Huallparimachi, trovero él mismo, producto de una raza cuyo arte tuvo siempre algo de romántico, sobrepusiera, al sentimiento, una razón que, en sus distintas proyecciones filosóficas, científicas y políticas, no había llegado hasta él.

El romanticismo de modelo europeo fue introducido en el Alto Perú por Bolívar, uno de los más encumbrados exponentes de esa escuela tanto en sus escritos políticos y literarios cuanto en su vida misma. Cuajé primero, otro fenómeno curioso, en el país rural. La bienvenida que le dio Choquehuanca entre Oruro y Potosí: "Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina", además de su valor literario, es del más puro corte romántico. El país urbano, por el contrario, dominado todavía intelectualmente por los discípulos del barroco Cañete y Domínguez, se iba a resistir algunos años más a la nueva influencia.

La esterilidad cultural de los años invertidos en la lucha independentista no oculta, sin embargo, la importancia decisiva, vital, que tuvieron. En esa lucha, junto con la autonomía de gobierno, se estaba decidiendo la fisonomía económica, social, política y, naturalmente, cultural que había de tener el Alto Perú una vez independizado

Varias fuerzas ebulleron en la competencia: los jacobinos, distinguidos por su confianza en el poder creativo del pueblo y por sus aspiraciones revolucionarias en lo que se refiere a la propiedad de la tierra y a la constitución del poder político; los grandes y pequeños guerrilleros, comprometidos a hacer del campesino un factor activo de la futura nacionalidad; el estamento castrense, de tendencias desconocidas y, por lo tanto, impredecibles, y el criollismo latifundista.

Hubo un momento estelar en que el Alto Perú tuvo su oportunidad. En el transcurso de ese momento, podían haber triunfado los jacobinos, los guerrilleros, los militares, y haber puesto sus ideas en acción. Pero el criollismo latifundista les ganó de mano.

## PARTE II: EPOCA DE LOS SEÑORES DE LA TIERRA

---

### LA CASI NADA

I

El Alto Perú, al nacer a la vida independiente, confrontaba dos grandes problemas. El primero de ellos, pura y simplemente, consistía en sobrevivir.

No estaba naciendo, al igual que otros países americanos, como prolongación natural de alguna de las grandes territorialidades coloniales autónomas largamente configuradas, y no poseía, por lo tanto, identidad internacional, económica ni política propias. El sentimiento independentista que lo había ganado, era de reciente data, y podía fecharse en la respuesta de Padilla a Rondeau, el año 1816, por lo que se refiere al país rural, y en el levantamiento potosino de Casimiro Hoyos, el año 1822, por lo tocante al país urbano. Y lo que es igualmente importante, desde un punto de vista geopolítico, existía en medio de dos parcialidades: las Provincias Unidas y el Perú, solamente a causa del temor que, cada una de ellas, tenía al fortalecimiento de la otra. Para sobrevivir, pues, precisaba hallar una identidad.

Era una República pero, ciertamente, no una Nación. El segundo de sus problemas, por lo tanto, radicaba en convertir una República en una Nación.

En virtud de la doctrina del *uti possidetis juris*, su dominio abarcaba toda la jurisdicción de la antigua Audiencia de Charcas más la provincia de Tarija, cuyos habitantes, a principios de junio, se habían pronunciado en favor de integrarse dentro de su soberanía. Ese dominio, sin embargo, estaba compuesto por cuatro regiones dramáticamente diferentes: el altiplano, los valles, los llanos y el Litoral. Lo poco que se había hecho, durante la Colonia, para vertebrarlas, habla sido casi liquidado por la guerra.

Por otra parte, poseía, más o menos, un millón y medio de habitantes que

---

formaban en cinco nacionalidades diferentes: blancos, mestizos, aymaras, quechuas y selváticos, cada una con una carga propia de desconfianzas y prejuicios, debido a la conformación étnica original del país y a las características de las conquistas incásica y española.

Y como para coronar todo ese desolado panorama, la Guerra de la Independencia, con sus diez y seis años de devastación, había profundizado la miseria resultante de la expulsión de los jesuitas, la crisis del azogue, la competencia de las mercaderías inglesas y la sequía del año 1805.

Esos hechos, sumados los unos a los otros, constituían el gran obstáculo para hacer de la nueva República una Nación verdadera. Porque una Nación no es un accidente geográfico o racial: es una comunidad cultural, económica, étnica, histórica y legal, vale decir, el producto de una voluntad colectiva, animada por un sentimiento social común.

Consecuentemente, para hacer de la nueva República una verdadera Nación, era necesario vertebrarla, conjugar el país urbano con el país rural, convertir el mestizaje en un denominador común e integrar a todos sus habitantes dentro de un solo ámbito económico, cultural y de derecho.

Era una tarea difícil pero no imposible. La Independencia no había abolido el régimen propietario impuesto por la Conquista. Lo que si había hecho, era interrumpir el drenaje de la riqueza alto peruana por la metrópoli, y, por esa vía, substituir la capa superior de las clases dominantes por el criollismo latifundista al que se aliaron, en condición de secundones, los grandes comerciantes y los dueños de minas y de “obrajes” todavía en funcionamiento.

Esa substitución, políticamente, se reflejaba en el reemplazo de la burocracia peninsular por la Asamblea y de la burocracia local por el estamento castrense. Por eso, al ganar el dominio de la Asamblea, el latifundismo había sumado el poder político a su poderío económico y asumido la responsabilidad de hacer de la nueva República una Nación verdadera.

No era el sector social más indicado para realizar esa tarea. Se había apoderado el aparato del Estado no para modificar una estructura económica y social de la que constituía el principal beneficiario, sino, todo lo contrario, para preservarla y fortalecerla. Vea la expansión caminera solamente en función de proveer a las poblaciones y de exportar minerales, poseía todos los prejuicios blancos heredados de los españoles, había cooperado a crear y mantener la oposición entre el campo y la ciudad, y, por último, dado que dependía de la explotación obediente y gratuita del trabajo de los campesinos, era instintivamente opuesto a la incorporación del país rural a la economía monetaria.

Lo que no pudo evitar, debido al vigor de las ideas que habían informado la lucha independista, fue la transformación superestructural de la fisonomía política del

---

Estado y aceptó, por ello, la democracia representativa.

La democracia representativa, empero, estaba en contradicción con sus intereses. El latifundismo constituía un sector numéricamente minoritario de la población y no estaba, por eso, en condiciones de reconocer el derecho de votar al campesinado ni a las clases medias, sin perder el poder político y, con él, sus privilegios económicos. Por eso, al convocar la Asamblea, se había reservado ese derecho mediante el simple recurso de limitarlo a quienes tuvieran una renta determinada.

El hecho tuvo varias consecuencias adicionales: el país rural quedó separado del país urbano también por factores políticos y las clases medias, los mestizos sobre todo, se vieron empujados a la violencia como único recurso para intervenir en la decisión de su destino.

La Asamblea, a más de firmar el Acta de la Independencia, acordó, entre otras medidas de menor importancia, dar al viejo Alto Perú el nombre de Bolívar y a Chuquisaca el de Sucre, y solicitar a los Libertadores la continuación de la ocupación grancolombiana, única fuerza con que contaba el latifundismo para respaldar el poder logrado.

Poco después llegó Bolívar. No sólo era grande como guerrero y como hombre, sino, también, como estadista. Estando todavía en La Paz, dictó tres decretos importantes. Por ellos, se estatizaba la propiedad de los españoles huidos; se entregaba tierras, por un tercio de su valor a quienes pudiesen pagarles y gratis a los campesinos y los trabajadores de minas y de “obrajes” y se revertían al Estado las concesiones mineras abandonadas.

Estos tres decretos convertían por sí solos, la Guerra de la Independencia en una revolución y echaban las bases para que la nueva República pudiera convertirse en una Nación verdadera. Tendían a legalizar las ocupaciones efectuadas por las guerrillas, convertir en obreros a los mitayos y yanaconas, hacer de la propiedad privada liberal el común denominador del régimen de tenencia de la tierra, incorporar a los campesinos a la economía monetaria y reactivar la minería. Con ello, subsidiariamente, se unificaba económicamente el país urbano con el país rural y se establecían los fundamentos económico-sociales de una verdadera democracia.

Llegado a Chuquisaca, completó esos decretos con tres más. El primero aplicaba a la instrucción pública las antiguas rentas eclesiásticas, el segundo creaba una escuela militar en Chuquisaca y el tercero abolía el “tributo” extendiendo a todos los ciudadanos, por igual, la obligación de contribuir al sostenimiento del Estado.

De esa manera, el Libertador buscaba poner la educación bajo el control estatal, iniciaba la formación de un ejército profesional y, finalmente, descargaba de los campesinos la obligación exclusiva de pagar por los servicios como la burocracia, el ejército y las obras públicas.

---

El 29 de diciembre delegó sus facultades en Sucre y, para el caso de faltar éste, en Santa Cruz, y se dispuso a volver al Perú. El latifundismo herido, respiró con alivio y se preparó a reponerse de los golpes que había recibido.

Sucre quedó encargado no sólo de la Presidencia de la República, sino, también, a pedido del Libertador, de alentar una federación de Bolivia con el Perú y la Gran Colombia. Era una empresa difícil. Los localismos peruano y argentino tenían que oponerse a ese proyecto, una pieza maestra en el sueño panamericano de Bolívar, alentando la agitación boliviana contra la ocupación de las fuerzas grancolombianas.

Bolívar envió a Sucre un decreto de la Asamblea del Perú reconociendo la independencia boliviana, un triunfo del principio de autodeterminación de los pueblos y un gesto sin el cual Bolivia no habría podido sostener considerarse soberana.

Para Olañeta y los suyos, esa era una preocupación secundaria. Primariamente, les interesaba asegurar su supervivencia como clase y recuperar sus privilegios. Empezaron por votar la suspensión de los decretos bolivarianos y, mediante una nueva piroeta política, se plegaron a la alianza antipanamericana ya establecida entre los agentes de los localismos peruano y argentino con el estamento castrense dueño del poder local.

Poco más tarde, lograron la nulificación permanente de los decretos ya suspendidos, exceptuando el reconocimiento de las ocupaciones de tierras, sin lo cual habrían despertado, en su contra, la temible ira de las guerrillas.

En coincidencia con el sellado de la alianza entre el latifundismo, el estamento castrense y los agentes peruanos y argentinos, estalló un motín en Chuquisaca, durante cuyas alternativas fue herido Sucre y resultó muerto Lanza. Agustín Gamarra, exponente militar del localismo peruano, se hizo presente en la frontera.

Sucre trató de ganar tiempo, pero el tiempo se le volvió en contra cuando Gamarra ocupó La Paz, Oruro y Cochabamba, colaborado por las tropas del coronel Pedro Blanco, muestra del estamento castrense.

Tuvo que delegar el mando en José María Pérez de Urdininea un oficial alto peruano que había luchado en las guerrillas del norte argentino y éste, con lágrimas en los ojos, firmó el Tratado de Piquiza comprometiéndose a la evacuación de las tropas grancolombianas, a convocar una Constituyente destinada a legalizar la renuncia de Sucre y a abolir la Constitución proyectada por Bolívar para la nueva República, que la Asamblea había aprobado ya.

II

---

El Congreso convocado por Urdinenea convino en la Presidencia de Santa Cruz, eligió, como Vicepresidente, a José Miguel de Velasco, antiguo lugarteniente de Lanza en la guerrilla de Ayopaya y ratificó el Tratado de Piquiza.

Gamarra, movido por la inminencia de una guerra entre el Perú y la Gran Colombia, abandonó territorio boliviano, pero no sin antes dejar dispuestos a los agentes bolivianos del localismo peruano para asaltar el poder y hacer, así, que Bolivia apoyara a su vecina con el conflicto con los colombianos.

Sus planes funcionaron suavemente al principio. Ramón de Loayza se apoderó de La Paz y Olañeta, desde el gabinete, declaró el estado de guerra con Colombia. La joven República, puesta, de esa manera en la grupa de un conflicto ajeno, tenía, necesariamente, que reaccionar movida por el primario instinto de su propia conservación o perecer, y reaccionó efectivamente. El resultado fue el nacimiento del localismo boliviano primer paso en el encuentro de una identidad nacional, cuya expresión resultó Velasco. Inspirado por las obvias necesidades de ahorrar las fuerzas de la joven República para la solución de sus propios problemas, sometió a Loayza por la persuasión y dejó que la declaratoria de guerra emitida por Olañeta cayera en el vacío.

El localismo peruano, sin embargo, no había jugado aún todas sus cartas. Mediante una maniobra sorpresiva e ilegal, logró que la Constituyente eligiera Presidente a Blanco, el cómplice boliviano de la invasión de Gamarra.

Blanco duró cinco días en el poder. Un motín dirigido por tres oficiales partidarios de Santa Cruz entre los que se hallaba José Ballivián, puso fin a su mandato y a su vida.

Velasco, en enero de 1829, restableció el orden de cosas determinado por el Congreso del año anterior y llamó a Santa Cruz.

Santa Cruz quiso que sus títulos a la Presidencia de la República fueran ratificados por Actas Populares labradas en todo el país y sólo cuando su deseo fue satisfecho gracias a un generalizado anhelo de paz y de orden, accedió a ocupar el puesto.

Tenía, entonces, 37 años. Había nacido en La Paz, hijo de José de Santa Cruz y Villavicencio y de Basilia Calahumana, hija del curaca de Huarina que reclamaba poseer, en sus venas, sangre de los Incas. Había militado, de joven, en las filas del realismo y, más tarde, en las independistas, donde hizo una rápida carrera a órdenes de San Martín y de Bolívar.

Era heredero legítimo del sueño panamericano de Bolívar. Todos y cada uno de sus actos de gobernante estuvieron dedicados al objetivo de la unión Perú-boliviana, parte de ese sueño, tal como lo revelan, lucidamente, ¡as tendencias maestras de su obra: consolidar su autoridad y su prestigio, forjar una herramienta

---

militar disciplinada y poderosa y vigorizar Bolivia a fin de revertir, respecto del Perú, la atracción natural que ejerce el más fuerte sobre el más débil.

Nombré, para cooperarlo, a gentes eficaces pero sin relieve personal, se atrajo a la Iglesia y mantuvo en suspenso la Constitución. Asumió la jefatura del ejército, reconoció grados a varios oficiales extranjeros como O'Connor y Otto Braun, fundé una fábrica de municiones y añadió a la voluntariedad, el servicio militar obligatorio por cupos provinciales. Fomentó la producción disminuyendo los impuestos y alentando un Arancel de tipo proteccionista. Fortaleció el puerto de Cobija declarándolo "libre" y desvalorizó la ley de la moneda.

Al cabo de dos años, juzgando que la República se hallaba lo suficientemente madura, formulé un proyecto de Constitución y puso en vigencia un grupo de Códigos que, con escasas modificaciones y adiciones, iba a subsistir en Bolivia mientras subsistieran, juntos, el armazón político liberal republicano y la estructura feudal heredada del Coloniaje sobre la que ese armazón se había edificado.

Ese conjunto de medidas acabó por satisfacer las necesidades que lo habían inspirado. Su importancia, empero, no radicaba solamente en ello, sino en la amplitud de su perspectiva y en la importancia de sus resultados. Embridó la anarquía; ordenó una serie de fuerzas primitivas y caóticas dentro de ciertos marcos institucionales que, con el correr del tiempo, estaban destinados a convertirse en un aglutinante social; sujeté el provincialismo, por lo menos en el orden del derecho, a la idea de Patria y acostumbré al país urbano a pensar en términos comunes. Creó, en suma, varios de los factores que contribuyeron a identificar la República' ayudando a que pudiera sobrevivir y, con ello, se constituyó en el gran arquitecto del estado semifeudal.

La Convención encargada de discutir la Constitución crucista se reunió en junio de 1831. Aprobó esa Constitución, elevó los Códigos a rango de leyes, reeligió a Santa Cruz y a Velasco y, entre otras medidas más, creó el Departamento de Tanja. Para ese entonces, Santa Cruz había vigorizado Bolivia lo suficientemente como para aprovechar la primera ocasión propicia de hacer realidad su sueño panamericano.

Esa ocasión no tardé en presentársele. José Luis de Orbegoso fue elegido Presidente del Perú, Gamarra se levantó en armas contra él y, después de una larga serie de vicisitudes ahondadas por la aparición de un tercer litigante: Felipe Santiago Salaverry, Orbegoso llamó en su auxilio al Presidente de los bolivianos. Bolivia, con una economía sana, las finanzas en orden y asentada sobre una larga temporada de paz política, se había convertido en una potencia sudamericana. Los términos de su fortaleza relativa con el Perú habían acabado por revertirse y ejercía ya una atracción incuestionable sobre el sur peruano.

El mes de junio de 1835, 4.500 soldados bolivianos pasaron la frontera peruana rumbo a lo desconocido. Era un ejército duro y combativo, con los mejores soldados de altura del continente y un brillante grupo de jefes, veteranos de muchas batallas. Constituía esa herramienta disciplinada y poderosa que Santa Cruz había



---

querido poseer desde su arribo a Bolivia; pero, al mismo tiempo, era una esponja que absorbía más de la capacidad impositiva total del país.

Orbegoso, tal como estaba convenido, traspasó a Santa Cruz las insignias del mando y emitió una convocatoria para la reunión de dos Asambleas, la primera representando al Estado del Centro y la segunda al Estado del Norte, encargadas de decidir, primero, su Federación y, luego, la Confederación con un tercer Estado, el del Sur, constituido por Bolivia.

Santa Cruz fue recibido triunfalmente en Arequipa donde se le plegaron dos divisiones peruanas, la segunda al mando del general Trinidad Morán. Con ellas y sus propias fuerzas, creó el Ejército Unido.

Gamarra, en vez de unirse a Salaverry como se lo aconsejaban las circunstancias, decidió dar batalla por su cuenta.

Santa Cruz no la rehusó. En agosto de 1835, ambos ejércitos se encontraron en Yanacocha, donde el Ejército Unido obtuvo su primera victoria. Gracias a ella, la Confederación ocupó el Cuzco y Ayacucho.

Salaverry perdió dos de sus tres columnas en maniobras inútiles. En enero de 1836 fue atraído a los llanos de Socabaya, donde se halló en inferioridad posicional y resultó batido. Tres semanas más tarde, un tribunal militar lo condenó a muerte y ordenó pasarlo por las armas.

Con el triunfo de Socabaya, Santa Cruz quedó dueño de todo el Perú. Se abocó, entonces, a la tarea de legalizar esa situación. Fueron reunidas las Asambleas de los tres Estados y las tres aprobaron la Confederación. Santa Cruz entró en Lima con el título de Protector Supremo.

El sueño de Bolívar y el largo esfuerzo del propio Santa Cruz parecían haberse completado. El Gran Perú, en el centro del continente, dentro de los viejos moldes imperiales aymara y quechua, pasaba a ser el ente político más poderoso y de mayor porvenir de toda la América de habla española.

No iba, empero, a subsistir. Había nacido con un pecado original: la sangre de dos ejércitos peruanos, estaba constituida sobre la división del Perú y descansaba en la supeditación de Bolivia, convertida en una minoría sin nombre, a pesar de sus esfuerzos. Se sostenía, por otra parte, gracias a la voluntad de un hombre solo, apoyado por un ejército que, al absorber una parte desproporcionada de su riqueza, no podía ser más que un gigante con pies de barro.

Así y todo, es posible que hubiera podido arraigar, con el transcurso del tiempo, debido a su unidad geográfica y étnica ancestrales, a las visibles posibilidades de su complementación económica y a la dedicación casi sobrehumana del Protector, de no haber despertado el recelo y la suspicacia de sus vecinos, Chile y la Argentina.

---

Chile reaccionó primero. Alentó a los emigrados peruanos adversos a la Confederación y ordenó una expedición sobre el Callao, contra la flota granperuana.

Santa Cruz hizo lo que pudo para evitar el conflicto y lo que pudo no era suficiente. El gobierno chileno le declaró la guerra. La Argentina, con ese ejemplo, movilizó sus fuerzas en dirección a Tupiza y Humahuaca.

Santa Cruz estaba obligado a replicar. Intendictó las comunicaciones con Chile y la Argentina y aumentó el ejército. A fin de sostenerlo, lo que constituía ya un esfuerzo tenso para la economía de los Estados confederados, tuvo que decretar una rebaja general de sueldos. Braun, con 2.000 hombres, fue enviado para contener a los argentinos.

De acuerdo con la declaratoria de guerra, una expedición chilena, comandada por el almirante Manuel Blanco Encalada, desembarcó en Anca con 3.000 hombres y un contingente peruano, y se internó en dirección a Arequipa. Había escogido mal su terreno. Contendía con una población hostil. Santa Cruz no tuvo más que cortar la retirada, equipar unas espontáneas guerrillas locales y esperar a que el tiempo hiciera su trabajo.

A mediados de noviembre, dos meses más tarde, ese ejército no era ni la sombra de sí mismo. Había perdido su fibra, su cohesión, estaba desmoronándose. Santa Cruz avanzó entonces y se posesionó de los llamados “balcones de Paucarpata”, unas estribaciones montañosas que dominaban el terreno.

Un hombre de visión debía haber comprendido que Chile, pobre en recursos naturales, estaba destinada a crecer a costa de Bolivia y el Perú, o a vegetar en la inimportancia, y que el ejército de Blanco Encalada, suma de todos los recursos que los chilenos podían disponer entonces, constituía, no sólo el último obstáculo para la consolidación del Gran Perú, sino, asimismo, el primer intento de Chile para probar su crecimiento. Y ese ejército estaba a su merced. Sólo hacía falta una señal de su mano para barrerlo de la faz de la tierra. Pero, en vez de hacer esa señal, firmó un Tratado dejando que Blanco Encalada se volviera a su patria con todas sus tropas.

El gobierno chileno, naturalmente, desconoció el Tratado de Paucarpata, sometió a juicio a su firmante y armó una nueva expedición, puesta bajo el mando del general Manuel Funes, un veterano del ejército de San Martín.

En esa coyuntura se produjo el ataque argentino, Braun venció en Iruya y Montenegro, y ocupó Jujuy.

Fue el momento más alto de la Confederación, su pináculo; pero, al mismo tiempo, el principio de su fin. Santa Cruz reunió 16.000 hombres a fin de contender con Chile, y, para aprovisionarlos y sostenerlos, tuvo que invertir, no sólo todos los recursos disponibles, sino otros nuevos, cruelmente desproporcionados respecto de

---

las economías del Perú y de Bolivia.

El descontento consiguiente estalló pronto. Una división peruana abandonó el Ejército Unido, el pueblo limeño hizo un “cabildo abierto” y se plegó a ese pronunciamiento. Orbegoso, por su parte, en un abrupto **volta face**, proclamó la independencia del Perú.

A principios de agosto de 1838. Bulnes desembarcó en Ancón, cerca de Lima e hizo proclamar a Gamarra como Presidente del Perú. A principios de 1831, las tropas de la Confederación, perdieron dos oportunidades, una tras otra, de sorprender y derrotar al ejército chileno. Cuando, por esa causa, retrocedieron hasta Yungay, estaban mal colocadas y en manifiesta inferioridad numérica, lo que se probó por la derrota.

Entonces quedó en evidencia la debilidad intrínseca de un ejército desproporcionadamente mayor a la capacidad del país obligado a mantenerlo y que, por ello, no puede sobrevivir a un contraste. Velasco se levantó en Tupiza, Ballivián hizo en La Paz y José María Linares, un joven que Santa Cruz había hecho diputado el año 1835, siguió el ejemplo en Potosí.

Santa Cruz huyó a Islay y, de allí, se embarcó para Guayaquil. El Gran Perú había dejado de existir. El sueño panamericano de Bolívar quedaba disipado una vez más.

|||

El levantamiento de Velasco constituía la réplica lógica del localismo boliviano al panamericanismo crucino y contó, por eso, desde el primer momento, con el apoyo del ejército y de las clases medias urbanas cuyo descontento se orientaba hacia una compactación general dentro de los términos anteriores a la emergencia de la Confederación. Los motines de Ballivián y de Velasco era sólo brotes de audacia personal. De manera que el problema fue zanjado, con relativa sencillez, mediante la consulta electoral. Se suscribieron Actas Populares en toda la República, Velasco resultó elegido como Presidente provisorio y el latifundismo, atento como siempre a trepar al carro vencedor, se unificó en su torno encabezado por Urcullo y Serrano, con lo cual el ejército quedó postergado y las clases medias fueron olvidadas.

Ese movimiento se llamó Restaurador. La jefatura de Velasco pudo darle sentido y, dentro de ese sentido, haberlo justificado históricamente. El localismo no podía ser, solo, una reacción del instinto contra el panamericanismo o la amenaza de otros localismos; tenía que traducir esa reacción en una tarea constructiva de afirmación y vigorización nacionales; pero la prominencia latifundista malogró esa posibilidad. Los convencionales, excepto una compacta minoría crucista, invirtieron su

---

tiempo y sus esfuerzos en la denigración del caído y hubiera seguido haciéndolo mucho tiempo más, con prescindencia de todo otro tema, de no haberse presentado Gamarra de nuevo en la frontera con una larga lista de exigencias, a tiempo de que Ballivián se insurreccionaba, por segunda vez, en La Paz.

Velasco derrotó a Ballivián a la entrada del valle cochabambino y entré en negociaciones con el invasor. En abril del año 1840, se firmó un Tratado entre el Perú y Bolivia. Ambas Repúblicas convenían en someter sus diferencias al arbitraje de terceros y a restringirse a un número proporcional de tropas. Bolivia, además, se obligaba a devolver las banderas peruanas que estaban en su poder.

La firma de ese Tratado exasperó a la oposición. Mariano Enrique Calvo, crucista prominente, se presentó en la frontera argentina y proclamé la rebelión. Ballivián, por su parte, refugiado en el Perú, entró en tratos con Gamarra para obtener ayuda en sus propios planes. Menos de un mes más tarde, en febrero de 1841, Fermín Eyzaguirre se insurreccionó en La Paz, levantando, como Calvo, el nombre mágico de Santa Cruz. Velasco acabó derrotado y huyó hacia la Argentina. El retorno del Protector parecía un hecho consumado.

La posibilidad atemorizó al latifundismo moviéndolo a reorientarse en busca de una alternativa, y, como Ballivián, pareció el más fuerte gracias al respaldo de Gamarra y a su propia indudable perseverancia, obtuvo su apoyo pleno y decidido. El Congreso lo llamó al país.

Velasco, empero, no se había resignado al ostracismo. Se hizo presente en el sur, al frente de 1.200 hombres dotados de un nuevo tipo de fusiles de tiro rápido.

La competencia por el poder, de esa manera, se extendió a tres grupos: el panamericanismo crucista apoyado por la mayoría del ejército y de la opinión pública, el ballivianismo fortalecido por el respaldo latifundista y el viejo localismo instintivo representado por Velasco. Era el desorden llevado a su extremo anárquico y Gamarra, que debió percibirlo así, avanzó hasta el Desaguadero.

Era una hora de prueba para la República y los hombres se mostraron a la altura de lo que debía esperarse de ellos. Calvo inició el camino del desprendimiento y Velasco imitó su ejemplo. Las fuerzas de ambos fueron puestas a disposición de Ballivián.

Desembarazado ya su camino en el orden interno, Ballivián escribió a Gamarra haciéndole saber que los motivos del enfrentamiento entre Bolivia y el Perú habían desaparecido. Gamarra no le contestó. Es más. Ocupé La Paz.

Ballivián se vio, pues, forzado a dar batalla. Fue en Ingavi, durante el mes de noviembre de 1841. Gracias a una disposición táctica superior y al empleo de las mejores armas proporcionadas por Velasco, el ejército boliviano resultó vencedor.

---

Gamarra cayó entre los primeros. Ramón Castilla, su segundo, se defendió desesperadamente, pero tuvo que darse a la huida. El encuentro había durado menos de una hora.

La batalla de Ingavi fue históricamente decisiva. La unificación de las distintas fuerzas que, previamente, habían competido por el poder, resultó de la mayor fortaleza los factores que tendían a la identificación de la bolivianidad en relación con los que tendían a su disgregación, y a la victoria misma, por lo tanto, solucionó, para la joven República, el problema de sobrevivir.

El gobierno de Ballivián, nacido de la espada, resultó personalista, orientado sobre todo por los intereses y los prejuicios del latifundismo blanco, que eran los intereses y prejuicios del Presidente y de quienes lo rodeaban y apoyaban, y, por esas dos razones, tuvo una naturaleza extrema que bien puede calificarse, a falta de otro término más preciso, como aristocraticista.

Aburrido por las tediosas discusiones con los representantes peruanos, el nuevo Presidente no aprovechó la victoria para incorporar Anca e independizar el comercio exterior boliviano. Por otra parte, efectuó las primeras concesiones para la explotación del guano recién descubierto en el Litoral: no reaccionó como debía cuando el gobierno de Chile, en 1842, declaró propiedad fiscal “las guaneras de Coquimbo en el desierto de Atacama que era territorio boliviano; dicté la llamada “ley de infiteusis” estatizando las tierras de los ayllus, con lo que el Presidente de la República, como antes el Rey de España, podía “repartir” esas tierras a su antojo y convertir a sus propietarios en colonos; y, finalmente, quiso someter al estamento castrense con la baja de varios oficiales y el licenciamiento de algunas unidades, intento que acabé en motín, de cuyas resultas, tres oficiales fueron fusilados sin forma ni figura de proceso.

El Congreso del año 1843 se reunió atemorizado por el eco reciente de esos fusilamientos y aprobó una nueva Constitución, justamente llamada “la Ordenanza militar” que, en la práctica, autorizaba al Presidente a gobernar a su antojo.

Aconsejado por algunos emigrados políticos argentinos amigos suyos, introdujo algunas formas económicas liberales en el régimen de “estancos” y de rescates, que resultaron en la aparición de los primeros capitales financieros y en la paralización del auge de la quina que, junto con la coca, venían sosteniendo buena parte de los gastos fiscales.

Ramón Castilla, en el entretanto, había sido elegido Presidente del Perú. No olvidaba, seguramente, la derrota de Ingavi y cedió a ese amargo recuerdo subiendo al doble los derechos de aduana para el comercio boliviano por los puertos del Perú. Ballivián, leyendo por uno de esos sus impulsos que, a veces, resultaban acertados, suspendió todo tráfico, incluso postal, con el Perú.

La interrupción del tráfico con el Perú, contrajo el comercio del norte boliviano e

---

interrumpió el agua de la coca, lo que reavivó el descontento que había agitado al ejército el año 1842. añadiéndole el de las clases medias. Sólo les faltaba una forma de expresión y una imprudencia de Ballivián les entregó, en la persona de Manuel Isidoro Belzu, héroe de Yungay y de Ingavi, el caudillo que necesitaban.

El tiempo estaba maduro y el idilio progresó y se profundizó con rapidez. Como todo idilio entre un caudillo y unas masas, fue una permanente interacción educativa. Un caudillo no lo es verdaderamente sino interpreta las aspiraciones de las masas y no les señala un rumbo para realizarlas y las masas, a su vez, no siguen a un caudillo o, por lo menos, no lo siguen sostenidamente, si no se reconocen en él.

En octubre de 1847, el velasquismo se levantó en Cinti y Cotagaita, cinco días más tarde en Sucre y tres después en Potosí. Ballivián se puso en campaña. No bien llegó a la Villa Imperial, Poopó y Cochabamba se sublevaron a sus espaldas.

Obtuvo, todavía una victoria en Vitichi. Allí, rodeado por el calor de la batalla, le llegó noticia de que la interdicción con el Perú había dado resultado. Un nuevo Tratado liberaba a Bolivia del pago de derechos para el tráfico por Anca en cambio de no favorecer a Cobija y de rescatar la moneda feble emitida por Santa Cruz.

La victoria de Vitichi no sirvió para consolidar a Ballivián en el poder. El pueblo de La Paz se alzó proclamando a Belzu, y el Presidente tuvo que renunciar en favor del general Eusebio Guilarte, que no duró más de 25 días en el poder.

Belzu, voluntariamente, se puso en segundo plano y dejó que Velasco asumiera la Presidencia con un gabinete en el que figuraba Olañeta junto al caudillo.

El último gobierno de Velasco estaba condenado a ser breve. No podía contener, en su seno, conjuntamente, al latifundismo y a las clases medias, cuyas contradicciones habían sido exasperadas por el aristocraticismo ballivianista, y el Presidente, más dado a orillar los problemas que a encararlos, no se decía por ninguna de esas fuerzas en perjuicio de la otra.

Oruro se levantó invocando el nombre de Belzu sin que éste lo supiera. Le siguieron, luego, La Paz y la guarnición de Yotala, que avanzó sobre Sucre y disolvió el Congreso. Recién a esa altura de los hechos, Belzu se puso en campaña. Los centros poblados de gran parte del país se manifestaron, uno detrás de otro, en esas Actas Populares, surgidas de “cabildos abiertos” que, a falta del voto, era, entonces, la expresión más democrática de la voluntad popular.

El avance de Belzu hacia Potosí fue un paseo militar, una marcha triunfante acompañada por ese ronco y rítmico “¡Viva Belzu!” que había de ser, durante muchos años, el grito de guerra de las mayorías urbanas y de los sectores avanzados del campesinado.

Penetró en Potosí sin oposición alguna e igualmente en Chuquisaca. El

---

encuentro decisivo ocurrió en el valle de Yamparáez en diciembre de 1848 y resultó breve y decisivo. La victoria de Belzu fue jubilosamente recibida en todo el país .

#### IV

La batalla de Yamparáez abrió las puertas para una importante transformación en la fisonomía del país urbano.

El caudillo, fiel a quienes lo habían llevado al poder, hizo un gobierno de las clases medias que, a falta de un proletariado consistente, constituían entonces el grupo más oprimido y, por lo tanto, políticamente más extremo del país urbano.

El latifundismo olfateó el peligro que, para su existencia representaba el populismo belcista y reaccionó como una fiera herida apretando filas detrás de Ballivián. La revuelta estalló, el mes de marzo de 1849, en Oruro y Cochabamba simultáneamente y, cuando Belzu, para reprimirla, dejó La Paz, también allí. En los tres casos, el pueblo, casi sin dirección y ciertamente sin armas, la aplastó con sus propias manos. Velasco, por su parte, tentó una nueva invasión desde la Argentina y fracasó, sin otro saldo, en su débito, que la muerte del “moto Méndez”.

La victoria consolidó a Belzu y le permitió volcar sus esfuerzos en las tareas más urgentes del gobierno. Adopté una nueva moneda, de buena ley pero menos peso, lo que tendía a recuperar el crédito público pero, al mismo tiempo, hacía preveer un subido déficit fiscal. Para enjugarlo, elevó el gravamen sobre la exportación de pesos fuertes y de oro. Por otra parte, liquidé el monopolio de las harinas y procuró modificar el de la quina favoreciendo a los pequeños productores.

La minoría opositora en el Congreso del año 1850, se dedicó a estorbar sus pro-proyectos de consuno con un plan destinado a asesinarlo, que se materializó el mes de noviembre. El caudillo fue herido mientras paseaba por el Prado de Sucre por un grupo de gentes entre los que figuraba el entonces capitán Agustín Morales.

Mientras se recuperaba. Linares y Olañeta se unieron a Ballivián en la oposición.

Belzu reasumió la Presidencia a fines del mes de octubre. El Congreso del año 1851, bajo su dictado, aprobó una nueva Constitución en la que se suprimía la esclavitud, se reducía el periodo presidencial y se prohibía la reelección.

Durante el año 1852, Belzu dictó un nuevo Reglamento Electoral ampliando considerablemente los términos de la ciudadanía efectiva, suspendió el pago de la deuda pública y meses más tarde creó un impuesto sobre la minería destinado a la educación pública.

A mediados de octubre de ese mismo año, Ballivián murió en Río de Janeiro.

---

La oposición se agrupó alrededor de Linares y Velasco a fin de concertar un levantamiento en Santa Cruz con su ingreso por la Argentina. Los amotinados cruceños fueron aplastados por el pueblo y Velasco, junto con Linares, acabaron derrotados en Mojo. Esa fue la última incursión de Velasco en la historia. A partir de ella, llevándose el recuerdo de sus virtudes y de sus debilidades, de sus méritos y de sus frustraciones, se desvaneció definitivamente.

El retiro definitivo de Velasco convirtió a Linares en el único jefe de la oposición contra Belzu. Entre diciembre de 1853 y febrero de 1855, con la sombría persistencia que lo caracterizaba, fomenté levantamientos en Santa Cruz, Potosí y La Paz, y se presentó, ya en la frontera peruana ya en la argentina, solo para fracasar, en todos los casos, ante la vigorosa y combativa presencia popular. Entre sus hombres figuraban prominentemente, José María de Achá y Mariano Melgarejo.

En marzo de 1855, Belzu, junto con ordenar el primer censo general de la República, convocó a elecciones. Velasco presentó su candidatura y también lo hizo Santa Cruz.

Esas elecciones fueron las más limpias que se habían celebrado nunca. El candidato del belcismo, Jorge Córdova, obtuvo 9.300 votos, Linares 4.300 y Santa Cruz una cifra mucho menor.

Córdova no estaba hecho a la medida de la situación. Cómo había recibido la banda presidencial sin haberla buscado y la ostentaba sin entusiasmo, estaba destinado a caer con facilidad.

Llamó a cooperar a gentes de todos los grupos políticos y, con ello, un compromiso, empezó a desdibujarse, desde los primeros días, la esencia misma del belcismo. Dicté una amnistía general y levanté, hasta el último, los obstáculos que se oponían a la libertad de prensa.

Si, concediendo libertades, quería ganar a sus adversarios, estaba equivocado. El latifundismo no aspiraba a compartir el poder sino a poseerlo todo. Tres motines estallaron en el curso de pocos meses y, en cada uno de los tres, los cabecillas fueron perdonados por el Presidente.

Lo que en Belzu, hombre fuerte, era patente de ánimo generoso, en Córdova, un hombre bueno, parecía muestra de debilidad. Alentados por esa debilidad, los adversarios del régimen volvieron a la carga. Entre marzo de 1856 y septiembre de 1857, se produjeron tres motines más. El pueblo sofocó los dos primeros y lo estaba haciendo también con el último, cuando Córdova perdió el ánimo y huyó.

Con esa huida, el patético punto final del capítulo escrito por el populismo belcista en el gobierno, parecía como si seis años se hubieran borrado del golpe del calendario de la historia. No era así, sin embargo. El caudillo, junto con dar libertad a las masas y educarlas en el ejercicio de su fuerza política y de su capacidad creativa



---

social, las despertó del largo sueño en que habían sido sumidas por el gran escamoteo del año 1825 y, de esa manera, amplió los términos del ámbito político real mucho más allá del estrecho marco establecido por el latifundismo, o sea, del ámbito político formal.

Esas masas nunca más iban a conformarse con el pasivo papel de espectadoras de su propia historia. La lucha para formalizar el ámbito político formal, es decir, por el dominio del aparato del Estado, de las clases medias contra las clases dominantes, estaba destinada a convertirse en la clave de los tiempos por venir hasta la aparición de la clase obrera.

## V

La identificación de la bolivianidad como solución al problema de sobrevivir, resultó, como se ha visto, de un proceso natural de individualización determinado por varios factores concurrentes, todos de carácter objetivo.

No tuvo inspiración teórica alguna y ni siquiera sus actores ocasionales se dieron cuenta de su ocurrencia, pese a que algunos de ellos, Santa Cruz, Ballivián y Belzu principalmente, aportarán a él, el primero con la creación de una institucionalidad republicana, el segundo con la victoria de Ingavi y el tercero con la incorporación de las clases medias al proceso histórico.

El triunfo del latifundismo sobre los jacobinos y los guerrilleros en la competencia por el poder político de la nueva República, importó el triunfo paralelo, en pensamiento tradicionalista feudal propio de las clases dominantes durante la Conquista y el Coloniaje, sobre el liberalismo, inspirador de la lucha independentista. En el hecho, pues, pese a la Independencia, no sólo se perpetuó, en la nueva República, la estructura económico social, sino, también, la superestructura cultural.

En ese orden de cosas, el paso de Bolívar significó, solamente, un breve intervalo. Con su partida al Perú, el liberalismo puro buscó refugio en la Universidad que era su cuna y en el armazón político superestructural que constituía su creación, como guía del institucionalismo cruceño. Joaquín de Mora, un inquieto letrado originario de España y autor de varios textos de enseñanza superior, resultó su principal portaestandarte.

El gobierno de Belzu, con ser otro interregno, tuvo consecuencias más duraderas. Con la victoria de la burguesía y, consecuentemente, de las ideas liberales en los principales países europeos, el sistema capitalista entró en un acelerado proceso de progreso, pero, al mismo tiempo, empezó a demostrar algunas de las taras inherentes a su dominio, extremando las diferencias entre los ricos excesivamente ricos y los pobres demasiado pobres, una suerte de sorpresa que, en el campo del pensamiento, tuvo que estimular, necesariamente, la aparición de nuevos cursos del

---

pensamiento, unos que lo defendían, otras que pretendían corregirlo y otras más, finalmente, que procuraban su transformación.

De esa confrontación nacieron entre los primeros, los llamados optimistas, quienes sostenían que la dinámica económica poseía, por sí misma, los medios necesarios para sus defectos. Entre los segundos, los eclecticistas, que se reservaban el derecho de escoger y aplicar lo que, a su juicio, entendían por válido en las demás teorías económicas políticas; los teístas, que concebían el fenómeno social dentro de la fe religiosa y proponían, por lo tanto, como Lammenais, el retorno a las prácticas comunitarias del cristianismo primitivo o, como Krausse, una rígida política basada en la santidad del voto; y los positivistas que, tomando un poco de todos, especialmente del racionalismo, substituían la fe religiosa por la fe en la humanidad y postulaban un Estado positivo, gobernado por una ciencia cuidadosamente filtrada a través de la observación sensorial. Entre los terceros, los socialistas utópicos, que explicaban el desenvolvimiento histórico de acuerdo al desplazamiento de la propiedad de unas clases a otras y abogaban por una medida de intervención estatal; los estadistas al estilo de Hegel, los socialistas propiamente dichos y, más tarde, los socialistas marxistas.

Belzu, movido por su identificación con las clases políticamente más extremas del país urbano, formaba entre quienes procuraban la transformación del liberalismo y lo hacía, teóricamente, de acuerdo a los principios básicos del anarquismo, tal como lo demuestra uno de sus mejores conservados discursos: “Compañeros: la propiedad privada es la fuente principal de la mayor parte de los delitos y de los crímenes... es la causa de la lucha permanente entre los bolivianos, es el principio del egoísmo dominante... No más propiedad. No más propietarios”.

Empero, como la sociedad boliviana era semifeudal y, en ella, el liberalismo aún no había cumplido sus objetivos estructurales intrínsecos, al luchar por la transformación de un liberalismo que, en verdad, no existía más que, restrictivamente, en la superficie política, estaba luchando contra un espejismo, como don Quijote contra los molinos de viento.

No era, sin embargo, una lucha inútil. El pensamiento anarquista, en sus aspectos positivos, descansa enteramente en el individuo, en su sentido innato de la justicia, en su natural tendencia a procurar su mejora, en su capacidad creadora. Belzu, por ello, dio al individuo una libertad real que nunca había conocido hasta entonces y lo educó en el ejercicio de esa libertad, confiando en que ello era suficiente para lograr la transformación con la que soñaba. De esa manera, se privó a sí mismo de realizar una tarea de gobierno con mayor profundidad de la que realizó efectivamente, pero, al mismo tiempo, coronó una obra pedagógica que sí tuvo profundidad y, además, extensión. Las clases medias llevaron a la lucha que les esperaba, una bandera, una cohesión interna que, de otra manera, les habría costado muchos años el lograr, y una clara visión de la identidad del adversario y de los objetivos de la contienda.

---

Las emergencias de las clases medias detrás de las banderas antiliberales orquestadas por Belzu, tuvo un doble efecto. Creó un fermento intelectual enorme en relación a la pequeñez del medio, y unió, en cuanto instrumento teórico de las clases dominantes, el uno en la subyacencia y el otro en la expresión, al tradicionalismo y al liberalismo, endureciendo aquel y remozando este que, a fin de prolongar su vida útil, se vio obligado a acudir al arsenal de las escuelas nacidas para defenderlo o para corregirlo.

Las teorías económicas optimistas fueron importadas, más mal que bien, por Julián Prudencio, padre de unos Principios de Economía Aplicada a Bolivia”. El eclecticismo, por su parte, penetró a través de dos canales: una traducción parcial de la “Historia de la Filosofía” de Víctor Cousin hecha por Pedro Terrazas y otra, completa, de la “Filosofía Elemental” de Pascual Gallupi, realizada por José Manuel Cortés, un empecinado antibelcista, y tuvo numerosos y entusiastas discípulos entre los que cabe citar a Félix Reyes Ortiz, Rigoberto Torrico, Laureano Paredes y, sobre todo, Luis Velasco, autor de un “Curso Completo de Derecho Natural”.

Las teorías de Krausse fueron enseñadas por José Ignacio Salvatierra en su cátedra de la Universidad de San Francisco Xavier y difundidas, mediante traducciones compendiadas de Ahrens, Burlamaqui y Jouffroy, a partir de 1857. Los aspectos ateístas del positivismo y del estatismo hegeliano, hallaron dos cultores de cenáculo en Manuel María Caballero y Angel Menacho.

El curso de la educación estuvo más ceñido que el del pensamiento puro al errático culebreo de la política. El triunfo de las armas independistas reabrió la Universidad a la difusión de aquellas ideas que habían inspirado la lucha desde la Academia Carolina y que Vicente Cañete desterró de los claustros durante esa etapa del conflicto caracterizada por la alianza del latifundismo con el realismo. El Decreto de Bolívar aplicando a la enseñanza las rentas eclesiásticas, junto con poner la tuición de los ciclos interiores en manos del Estado, le confió la alta responsabilidad de fijarle una orientación.

Una orientación educativa, sin embargo, no depende tanto de la voluntad de los gobernantes, cuanto de la estructura de la sociedad en la que descansa. Los esfuerzos de Bolívar para transformar la estructura de la sociedad semifeudal boliviana, se tradujeron, por eso, en los esfuerzos paralelos de Simón Rodríguez para transformar y liberalizar los sistemas educativos coloniales vigentes todavía en su tiempo.

Rodríguez, maestro del propio Libertador, era un personaje original, lleno de fuego y con ideas bien concretas sobre la materia. Aspiraba a substituir los sistemas confesionales de la enseñanza, orientados a transformar a los hijos de las clases dominantes en retóricos y latinistas, por una pedagogía de tipo práctico, abierta a todos, que formara elementos social-mente productivos. Bajo esa inspiración se crearon las primeras escuelas de artes y oficios de la República. Sus experiencias, naturalmente, concluyeron con la abrogación de los grandes de-cretos del Libertador y

---

la orientación educativa volvió a su viejo cauce a tiempo que lo hacía también la sociedad boliviana.

El practicismo educativo había nacido con el triunfo de la burguesía que, dependiente de la máquina, requería directivos, técnicos y obreros calificados. El latifundismo no los requería. Al latifundismo le bastaban los abogados, los médicos, unos pocos artesanos y le sobraba todo lo demás, pues el siervo es tanto más obediente cuanto menos sabe. Las escuelas de artes y oficios, sin embargo, continuaron existiendo, aunque, pagantes como eran, perdieron el carácter original que se les había dado.

El gobierno de Santa Cruz, puesto por encima de las preocupaciones de una clase social determinada, tuvo cierto vuelo educativo. Aumentó el número de cátedras en el nivel superior y creó la Universidad de La Paz que, gracias en buena parte a José Joaquín de Mora, entró pronto a competir con la de Chuquisaca en el estudio de las ideas liberales. Fundó la primera Escuela Normal Superior para la formación de maestros; adoptó la organización francesa de los liceos para el ciclo medio; aumentó el número de las escuelas de artes y oficios y, lo que es más importante aún, fijó las materias de estudio de acuerdo con las necesidades productivas de los departamentos donde esas escuelas estaban situadas; importó maestros y dotó becas para huérfanos dentro del país y para estudiantes aprovechados en Europa.

La restauración latifundista orquestada detrás de Ballivián, tuvo, naturalmente, que revertir ese estado de cosas. Junto con suprimir los Concejos Municipales, entregó la educación a las Intendencias de policía, aunque, poco más tarde, enmendó la plana creando, primero, las Inspecciones Departamentales de Educación y, más tarde, encomendando la materia al Ministerio de Relaciones Exteriores.

Esta última medida, en principio, resultó contraproducente. Tomás Frías, puesto a cargo de la cadera, dictó tres decretos reglamentando la enseñanza de los ciclos superior, medio e inferior, sobre la base del dogma religioso. Así, de una plumada, el liberalismo quedó desterrado del ámbito educativo.

El populismo belcista modificó substancialmente esa situación. La Constitución de 1851 consagró el derecho a la educación y el caudillo, de acuerdo, impuso, por primera vez en el país, la gratuidad de la enseñanza primaria. El año 1853, gracias al impuesto creado sobre la minería, re-vigorizó las ideas de Santa Cruz sobre la adecuación de la enseñanza a las necesidades productivas locales, elevando el número de colegios y de escuelas de artes y oficios, y duplicando los establecimientos del ciclo inferior.

En el terreno de las ciencias, Emeterio Villamil de Rada, jefe de la mayoría belcista en el Congreso de 1857, empezó, aquellos años, su carrera de estudios polifacético, con un ensayo comparativo entre el alemán y el aymara, destinado a integrarse en una gigantesca "Filosofía de la Humanidad".

---

El año 1851 se publicó, en Sucre, un pequeño libro titulado “Estadística de Bolivia”, cuyo autor, José María Dalence, era un estudioso perseverante y recogido al que, entonces, se hizo poco caso. Sus datos no son exactos ni podían serlo, sino, más bien, apreciaciones fundadas en las pocas cifras que pudo recoger o disponer en medio del caos creado por la caída de Santa Cruz. Son sin embargo, invaluable, no sólo para filiar estadísticamente la sociedad boliviana a los diez y ocho años de la Independencia, sino, también, para aprehender su fisonomía social. Pocas obras de la época, por eso, tienen tan elevado mérito y tanta importancia referencial.

Las descripciones geográficas tuvieron dos distinguidos continuadores; Alcides D’Orbigny y Agustín Palacios. El primero recorrió Bolivia auspiciado por Santa Cruz y publicó sus experiencias gracias a la cooperación de Ballivián. Sus trabajos, una fuente documental muy importante, sirvieron, empero, más para hacer conocer a Bolivia en Europa que dentro de sus propias fronteras. El segundo exploró los Moxos, es decir, los territorios del Beni y del Acre, durante la Presidencia de Ballivián, en tres sucesivas y azarosas expediciones. Su informes sobre esas expediciones constituyen la primera noticia científica que se tiene sobre esa región, fueron publicados en “La Epoca” y editados, poco más tarde, en forma de folleto. Su “Diario”, de enorme interés geográfico y humano, con el primer relevamiento de las “cachuelas” de los ríos Beni y Madera, no mereció, por entonces, los honores de la imprenta.

La historia, excepción hecha de la aparición tardía de las obras de quienes fueron testigos de las guerras de la Independencia y escribieron sobre ella, no registró nada digno de mención, aparte de las “Memorias Histórico Políticas” de Vicente Pazos Kanki, aparecidas en Londres el año 1834, un trabajo sobrio y vigoroso, con agudos atisbos interpretativos.

El mismo Pazos Kanki, cuatro años más tarde, produjo, también en Londres, “El Pacto y Ley Fundamental de la Confederación Perú-Boliviana”, una buena justificación teórica del panamericanismo cruceño, entroncado en la misma línea intelectual que Monteagudo expuesto en su “Ensayo sobre la Federación Americana.

La persistencia política de los hombres que se habían educado bajo la influencia del estilo barroco en el Terreno de las letras, postergó el arraigo del romanticismo del que Bolívar y Hualparrimachi habían sido precursores.

El romanticismo, como estilo literario, cuajó en Bolivia, o, más exactamente, en el país urbano, recién entre los años 1843 y 1848 gracias a la influencia, por una parte, de los emigrados argentinos cobijados en “La Epoca” y fieles al ideario de Esteban Echeverría y, por otra, al retorno de Ricardo Bustamante después de una estada estudiosa en Francia. Bustamante es el primer poeta boliviano que merece, con justicia, el nombre de tal. Su obra tiene vuelo tanto por su imaginación en la metáfora cuanto por su dominio técnico.

El romanticismo, empero, nació anémico. No podía esperarse otra cosa del cuadro de pobreza generalizada y estrechez provincial de miras que caracterizaba la

---

sociedad boliviana de ese entonces. Mariano Ramallo y Manuel José Tovar, los románticos más destacados de la época, lo son, no por su valor intrínseco, sino contra un fondo chato y gris donde el solo hecho de escribir era ya mencionable. Son plañideros, ramplones e imitativos.

La estatización de las rentas eclesiásticas privó a la Iglesia de su independencia económica y, por lo tanto, del papel de mecenas de las artes que había venido desempeñando, casi exclusivamente, a todo lo largo del Coloniaje. Ese papel vino a recaer en manos del Estado y de los particulares. La pobreza reinante, empero, restó al uno y a los otros, los recursos y el interés necesario para interpretarlo adecuadamente.

Así y todo, Santa Cruz no escatimó los fondos necesarios para iniciar, en 1835, la construcción de la catedral de La Paz, obra encomendada a Sanahuja, que la encaró dentro del severo estilo neoclásico que había singularizado sus trabajos anteriores.

La pobreza repercutió aún más en la pintura y la escultura. La primera, empero, no se eclipsó tan enteramente como la segunda. Los prohombres de ese, entonces poseían, sino inclinación a proteger las artes, por lo menos el humano deseo de preservar el recuerdo de sus hechos y de sus figuras. En ese ambiente, hallaron acogida, bien que modesta, la descripción histórica y el retratismo, terrenos en los que se destacaron Saturnino Pórcel y Antonio Villavicencio. El primero no posee el trazo fácil ni el color limpio del segundo, algunas de cuyas obras poseen atisbos psicológicos que les confieren una dignidad relevante. El ecuatoriano Manuel Ugalde competía con ellos en Chuquisaca y Potosí. El mejor retrato de la época, sin embargo, no pertenece a ninguno de los tres. Es un medio cuerpo de Santa Cruz, cuyo autor, desgraciadamente, se desconoce y que logró, con éxito, la difícil tarea de transparentar a través del rasgo físico, la fascinante personalidad del Protector.

Parece ser que el gusto romántico se inclinó más, durante esos años, al socorro de la música. El compositor Pablo Rosquellas creó, en Sucre, una orquesta filarmónica, devoción que fue heredada, más tarde, por un hijo suyo del mismo nombre. En La Paz, la Catedral se dio el lujo de mantener una orquesta y de importar un maestro de capilla, Bartolomé Donaire, que cumplía verdaderamente, los requisitos del puesto. Leopoldo Benedetto Vincenti, más tarde autor del himno nacional, preparó y dirigió la primera ópera representada en Bolivia, el "Elixir de Amor", de Donizetti. Los hermanos César y Luis Núñez del Prado, así como Modesta Sanjinés Uriarte compusieron alguna música al gusto de entonces, y Adolfo Ballivián, joven aún, inició una carrera musical que había de competir con otras, poética y política, escribiendo música para piano y hasta una ópera "Atahuallpa".

La oratoria floreció, sobre todo, por lo reducido del ámbito político. Un buen discurso solía asegurar una elección cuando los votantes eran pocos y relieves una figura, de la noche a la mañana, dentro de la caja de resonancia que era el Parlamento. La educación confesional que era propia de los hombres de la época,

---

empero, los hacía más receptivos al brillo de la forma que a la densidad del fondo. He ahí porque la oratoria sirvió en muchos casos, como el panfleto, para imponer la sinrazón brillante sobre el buen sentido opaco. Los pioneros de la oratoria boliviana, Serrano y Olañeta, fueron herederos del pesado estilo barroco colonial, a pesar del hálito romántico que Bolívar contrajo y que podía haberlos influenciado de una u otra manera. Los oradores de la generación siguiente, entre los que Evaristo Valle resulta el más característico, pertenecen a un período de transición estilística.

La prensa persistió con las características de enanismo en el tiraje y de dependencia económica respecto de quienes podían darse el lujo de financiarla para servirse de ella con que había nacido en 1825 y siguió, por esas razones, un curso aun más sujeto que la educación, a los avatares del acontecer político.

Cuando el latifundismo abandonó a Sucre y se alió con los agentes del localismo peruano y argentino, Olañeta abandonó también “El Cóndor” y pasó a respaldar una nueva publicación: “El Nacional”, cuya tendencia quedó subrayada, desde el primer número, por una octava ramplona en la que se profetizaba la aparición de un Casio o de un Bruto con el valor necesario para poner “trágico fin al tirano Julio”, entendido como el Presidente Sucre.

Con el localismo velasquista apareció “El Boliviano, que Santa Cruz mantuvo durante su gobierno y al que añadió “El Iris de La Paz”, a fin de cubrir también con su publicidad el norte de la República, y “El Constitucional”, después del año 1831. La autoridad personal del Protector, más que ninguna otra circunstancia, previno la aparición de una prensa opositora, por lo menos mientras esa autoridad no fue cuestionada por la adversidad de la guerra.

A la caída de Santa Cruz reapareció “El Cóndor”, con el añadido de “restaurador” y “El Restaurador”. Hasta la victoria de Ballivián, la competencia por el poder dio lugar a la proliferación de varias hojas dedicadas a esa competencia y que constituían su espejo.

El aristocraticismo ballivianista, después de Ingavi, propició “La Epoca”, el primer diario regular de la República, encomendado a los emigrados argentinos Villafane, Paunero, del Oro y Bartolomé Mitre principalmente y que, por esa circunstancia, trascendió la simple propaganda oficialista con el interés por temas internacionales y literarios.

Belzu mantuvo “La Epoca” bien que con un nuevo sentido. La naturaleza popular de su gobierno se manifestó mejor con la distribución gratuita de numerosas imprentas, regalos suyos, que resultaron las primeras en Potosí, Oruro y Tarija, y con la multiplicación consiguiente en el número de publicaciones. “EL Cholo”, “El Patriota”, “La Voz del Pueblo”, “El látigo”. “El Artesano de La Paz”, “El Minero”. “EL Amigo del Pueblo”, fueron los títulos de algunas de esas publicaciones y. en esos títulos están resumidas, mejor que nada. su inspiración y sus tendencias. En las páginas de la prensa belcista, bajo la forma de seriales, aparecieron algunos trabajos de los teóricos

---

libertarios europeos.

Junto a la prensa, como medio adicional y, a veces, substitutivo, para la difusión de las ideas, floreció el folleto. Obedeció, en lo principal, a una necesidad impuesta por la reducida circulación y las escasas dimensiones de las hojas periodísticas y, asimismo, por la intención política subrepticia del autor. Ese género, justamente llamado panfletario, más para calificar el sentido polémico del contenido que la dimensión del continente, alcanzó, en algunos casos, alto vuelo.

Su padre fue Olañeta y lo usó, con maestría, para justificar y aún enaltecer sus numerosas cabriolas políticas. Le siguió Padilla cuando combatía a Santa Cruz, con un vigor semejante y mayor limpieza inspirativa, y halló numerosos cultores, sobre todo en los terrenos político y legal. Los juicios importantes, en esos tiempos, se ventilaban, no solo en los tribunales, sino también ante la opinión pública, con el indisimulado propósito de presionar indirectamente a la justicia.

El país rural y el país urbano se hallaron frente a frente durante la mayor parte de la gesta guerrillera. Sin embargo, la ausencia del latifundista, el carácter mestizo de muchos dirigentes de uno y otro bando y los contactos de tropa a tropa, evitaron que se interrumpiera la circulación de elementos entre uno y otro, lo que sin duda, contribuyó a enriquecer el folklore.

Algunas danzas, como la **wila khawuani**, que representaba la caza de la vicuña, y, sobre todo, la **pakhochis**, que es una suerte de lucha con espadas, nacieron, según las mejores referencias de que se dispone, durante esa época, así como las canciones que rememoran los hechos de los grandes caudillos. Se conservan algunas coplas dedicadas a Ascencio Padilla, el “hombre con el sol en los ojos”, que bien pueden tomarse como indicativas de la generalidad. La estrecha cooperación del sur altopereano y del norte platense, hasta el año 1818, tuvo que ayudar, por otra parte, a esa suerte de identificación folklórica entre ambas regiones, que persiste aun.

La circulación entre el país rural y el país urbano se interrumpió o, por lo menos, disminuyó considerablemente, con la campesinación de las guerrillas a partir de 1820 y, más aún, con el gran escamoteo perpetrado en 1825. La aparición de Belzu la renovó y en nuevas condiciones, dentro de una alianza combativa con las clases medias, lo que creó una interacción entre el campesinado y el mestizaje que había de tener considerables repercusiones culturales.



---

## LOS ROMÁNTICOS

I

El triunfo de Linares fue un triunfo del latifundismo. Importó la recaptura del poder político por algunas viejas figuras como Olañeta: otras relevadas por su lucha contra el populismo como Mariano Melgarejo, José María Achá y Plácido Yáñez, y otras más, finalmente, del todo nuevas, como Ruperto Fernández.

Formaban, en su mayoría, una logia de tipo masónico y, una vez en el gobierno, se desdoblaron, para la acción política pública, con el nombre de septembristas. El septembrismo no poseía ideario ni programa y puede, por eso, considerarse como un tipo transitivo de organización entre las pequeñas agrupaciones secretas que habían servido para unir a gentes de objetivos comunes desde los prolegómenos de la Independencia y los partidos propiamente dichos. Los esfuerzos de las clases medias para ampliar los términos reales del ámbito político, habían obligado al latifundismo, para defenderse, a darse una organización política más o menos abierta.

Linares empezó por desarmar los elementos detonadores que a la larga, podían amenazar su presidencia y por centralizar el poder. Raleó el ejército y substituyó la demarcación administrativa tradicional de la República por unas jefaturas políticas que le eran directamente responsables.

Lo hizo en nombre de la moralización. Lo cierto es que los resultados de esa moralización fueron sospechosamente coincidentes con los fines del latifundismo en función de gobierno, una confusión entre lo ético y lo útil que había de hacer escuela.

Esas medidas, ampliado como estaba el ámbito político real, no distrajeron a las masas. Se descubrió una conspiración encabezada por el general Sebastián Agreda y Linares no espero más. A fines de marzo de 1851, proclamó la dictadura. El Ejecutivo asumió el juzgamiento y la sanción discrecional de todos los actos que quería considerar como delitos políticos, prohibió a la prensa el derecho de crítica y, con el nombre de Guardias Civiles, creó unas milicias de propietarios, profesionales y estudiantes,

Las disposiciones económicas que tomó a continuación, no contribuyeron a disminuir sus problemas políticos. Decretó la libre exportación de minerales, exceptuando el oro y la plata, y abrogó el monopolio estatal en el rescate y la exportación de la quina.

Aprovechando la confusión producida por la huida de Córdova. Chile había ocupado Mejillones. Linares reclamó. El gobierno chileno le ofreció una indemnización y como el dictador no podía aceptar esa indemnización sin comprometerse políticamente ni, habiendo reducido el ejército, estaba en condiciones de respaldar sus reclamos, olvidó el asunto.

---

En agosto de 1858, estalló en La Paz, el descontento naturalmente provocado por la orientación de la dictadura. Linares hizo fusilar a todos los que creía comprometidos, entre ellos a un sacerdote. El clero reaccionó y el obispo publicó una Pastoral condenando lo sucedido.

Linares purgó su gabinete y creyéndose, así vigorizado, reformó la Ley de prensa con sentido restrictivo y pasó a cobrarse sus cuentas con el clero.

La dictadura no tenía, en su haber, una sola medida que la redimiera y si, en el debe, muchas que la condenaban. El año 1860 lo pasó arma al brazo descubriendo conspiraciones y reprimiendo motines. Sus días estaban visiblemente contados. Tanto que, en enero de 1861, sus propios ministros: Fernández y Achá, acompañados del comandante militar de La Paz, levantaron al ejército y mandaron notificar al dictador que había cesado en la Presidencia.

El golpe de Estado era, esencialmente, un movimiento de prevención destinado a adelantarse al belcismo y evitar que el régimen fuera arrastrado en la caída inminente del dictador. Nada más. Estaba, en consecuencia, destinado a perpetuar la dominación latifundista, pero a modificar los métodos políticos de la dictadura.

Se convocó a elecciones. Achá resultó elegido provisionalmente con el consiguiente resentimiento de Fernández y formó un gabinete de compromiso compuesto por septembristas y algunos belcistas, lo que dejó en la oposición a otros belcistas y septembristas.

La legislación aprobada por el Congreso del año 1861 tiene el sello contradictorio inherente a todo compromiso. Substituyó el antiguo “tributo” por una imposición más justa sobre la propiedad y dictó una nueva Ley de Imprenta aflojando las rígidas disposiciones que había impuesto la dictadura.

Ese Congreso, empero, había sido convocado para dictar una Constitución en reemplazo de la abrogada por Linares y su obra, la séptima Carta Magna de la historia boliviana, resultó semejante a la del año 1839, convenida durante otro gobierno de compromiso, el de Velasco.

Achá, para gobernar en paz, debía desmontar el aparato militar tejido por el resentido Fernández y, con ese objeto, viajó a Sucre, dejando la comandancia militar de La Paz confiada a Plácido Yáñez. Este aprovechó la ocasión para descargar su odio por el belcismo. Hizo detener a todos los seguidores del caudillo que pudo hallar, unos cincuenta, Córdova entre ellos, y organizó su asesinato.

Achá, una vez en Sucre, destituyó a Morales, el cacique militar de la región, con lo que precipitó el golpe de Fernández. A fines de noviembre de 1861, un regimiento fernandista se alzó en La Paz y, cuando Achá empezó a desandar sus pasos para sofocar ese alzamiento, el mismo Fernández, en la capital, se proclamó

---

Presidente.

El pueblo paceño aprovechó la coyuntura para acabar con Yáñez. El fernandismo, en La Paz, perdió el control de la situación y, además, fue derrotado en Potosí.

Pocos días más tarde se supo la muerte de Linares ocurrida el mes de octubre. Los septembristas de oposición apretaron filas alrededor de Adolfo Ballivián, hijo del vencedor de Ingavi y adoptaron la denominación de constitucionalistas. Los objetivos esenciales del latifundismo no podían variar. Para sus representantes políticos, todos los cuales habían servido a la dictadura poco antes, la defensa de la constitucionalidad no era, por lo tanto, más que un nuevo método para alcanzar ese objetivo. Sin embargo, esa defensa, como bandera de lucha, constituía, de por sí, un programa. Había concluido la evolución de las organizaciones políticas hasta dar con el primer partido de la historia boliviana.

Herido por el asesinato de sus dirigentes, el belcismo se levantó primero en Sucre, por su propia cuenta y, luego, en La Paz, detrás del general Gregorio Pérez, candidato derrotado por Achá en las elecciones del año 1862, al concluir el provisorio. Achá salvó ambos escollos y, más aún, después de alguna vacilación, aprovechó la experiencia para insistir en el compromiso, incorporando a su gabinete a dos belcistas. Rafael Bustillo entre ellos.

Esa reorientación se hizo sentir pronto. En febrero de 1863, se dictó un decreto que, de hecho, superaba la “infiteusis” ballivianista.

Por entonces, el salitre comenzó a tener una cotización atractiva, lo que unido a la creciente demanda del guano, hizo que el porvenir del Litoral empezara a ser brillante, un brillo que, en el anverso de la medalla, tenía que reavivar la avidez chilena. Bustillo, previendo los problemas del porvenir, delineó una política exterior de doble propósito: la espera, en lo que se refiere a Chile, de una reversión en la relación de fuerzas y el acercamiento con los otros vecinos de Bolivia.

Casi al mismo tiempo, empezó a explotarse goma en el Acre, la corona norte del territorio boliviano.

El Congreso de 1864 estaba dominado por el latifundismo. Abrogó el decreto sobre la tierra dictado el año anterior, revirtiendo el estado jurídico de los ayllus a la situación creada por la “infiteusis” ballivianista.

En él, como parte de la bancada constitucionalista, reapareció Mariano Baptista, secretario de Linares y, desde la caída del dictador, gestor de empresas mineras. Una de sus primeras intervenciones fue motivada por un proyecto del Ejecutivo que tendía a la interpretación del Patronato eclesiástico. Con indudable habilidad, penetró en los dominios de la filosofía política, situó la controversia dentro del gran conflicto ideológico entre el liberalismo y el feudal, y, proclamándose su

---

adversario, imputó a ese liberalismo, la pretensión de estatuir la libertad y la democracia a costa de la religión.

La tesis, era desde luego, irrazonable, pero la conclusión poseía una sólida consecuencia con la significación política del Partido Constitucional e importaba abrir al tradicionalismo las puertas de la política republicana. Los constitucionalistas lo siguieron entusiasmados en ese camino, aunque sus títulos como defensores de la religión no eran mejores que como paladines de la constitucionalidad, y el Partido constitucional empezó a poseer una doctrina además de un programa.

Concluido su período bienal. Achá convocó a elecciones generales. El gobierno lanzó la candidatura de Agreda y el belcismo, por su parte, la del propio caudillo.

El triunfo de Belzu parecía descontado y el latifundismo que lo vio así, claramente, fue ganado por el pánico. Los constitucionalistas se embarcaron en la conspiración y recurrieron a Melgarejo para que les sirviera de brazo ejecutor. Este, en diciembre de 1864, depuso a Achá sin disparar un tiro.

## II

La compactación combatiente de las clases medias dentro del belcismo, hizo que las clases dominantes precisaran de la ayuda del estamento castrense para poder gobernar. Melgarejo concretó esa ayuda y se constituyó en su expresión, imponiendo a la República un alto precio, el de la tiranía. Desde el primer momento, abrogó la Constitución, suprimiendo los Concejos Municipales y concentró todos los poderes públicos en sus propias manos.

El belcismo no podía cruzarse de brazos ante ese estado de cosas sin traicionarse a sí mismo. El caudillo se presentó en Anca y proclamó la insurrección. Su nombre mágico electrizó a las masas, que se alzaron, impresionantes por su número y su decisión, en las ciudades, los villorios y el campo.

El avance de Belzu hasta La Paz fue una marcha triunfal. Hombres, mujeres y hasta niños, armados de unos pocos fusiles, de cuchillos y palos, formaban desordenadamente en los caminos del altiplano detrás del hombre que les había hecho conocer la esperanza. La Paz fue ocupada.

Melgarejo, que se hallaba de viaje, des hizo su camino y fue derrotado en las afueras de la ciudad- Sin embargo, mediante un acto de audacia personal, se introdujo en el Palacio Quemado, llegó donde el caudillo, le dio muerte y, en medio de la confusión consiguiente, recuperó el poder.

En mayo de 1865. el belcismo se alzó de nuevo en La Paz y algunos constitucionalistas, creyendo segura la victoria, se plegaron al movimiento prevalidos

---

de su carencia de dirección prestigiosa. Oruro primero y, más tarde. Cochabamba y Potosí siguieron el ejemplo. La heterogeneidad de los dirigentes dio lugar a la disputa interna y debilitó la cohesión del movimiento. En dos batallas: La Cantería y Letanías, Melgarejo completó la tarea iniciada por la desunión. Los belcistas fueron fusilados o perseguidos y los constitucionalistas abrieron una tregua con el gobierno.

La victoria sacó a la superficie el verdadero carácter social de la tiranía. En mayo de 1866, mediante un decreto llamado Ordenatorio, cuya base legal descansaba en la "infiteusis" ballivianista, se obligó a los campesinos a "componer". vale decir, a comprar al Estado las tierras que eran suyas, dándoles, para el efecto, un plazo de 60 días, deliberadamente insuficiente. Su objeto era bien simple: facilitar el despojo del campesinado por el latifundismo y arbitrar fondos para un Fisco continuamente depletado por la necesidad de mantener satisfecho al estamento castrense.

Para arbitrar fondos, Melgarejo podía haber gravado los beneficios de los grandes mineros. La plata, aún sin recuperar la importancia de sus mejores tiempos, pero gracias a la introducción de mejores técnicas, estaba en camino de crear nuevos señoríos: Aniceto Arce en Huanchaca, Félix Avelino Aramayo en Potosí y Portugaleta, Gregorio Pacheco en Guadalupe y Matías Arce en Aullagas, a cuya sombra empezaba a nacer una clase obrera.

Esos grandes señoríos, para ahorrarse, cada año, el reentrenamiento de los campesinos que trabajaban en las minas durante los meses que les dejaba libres las labores agrícolas, expandieron y refinaron, mediante las pulperías, el viejo sistema colonial de aprisionar a sus trabajadores por las deudas.

La demanda de Imano y de salitre continuaba en aumento. El derecho colonial heredado del Coloniaje, convertía al gobierno central en la llave dispensadora de la riqueza, y ese gobierno, orientado por una clase dominante tradicionalmente despreocupada de la suerte de la República en alianza con el estamento militar sin otro objetivo que su propia conservación, había caído en manos de un hombre solo, irresponsable, caprichoso y susceptible al halago. La tiranía estaba destinada a convertirse en cómplice de uno de los mayores asaltos sufridos por Bolivia económica y territorialmente.

Ese asalto, en una primera fase, estuvo dirigido, por el gobierno de Chile, a avanzar el gran designio de expansión territorial que se había fijado años antes, mediante una política de pasos alternados, el derecho respaldando la ocupación de zonas salitreras y guaneras bolivianas por parte de empresas o personas chilenas, y el Izquierdismo haciendo suyas esas zonas por las arbitrariedades o el acuerdo.

Había adelantado el paso izquierdo y, tentando el terreno, envió a La Paz, como representante diplomático, a Aniceto Vergara Albano, un hombre de fácil simpatía y escasa dignidad. Este obtuvo lo que quería. En agosto de 1866 se firmó un Tratado llamado de Medianería, que reconocía a Chile la propiedad del Litoral hasta el

---

paralelo 24° y creaba un condominio entre los paralelos 23° y 25°, dentro de los cuales Bolivia renunciaba a fijar impuestos o enajenar riquezas sin permiso de Chile.

Ese Tratado desató una nube de nuevos peticionarios de concesiones, la mayoría respaldados por la Banca Edwards, nudo chileno del imperialismo británico.

A la zaga de los peticionarios de concesiones, avinieron los capitales usurarios. Se fundó el Banco Boliviano, dominado por chilenos, y se monopolizó, en provecho de un particular extranjero, el rescate de las pastas de plata.

Al iniciarse el año 1867, la tiranía restableció el “tributo” y, meses más tarde, eliminó del todo el plazo dado a los ayllus para readquirir sus propias tierras, poniendo en remate las de aquellos que no lo habían hecho aún.

El asalto, en su segunda fase, dirigido contra la goma y las riquezas del norte tropical, fue orquestado por el gobierno del Brasil. El tirano se dejó ganar, otra vez, por el halago diplomático extranjero y firmó un decreto por el que Bolivia cedía al Brasil algo así como 150.000 kilómetros cuadrados, la mitad superior del río Madera y la margen occidental del río Paraguay.

La afluencia de dinero fácil inició una etapa de prosperidad, artificial es cierto, cuya filtración empezó, muy lentamente, a llegar a las capas superiores de las clases medias después de pasar por las manos de las clases dominantes.

Tanto para Chile como para el Brasil era dable prever que las ventajas obtenidas tan fácilmente, por su misma enormidad, podían ser anuladas tan pronto como el tirano desapareciera. Exigieron, en consecuencia, su aprobación por un Congreso y, de esa manera, su legalización irrevocable.

Melgarejo, de acuerdo, convocó, el año 1868, a elecciones para la Presidencia de la República y una Asamblea Constituyente. La ficticia prosperidad y la proscripción de los dirigentes del belicismo, hicieron que el tirano y los suyos resultaran elegidos por amplio margen. Ese Congreso dio su conformidad a los Tratados firmados con Chile y el Brasil; aprobó las concesiones de zonas guaneras y salitre-ras efectuadas hasta su fecha y dictó una liberalísima Constitución, lo que parece una paradoja pero no lo es. La Constitución, dentro de un Estado estructurado feudalmente, no podía tener otro valor que la cambiante relación de las distintas fuerzas económicas y políticas en pugna.

El enorme poder acumulado por el Ejecutivo en cuanto dispensador de la riqueza lo convertía en motivo de disputa, librado a la competencia de los más audaces o de los más fuertes, entre los cuales, como es natural, figuraban, en primer término, los caciques del estamento militar.

Esa disputa no se hizo esperar. A fines de 1868, hubo un levantamiento en Potosí, secundado por Cochabamba, que no prosperó, a pesar del apoyo popular, por

---

la indecisión de sus directivos. El orden de cosas, con ello, volvió a su normal anomalía. Las tierras que no habían sido “compuestas” fueron sacadas a remate. Los campesinos reaccionaron salvajemente. Dos meses empleó “el ejército de diciembre” en el problema y, cuando lo solucioné, no quedaban vivos.

Las incidencias internas no importaron recesión en el asalto externo, por el contrario. Continuaron las concesiones guaneras y salitreras y el Banco Bolivia obtuvo el privilegio de emitir billetes contra su propio crédito. Con ello, en el coro capitular de Melgarejo, junto al latifundismo y la minería platera, vino a formar también el capital financiero, todavía tutelado.

El año 1870, Melgarejo se hizo reelegir como Presidente, un claro indicio de su voluntad de perpetuarse en el papel de dispensador de fortunas, lo que, lógicamente, aceleró la competencia por el enorme premio que representaba el poder entre los caciques del estamento castrense.

El general José Manuel Rendón se sublevó en Potosí, secundado por el coronel Narciso Campero de Cotagaita. Melgarejo partió a su encuentro. No bien hubo abandonado La Paz, un tercer militar, Gregorio Pérez, proclamó allí la insurrección. Recién entonces el constitucionalismo rompió la tregua acordada al tirano cuatro años antes y varios de sus dirigentes aparecieron en las filas de los insurrectos.

Melgarejo derrotó a Rendón a fines de noviembre, entregó Potosí al pillaje y se volvió a La Paz donde un cuarto militar, Hilarión Daza, se había pronunciado contra el gobierno arrastrando consigo a las mejores unidades del “ejército de diciembre”.

Así y todo, el resultado hubiera sido dudoso de no haber mediado una circunstancia más. Morales, junto con Casimiro Corral, un joven tribuno paceño de larga actuación, penetraron por la frontera peruana arrastrando consigo la guarnición del Desaguadero a más de un inmenso contingente campesino.

La tiranía estaba herida de muerte. En enero de 1871, Melgarejo atacó La Paz, fue vencido y tuvo que huir en dirección al Perú.

Le sucedió Morales. Su gobierno, posibilitado por la acción militar, fue esencialmente castrense a pesar del indudable ascendiente de Corral, en quien las clases medias empezaron a ver un sucesor de Belzu. A ese ascendiente obedecieron sus primeras medidas. Se crearon comisiones destinadas a restablecer los derechos de los ayllus y se declararon inválidos los todos los actos del gobierno Melgarejo que fueran lesivos para el país.

La tiranía había dejado, como recuerdo, un extendido y profundo sentimiento anticastrense. La opinión pública entendida como el conjunto urbano, reclamaba, sobre todo, un reordenamiento institucional y un gobierno civil.

En ese ambiente se inauguró la Convención del año 1871, a la que Morales

---

presenté su renuncia. El constitucionalismo se hallaba en minoría. Maniobré, sin embargo, haciéndose portavoz de la institucionalidad y del civilismo a fin de capitalizar los sentimientos generales y lograr la elección de uno de los suyos a la Presidencia. El populismo, en cambio, unido a Morales por la participación de Corral en el gobierno, sostuvo la candidatura de aquél.

Ese error iba a tener largas consecuencias, Dividió a las clases medias entre sus capas superiores y sus capas inferiores, llevó a las primeras a las filas del constitucionalismo y reaté a las segundas a la suerte del estamento castrense. Este, por su parte, consciente de que, si triunfaba el civilismo, el poder iba a escapársele de las manos, presentó una suerte de ultimátum exigiendo el rechazo de la renuncia de Morales.

Era un nudo gordiano y el Presidente lo cortó a su modo: reiteré su renuncia. Las previsibles ulterioridades fueron zanjadas con la incorporación del constitucionalismo al Ejecutivo. De esa manera, el antagonismo entre las clases dominantes aliadas a las capas superiores de las clases medias y las capas inferiores de las clases medias unidas al ejército, se trasladó al Ejecutivo determinando su equívoca conducta posterior. Las iniciativas de Corral para devolver sus tierras a los ayllus y nulificar los actos de la tiranía quedarán sujetos a interpretación.

Morales triunfó con holgura en las elecciones del año 1872, pero ese triunfo, envalentonándolo, sacó a luz los peores aspectos de su carácter.

El Congreso convalidó los remates de tierras comunarias efectuadas al amparo de las disposiciones de Melgarejo. rebajé impuestos a los mineros de la plata, y entró, por último, a debatir una reclamación impuesta contra el Estado por Arte-che, a quien se había iniciado juicio coactivo para cobrarle impuestos devengados.

El constitucionalismo, encabezado por Baptista, salió en defensa del señor Aullagas. Como gestos de grandes empresas mineras, empezaba a asumir el papel de representantes de la coalición entre el latifundismo a asumir el papel de representante de la coalición entre el latifundismo y la minería, que tan señalada importancia histórica iba a darle como aglutinante de ambas fuerzas dentro del Partido Constitucional.

Morales rompió con Rocha, pero, demasiado orgulloso para volverse atrás, clausuró el Congreso. En las horas siguientes, descompuesto por la ausencia de un adversario tangible y acrecida la desconfianza, la soledad que lo rodeaba, tuvo una disputa con uno de sus edecanes y resulté muerto.



---

Los disparos que pusieron fin a la vida de Morales acabaron, al mismo tiempo, con el estamento castrense como factor de poder y dejaron a las capas inferiores de las clases medias sin el aliado con el que habían comprometido su suerte.

Frías, de acuerdo a ley, se hizo cargo provisional de la Presidencia y Corral quedó aislado en el gabinete, pero, dentro de la esfera a que había quedado reducido, desplegó una actividad admirable. Firmó, la revisión amigable del Tratado de Medianería y, con el Perú ultimé los detalles para el Tratado de Alianza que iba a firmarse en febrero de 1873, Inmediatamente después, renunció a su cargo para intervenir como candidato en las elecciones convocadas por Frías.

No bien hubo salido del gabinete, sus colegas empezaron a trabajar en dirección contraria, ampliando las concesiones guaneras y salitreras a favor de chilenos. Poco más tarde, gran parte de las riquezas del Litoral acabé concentrada en manos de la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta y Arce se asoció con capitalistas santiaguinos en la explotación de Huanchaca.

El apoyo de los decembristas, saldo político del melgarejismo, al candidato constitucional, decidió la elección y Adolfo Ballivián resulté Presidente de la República como abanderado de la alianza entre el latifundismo, la gran minería de la plata y las capas superiores de las clases medias.

El nuevo Presidente, atingido de fondos para atender las deudas contraídas por el Ejecutivo y equipar al ejército, propuso al Congreso la creación de un impuesto a las sociedades anónimas. Los congresales, naturalmente, desvirtuaron la iniciativa y, lo que es más, postergaron la consideración de un arreglo con la Compañía salitrera y ferrocarrilera de Antofagasta delimitando el área que se le había concedido y confirmando sus derechos a la construcción de una ferrovía a Caracoles.

A fines de enero de 1874, consumido por la enfermedad, resigné el poder en Frías, solo para morir dos semanas más tarde.

La primera medida del nuevo Presidente, financieramente tan atingido como su antecesor, lo llevó a amenazar la autonomía económica de las Municipalidades, lo que bastó para dar nuevo impulso político a las capas inferiores de las clases medias. Corral volvió del exilio y se puso a la tarea de reorganizar los viejos cuadros populistas.

Frías, precaviendo el riesgo, se ganó el estamento castrense haciendo a Daza Ministro de la Guerra, una jugada que, de paso, revitalizó la importancia política del ejército.

Las elecciones del año 1874 para la re-novación parcial del Congreso sirvieron

---

como una medida de las fuerzas de los adversarios. El populismo, con Corral a la cabeza triunfó en La Paz y Cochabamba y obtuvo algunas bancas más en otros distritos, hecho significativo pero no decisivo.

En agosto del mismo año, Baptista firmó con Chile un nuevo Tratado. Pese a las favorables circunstancias creadas gracias al Protocolo logrado por Corral y al Tratado con el Perú, no se ganaba mucho, nada en verdad. Las fronteras continuaban siendo las que había resignado Melgarejo y la medianería subsistía indirectamente debido al compromiso, asumido por Bolivia, de no elevar los impuestos vigentes dentro del territorio condómino.

La indudable fuerza demostrada por Corral, indujo al gobierno a desterrarlo. Desaparecido el tribuno, por lo menos de momento, la mayoría constitucionalista aprobó el Tratado firmado con Chile por Baptista, ratificó el comercio libre de la plata y dictó una ley, llamada de Exvinculación, que, en esencia, estaba destinada a facilitar un nuevo despojo de las tierras de los ayllus.

Los campesinos, cuyos reflejos defensivos habían sido aguzados por la tiranía, reaccionaron de inmediato y con vehemencia. Hubo algunos alzamientos locales, varias autoridades provinciales fueron muertas y el Ejecutivo tuvo que enmendarle la plana al Congreso.

Casi al mismo tiempo, las últimas vacancias salitreras del Litoral caían en manos chilenas, y las minas de Corocoro pasaban a poder de un consorcio radicado en Santiago. De esa manera, el capital anglo-chileno, al dominio que ya ejercía sobre la banca, parte de la minería platera del altiplano. El cuadro configura la semicolonización de Bolivia por Inglaterra y Chile. Más tarde, la ocupación militar, no iba a ser otra cosa que la ratificación de hechos ya consumados.

Es en esas circunstancias que el ejército, políticamente revitalizado por Frías, empezó a reaccionar. Lo hizo reverdeciendo su vieja alianza con el populismo, mediante un alzamiento que resultó derrotado en Chacoma.

La explotación de la goma nortina empezaba a tropezar con sus primeros problemas. El territorio brasilero de Caerá fue azotado por la sequía y sus habitantes derivaron hacia el Acre, atraídos por esa nueva y fácil riqueza que no necesitaba más que sangrarse de los árboles, creando así otros asentamientos extranjeros en territorio boliviano.

La campaña electoral de 1876 empezó con varios candidatos. Al cabo, después de una serie de combinaciones y acuerdos, quedaron frente a frente, Daza apoyado por el ejército, el decembrismo y parte del Partido Constitucional, y José María Santiviáñez, sostenido por el populismo y otra parte del Partido Constitucional.

Daza alarmado por la posibilidad de una derrota, decidió votar con sus bayonetas. En mayo de ese mismo año, depuso a Frías y asumió la Presidencia. La lenta institucionalidad que se estaba reedificando a la sombra del civilismo, por el solo

---

hecho de existir dentro de la ley, había quedado trizada una vez más.

#### IV

La lucha de las clases medias para formalizar el ámbito político real, durante el período que media entre la caída de Córdova y la captura del poder por Daza, decantó el proceso ideológico que había empezado con la emergencia del populismo determinada por el aristocraticismo ballivianista.

Su adopción, por los constitucionalistas, como doctrina partidaria oficial, hizo que el tradicionalismo, en cuanto pensamiento de las clases dominantes, arrinconara al liberalismo que, después de todo nunca había podido vivir cómodamente en el trapecio de semejante contradicción. El eclecticismo abandonó el campo dejando sus últimas huellas en los trabajos de José Manuel de la Reza y Luis Quintín Villa.

El krausismo tuvo una existencia más larga. A las enseñanzas de José Ignacio Salvatierra y las traducciones de Jouffroy, Burlamaqui y Ahrens, siguió una reedición de los estudios sobre derecho natural efectuados por el español José Salva Santiesteban. El motivo salta a la vista. Los viejos septembristas. Baptista el primero, al levantar la bandera de la constitucionalidad se acogieron a la fraseología krausista sobre la moral política y la santidad del voto, en el primer caso para justificar la dictadura Linarista y, en el segundo, para apoyar su acción parlamentaria durante los gobiernos de Achá y de Morales, simplemente porque el tradicionalismo no poseía fraseología alguna utilizable en una democracia y menos aún, como en ese entonces, en una semidemocracia. La fraseología krausista, posteriormente, dominó los gobiernos de Frías y Ballivián.

Hubo liberales pertenecientes a las clases dominantes, que no se resignaron al arrinconamiento y es dentro de esa inconformidad que, en sus comienzos, halló campo, bien que estrecho, el positivismo. Benjamín Fernández, un continuador de Manuel María Caballero, lo difundió corajuramente desde el Instituto Nacional que fundó en Chuquisaca el año 1874. Varios folletos de tinte sensacionalista lo propagaron a La Paz el año siguiente. Hubo enconadas polémicas entre un exsacerdote austriaco, Rodolfo Falb, y algunos intelectuales tradicionalistas y, finalmente, penetré en el propio seno del Partido Constitucional a través de Julio Méndez, ministro de Frías y de Adolfo Ballivián. Demás está acotar que no cuajé en ese partido y que Méndez, y algunos pocos seguidores, resulté aislado con sus ideas.

Desaparecido Belzu, Corral, su heredero político en la dirección de las clases medias, se vio en la necesidad de proveer un aglutinante teórico que remplazará al anarquismo, más enquistado como práctica que como pensamiento y acudió a otra de las doctrinas que postulaban la transformación del liberalismo. En 1869, desde su exilio peruano, concreté las ideas que había estado predicando en “La Doctrina del

---

Pueblo”, un extraordinario desarrollo de los planteamientos de Laménais hasta el extremo del socialismo utópico. Fue, pues, el primer socialista de la historia boliviana y ello, en cierto sentido, explica, junto con su obra de gobierno, esa preferencia suya por la defensa de los derechos del Estado sobre la preservación de la institucionalidad liberal, que lo movió a apoyar a Morales y que lo llevaría, más tarde, a plegarse a Pacheco, un gran empresario, frente a los tradicionalistas, vanguardia de la feudalidad.

En el terreno de la economía el eclecticismo tuvo más larga vida que en el de la filosofía política. Pedro Terazas, el traductor de Coussin publicó una versión castellana de las “Armonías Económicas” de Federico Bastiat. Melchor Urquidí, por su parte, uno de los belcistas que Achá hizo ministro como parte del compromiso, escribió unas “Bases para la Reforma de la Hacienda en Bolivia” de inspiración ecléctica pero sabor progresista.

Las ciencias puras aplicadas no perdieron a sus devotos. Emeterio Villamil de Rada continuó su gigantesca “Filosofía de la Humanidad” con “La Lengua de Adán” y “La Primitividad Americana”, aparte de otras obras que, por desgracia, no vieron la luz pública. En ambas se percibe una inspiración nacionalista llevada hasta el determinismo y resalta su dominio de la lingüística, disciplina en la que no reconocía rival americano.

A su nombre se suma, por entonces, otro igualmente ilustre, el de Agustín Aspiazú. Enseñó y predicó, luchó por sus ideas y sus métodos, escribió incansablemente. Incursionó en todas o casi todas las disciplinas, desde la jurisprudencia hasta la física: “Sondaje de los Cielos”, “Código Internacional”; pero descoló mejor en la geología. Sus teorizaciones sobre las causas de los terremotos y sobre todo “La Meseta de los Andes”, un estudio sobre su estructura, incluso zoológica. se adelantaron en un sólido medio siglo a las pruebas sobre el levantamiento del altiplano desde un nivel marítimo hasta los 4.000 metros actuales.

Julio Méndez, por su parte, publicó algunos trabajos para aplicar a Bolivia las teorías expuestas por Gobineau acerca de la influencia histórica de la geografía, tema que, más tarde, había de generar la geopolítica.

Las descripciones geotográficas tuvieron, en Genaro Dalence, un continuador entusiasta aunque ocasional. Confinado en el oriente por el gobierno de Linares debido a su intransigente filiación belcista, escribió un meritorio aunque olvidado estudio sobre Santa Cruz.

La educación continuó viviendo en apretada dependencia respecto al avatar político. Linares, como parte de su campaña de revancha contra la Iglesia, dispuso la clausura de todos los internados, lo que equivalía a privar a los seminarios de su principal atractivo y creó el programa único de enseñanza.

Durante el gobierno de Achá, y revitalizando el practicismo que constituía el

---

ideal educativo de las clases medias, se inauguró, en Cochabamba, una Escuela de Agricultura y Ganadería. Melchor Urquidi, a poco, dio un paso más hacia adelante, y dotó de tierras fiscales a las escuelas campesinas.

El año 1864, la República poseía 209 escuelas, siete colegios de mujeres y otros tantos de varones, dos seminarios, una escuela de artesanías y tres Universidades. No era mucho más de lo que había dejado Belzu y, desde luego, mucho menos de lo necesario. Así y todo, la tiranía melgarejista, fiel a su orientación esencial, clausuró varias escuelas por decreto y reimplantó el uso de castigos físicos. Después de 1868, sin embargo y dentro de la breve luna de miel que siguió a la reapertura del Congreso, creó una Escuela Normal.

El gobierno de Morales reabrió las escuelas cerradas y prohibió los castigos físicos. Más aún, fundó el Ateneo Industrial y estableció escuelas nocturnas para adultos en las capitales departamentales. Finalmente, por ley de julio de 1872, devolvió la tuición educativa primaria a los Concejos Municipales, que habían tenido esa función hasta el gobierno de Ballivián, y entregó la secundaria a la “iniciativa particular”.

Esa medida, una victoria que se atribuyó al positivismo, fue facilitada por la escasa resistencia de los tradicionalistas, encantados de que se hubiera hallado un modo de olvidar los impuestos destinados a la educación que adeudaban los mineros de la plata, en circunstancias en que el Estado debía atender unos 300.000 niños con un presupuesto reducido a 170.000 pesos; pero resultó un error, simplemente porque la “iniciativa privada” no se hallaba económicamente capacitada para atender la tarea. Los gobiernos subsiguientes, empero, no lo corrigieron.

Daniel Calvo, ministro de Adolfo Ballivián, dictó un Estatuto por el que se trataba de compatibilizar la municipalización y la particularización educativas con un programa único, lo que desanimó aún más a los particulares y empeoró las cosas a tal punto que el Estado, a fin de compensar ese desánimo, sacó a remate algunos locales educacionales para que fueran aprovechados por colegios particulares.

La acre resistencia opuesta por las clases dominantes a la inclusión de las clases medias en el ámbito político formal, no se redujo a la competencia por el poder ni a su correspondiente confrontación ideológica, abarcó también el terreno de los estudios históricos. Manuel José Cortés, en 1861, coronó su larga carrera de abogado del latifundismo, con un “Ensayo sobre la Historia de Bolivia”.

Ese “Ensayo” abarca desde la guerra de la Independencia hasta la caída de Córdova. Tiene sus méritos: está correctamente escrito y comprende los aspectos culturales del acontecer del país que, en esos tiempos, no solían ser materia histórica. Empero, su parcializada intención minimiza esas virtudes y la anega bajo el peso de una presentación distorsionada de los personajes, de los hechos y de las fuerzas en juego, tanto más injustificable cuanto que no se apoya en método interpretativo alguno. Es así que la probidad de Bustillo resulta prueba de ‘un carácter que se

---

adapta a la dependencia»; el frustrado asesinato de Belzu en el Prado chuquisaqueño el año 1850 nace de “la necesidad de salvar al país; el campesino “es hijo del interés y padre de la envidia, tan opuesto a la verdad que hasta con el semblante miente, repugna todo lo verdadero, enfermo como ‘un bruto y muere sin el temor de Dios”; y el mestizo, en una descripción rotulada para el de Cochabamba pero escrita para el de todo el país, “vive casi en perpetua orgía y tiene por consiguiente casi todos los vicios... Su propensión al robo es tal que parece se respire en el aire”.

El uso de la historia, al modo de Cortes, como un recurso más empleado por las clases dominantes en el ámbito de las luchas sociales, estaba destinado a hacer escuela y a convertirse en guía y modelo, por Interés de clase o. simplemente, por desidia investigativa de muchos, muchísimos historiadores, Denigrar a los partidarios del cambio exaltando, paralelamente, a tos defensores del statu quo y presentar a los oprimidos como entes subhumanas, es un método viejo e impúdico para embotar el impulso progresista que mantiene viva una sociedad y para condonar la explotación y la opresión.

Seis años más tarde, José Muñoz Cabrera, un periodista de discutible nacionalidad que calificó a Melgarejo como a “capitán del siglo” y culminó su carrera representando a Bolivia en Chile, publicó “La Guerra de los Quince Años”. Es una suerte de compendio reordenado de las “Memorias” de García Cambe y de los “Apuntes” de Urcullo, y reproduce por eso, en buena parte y sin beneficio de inventario, la limitada apreciación peninsular acerca del significado de las guerrillas altoperuanas y la versión oportunista del antiguo secretario de la Audiencia de Charcas, sobre el papel de Casimiro Olañeta en la creación de la República.

En 1872, siguiendo la misma vena interesada de Cortes. Félix Reyes Ortiz, antiguo funcionario de la dictadura linarista, publicó una “Historia de los Cuatro Días”, sobre la muerte de Morales, destinada a exculpar a los diputados que habían favorecido a Martín Arteche. Iba a insistir, más tarde, en su oblicuidad, con una breve pero encomiástica biografía de Olañeta.

También en 1872 apareció en Santiago, “La Legación de Chile en Bolivia”, de Ramón Sotomayor Valdés, sucesor de Vergara Albano como representante de Chile en Bolivia, Es, principalmente, una colección de informes elevados por el autor a su cancillería durante el gobierno de Melgarejo y de documentos referentes a las relaciones entre ambos países en aquellos años. En 1874, le siguió un “Estudio Histórico de Bolivia”, superficial y anecdótico, pero escrito con facilidad de estilo y dentro de una aceptable disposición esquemática, que comprende todo el periodo anterior a la tiranía, desde el pronunciamiento chuquisaqueño de 1809.

Narciso Campero incursionó también en el campo histórico con unos “Recuerdos del Regreso de Europa”, que arrojan luz sobre el apoyo Indirecto del constitucionalismo a la tiranía y, mejor aún, sobre el asesinato de Belzu. Constituye, en ese último aspecto, un testimonio, autorizado por la presencia física del autor en el lugar de los hechos, pero, así y todo, ha sido postergado, incluso en algunas historias

---

extensamente divulgadas, en favor de otra versión interesadamente desfavorable para el pueblo paceño y de mayor contenido romántico, pero que no tiene asidero documental alguno.

Vicente Ballivián y Roxas, el año 1872, publicó el primer tomo de su “Archivo Boliviano”. Contiene una colección de documentos referentes a la historia colonial altoperuana: el “El Diario del Cerco de La Paz” del brigadier Sebastián de Segurola y los “Anales” potosinos de Bartolomé Martínez y Vela. Ese “Archivo” fue el inicio, en Bolivia, de la investigación histórica, un género tan exigente en materia de paciencia y esfuerzo como poco remunerador en lo que hace a la fama literaria.

A pesar de ello, Ballivián tuvo pronto seguidores. En 1874, Nicolás Acosta, además de reunir y acotar los escritos políticos y literarios de Adolfo Ballivián, publicó una extensa bibliografía periodística. Un año más tarde, José Rosendo Gutiérrez, un decembrista pasado a Daza a través del filtro constitucionalista, dio a luz los “Datos para la Bibliografía Boliviana”, de indudable valor documental y, poco más tarde, publicó unos “Estudios sobre el Coloniaje en el Alto Perú — Alonso de Alvarado, Corregidor de La Paz”, obra en la que, a la investigación, añade la exposición. Posee ese doble mérito y su estilo, de fácil lectura, lo subraya y realza.

La circulación de la riqueza creada por la recuperación de la plata y la explotación del Litoral, amplió las posibilidades del ocio rentado y, con ello, impulsó a las letras. El romanticismo de importación, iniciado por Ricardo Bustamante y los emigrados políticos argentinos durante la década comprendida entre 1840 y 1850, alcanzó su apogeo cuantitativo precisamente en los últimos años de la tiranía melgarejista, sobre los hombros de prosistas y poetas que, con algunas excepciones, pertenecían al decembrismo o estaban afiliados a la “causa de septiembre”.

Pero solo cuantitativo, no cualitativo. El gusto de la época, sobre todo entre quienes podían darse el lujo de escribir o versificar cuando eso suponía, como en aquellos años, ‘un gasto y no un ingreso, era vasallo extranjero, no solo en lo que a los estilos se refiere, sino, más gravemente, también en su temática. Los argumentos de Félix Reyes Ortiz o de Manuel María Caballero podrían haberlos ideado cualquier aprendiz del taller literario de Dumas, y su desarrollo, folletinesco y enredado, habría, desde luego, merecido el despido de ese aprendiz. Santiago Vaca Guzmán, autor de “Días Amargos” y “Su Excelencia y Su Ilustrísima” se empina un tanto sobre el nivel general por su facilidad descriptiva, así como Mariano Ricardo Terrazas por el relativo vigor de su prosa.

Entre los poetas románticos, se recuerda a Néstor Galindo, Carlos Calvo, Rosendo Villalobos, Adolfo Ballivián y dos mujeres: María Josefa Mujía y Mercedes Belzu de Dorado. Néstor Galindo era una promesa que pudo haberse realizado cuando la brutalidad de Melgarejo interrumpió su vida; Calvo, ministro de Frías, Villalobos y Ballivián produjeron desigualmente. María Josefa Mujía, con unos versos de suave sentimiento, halló eco y difusión, y Mercedes Belzu, hija del caudillo, obtuvo el reconocimiento de la crítica más en el exterior que en su propio país. Ninguno, sin

---

embargo, alcanzó la calidad y el vuelo de Bustamante.

Fueron los románticos quienes produjeron las primeras piezas teatrales de la época republicana. Félix Reyes Ortiz abrió la senda y le siguieron, principalmente, Benjamín Lenz y José Pol, este digno de recuerdo por haber explorado, antes que nadie, los hasta entonces vírgenes tesoros del folklorismo.

El romanticismo fue historiado por Manuel José Cortés y criticado, con probidad, penetración y un cierto dejo caústico, por Gabriel René Moreno, joven todavía, pero señalado ya por la marca de la grandeza.

Las artes plásticas no tuvieron la misma suerte numérica que las letras, tal vez porque, para esculpir o pintar, hace falta ciertos conocimientos técnicos que habían sido olvidadas y que la prosperidad no alcanzaba todavía a hacer recordar. Manuel Pereyra escapa a la regla con una composición sobre la muerte de Morales, de verdadero mérito.

La música continuó viviendo, tal vez gracias al impulso recibido en años anteriores, a hombres de Francisco Sanz, de quien se recuerda una “Marcha Fúnebre” y, sobre todo, de Eloy Salmón, el vigoroso autor del “Himno Paceño”.

La oratoria, políticamente útil, alcanzó su pináculo dentro del género romántico, gracias, más que nadie, a Corral, Ballivián y Baptista. Aún dentro de su común denominador, los tres eran hartamente diferentes. Corral poseía pasión, una pasión que desbordaba el cuidado de la forma, se contagiaba al auditorio y lo aprisionaba en una suerte de comunión irreflexiva con el orador, donde desaparecía toda identidad dentro del propósito de conjunto. Ballivián era suave de tono, elegante en el escogimiento de la frase, más cerebral que emotivo.

Baptista logró una fama oratoria más perdurable y, ciertamente, con justicia. Fue el gran ilusionista de las bellas generalidades afirmativas. Su estilo era de frases pluralizadas, breves y rotundas, muchas veces más felices que lógicas, con cuya sola autoridad desbrozaba el camino para el coronamiento sorpresivo de las tesis planteadas. Tal vez no conmovía como Corral ni convencía mejor que Ballivián; pero sus discursos resisten con mayor ventaja, la prueba de su traslado al papel, de su amputación respecto de la voz y del gesto, recursos que, según sus contemporáneos, empleaba con maestría.

El desbordamiento, por parte de las clases medias, del ámbito político formal, multiplicó el público lector y, de esa manera, creó, para el periodismo, pero para un periodismo de mayorías, dispuesto a convertirse en su vocero, la oportunidad de subsistir por sí mismo, en competencia con aquel otro, el periodismo de minorías que, desde el año 1825, venía subsistiendo gracias al gobierno, a las personas o a los grupos dispuestos a financiarlo con el propósito de defender o promover sus intereses.

Uno y otro tipo de periodismo, durante el gobierno de Córdova, probaron el aire



---

de la libertad. Esa libertad, sin embargo, como todas las libertades en una sociedad estructuralmente semifeudal, estaba reatada a la cambiante situación política. La ascensión de Linares al poder, empujó al periodismo de mayorías a la liberación, en tanto que el de minorías, esencialmente concordante con la naturaleza del régimen, caía, encabezado por la “Revolución”, nuevo título adoptado por “La Epoca” bajo la dirección de Pablo Rodríguez Machicao, en la viciosa práctica iniciada por “El Nacional” cuando la renuncia de Sucre, de justificarse por la denigración de los caídos.

La naturaleza compromisista del gobierno de Achá contribuyó a restaurar la libertad de prensa. A su calor, se multiplicaron las hojas periodísticas de todo color político, desde el constitucionalismo de gobierno hasta el belcismo de oposición. En primera fila, orgullo y ejemplo del periodismo de mayorías, apareció “El Juicio Público” de los hermanos Alejo y Cirilo Barragán, publicado en La Paz y cuya circulación se extendía también a Cochabamba, Oruro y Potosí. Desempeñó un valeroso papel en el esclarecimiento de las matanzas de Yáñez y voceó, sin embages, la condenación general contra los asesinos.

La tiranía de Melgarejo volvió a imposibilitar el periodismo de mayorías, tal como lo había hecho la dictadura de Linares, de la que descendía por línea directa en el servicio incondicional de las clases dominantes. Después que el “capitán del siglo” entró en La Paz, vencedor en la batalla de Letanías, hizo fusilar a Cirilo Barragán, el primero de los mártires que la prensa boliviana ha dado a la historia. El periodismo de minorías, durante el sexenio melgarejista, tuvo su mejor expresión técnica en “La Voz de Bolivia”, publicada por Muñoz Cabrera, el autor de “La Guerra de los Quince Años.

El gobierno de Morales, por acción de Corral, facilitó la reaparición de la prensa de mayorías. El papel fue asumido por “La República”, en tanto que el decembrismo sostenía “El Tribuno del Pueblo” y el gobierno era defendido por “La Reforma” en La Paz y “El Régimen Legal” en Chuquisaca.

La alianza de las capas superiores de las clases medias con las clases dominantes, trasladó a la prensa de minorías parte del público con que la prensa de mayorías contaba para sostenerse. De esa manera, creó las condiciones necesarias para iniciar la transformación de aquella en empresas periodísticas y debilitó a las segundas. La empresa periodística, cuyo mejor ejemplo iba a ser “El Comercio”, nuevo título de “La Reforma”, no era ya una hoja periódica que vivían del financiamiento del gobierno o de los particulares que la utilizaban para sus propios fines, sino un negocio cuyo propietario invertía un capital y contrataba trabajo a fin de producir para la venta. Ello le dio la calidad de industria, le creó los mismos intereses que mueven a todos los industriales y la incorporé, por derecho propio, en las clases dominantes.

Mientras se consolidaban las primeras empresas periodísticas, la prensa de minorías continuó desempeñando su papel. Federico Diez de Medina, un melgarejista que, como Rosendo Gutiérrez, apoyaba a Daza para la Presidencia de la República

---

durante el último gobierno de Frías, publicó “La Democracia”, nada menos, para propiciar una dictadura. Bautizó a su candidato como el hombre fuerte providencial” y lo impulsé al golpe de Estado.

La consolidación de la empresa periodística iba a disminuir la necesidad del panfleto, en su aspecto político, en cuanto medio adicional para la difusión de las ideas, pero no en cuanto medio substitutivo, Por eso, los mejores momentos del género panfletario, coincidieron con los peores de la prensa.

Emeterio Villamil de Rada rompió el fuego durante la dictadura. Exiliado en el Perú, publicó un folleto que se iniciaba con una buena vivisección de la realidad superficial boliviana en ese entonces: “Errónea y aciaga e insensata la demarcación de su geografía política, la condenó la inercia, la inmovilidad y la penuria. Desprovista de capitales y de vehículos de comercio, yerta y nula su industria, heterogénea e inerte la mayoría de sus habitantes, relegada al centro de un inmenso continente e inaccesible al contacto y acción transformante del comercio y de la civilización, se resiente Bolivia del peso de esa cadena de elementos de atraso que la paralizan y aletargan”. Y continuaba con un denodado ataque contra la dictadura colocada, por la inflexible lógica de los sucesos en actitud violenta contra la Nación, o la subyuga con más aspereza o sucumbe. Ceder para ella, sería abdicar o derrotarse y nunca se suicidan voluntariamente los tiranos

Villamil fue seguido por los hermanos Barragán, Jenaro Dalence e incluso, el mismo Córdova. La carga explosiva de sus publicaciones minó el régimen tan seguramente como lo hubiera hecho una prensa de oposición. El golpe de Estado que acabó con Linares, por su parte, dio lugar, no solo al “Mensaje” del mandatario caído, una tentativa para justificar la dictadura, no por sus realizaciones sino por sus intenciones, muestra típica de la ambivalencia entre lo moral y lo útil que constituían uno de los resortes psicológicos más expresivos del dictador y de sus seguidores. Baptista le adicioné unas acotaciones tituladas “El 14 de enero” y, más tarde, como réplica a las “Defensas de Achá y de Fernández, un “Examen de las Defensas de los Triunviros Bolivianos”.

El constitucionalismo, leal a la tregua que abrió a la tiranía después de la batalla de Letanías, se llamó a silencio y la lucha quedó entera en manos de los belcistas. Melgarejo, gracias a sus expansivas concesiones, llegó a un excelente entendimiento con los gobiernos de Chile y el Perú, y obtuvo de ellos que se embarazasen las publicaciones de los exiliados. A pesar de ellos, se filtraron hasta La Paz y Cochabamba numerosas hojas anónimas, algunas de las cuales llevan el inconfundible sello de Corral.

La libertad de prensa existente durante los gobiernos de Morales, Frías y Ballivián, redujo la necesidad del panfleto político y facilitó, en cambio, el florecimiento de un otro tipo de panfleto, dedicado al examen y la discusión de los grandes temas de la política republicana, por su extensión, no tenían cabida en la prensa. Las transacciones con los consorcios chilenos, los empréstitos contraídos por la tiranía y

---

los contratos con las Compañías de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta, merecieron una prolífica folletería, tanto de parte de sus defensores como de sus impugnadores.

La interacción entre el campesinado y el mestizaje urbano desarrollado por obra de Belzu, reintrodujo algunos elementos del folklore rural entre las clases medias urbanas o, más exactamente, entre sus capas inferiores. La desaparición del caudillo interrumpió esa interacción, pero, en el nuevo aislamiento de campesinos por un lado y mestizos por otro, la fecundación ocurrida dio lugar al folklore mestizo, hijo legítimo del folklore indio y que, con el correr de los años, iba a adquirir una personalidad peculiar caracterizada, principalmente, por el retorcimiento barroco del sentimiento nativo. La cueca, tal como se la conoce hoy, parece un producto de ese folklore mestizo. Algunos versos de los poetas románticos, los más ramplones pero simples, fueron usados para proveer la letra. Se suelen citar, a título de ejemplo, las "Doloras." de Reyes Ortiz que, de otra manera, habrían caído en el olvido.

## GABRIEL RENE MORENO

I

Daza, una vez en el poder, recurrió a la cooperación de quienes lo habían apoyado: una fracción constitucionalista, el decembrismo y el ejército. Su gobierno, pues, representaba una colación entre parte de las clases dominantes, las capas superiores de las clases medias y el estamento castrense.

Poseía una indudable fortaleza, pero no empezó a existir sin tener que demostrarla. Andrés Ibáñez, un caudillo de indudable arraigo local, levantó Santa Cruz con la bandera del federalismo y una conspiración organizada por Corral, aborté antes de completar su preparación.

El Congreso del año 1877 confirmó a Daza como Presidente y dicté una nueva Constitución, la décima, por la cual se restablecía el sistema bicameral, nacía el derecho de interpelación y se descentralizaba el manejo de los fondos fiscales. Al año siguiente, aprobó la transacción postergada por el Congreso de 1873 con la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta creando, como única compensación, un impuesto de 10 centavos por quintal de salitre exportador.

No se trataba de un gravamen, sino de una condición negociable que la Compañía podía haber aceptado o rechazado, pero ésta no lo vio así y reclamé ante el gobierno de Chile, segura de hallar amparo para la sinrazón.

El de 1878 fue un año trágico para Bolivia. Culminó una persistente sequía y la cosecha se redujo a la nada. Hubo hambre. La falta de agua dio origen a la peste. Solamente en Cochabamba, durante más de dos meses, se recogía un promedio de

---

doce cadáveres por día.

Pero la copa no estaba colmada. Chile, atendiendo al reclamo de la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta, exigió la abrogación del impuesto de los 10 centavos; Bolivia insistió en cobrarlo; Chile envió un ultimátum reiterando su exigencia y aún antes de vencerse el plazo fijado por ese ultimátum, movilizó su ejército sobre el Litoral. El 14 de enero, las tropas chilenas desembarcaron en Antofagasta y el 16 tomaron Caracoles.

Daza declaró una amplia amnistía, dentro de la cual muchos constitucionalistas de oposición pasaron a formar parte del gobierno, declaró el ejército en campaña, impuso un empréstito interno de 1.000.000 de pesos, que apenas pudo ser cubierto en su mitad, congeló los bienes de chilenos existentes en Bolivia y, el 10 de marzo, declaró la guerra a Chile. El gesto, una reivindicación soberana frente a una agresión claramente imperialista, provocó enorme entusiasmo, pero ese entusiasmo no alcanzó a los grandes mineros de la plata. Con la declaración de las hostilidades, perdían el mercado para la parte mayor de su producción, la salida más económica para exportar el saldo a los mercados europeos y, en el caso de Huanchaca, el acceso a las plantas donde se beneficiaba su mineral. De ese conjunto de factores egoístas, exacta expresión de semicolonialidad, iba a nacer, primero, la oposición a la guerra y, luego, el derrotismo.

El ejército chileno ocupó Mejillones y Cobija, toda la costa boliviana, empezó a extenderse hacia la cordillera y el 23 de marzo llegó frente a Calama. Lo esperaban en el puente del Topáter, 135 civiles apenas, munidos de no más que escopetas de caza, que habían sido organizados por Ladislao Cabrera y se hallaban al mando de Eduardo Avaroa. Los soldados chilenos, para pasar, tuvieron que acabar con ellos, hasta el último.

La victoria de Calama permitió a Chile bloquear el único paso boliviano, entre el altiplano y la costa. Bolivia, pues, quedó encerrada entre sus altas montañas y los chilenos pasaron a ser dueños efectivos del Litoral: 158.000 kilómetros cuadrados, cuatro puertos mayores y siete caletas. Bolivia no tenía fuerzas suficientes como para intentar, por sí sola, una recuperación.

Recién el 5 de abril, el gobierno chileno declaró la guerra a Bolivia y, además, al Perú, que se había resistido a renegar del Tratado de Alianza firmado en febrero de 1873. Ese hecho ofrecía a Bolivia una esperanza de tentar la recuperación de lo suyo a la zaga de una eventual victoria peruana.

Devorado el Litoral, el apetito de conquista de Chile se orientó hacia la costa guanera peruana. Por eso, habiendo arrancado a Bolivia todo lo que pretendía de ella, se dedicó a la tarea de separarla del Perú. Con ese propósito, hizo ofertar a Daza una alianza antiperuana, basada en la cesión del Litoral a cambio de Tacna y Moquegua.

Pocas proposiciones tan denigrantes se habían cursado entre dos Repúblicas

---

en la historia moderna. Bolivia debía renunciar a su Litoral; contentarse con dos poblados, ninguno de los cuales importaba acceso al océano y volverse contra el aliando que estaba combatiendo por defenderla. Sin embargo, iban a servir de bandera a todos los que, dentro del país, empezaban a constituir las fuerzas del derrotismo detrás de la primera fila levantada por los poderosos señores de la plata.

Gracias a la pasión patriótica con que había sido recibida la declaratoria de guerra, el reclutamiento alcanzó a 8.000 hombres, de los que sólo 1.200 estaban armados. Fueron organizados en cinco divisiones. Una, al mando de Narciso Campero, fue situada al sur de la República para oponerse a una eventual invasión chilena por Calama, otra quedó en La Paz, y Daza, con las tres restantes, se puso en camino hacia Tacna.

El Perú, frente al puerto de Iquique, perdió un blindado. Le quedaba otro, el "Huáscar", mandado por el almirante Miguel Grau. Este realizó una campaña de sorpresa, inteligente y osada, pero acabó por sucumbir, junto a Mejillones, el mes de octubre.

El mando chileno, para su campaña terrestre, aprovechó plenamente el dominio marítimo alcanzado gracias al sacrificio del "Huáscar". En una primera fase de esa campaña, tomó Pisagua, una victoria que lo situó entre Tacna y Tarapacá y que, teóricamente al menos, lo puso en medio de las fuerzas aliadas que no tenían más que reunirse para cogerlo en tenaza.

Daza comandaba las tropas asignadas para avanzar desde Tacna, pero, inexplicablemente, a la altura de Camarones, decidió volverse sin combatir. Las de Tarapacá, libradas a su suerte, fueron derrotadas en San Francisco, y Chile, explotando el éxito, ocupó Iquique, Moquegua y Tarapacá.

La derrota de San Francisco tuvo honda repercusiones tanto en Bolivia como en el Perú. Hubo un motín en La Paz y la división del sur proclamó a Campero como Presidente, una decisión que fue acatada por el ejército en campaña. Daza huyó. El Presidente peruano, Ignacio Prado, por su parte, resultó reemplazado por Nicolás Piérola.

Campero asumió el poder político como hombre de transacción general. Su verdadera posición respecto a la guerra era, en principio, un misterio y tanto los partidarios de la alianza como los derrotistas, lo consideraban uno de los suyos.

El hecho es que solo había estado marcando el paso hasta que se canalizaran las ambiciones despertadas por la huida de Daza. A mediados del mes de abril, sintió que estaba en libertad para actuar conforme a su criterio, se puso a la cabeza de las tropas acantonadas en el norte de la República y partió en dirección a Tacna. En ausencia de Piérola, le tocó asumir el mando de las tropas Perú-bolivianas. Las desplegó en el lomerío de Intorco después de bautizarlo, en homenaje a la fraternidad

---

boliviano-peruana, como el Alto de la Alianza.

Era la víspera de una batalla decisiva y el derrotismo, hasta entonces disimulado, salió a la luz detrás de la figura de Arce. Este, el 10 de mayo, publicó un Manifiesto abogando por una paz separada. Su interesada temeridad, provocó un nuevo realineamiento de fuerzas. Parte de las clases dominantes, la que respondió a los mineros de la plata, era firmemente derrotista; el latifundismo vacilaba aún, en tanto que las capas superiores de las clases medias empezaban a derivar hacia las posiciones aliancistas mantenidas, hasta entonces, por las capas inferiores y por el ejército.

Los aliados, a la llegada de Campero, sumaron 12.000 hombres, entre 5.000 bolivianos y 7.000 procedentes del Perú; Chile, por su parte, contaba con 23.000 soldados. La proporción constituía un reflejo más o menos exacto de la distinta capacidad económica de los contendientes.

Seis días después del Manifiesto de Arce se dio la batalla del Alto de la Alianza. A pesar de la heroicidad del ala derecha mandada por el coronel Eliodoro Camacho, del valor de los peruanos y del admirable sacrificio del regimiento “Colorados” aniquilado por la caballería enemiga, se impuso al cabo la superioridad chilena.

Los restos del ejército aliado se dividieron después de la derrota. Los peruanos se retiraron rumbo al norte y Campero emprendió el retorno a La Paz animado del propósito de rehacer sus fuerzas y continuar la guerra.

La Convención proclamó a Campero como Presidente y a Arce como Vicepresidente, lo que, en vista de la reagrupación de fuerzas que estaba produciéndose, no podía ser más que un compromiso precario y superficial, y repuso la Constitución de 1871 con algunas modificaciones liberales.

El mes de junio, el ejército chileno tomó Anca. Coronó, con ello, la segunda fase de su campaña y pasó a la tercera.

Una vez en La Paz y advertido del vuelo alcanzado por el derrotismo, Campero dictó el sitio, alejó a Arce de la sede del gobierno nombrándolo jefe político del sur y empezó a crear, de la nada, un nuevo ejército.

Para armar ese ejército necesitaba dinero y para hacerse de dinero precisaba de la aprobación convencional, y allí fue donde el derrotismo le ató las manos. Los convencionales rebajaron el impuesto a exportaciones de plata, beneficiando de paso a los grandes mineros, y, más tarde, se opusieron a una transformación del “diezmo” en un impuesto predial. Con esas medidas dejaron a Campero sin recursos para adquirir armas.

La habilidad de Baptista resultó instrumental en ambas maniobras.

---

Adicionalmente, convirtió al Partido Constitucional en portavoz del derrotismo y montó a los latifundistas en el tren de los grandes mineros de la plata, cerrando el frente político de las clases dominantes.

Fortificado así, el derrotismo pasó a la ofensiva. Desarticulé la unidad de propósito de los aliados en la conferencia de paz que se celebró en Anca, el mes de octubre, bajo el auspicio norteamericano, y su jefe: Arce se lanzó a una abierta campaña en favor de una paz separada.

Campero se alarmó. Reorganizó su gabinete y desterró a Arce. El precio de la plata, paralelamente, experimentó una sensible elevación, lo que tonificó el poderío económico de los grandes mineros y estimuló su oposición a la alianza.

La tercera fase de la ofensiva chilena se inició a principios de 1881. Sus fuerzas tomaron Lima. Piérola se retiró a la sierra y surgió un segundo gobierno, en La Magdalena, presidido por Francisco García Calderón.

La decisión de Campero en sentido de continuar la lucha, obtuvo mayor apoyo en el Congreso del año 1881 que en el anterior. Frente al derrotismo del Partido Constitucional, baluarte de las clases dominantes, empezó a gestarse un otro partido, el Liberal, integrado por una nueva generación de ras clases medias, partidaria de la alianza. Camacho, el héroe de Intiorco, empezó a ser mirado como el jefe de los liberales.

El gobierno de los Estados Unidos propuso una segunda mediación basada en al reconocimiento de la integridad territorial peruana, fortaleciendo así, las posiciones intransigentes de García Calderón. El gobierno chileno, percibiéndolo, hizo apresar al mandatario peruano. El abuso, empero, provocó reacción. La mayoría del ejército peruano desconoció a Piérola y se puso a órdenes del sucesor de García: el contralmirante Montero, asentado en Arequipa. El general Andrés Cáceres, un guerrero pertinaz, imaginativo y valeroso, empezó, entonces, su legendaria resistencia contra la ocupación chilena mediante acciones de sorpresa.

En Bolivia, a la inversa, los derrotistas continuaron ganando posiciones. El Congreso del año 1882 impuso el regreso de Arce y autorizó al Ejecutivo a procurar una paz separada, autorización que Campero no quiso utilizar.

Cáceres, convertido ya en el punto focal de las esperanzas peruanas, atacó Mococilla y Pucara, y ocupó Huancayo. mientras, en el norte, otro general Miguel Iglesias, después de ganar crédito con una victoria, reunió una Asamblea en Cajamarca y se pronunció por negociar la paz. Los Estados Unidos, por su parte, abandonaron la idea de hacer respetar la integridad peruana.

El pronunciamiento de Iglesias resultó una inesperada bendición para los chilenos y endureció sus posiciones. Ya no pretendían solamente Tarapacá, sino, asimismo, Tacna y Arica.

---

El bloque derrotista en el Congreso, alentado por la llegada de Arce, insistió en el tema de la paz separada con carácter mandatorio. En octubre de 1883, se desarrolló el debate consiguiente. Las nuevas exigencias chilenas constituían una irrecusable demostración de que Bolivia no podría obtener una salida al océano tratando separadamente; pero, aún así, contra la airada oposición de los diputados liberales y la impotente amargura del pueblo manifestado en las calles, el Congreso aprobó el proyecto derrotista, defendido por Baptista. Los partidos de la alianza: Campero, los liberales, las clases medias, resultaron vencidos. Las palabras se habían impuesto sobre los hechos, las ilusiones sobre las realidades y los intereses del pequeño grupo de mineros de la plata sobre los de toda la República.

Diez días más tarde, los representantes de Iglesias firmaron el Tratado de Ancón, accediendo a la cesión de Tarapacá y dejando el destino de Tacna y Anca librado a un plebiscito que debía celebrarse diez años más tarde. El gobierno de Arequipa se disolvió en silencio.

A principios de 1884, la campaña electoral por la sucesión de Campero entró en su fase definitiva. Corral volvió al país y fue convencido de apoyar a Pacheco dentro de un nuevo partido, el Demócrata, mientras Baptista, viendo el peligro, ofreció a Arce la postulación del Partido Constitucional.

Las candidaturas de los señores de Guadalupe y Huanchaca, junto con demostrar la influencia política alcanzada por los señores plateros, dividieron a las clases dominantes. Las clases medias las encararon igualmente. Una parte, la que había venido combatiendo desde la muerte de Morales, conservaba su fe en Corral; otra, sobre todo la juventud, hecha a una nueva tradición, engrosaba, fervorosamente, las filas del Partido Liberal debido, sobre todo, a su firme actitud aliancista. La candidatura de Camacho surgió, pues, con su propia significación.

El 4 de abril, en medio de las preocupaciones electorales que embargaban a todos, se firmó, con Chile el llamado Pacto de Tregua. Por él, se convenía en la ocupación del Litoral y Bolivia dejaba sus aduanas en manos chilenas hasta la firma de un acuerdo definitivo. Tal era el fruto obtenido por el derrotismo.

Sesenta días más tarde, solo y desalentado, Cáceres reconoció el Tratado de Ancón. La guerra había concluido.

II

Las elecciones de 1884, corrompidas por cohecho, no dieron resultados decisivos, pero el Congreso eligió a Pacheco como fruto de un acuerdo reservado que garantizaba la sucesión para Arce, cuatro años más tarde, y el señor de Guadalupe asumió el poder con un gabinete "fusionista" integrado por demócratas,



---

constitucionalistas y liberales.

El mismo Congreso aprobó el Pacto de Tregua. Como consecuencia, hubo un alza de precios, lo que, añadido al acumulo de las deudas de guerra y al decaimiento de la minería pequeña, hallé su propia solución en una nueva devaluación monetaria.

Arce no había aprendido nada de la guerra ni de la tregua. Trasladó a Santiago la sede social de Huanchaca y, a principios de 1885, emprendió viaje a Chile como representante diplomático. El cargo le sirvió para firmar, con la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta, un acuerdo para prolongar la ferrovía de ese puerto hasta Atocha.

En febrero de ese mismo año, el explorador americano Edward Heath descubrió Cachuela Esperanza, un cuello de botella para todas las corrientes que confluyen en los Ríos Beni y Madre de Dios. Poco más tarde se instaló allí Nicolás Suárez y empezó a crear el gran imperio económico que habría de ser Suárez Hermanos.

Pacheco elevó el precio para el rescate de plata destinada a fines de acuñación. Los grandes mineros, como los latifundistas en su tiempo, no habían postulado en balde por el control del poder político.

El descubrimiento de nuevos usos industriales elevó el precio del estaño. Aramayo recibió un poderoso impulso y algunos capitales ingleses fueron invertidos en las minas. Potosí. Un nuevo poder empezaba a tomar cuerpo dentro de la economía boliviana.

La derrota de los suyos en las elecciones municipales del año 1887. movió a Pacheco a reconsiderar la política “fusionista”, renunciando a la cooperación de los liberales y uniendo a demócratas y constitucionalistas en un nuevo partido, el Nacional. Con esa medida, la pugna entre nacionales y liberales recrudeció sin el atenuante del compromiso político.

La candidatura de Arce salió, entonces, a la luz. Las clases dominantes, sin capital electoral de consideración, apretaron filas en torno al tradicionalismo y la campaña se convirtió en un acre debate entre “beatos” y “ateos”. El gobierno armó al Partido Nacional. Los jóvenes liberales propusieron el alzamiento. Camacho, fiel a sus principios institucionalistas, se opuso, dejando en el empeño girones de su popularidad.

Durante sus últimos meses de vida, el gobierno autorizó la prolongación del ferrocarril antofagastino de Atocha a Uyuni, y firmó, con la Argentina, un Protocolo conviniendo en el grado 22º como límite de ambos países en la zona del Chaco.

Gracias al apoyo oficial y a un nuevo e impresionante derroche de dinero, Arce ganó las elecciones y Pacheco le entregó el poder el mes de agosto.

---

El señor de Huanchaca ascendió a la Presidencia con algunos presupuestos convertidos casi en ideas fijas, como la amistad con Chile a costa del Perú, el confesionalismo. los ferrocarriles y los caminos En sus anchas espaldas, las clases dominantes concluyeron por recuperar el monopolio del poder político que habían reempezado a hacer suya desde la reconsideración del “fusionismo” y el consiguiente alejamiento de Corral. Las clases medias lo percibieron así, instintivamente y su natural reacción defensiva se canalizó en un alzamiento, que la resistencia de Camacho condenó al fracaso.

A pesar de ello, la reacción de Arce fue durísima. Los dirigentes resultaron fusilados, se clausuró la prensa liberal, apareció una Ley de Imprenta calcada de la que había dictado Linares en su tiempo y varios senadores y diputados acabaron separados de sus bancas.

El señor de Huanchaca, empero, no se detuvo en ello. Lo sucedido le había hecho ver el riesgo que, para el dominio exclusivo de las clases dominantes importaba la existencia del estamento castrense, y decidió refisionomizarlo, reduciéndolo por un lado y, por otro, reabriendo el Colegio Militar, medida que tendía a limitar los galones de oficial a los hijos de las clases dominantes.

Con la oposición dispersa o asustada, Arce se dedicó, desembarazadamente, a poner en práctica sus ideas fijas. Algunas eran positivas y otras no. A fines de 1888. autorizó a la compañía Huanchaca a construir un ramal ferroviario entre Uyuni y Oruro que debía conectarse con el de Antofagasta, multiplicó las obras iniciadas por Pacheco para embellecer la ciudad de Sucre e Inauguró un nuevo camino entre Sucre y Tarija.

Cinco meses después de haber autorizado a su propia compañía la construcción del ramal de Oruro a Uyuni, transfirió esa autorización a The Antofagasta Bolivia Railway, una transacción cuestionable independientemente de lo malo o bueno que pudiera ser el ferrocarril.

En mayo de 1889, convirtió el Protocolo firmado con la Argentina en un Tratado renunciando a la soberanía boliviana sobre el Chaco central y parte de la Puna de Atacama, a cambio del reconocimiento argentino de los derechos bolivianos sobre Tarija, el trueque de un territorio por un pedazo de papel.

El ferrocarril de Antofagasta estaba llamado a tener una utilidad que ni el mismo Arce sospechaba. Debido a la estimulante cotización del estaño, algunos capitalistas chilenos crearon la Compañía Mi nera de Oruro, dueño de las minas del sur, continuó su acelerado crecimiento.

La arbitrariedad personal de Arce, el amordazamiento de la prensa, las persecuciones y, sobre todo, la desmedrada situación de las clases medias, acabaron con la limitada paciencia de los liberales, que se embarcaron en una doble conspiración.

---

Una serie rocambolesca de malos entendidos la hizo fracasar y, en la represión consiguiente, Arce elevó de nuevo, el precio para el rescate de la plata acuñable.

Arce, durante la guerra, había propugnado una alianza con Chile ilusionado por el señuelo de una salida al mar. Como Presidente, estaba en la posibilidad de hacer posible esa ilusión, e inició negociaciones exploratorias. Chile presentó sus condiciones: cesión del Litoral, libre importación a Bolivia de los productos chilenos y construcción, por su cuenta, de un ferrocarril de Anca a La Paz. No había tal salida al mar y Arce hubo de rechazarlas. Quien sabe si, entonces, se convenció del grave error en el que había vivido.

Baptista era su Ministro de Relaciones y, al propio tiempo, el candidato oficial convenido para el período siguiente. El fracaso de las negociaciones con Chile estaba mermando su prestigio y se decidió, por ello, enviarlo como representante diplomático a la Argentina, cuyo Congreso no había ratificado aún el Tratado suscrito en mayo de 1889.

No tuvo mejor desempeño como diplomático que como Canciller. A fin de lograr esa aprobación congresal, no vio reparo en sacrificar, íntegramente, toda la Puna de Atacama.

Faltaban pocos meses para las elecciones cuando volvió de la Argentina para embancarse en la campaña electoral. Hallé que Pacheco, para oponérsele, había reorganizado el Partido Demócrata y que la candidatura de Camacho tomaba vuelo.

El comicio, como ocho años antes, resultó indefinido y el problema fue llevado al Congreso, donde Pacheco estaba comprometido a apoyar a Camacho asegurándole el triunfo.

Arce y Baptista resultaron, así, puestos en la alternativa insoslayable de escoger entre el respeto a la ley y la conservación del poder. No vacilaron. Con el Congreso reunido en Oruro. Arce dictó el sitio, cancelé el mandato de una veintena de representantes opositores, ordenó apresar y confinar a otros más y obtuvo la proclamación del candidato oficial.

Arce dejó el gobierno y, al mismo tiempo, junto con Pacheco, empezó a desvanecerse para siempre de la escena política. El aumento de la producción platera de los Estados Unidos, empujó el precio de la plata hasta la pendiente de una caída sostenida, y ni uno ni otro iban a reponerse más. El ciclo de los grandes señores plateros estaban cerrándose.

El triunfo de Baptista y la difuminación política de Corral, resultaron políticamente, en la compactación de los antiguos constitucionalistas dentro del Partido Conservador, nuevo nombre para una vieja hueste, y en la dilución del populismo en el Partido Liberal, lo que, socialmente, repuso el desnudo

---

enfrentamiento de dos organismos políticos claramente definidos.

El Congreso del año 1893 fue convocado en La Paz, lo que despertó una agitada resistencia en Sucre. Los chuquisaqueños vieron, en esa medida, un principio de concesión a las repetidas solicitudes de los representantes paceños para trasladar la capitalía y, consiguientemente, una amenaza para su supervivencia normal. Con la caída del precio de la plata, el centro económico de gravedad de la República había vuelto al norte, más poblado, compacto y autosuficiente, y Sucre dependía, con mayor precisión que nunca, de los ingresos de la burocracia.

En mayo de 1894, Daza apareció en Antofagasta después de haber escrito, repetidamente a Baptista, haciéndole saber que deseaba volver al país a fin de presentarse ante la Corte Suprema de Justicia, que lo había sometido a proceso, y “hacen luz sobre muchos puntos históricos referentes a la guerra nacional de 1879”.

El Ejecutivo le negó el permiso de ingreso, pero el ex-Presidente, pasando esa negativa por alto, se llegó hasta Uyuni, donde fue asesinado por los mismos oficiales encargados de custodiarlo. Sus papeles se perdieron, la investigación consiguiente fue diluida. Las culpabilidades de la guerra, la historia de la retirada de Camarones, resultaron, de esa manera, silenciados para siempre.

Los liberales reemplazaron a Camacho con el general José Manuel Pando en la conducción de su partido. Este cargaba también un elevado prestigio guerrero, pero, más militar que político, no poseía la firmeza institucionalista que había caracterizado a su antecesor.

El precio del estaño continuaba en ascenso estimulante. En consecuencia, el vacío dejado por los señores plateros, empezó a ser llenado, todavía despaciosamente, por los explotadores del “metal del diablo”: Aramayo, empresas inglesas en Potosí, chilenas en Oruro y, entre unas y otras, una larga serie de pequeños mineros bolivianos, diligentes y habilidosos, que desenterraban vetas pero que difícilmente podían explotarlas ellos mismos. La excepción a la regla iba a ser Simón Iturri Patiño, dueño de “La Salvadora”, cuyo filón principal estaba casi a flor de tierra y tenía alrededor de un 60 por ciento de ley.

A fines de 1896. el Partido Conservador lanzó la candidatura de Severo Fernández Alonso y Baptista, con el poder a su disposición, cuidó de que resultara elegido.

### III

Alonso se hizo cargo de la Presidencia en difíciles circunstancias. Las clases dominantes, su base de sustentación, se hallaban debilitadas debido al decaimiento de los mineros de la plata; confrontaba la pugna, cada vez más aguda, entre el norte y

---

el sur de la República y su sustento político, el Partido Conservador no se había repuesto aún del malestar interno causado por las encontradas aspiraciones de los precandidatos presidenciales.

Las elecciones municipales subsiguientes no hicieron más que desnudar sus problemas. Los conservadores perdieron en toda la República y el gobierno se vio precisado a intervenir el Concejo Municipal de La Paz. En el choque resultante, hubo un estudiante muerto y su entierro devino una apoteosis del liberalismo y, a la vez, del regionalismo nortino.

El Partido Liberal no era un partido paceño o del norte, ni el Conservador lo era sucreño o sureño. Todos los factores acumulados para oponer el norte contra el sur de la República, estaban contribuyendo a confundir el problema regional con el socio-político: la vieja pugna entre las clases medias y las clases dominantes. Sólo hacía falta un detonador para que estallara uno u otro. La inercia en la que transcurrió el año 1897 y parte del 1898, administrativa y políticamente vacíos, no fue, pues, otra cosa que la calma que precede a las grandes tempestades.

En 1898, los acontecimientos se desderezaron de esa inercia. Los representantes sucreños en el parlamento, propusieron la radicación definitiva del Ejecutivo en la capital. Los paceños, el mes de noviembre, contrataron con un proyecto para federalizar la República. La mayoría de ellos era de filiación conservadora y ese contrataque, por eso, un indicativo de que el tema regional estaba emparejándose en importancia con el socio-político.

Mientras, en La Paz, liberales y conservadores por igual, se lanzaban a la calle en manifestación apoyando la idea, el Congreso la aceptó; pero, al mismo tiempo, aceptó también la radicación definitiva del Ejecutivo en Sucre. Los senadores y diputados paceños abandonaron sus bancas y tomaron rumbo a La Paz, donde, entretanto, se había formado un Comité Federal.

La ciudad los recibió en triunfo. Mientras Alonso se ponía a la cabeza del ejército, los paceños convenían en una Junta de Gobierno constituida por Serapio Reyes Ortiz, Macario Pinilla y Pando, dos conservadores y un liberal. El problema regional se había impuesto sobre el socio-político. Era la guerra civil.

Alonso avanzó hasta Oruro sin hallar oposición, debido a las lluvias, perdió un tiempo precioso y solo diez días más tarde, se decidió continuar hasta Viacha. La liquidación del levantamiento numeroso parecía asegurada; pero, en la emergencia, el Gobernador Federal de La Paz, Federico Zuazo acudió a la desesperada idea de movilizar a los campesinos. Les bastaba saber que, al otro lado de las trincheras, estaban los latifundistas, sus enemigos naturales, identificados con el Partido Conservador, para acudir por decenas de miles.

Su presencia salvó a La Paz, Alonso quedó detenido hasta que los paceños hubieran recibido las armas que esperaban del Perú, carabinas "Manlicher" y

---

“Winchester”, muy superiores a los fusiles de sus adversarios. El resultado se había decidido ya. Perdida la primera oportunidad para coger desarmados a los paceños, las fuerzas del sur estaban condenadas a la derrota por la mayor fortaleza humana y económica del norte.

La marcha hacia el este, entretanto, continuaba sin pausa. Mientras, en el altiplano, la República se desgarraba, sobre el río Acre era fundado Puerto Alonso, una avanzada de la bolivianidad que no podía menos de chocar contra los intereses brasileños ya arraigados allí. A la vanguardia de esos intereses, un aventurero español, Luis Galvez, iba a proclamar, poco más tarde, el Estado Independiente del Acre, hecho desatador de un nuevo desgajamiento del territorio boliviano.

El problema logístico de Alonso, complicado por las partidas campesinas, lo obligó a destacar, divididas, parte de sus fuerzas en incursiones de avituallamiento. Los campesinos liquidaron, una a una, cuatro de esas partidas, en Chililaya, Coroco, Ayo-Ayo y Umala, a tiempo que Pando se imponía en una escaramuza librada en el Crucero de Chacoma.

Alonso, cada vez más estrechado, tuvo que volverse a Oruro. Pando instaló su cuartel general en Calamarca y, a su lado, emergió un nuevo caudillo indio, Pablo Zárate, el “Willca”.

La sombra inmensa del país rural, hasta entonces marginado del discurrir histórico republicano, atemorizó incluso a los propios nortinos. Se empezó por privar de municiones a los campesinos e Ismael Montes, segundo militar de Pando, organizó, en Umala, un núcleo opuesto a Zárate.

Alonso envió a una división a Cochabamba que se había levantado a sus espaldas. Hostigada a todo lo largo de su ruta, llegó a su destino debilitada y fue contenida fácilmente,

Zárate dio con el batallón “Alonso”, y lo cercó y golpeó en Huayllas, durante dos días, sin lograr su rendición, pero inutilizándolo para todo propósito práctico. Otro batallón sureño, fue detenido y diezmado frente a Caracollo.

Alonso recibió refuerzos y se decidió, por fin, a reintentar la toma de La Paz. Pando, por su parte, juzgó que el adversario estaba maduro para el golpe de gracia y avanzó hacia Oruro. Sureños y nortinos se encontraron, a medio camino, en el Crucero de Paria el 10 de abril. Alonso contaba con un ejército mejor organizado; Pando, en cambio, tenía a su favor, las grandes masas campesinas irregulares. Fue una batalla desordenada, breve y sangrienta que concluyó con el triunfo del norte y resultó decisiva para el resultado de la guerra civil.

Alonso huyó hacia Oruro y allí tomó el tren de Antofagasta, con lo que, poco a poco, toda la República pasó a proclamar-se en favor de la Junta paceña.

---

El norte había triunfado sobre el sur, una solución al problema regional. Quedaba el problema socio-político y no tardó en manifestarse. La presencia campesina junto a las fuerzas de Pando importaba, en el hecho, el planteo de una alianza entre el campesinado y las clases medias, capaz de ampliar las perspectivas de ambos mediante la liquidación de la servidumbre. El latifundismo, incrustado entre los vencedores a través del grupo paceño del Partido Conservador, lo comprendió así, instintivamente y actuó en consecuencia. Aún no había concluido de celebrarse el triunfo, cuando los dirigentes campesinos, sus principales arquitectos, fueron detenidos, sumariamente juzgados y ejecutados a poco.

Los liberales no reaccionaron, pero sus fisuras naturales con los conservadores paceños, no tardaron en salir a la superficie, y, naturalmente, todo hacía prever que los conservadores paceños serían anegados. Pero, en esa hora, con sus días contados apretadamente, acudieron a un último recurso: todos ellos se unieron al Partido Liberal. No habiendo podido derrotar abiertamente a las clases medias victoriosas, el latifundismo se proponía enervarlas desde dentro.

En las elecciones generales celebradas en el mes de agosto, los liberales triunfaron fácilmente en toda la República, pero, entre ellos, se disimulaban muchos antiguos conservadores que no habían renunciado a nada más que el nombre de tales.

La Convención reunida en Oruro proclamó a Pando como Presidente y a Lucio Pérez Velasco, un liberal de viejo cuño, como a Vicepresidente. Después de veinte años de esfuerzos, el Partido Liberal, una vigorosa representación de las clases medias, llegó al poder precisamente cuando empezaba a convertirse en un nuevo conglomerado de clases medias, latifundistas y mineros del estaño. Había sido desvirtuado en la hora de su triunfo.

#### IV

Desde la caída de Frías hasta la Presidencia de Pando ocurrieron dos acontecimientos trascendentes: la guerra con Chile y la guerra civil entre el norte y el sur de la República. Ninguno de ellos, sin embargo, fue analizado en su tiempo o guiado por ideología alguna. Ni el tradicionalismo ni el positivismo, entonces en pugna como banderas de las clases dominantes y de las clases medias, estaban equipados para explicarlas y, por lo tanto, tampoco para proveer de inspiración a sus actores.

En el hecho, el positivismo y el tradicionalismo, importaciones tardías y textuales, no eran sino medios, recursos como lo hubiera podido ser un diccionario de adjetivos, en la confrontación entre las clases dominantes y las clases medias.

El tradicionalismo, a excepción de algunos países de la periferie europea, había muerto junto con el orden feudal, su origen y alimento. Incluso la Iglesia

---

católica, que era su médula desde la conversión de Constantino, estaba, en el campo teórico, empezando a formar entre quienes procuraban la transformación del liberalismo, gracias a León XIII, el creador e impulsor de las tesis sobre la responsabilidad social del individuo.

Bien es cierto que, en Bolivia, constituía un instrumento adecuado para la preservación de la semifeudalidad por parte del sector latifundista de las clases dominantes, su gran beneficiario; pero no es menos cierto que ese sector, descontado el breve paréntesis entre la desimportanciación de los señores de la plata y la emergencia de los, barones del estaño con Aramayo a la cabeza, no era el más fuerte en el conjunto de quienes poseían el periodo económico y no tenía, consecuentemente, por qué haberle impuesto el sello de su pensamiento.

Lo hizo sin embargo y esa incongruencia tuvo sus efectos. La adhesión al tradicionalismo por parte de Arce. Pacheco y muchos otros plateros de menor importancia, les cerró los ojos a la potencialidad del campesinado como mercado de consumo, y, de esa manera, los privó de la posibilidad de industrializar sus beneficios y selló su destino una vez que las vetas se agotaron o cayó el precio.

El positivismo, por su parte, no representaba ni las aspiraciones ni los intereses de las clases medias. Estaba de moda, parecía una réplica adecuada contra el parafraseo ultramontano de los tradicionalistas y se hallaba respaldado por el prestigio personal de Méndez, uno de los puntales del aliancismo, Por eso lo adoptaron a medida que la guerra iba redefiniendo, dentro de nuevos términos, su lucha contra las clases dominantes comprometidas con el derrotismo, Sin la ausencia de Corral y la muerte prematura de Andrés Ibáñez, el caudillo cruceño, es bien posible que se hubieran decidido por el socialismo, mucho más capacitado para proveerles de un método interpretativo de la realidad boliviana y de una guía para su acción consecuente.

La adopción del positivismo por parte de las clases medias, era, pues, una segunda incongruencia, y tuvo también sus ulterioridades. Las dejó indefensas, a la hora de su triunfo, frente a la penetración insidiosa del conservadorismo paceño y al interesado acercamiento de Aramayo y de los mineros del estaño, que aún siendo sureños, se plegaron a la causa del norte.

La adhesión al tradicionalismo por parte de los señores de la plata no fue, empero, incondicional. Un lugar de sus fueros quedó reservado, sino para las ideas Filosóficas o filosófico-políticas, por lo menos para los patrones estéticos europeos, o, más exactamente, franceses, un fenómeno sin otra explicación plausible que la atracción de París, entonces capital intelectual y artística del occidente y meta obligada de todo aquel que podía disponer del dinero necesario para viajar en busca de horizontes más amplios.

Tampoco las clases medias se entregaron ciegamente al positivismo. La inadecuación de esa doctrina a la realidad boliviana, movió a varios intelectuales



---

inquietos a continuar escarbando en el arsenal ideológico nacido de la emergencia del capitalismo. Mamerto Oyola, un meritorio ensayista cruceño, publicó “La Razón Universal”, curioso ensamble de racionalismo y fe, que se relleva por ser una de las primeras obras filosóficas verdaderamente originales producidas en Bolivia. Luis Arze Lecaze, por su parte, empezó a difundir las teorías del inglés Hebert Spencer, un remozamiento filosófico, sociológico y económico del positivismo realizado al conjunto de los descubrimientos de Darwin sobre la evolución y de sus teorías acerca de la supervivencia de los más aptos. En este último terreno, un amplio justificativo para aquel aspecto de la libre empresa referente a las relaciones entre el capital y el trabajo, iba a tener duradera influencia.

La educación no sólo continuó esclavizada a los vaivenes de la política, sino, lo que es más, sufrió, directamente, las consecuencias de las adversidades que se abatieron sobre la República.

Las clases medias continuaron comprometidas con el postulado de la “enseñanza libre”, traducido en la municipalización del ciclo primario y la particularización del ciclo medio. Las clases dominantes, por su parte, inclinadas a perpetuar las restricciones educativas que constituían uno de sus medios para manipular los términos del ámbito político formal, se mantuvieron inclinadas a la tesis del control estatal, que les daba la posibilidad de ese manipuleo.

El gobierno de Daza, debido a su composición social, osciló entre ambos extremos, En una primera etapa, Aspiazu restableció la autoridad de los Concejos Municipales y, en una segunda, Méndez devolvió la tuición del ciclo medio a la iniciativa privada, aunque estatuyendo un programa modernizado por el que, entre otras cosas, se reemplazaba la enseñanza del latín por la del inglés.

En 1878, debido a la propagación de la peste, se tuvo que clausurar las escuelas y los colegios.

Campero, urgido por los apremios de la guerra, aplicó los fondos de la educación al equipamiento del ejército. Poco más tarde, empero, hallé el razonable término medio entre los postulados positivistas, adelantados por la falencia del Fisco, y los tradicionalistas, apoyados en la incapacidad económica de la iniciativa privada, y, junto con recuperar para el Estado la tuición de la enseñanza, hizo pagante el ciclo medio. Se trataba de una medida temporal, ya que endurecía las restricciones educativas, y estaba, por eso, destinada a durar solo mientras durase el apremio bélico, pero fue mantenida por sus sucesores, los señores de la plata, aún después de la desaparición de ese apremio, precisamente por su carácter restrictivo.

Arce, completamente entregado al tradicionalismo, ordenó la revisión de los programas aprobados a iniciativa de Méndez y lo hizo desde un punto de vista ultramontano. La Historia Sagrada se convirtió en texto básico para la enseñanza de la filosofía y el latín fue reintroducido con carácter obligatorio.

---

Baptista, dentro de esa misma corriente, entregó la Escuela Normal a los padres salesianos, obstruyendo la formación de maestros. Creó las Universidades de Oruro y Potosí, pero limitadas a las materias que habían servido de base para la enseñanza superior durante el Coloniaje y ejerció censura sobre el profesorado. En La Paz, se privó de la cátedra “por sus ideas opuestas al credo oficial y a las íntimas creencias del primer magistrado” a un postulante que había vencido, con brillo pero liberalmente, el examen de oposición; en Cochabamba, se exoneró a José Quintín Mendoza, un positivista, y, en Sucre, a Ricardo Mujía y Aniceto Solares, por la misma razón.

El estudio de la historia entró en una nueva fase, diferente de la que había vivido durante el medio siglo anterior, caracterizada, principalmente por su disciplina.

El factor determinante de esa disciplina fue el trabajo de los investigadores, Dos de los pioneros continuaron su paciente y laboriosa tarea: Vicente Ballivián y Roxas incorporó a su “Archivo” tres importantes relaciones inéditas sobre las misiones orientales durante el Coloniaje y José Rosendo Gutiérrez, por su parte, dio a la estampa los “Documentos sobre la Historia Antonia de Bolivia”. A ellos se incorporó una nueva generación igualmente decidida y meritoria, Luis Salinas Vega recopiló un valioso aunque incompleto “Catálogo de los Papeles sobre la Audiencia de Charcas Existentes en el Archivo de Indias”; Valentín Abecia adicionó la “Biblioteca Bolivia” de Gabriel René Moreno y Samuel Velasco Flores, en un segundo plano, se esforzó en el desentierro del legendario pasado potosino,

Las aportaciones documentales de esos Investigadores y de otros varios de menor importancia, despertaron la pasión por el detalle y sentaron normas de respeto por la objetividad. De esa manera, los relatores de la historia, varios de ellos investigadores también, redujeron la extensión de sus temas en favor de la profundidad y renunciaron, en buena parte, a usar la historia, al estilo de Cortés, como una arma más en la lucha que venía desarrollándose entre las clases dominantes y las clases medias y que los afectaba en todos los casos.

Jenaro Sanjinés, que ya había incursionado en el campo del relato histórico con una respuesta a la “Historia de los Cuatro Días” de Félix Reyes Ortiz, desarrolló sus aptitudes en tres obras más que son de obligada consulta y que tratan, respectivamente, de los sucesos del año 1871, del gobierno de Morales y de las administraciones de Frías y Ballivián, una suerte de continuación de la obra de Sotomayor Valdés.

José Vicente Ochoa acompañó al ejército boliviano en la guerra con Chile, recopiló un “Diario” de la campaña y reunió algunas biografías breves de sus principales actores. Claudio Pinilla recogió y transmitió, sin investigarla, la versión interesada de Orcullo sobre la creación de la República. Y Modesto Omiste, un robusto y distinguido educador e intelectual potosino, incursionó, con brillo, en diversos campos del estudio histórico; la crónica, la biografía y la monografía, inspirado principalmente por el rico venero de su campanario natal. Sus “Tradiciones

---

Potosinas” en cinco volúmenes, constituyen un esfuerzo apreciable y digno.

La reducción y profundización de los temas, así como la denuncia al abuso interesado de la historia, tenían que desembocar, necesariamente en la monografía y así sucedió efectivamente. Omiste no fue el reiniciador del tema, lo fue Belisario Loza con tres apreciables trabajos sobre “Los Setenta y Nueve”, “El Gran Mariscal de Ayacucho” y “Una Sorpresa en Caigüasi”. Monseñor de los Santos Taborga, autor de la “Idea de una introducción a la Historia de Bolivia”, menos exacta que ingeniosa y finamente escrita, a más de Julio Lucas Jaimes, que escribió con el seudónimo de Brocha Gorda, descollaron en el género.

La monografía, el trabajo breve y especializado, recibió un gran aliento, a fines del siglo, con la aparición del “Boletín” de la Sociedad Geográfica de Sucre, revista la más sostenida e influyente en su género. En sus páginas vieron la luz, a lo largo de cinco decenios, los trabajos de muchos de los más distinguidos investigadores y relatores de la historia boliviana.

En el terreno de la biografía histórica, amén de Omiste, merece mención Tomás O’Connor d’Arlach, autor especializado en la figura y en la época de Melgarejo, a quien, en dos libros: “El General Melgarejo” y “Hechos y Dichos del General Melgarejo”, hizo el servicio de presentar bajo ese aspecto romántico que ha captado la imaginación de varias generaciones y que, en el hecho, tiende a exonerar de culpa a las clases dominantes que lo crearon y apoyaron.

Pero, entre todos los nombres inscritos en los acápites históricos de la cultura boliviana correspondiente al período, hay uno que merece consideración especial, el de Gabriel René-Moreno. El joven crítico literario abandonó pronto ese género por el estudio de la historia que le habría de dar justa y perdurable fama.

Nacido en Santa Cruz, consolidó su formación y pasó la mayor parte de su vida en Chile. Desarrollo su vocación por la historia junto a las figuras más talentosas de la cultura chilena de todos los tiempos, mientras que, en la otra cara de la medalla, sus vínculos con Bolivia se liberaban del interés mediato personal por acción de la distancia y el correr de los años. Consecuentemente, era, de una parte, el fruto maduro de un ambiente cultural mejor evolucionado, más inquieto y exigente que el boliviano, y podía, de otra, apreciar el fenómeno patrio desde la ventajosa perspectiva del afectuoso desinterés. Fue un investigador y un relator al mismo tiempo. Poseía, en el primero de esos campos, la pasión del coleccionista, el escrúpulo del devoto y el cuidado en el detalle propios del verdadero hombre de ciencia, como lo prueban la “Biblioteca Boliviana”, sus “Suplementos” y el “Catálogo del Archivo de Moxos y Chiquitos”. En el segundo, desarrolló un estilo substancioso, musical y atrayente, elevado hasta la maestría en el uso del idioma a todo lo largo de los “Últimos Días Coloniales en el Alto Perú” y “Las Matanzas de Yáñez”.

Se lo ha asusado de prejuicios blancos sin medir que esos prejuicios eran comunes entre los hombres de su tiempo y de su ascendencia. Los compensé, de

---

todas maneras y sobradamente, con una apreciación juiciosa y cabal, aunque no exhaustiva. de aquellos hombres como Belzu o Ballivián, que más influyeron, en uno u otro sentido, en la suerte del campesinado, lo que demostró su intuitiva orientación progresista y sirvió para condenarlo al silencio de la crítica y la prensa de las clases dominantes por más de cincuenta años.

Escribió mucho. Además de los títulos mencionados, no pueden olvidarse su biografía de Nicómedes Antelo, ni los diversos volúmenes compuestos bajo la inspiración de dos temas: “Bolivia-Perú” y “Bolivia-Argentina”.

El pudor del estudio histórico para incursionar en el debate diario no se compadecía con la acritud de ese debate y, sobre todo, con el sacudimiento experimentado por la sociedad boliviana en ese entonces a causa de la peste, de la guerra, de la declinación de la minería platera y de la guerra civil. Parecía como si los relatores, a la zaga de los investigadores, hubiesen buscado refugio en el pasado, precisamente para escapar de un presente demasiado duro e incomprensible para todos. Era, empero, una actitud intelectual que no podía generalizarse frente a la obvia urgencia de sobreponerse a la realidad.

De esa urgencia nació la introspección, la búsqueda de las causas determinantes de la derrota, de la inflación, de la inestabilidad, del encono intestino, Tomó, en la mayoría de los casos, el cauce semi o seudosicológico y halló un blanco fácil donde apuntar en el estamento castrense. Inició el género Julio César Valdez con “La Revolución”, harto intrascendente; le siguió Isaac Tamayo con “Habla Melgarejo”, una audaz defensa del indio hecha a costa del mestizo; y cerré el capítulo un seudónimo “Sirius”.

La evolución de la filosofía, de la filosofía política y aún de la sociología, había provisto ya, a quien quisiera usarlos, de los métodos adecuados para esa introspección, un trabajo de interpretar la realidad y deducir las consecuencias de esa interpretación. La instintiva resistencia a usar esos métodos y la superficialidad de sus análisis, demuestra, por otra parte de los introspectivos, no sólo el interés en no cuestionar un orden de cosas del que eran beneficiarios en cuanto componentes de las clases dominantes o de las capas superiores de las clases medias, sino, asimismo, la voluntad de defender ese orden de cosas. La introspección, de esa manera, vino a llenar el vacío que, en el arsenal de la lucha por la preservación del statu quo, había dejado el estudio histórico. En ese sentido, iba a tener una larga influencia.

El choque de la guerra y la influencia de las nuevas escuelas aparecidas, poco antes, en el panorama internacional, empujaron las letras a una fase de transición caracterizada, principalmente, por la agonía del género romántico y la aparición del realismo, su reacción lógica.

En el terreno de la novela, el romanticismo agónico tuvo un curioso brillo, como si, a lo largo de su existencia, hubiera ido acumulando toda la carga de sus potencialidades a fin de reservarse para un glorioso final. Y el hombre que le dio ese

---

brillo fue Nataniel Aguirre. Después de una tentativa más o menos lograda: “La Bellísima Floriana” y de medir sus fuerzas con algunos cuentos: “La Quintañoña” produjo “Juan de la Rosa”, una obra con el gran telón de fondo de las guerras de la Independencia, suma de estilo maduro, equilibrio esquemático, penetración psicológica y soberbia descripción ambiental, que resiste el paso del tiempo y reúne los atributos necesarios para merecer el título de obra maestra. En un segundo plano, merecen mención las realizaciones de Rodolfo Soria Galvarro e Isaac Eduardo, el primero de los cuales sobre todo, hubiera podido rendir mucho más en un clima literario mejor constituido.

El realismo en la novelística, como el género introspectivo en los estudios sociales, fue introducido por Julio César Valdez con una novela de transición: “La Chabelita”, que lo revela chispeante en la frase y correcto en el estilo, pero desequilibrado en la distribución de su material.

Oscilando también entre el romanticismo y el realismo, los cuentos de Lindaura Anzoategui de Campero se meritúan por la facilidad en el diálogo y la sencillez de su desenvolvimiento. Entre ellos, uno o dos constituyen aciertos indudables, y redicen la especialidad del vacío en el que había subsistido hasta entonces.

Adela Zamudio, en poesía, paraleló el canto del cisne que, en novelística, había significado Nataniel Aguirre. “Intimas” y “Rafagas” son dos obras maduras, con menos técnica que sentimiento, pero inconfundibles en su personalidad. Ricardo Mujía, Sixto López Ballesteros y Rosendo Gutiérrez, forman en el cuadro de una generalidad aceptable. Los primeros poetas realistas dignos de mención son dos: Luis Zalles y Benjamín Blanco.

El teatro romántico, a juzgar por el número de sus cultivadores, provocaba mayor interés que los otros géneros literarios. Descuella Nataniel Aguirre con “Represalia del Héroe y Visionarios y Mártires”. Le siguen Lucas Jaimes en vena cómica; Hermógenes Jofré, muy bien considerado en su tiempo; Mariano Durán y, otra vez, Ricardo Mujía, más ambicioso que logrado.

La crítica literaria hizo número con Rosendo Villalobos, y, sobre todo, con Santiago Vaca Guzmán, autor de una “Literatura Boliviana” que, aparte de la penetración en el juicio, es, por su prosa, parte inseparable de esa literatura.

Los grandes mineros de la plata, debido a su fortuna, eran los más llamados a heredar el mecenazgo de las artes que la Iglesia había perdido con la Independencia y que el Estado, perpetuamente falente, no podía hacer suyo. Era una oportunidad, una gran oportunidad, pero la desaprovecharon o, más exactamente, la desnaturalizaron. Su adhesión a los patrones estéticos franceses, afrancesados mejor, les vendió los ojos a las ricas posibilidades artísticas latentes en el medio y en el hombre bolivianos, y abrió sus bolsas para la importación generosa de pinturas, esculturas y aún muebles y adornos, la mayoría de segundo orden, producidos en París.

---

El ejemplo fue seguido por el latifundismo y Sucre, por lo menos los hogares de las gentes de fortuna, empezó a adquirir ese aire irreal que se desprende siempre de la imitación inmotivada: la decoración interior más aparente que cómoda y la construcción, ya no dispuesta en hileras de cuartos alrededor de uno o más patios como era tradicional, sino conforme a una idea originalmente funcional pero exagerada en el trasplante. El afrancesamiento de los mineros de la plata primero y del conjunto de las clases dominantes más tarde, iba a culminar con la erección, en la capital de Bolivia, un pueblo indomestizo, de un teatro y de una torre que son copias miniaturizadas del Teatro de la Opera de París y de la Torre Eiffel.

Semejante actitud por parte de las clases dominantes, privó al arte boliviano del único estímulo con el que podía haber contado entonces y, naturalmente, frenó su recuperación. La escultura siguió sin dar un solo nombre de consideración; la música hubiera corrido la misma suerte sin las apreciables aportaciones de Teófilo Vargas y Norberto Luna, fundador de la Sociedad Musical Haydn el año 1880, y la pintura fue redimida por Manuel Pereira, que continuó en la brecha con pleno vigor y tres nombres nuevos: Manuel Ugalde, Isaac Gorostiaga y José García Mesa, el mejor dotado, todos los cuales, acusan, sin embargo, la influencia francesa en el estilo y los temas.

La quiebra de la alianza entre las clases dominantes y las capas superiores de las clases medias producida a consecuencia de la guerra y que concluyó por identificar a las primeras con el Partido Conservador y el tradicionalismo, y por reunificar a las segundas con sus capas inferiores alrededor del Partido Liberal y las teorías positivistas, se reflejó, como no podía ser de otra manera en la Junta de la Prensa.

Las clases dominantes, debido a la constitución estructural del país, no estaban urgidas por la competencia interna y, numéricamente hablando, constituían una exigua minoría de la población. No necesitaban, pues, de la prensa como vehículo de propaganda ni constituían un mercado suficientemente amplio como para sostener un periódico adquiriendo sus ejemplares.

El hecho contribuyó a consolidar la empresa periodística en reemplazo de la prensa de minorías. La relativa escasez de público cliente por razones de afinidad ideológica o social, puso a "El Comercio" en la necesidad de mejorar y ampliar sus servicios mediante la reinversión de sus ganancias, a fin de elevar el número de sus lectores. A su vez, y como sucede en toda empresa periodística, la reinversión de las ganancias, un endurecimiento de su calidad empresarial, aumentó su sensibilidad para percibir y adecuarse a los cambios políticos que podían afectarla, y la elevación en el número de lectores, le dio un margen de independencia limitado, únicamente, por su condición social como parte de las clases dominantes. Esos dos hechos explican cómo discurrió por todo el periodo, sin enemistarse pero tampoco sin comprometerse con ningún gobierno y porque asumió el papel defensor del statu que, desgraciadamente reservado a toda empresa periodística dentro de una sociedad

---

semifeudal.

La empresa periodística, una vez consdida puso al resto de la prensa frente a un competidor aventajado, lo que resultó un golpe irreparable para la prensa de minorías a la que, por otra parte, había privado de su razón de ser. No la barrió sin embargo. No faltaba quien, grupo o persona, estuviera dispuesto a financiar una publicación inmediata y exclusivamente dedicada a promover sus intereses. Pero si la redujo a la aparición esporádica, principalmente en los períodos electorales, y desmejoró su calidad. El mejor y más sostenido ejemplo de una prensa de minorías, durante el período, fue “El Americano” de Abel Iturralde, una hoja decididamente tradicionalista, escrita con el visceral ingenio propio de su director.

La prensa de mayorías resistió mucho mejor la competencia, tal vez porque la empresa periodística no podía ni quería arrebatarle su condición de portavoz de las aspiraciones y de los intereses de las clases medias. Sufrió si, repetidamente, toda la animadversión de las clases dominantes dueñas del poder político. “El Imparcial” de Zoilo Flores, su mejor expresión, no solo fue clausurado por Arce, sino, asimismo resultó el blanco favorito de Baptista que, sin llegar a la clausura ni a la prisión de sus directores, lo hostilizó con todos los medios a su alcance.

El Partido Liberal a medida de su crecimiento, reunió bajo sus banderas a lo mejor y más expresivo de la intelectualidad de ese entonces, y la mayoría de esa intelectualidad, usó de la prensa una u otra vez. Nicolás Acosta y Julio César Valdez publicaron “La Razón”, Camacho, Méndez y Antonio Quijarro esparcieron sus colaboraciones en diversas hojas de corta vida y los jóvenes, Agustín Iturricha y Domingo L. Ramírez principalmente, enardecieron el tono de la polémica con todo el ímpetu generoso pero a veces extremado de los años mozos.

Omiste, en otro terreno, el de la prensa con fines principalmente educativos, hizo un breve y quijotesco ensayo con “El Tiempo”.

La represión contra la prensa de mayorías prolongó, durante el período, la necesidad del panfleto. Su cultor más destacado fue Zoilo Flores, en los largos paréntesis provocados por la clausura de “El Imparcial”. Los jóvenes liberales, a su ejemplo, produjeron también algunos folletos y la controversia entre tradicionalistas y positivistas, usó del género cuando su extensión o su acritud le impedían o desaconsejaban las páginas de la prensa. Las actitudes del derrotismo durante la guerra motivaron también una larga serie de panfletos, tanto entre los acusadores como entre los acusados. El más interesante, sin duda, es el de Luis Salinas Vega, un conservador que Arce envió a Arica, disfrazado de herido y dentro de una ambulancia, cuando se encontraban allí los delegados chilenos a la conferencia de paz convocada por los Estados Unidos.

El panfleto judicial pasó por una de sus mejores épocas. El intercambio de adjetivos entre Pacheco y Campero, por sí y por medio de terceros, a causa de la propiedad de “Guadalupe”, que Campero aducía propia, tiene un raro sabor. El

---

primero, tal vez más seguro de sí mismo, se mantuvo en una actitud de relativa mesura; pero el segundo dio rienda suelta a una serie de sus corifeos que, ocultos en el anonimato, alcanzaron una cima pocas veces igualada en el dudoso arte de la difamación, el torcimiento de los hechos y el encono. El botón de muestra se halla en “El General Croupier”.

El hambre afectó duramente al país rural y el atractivo del salario minero lo privó de los más inquietos de sus hijos. El folklore rural, por lo tanto, sufrió un período de estancamiento. El folklore mestizo, a su vez, golpeado por la guerra, no halló fuerzas más que para crear una nueva danza: “Los Capitanes de Melga”, destinada a satirizar al estamento militar.



## PARTE III: LA EPICA DE LOS BARONES DEL ESTAÑO

---

### REALISTAS Y MODERNISTAS

Pando se posesionó constitucionalmente en octubre de 1899, cuando se había hecho imposible el postergar más tiempo una solución al problema del Acre, surgido, ocho meses antes, con la proclamación independista de Galvez.

El vencedor de los Cruceros quiso disponer de varias opciones y, por eso, tomó la iniciativa en diversos planos. Envió al Acre, primero, un delegado, Andrés S. Muñoz, con cien plazas y, más tarde, por cuerda separada a su Vicepresidente, Pérez Velasco, con ciento treinta plazas y a su Ministro de la Guerra, Montes con doscientas setenta más. Autorizó la firma del Protocolo Salinas Vega-Magalhaes sobre el tema de los límites entre ambas naciones. Y apoderó a Aramayo, el barón del sur, para que negociara el alquiler de la región a un consorcio británico-norteamericano.

En el orden interno se movió, al principio, con mayor concreción. Limité las emisiones de los Bancos al 100 por ciento de su capital pagado, concediéndoles cuatro años de plazo para rescatar los excedentes, y decretó que los pedimentos de “substancias inorgánicas no metalíferas”, una errada definición del petróleo que empezaba a ser descubierto y utilizado en el país, pagaran dos pesos por hectárea.

Los antiguos conservadores recién convertidos en liberales, ganaron aparte de sus nuevos copartidarios a la idea de abandonar el federalismo bajo cuyas banderas habían triunfado en la guerra civil. Esa incongruencia, resistida por la mayoría de los liberales de viejo cuño y mayor fidelidad doctrinaria, hizo que el Partido Liberal afrontara, dividido entre unitarios y federalistas, las elecciones parlamentarias del año 1900. Los unitarios, vencedores, afinaron su control sobre el gobierno y, con el nombre de doctrinarios, se compactaron alrededor de Montes. Los federalistas, derrotados, adoptaron la denominación de puritanos e izaron, como portaestandarte, el nombre de Pérez Velasco.

---

La preponderancia de los doctrinarios imprimió, pronto, su orientación en la conducta del gobierno. El mes de noviembre, se aprobó la tercera "revisita" de la historia nacional, luz verde para el que se estipulaba la pacificación a cambio de una amnistía sumada a la garantía de las propiedades de brasileños.

Ese acuerdo pudo haber significado el punto final del problema. Sin embargo, coincidió con la creación de The Bolivian Syndicate, el consorcio británico norteamericano propiciado por Aramayo para explotar el Acre durante treinta años, lo que el gobierno brasileño consideró lesivo para sus intereses, ya que el Protocolo Salinas Vega-Magalhaes, por pasiva, había reconocido que la zona era litigiosa.

Se produjo, de esa manera, una coincidencia de intereses entre el gobierno central de Río de Janeiro y los propietarios brasileños residentes en el Acre. Fruto de esa coincidencia, Plácido Castro, otro barraquero de la zona, se levantó en armas con el apoyo oficial decidido de las autoridades de su país. Al cabo de pocos meses, excepción hecha de algunos puntos de resistencia organizados, a lo largo del río Orton, por la Casa Suárez, era el amo virtual de la situación.

Visto el peligro. Pando se decidió a intervenir personalmente. Residenció a Pérez Velasco, confinó a otros puritanos, clausuró la prensa de oposición y partió al Acre dejando a Eliodoro Villazón, su Canciller, antiguo empleado de Aramayo, a cargo del Ejecutivo.

The Bolivian Syndicate traspasó sus derechos al gobierno brasileño y Villazón, en marzo de 1903. levantó las manos y firmó, con el Brasil, un modus vivendi. Pando que, en el entretanto, había avanzado victoriosamente, hasta el río Tahuamanu, se vio obligado a detenerse.

El modus vivendi fue convertido en el Tratado de Petrópolis el mes de noviembre. Se definió una nueva frontera cediendo más de 190 000 kilómetros cuadrados a cambio de dos millones de libras esterlinas destinadas a aumentar el kilometraje de los ferrocarriles bolivianos.

La cotización del estaño continuaba en aumento y, así estimulada, la producción se elevó en un 48 por ciento en relación con el año anterior. Patiño empezaba a perfilarse dentro de ese total gracias a la riqueza de sus vetas. Había instalado un ingenio y adquirido acciones del Crédito Hipotecario.

No era una excepción. La joven burguesía nacida de las minas de estaño, continuaba creciendo, rápida y seguramente, pero todavía dentro del ámbito nacional; en tanto que, a su frente, su contrapartida, el proletariado, ganaba consistencia pero no todavía la conciencia de esa consistencia, una personalización.

La sucesión de Pando, el año 1904, fue disputada, esencialmente entre Montes y Pérez Velasco. Las aristas de la contradicción tradicional entre las clases dominantes y las clases medias estaba siendo limadas por la prosperidad nacida del

---

auge estañífero. Las primeras, con mayor conciencia de sus intereses, apretaban filas alrededor de Montes; las segundas, se hallaban divididas.

Montes resultó elegido y, el mes de agosto, Pando le transfirió las insignias del cargo. Pocos Presidentes habían de arrepentirse tanto como él de haber ayudado a un sucesor.

Montes, cuando llegó al poder, era abogado de una empresa minera poseída por Alonso, lo que explica su afinidad con los conservadores; del Crédito Hipotecario, un hilo que lo unía con Patiño, y de varias casas importadoras alemanas. Poseía acciones en El Comercio” y una propiedad agraria, lo que iba a incrementar, durante su mandato, con la Mina “Quimsa Cruz”, acciones del Banco de Bolivia y Londres, y el gran latifundio de Taraco, Constituía, en consecuencia, uno de los varios nudos maestros donde confluían los intereses de las clases dominantes.

Sus objetivos de gobierno estaban claramente determinados por ese hecho y pueden resumirse en tres, que dan sentido y explican su obra: preservar el statu quo existente en el campo, facilitar el juego natural de la libre iniciativa dentro del país urbano, y procurar la institucionalidad de ese país urbano... siempre que esto último no colidiera con los dos anteriores. Tenía además, como Arce, algunas preocupaciones, visibles en el lado positivo de su obra.

Las Cámaras se hallaban discutiendo un proyecto para adoptar el patrón oro, cuando fueron sorprendidas por la firma, con Chile, de un Tratado de Paz, Amistad y Límites, que llevaba la firma del Ministro de Relaciones Exteriores Alberto Gutiérrez. El título no respondía al contenido. Chile ganaba inmensamente el Litoral entero, y no cedía, comparativamente casi nada en cambio: un ferrocarril de Anca a La Paz, 300.000 libras esterlinas a título de indemnización y el reconocimiento de un amplio e irrestricto derecho de tránsito por su puertos para las personas y los buenos bolivianos.

El significado de tamaña pérdida tardó en penetrar la conciencia colectiva, pero, cuando lo hizo, la sorpresa cedió al descontento. Las clases medias empezaron a agitarse, en desorden, y el sordo rumor que presagia la tormenta, se extendió por todo el país urbano.

Montes se adelantó al riesgo fortificando el ejército, la primera de sus grandes preocupaciones, mediante la instauración del servicio militar obligatorio.

Lo ayudó la prosperidad, que empezaba a derramarse por todo el país urbano a consecuencia de la elevación continua de los precios del estaño y del wolfram. El primer beneficiado fue el sector internacional de la burguesía —al capitalismo chileno absorbió varias importantes concesiones en la Compañía Minera de Oruro— y el segundo, Patiño, que reinvertió sus beneficios en la creación del Banco Mercantil, corresponsal del Bank of London and South America, el primero de sus vínculos con el capitalismo financiero inglés y, por lo tanto, con la burguesía internacional. Aramayo

---

fue más lejos. Formé la Aramayo, Franke Mines e inscribió su sede social en Londres incorporándose así, de hecho, a esa burguesía internacional.

En noviembre de 1905, los obreros de las imprentas fundaron la Unión Gráfica Nacional, un ente de transición, compuesto por obreros pero con un programa artesanal de apoyo mutuo.

La segunda de las grandes preocupaciones de Montes abrazaba los ferrocarriles, El mes de diciembre de ese mismo año dictó una Ley que, en verdad, podía definirse mejor como un plan ferroviario destinado a modificar y ampliar la red de comunicaciones, esencialmente minera, heredada del Coloniaje. Al año siguiente, en mayo, esa Ley se concretó en el Contrato Speyer, firmado entre el gobierno de Bolivia y dos firmas norteamericanas, la financiera Speyer y el National City Bank, que puede resumirse como un compromiso para que esas firmas financiaran la construcción de cinco líneas: tres desde Oruro, a Viacha, Cochabamba y Potosí, una cuarta de Potosí a Tupiza y la última entre La Paz y Puerto Acre, por un total de 6.050.000 libras. El Estado debía aportar 2.300.000 libras, producto de los Tratados con el Brasil y Chile. y recibía los bonos de segunda hipoteca emitidos para cubrir el saldo. Los concesionarios no aportaban nada y recibían, a su vez, el derecho monopólico a explotar esas líneas y los bonos de primera hipoteca.

Las Cámaras se abrieron en el mes de agosto. Empezaron sus trabajos anulando las credenciales de algunos diputados puritanos, las continuaron derogando el “fuero eclesiástico” y las concluyeron discutiendo el Contrato Speyer.

Dos meses tardó la mayoría en salirse con la suya. Aramayo resistió el resultado. La cláusula monopolítica del contrato echaba por tierra uno de sus sueños, la construcción del ferrocarril de Tupiza a la frontera argentina, tendente a abaratar sus exportaciones de minerales, un hecho que lo distanció de Montes.

Superadas, mal desde luego, las cuestiones de frontera con el Brasil y Chile, el gobierno volcó su atención a la que quedaba pendiente con el Paraguay. En enero de 1907 se firmó el Protocolo Pinilla-Soler, motivado, más que nada, por el peligroso entrecruzamiento de las posiciones bolivianas y paraguayas en el Chaco. Era desastroso y fue tan duramente atacado en las Cámaras, que Montes se abstuvo de forzar su aceptación. Quedó, por lo tanto, sin confirmarse; pero no sin perjuicio. Las posiciones bolivianas y paraguayas se congelaron en un statu quo. Entre los parlamentarios que impugnaron ese Protocolo con mayor vehemencia, figuraban Daniel Salamanca que, por ese motivo, empezó a adelantar una de las facetas que habrían de componer su total imagen política: la del adversario militante del Paraguay.

Quince días después de la firma del Protocolo Pinilla-Soler, Speyer y el National City Bank se disolvieron en una nueva razón social: The Bolivia Railway Company.

---

El año 1908 nació y vivió bajo un signo electoral. Montes creó el Registro Civil, ordenó el reglamento de elecciones y convocó a votar por un sucesor. Puritanos y doctrinarios coincidieron en el nombre de Fernando Eloy Guachalla que resultó elegido sin oposición, pero murió poco después.

Montes prorrogó su mandato por un año más. Durante ese año, The Bolivia Railway se declaró imposibilitada para cumplir el total de sus obligaciones y el Presidente redujo el plan ferroviario original a cuatro líneas: Viacha y Oruro, Río Mulatos y Potosí, Cochabamba y Oruro, Uyuni y Atocha, sin reducir, paralelamente las granjerías de la compañía. Es más, el mes de noviembre cuando esa compañía arrendó sus derechos a The Antofagasta -Bolivia Railway por 99 años y en condiciones desconocidas, confirmé la operación sin exigir siquiera que se lo enterara de los detalles.

Los ánimos de puritanos y doctrinarios se hallaban en punto de ebullición cuando intervino Aramayo y les presentó un candidato de aveniencia, el suyo propio: Villazón. A pesar de su desastrosa situación en el caso del Brasil, parecía el menor de los males para unos y otros, y resultó elegido el mes de mayo de 1909.

||

El acuerdo electoral entre puritanos y doctrinarios se prolongó hasta la formación del gabinete arrastrando al grueso de las clases medias, bagaje puritano, a la alianza de las clases dominantes y el saldo de las clases medias, de la que eran portavoz los doctrinarios. El gobierno de Villazón empezó, pues, sobre una ancha base social que la prosperidad coadyudaba a consolidar. El estaño y la goma continuaban en alza y la balanza de pagos arrojó un superávit considerable. Una parte, proporcional a su voluntad, era reexportado por la burguesía internacional; pero otra permanecía en el país, destinada a la reinversión.

Patiño había alcanzado ya el volumen de potencia económica dentro del ámbito nacional, Para atender sus pleitos, contraté al Ministro de Hacienda, Arturo Loayza y el propio Montes, al dejar el poder, fue incorporado a sus planillas,

A principios de 1910 se contrató un empréstito en el Credit Mobilier, destinado a la creación de un Banco Nacional estatal, con facultades monopolísticas de emitir moneda, idea que Montes había dejado encarecidamente recomendada.

La banca privada, como es natural, la combatía con tenacidad. Desde su punto de vista, lo deseable era el mantenimiento del statu quo; desde el punto de vista de sus propugnadores, el ideal era un banco central, banco de bancos y dueño único del derecho de emisión.

Villazón transé en un término medio. Creó el Banco de la Nación, pero no le otorgó facultades de conversión ni le reconoció el monopolio emisor. Más aún, en

---

virtud de un acto de magia semántica, los Estatutos negaban al Estado la voz mayoritaria que le correspondía de acuerdo al número de sus acciones.

Sin embargo, la institucionalidad liberal continué levantándose piedra a piedra. El mes de octubre, fue congelado el “fuero militar” y el Congreso dictó la Ley del Matrimonio Civil, medida que el clero resistió y atacó sin motivo razonable.

El confrontamiento verbal resultante, así histérico por ambas partes, contribuyó el mes de noviembre, a que pasara desapercibida la exoneración de patentes acordada para la concesiones petrolíferas

Llovieron los peticionarios: Mamerto Urriolagoitia, Alberto Ostría Gutiérrez, Carlos Calvo, Adolfo Costa du Rels, gentes que, de esa manera, marcaban su destino político. Su estampida constituye el primero en la cadena de acontecimientos que iban a desembocar, años más tarde, en la guerra del Chaco.

El precio del estaño, al morir el año 1911, llegó a una cifra record, y la fiebre minera se propagó como una epidemia. La gente abandonaba su vida habitual para tentar suerte en la aventura, Muchos, una enorme mayoría, habían de ver esa aventura convertida en tragedia: muy pocos dieron con vetas productivas, conservaron el control de lo que habían ganado Entre esos pocos empezaba a destacarse Mauricio Hochschild que, de rescatador, pasó a constituirse en el principal accionista de la Compañía Unificada del Cerro de Potosí, otro ítem de la burguesía internacional.

El crecimiento de las empresas aparejaba, naturalmente, el aumento numérico de los obreros y agudizaba la necesidad de su organización. No fueron los mineros, empero, muchos de ellos trabajadores temporales aún, quienes siguieron el ejemplo dado por los gráficos siete años antes, sino un vario grupo de anarquistas. El 1º de mayo crearon la Federación Obrera Internacional, agrupación de artesanos que, contrariamente a la Unión Gráfica, propuso un programa obrero, lo que le da también carácter transitivo, aunque más adelantado, dentro del proceso de personalización de la clase obrera.

Ese programa obrero así, fuera bandera artesanal, señala el prolegómeno de la lucha por la división del beneficio entre obreros y patronos, inherente a su existencia misma. Las clases medias, reclamadas de uno y otro lado, empezaron, desde entonces, a adoptar el movimiento pendular que les es característico en toda sociedad donde existen, a la vez, una burguesía y un movimiento obrero.

A fines de 1912, se precisó la concentración desproporcionada de la riqueza minera. Patiño concluyó de controlar Huanuni y aumentó su imperio con, Japo y Kami; Aramayo empezó a exportar wolfram desde sus minas del sur; Hochschild, se extendió a Oruro ocupando San José, Itos y Morococala, los elementos necesarios para calificarse como una tercera baronía.

Montes volvió al país a principios de 1913, Era el único candidato a la

---

Presidencia y no porque no tuviera oposición. Los puritanos, representantes de las clases medias, habían sido enervados por la prosperidad.

Triunfó naturalmente y Villazón, antes de devolverle las insignias del mando, el 6 de agosto. se dio todavía la última satisfacción de inaugurar e 1 ferrocarril de Arica.

Alrededor de Montes volvió a apretarse la misma coalición social que lo había acompañado durante su primera Presidencia, menos amplia pero más densa de la que se apretó alrededor de Villazón. Parte de las clases medias y otra parte de la burguesía: la banca privada, atemorizada por sus ideas acerca del monopolio emisor, y Aramayo, todavía resentido, quedaron fuera.

Esa densidad, con su característica excluyente. se hizo sentir pronto. Veintitrés días después de asumido el gobierno, restringió el derecho de reunión, un golpe dirigido, esencialmente, a prevenir las eventualidades políticas del problema bancario que estaba decidido a encarar. Efectivamente, el mes de octubre, el Congreso, a su insistencia, convirtió en Ley la idea de monopolizar las emisiones de billetes en un banco estatal. Dentro del recuento minoritario, figuraba Salamanca. Su posición en el debate contribuyó a pulir, en su imagen política, una segunda faceta: la del abanderado intransigente de la libre empresa.

La monopolización resultó oportuna. Los Estados Unidos entraron en una recesión que, si bien era pasajera, se hizo sentir duramente debido al carácter monoprodutor del país.

Montes reaccionó atropelladamente. Entre otras varias medidas, estancó los tabacos y redujo los sueldos. No era, desde luego, suficientes par evitar los efectos de esa recesión y. dentro del margen vacío, los primeros en reaccionar resultaron los obreros. Los gráficos remozaron su vieja organización con un nuevo nombre: Federación de Artes Gráficas que, con un programa sindical, constituye el primer organismo verdaderamente obrero en su composición y su pensamiento, un hito importante en la personalidad de la clase obrera. Casi al mismo tiempo, los trabajadores de Huanchaca entraron en huelga, la primera en la historia del movimiento obrero minero.

El mes de enero de 1914, Montes reglamentó la Ley aprobada por el Congreso para la monopolización de las emisiones de billetes, radicando ese monopolio, como estaba previsto, en el Banco de la Nación Boliviana. Sin embargo, al cabo de poco tiempo, por efecto de esa reglamentación, el Estado quedó en minoría de votos y la mayoría pasó a poder de un grupo de gentes integrado por representantes de la burguesía internacional, de la burguesía nacional y del latifundismo.

La recesión, con su secuela de descontento y esa medida, vulnerando los intereses bancarios, maduraron la oportunidad para el surgimiento de una oposición organizada. Salamanca fue el primero en verla y convocó a varios personajes que, por su disimilitud social, hubiera sido difícil reunir en circunstancias diferentes,

---

representantes de la banca privada como él mismo, abogado del Banco Nacional; Bautista Saavedra, que empezaba a cobrar relieve en cuanto a defensor de las clases medias; Luis Paz, antiguo jefe del Partido Conservador y vocero natural del latifundismo, Pando.. Con ellos, se creó el Partido Republicano.

El mes de agosto estalló la Primera Guerra Mundial. Al principio, no fue más que un pretexto para Montes, que hizo apresar a Saavedra entre otros, dictó el estado de sitio y clausuró varios periódicos. Al mismo tiempo, en el campo económico, estableció una moratoria general y reglamentó la venta de artículos de primera necesidad. El mito de la libre empresa dentro de una sociedad económicamente dependiente, no había podido resistir su primera confrontación con un desajuste estructural.

Las elecciones parciales convocadas para el mes de mayo de 1915, dieron una primera prueba del vigor adquirido por el Partido Republicano. Carlos Víctor Aramayo, la tercera generación de los barones del sur, triunfó en su feudo de Sud Chichas, moviendo a Montes, el que menos podía hacerlo, a quejarse del empleo político del dinero baronil.

A fines de ese año, debido a la demanda creada por la guerra, la recesión empezó a ceder. Sin embargo, a causa de la internacionalización legal de Aramayo, virtual de Hochschild y de las obligaciones contraídas por Patiño para redondear, en el exterior, un imperio fundador y productor, los beneficios de la prosperidad en puertas, beneficiaban al país en proporción decreciente.

Los liberales eligieron a José Gutiérrez Guerra para suceder a Montes, en tanto que los republicanos se decidieron por un-a transacción, José María Escalier, un médico que ni siquiera vivía en el país.

En medio del ruido electoral, el rompimiento de relaciones con Alemania, en abril de 1917, pasó casi desapercibido.

El resultado de las elecciones es, un holgado triunfo de Gutiérrez Guerra, pareció sorprendente y fue, por eso, ensombrecido por la sospecha del fraude. Pero el fraude no era más que una parte de la explicación del hecho; la recuperación económica, aunque disminuida, había frenado el crecimiento del Partido Republicano.

Ese freno, sin embargo, se rompió poco después, el mes de junio, por un acontecimiento con dimensiones de tragedia. El cadáver de Pando apareció baleado en "el Kenko", un barranco cercano a La Paz, La noticia fue recibida con enorme indignación. Salamanca se encargó de capitalizarla calificando el hecho como un crimen político mediante una frase indirecta pero cargada de hiel: "el pueblo lo dice".

Gutiérrez Guerra, en agosto, asumió el poder, en tanto que el Partido Republicano declaraba, públicamente, que no reconoció su legalidad.



---

En favor del nuevo Presidente trabajaba la recuperación económica: en favor del republicanismo estaba el impulso político nacido de la muerte de Pando. Empero, mientras los primeros parecían aprisionados por un desánimo inexplicable, los segundos explotaban a fondo su ventaja.

El mes de octubre, en Rusia, casi al otro lado del mundo, una alianza de obreros, campesinos y soldados encabezada por Lenin y el Partido Comunista, liquidaba los frágiles remanentes del zarismo y emprendía, por primera vez en la historia, la creación de un Estado socialista inspirado en las doctrinas del marxismo. Era un hecho que iba a transformar la fisonomía del planeta y repercutir, más tarde, incluso en Bolivia,

Treinta días más tarde, la bancada republicana presentó, en las Cámaras, un pliego de acusación contra Montes. El debate concluyó con la dictación del sitio, la dispersión de esa bancada y la aprobación de una nueva y más restrictiva Ley de Imprenta.

El año 1918 estuvo puntuado por dispares acontecimientos. Los obreros ferroviarios, reunidos en Molloni, fundaron la Federación de Oruro y una mezcla de anarquistas y socialistas, el 1º de mayo, convirtió la vieja F.O.I. en la Federación Obrera del Trabajo. La existencia de un capitalismo maquinizado había concluido por personalizar a la clase obrera en un molde organizativo correspondiente, capaz de instrumentar en su favor, la disputa por el beneficio: el sindicato, etapa final de la evolución de los gremios.

Faltaban todavía cerca de tres años para la renovación del Ejecutivo cuando un grupo importante del Partido Liberal lanzó el nombre de Salamanca como su candidato para suceder a Gutiérrez Guerra. El hecho, añadido a varios otros, confirmó, dentro del republicanismo, la sospecha de un acuerdo entre aquel y sus tradicionales adversarios.

El mes de septiembre se produjo la primera masacre de Catavi. Constituía la reacción Instintiva del régimen a la personalización de la clase obrera, que daba sus primeros frutos exigiendo mejores salarios. El golpe, brutal como fue, desanimó a los mineros por poco tiempo. Los de Huanuni insistieron menos de dos meses más tarde y su valor fue premiado con una primera victoria: la jornada de ocho horas.

Concluyó la guerra. Había servido, entre otras pocas cosas, para demostrar la imprescindibilidad del petróleo dentro de una economía industrial. El mes de febrero de 1920, Gutiérrez Guerra, por Decreto, se dio a sí mismo la facultad de efectuar concesiones sin límite de extensión y, horas después, reconoció enormes extensiones a la Standard Oil y a varios particulares, en tanto que un aventurero norteamericano, Spruille Braden, se puso a la tarea de adquirir las que habían sido pedidas por bolivianos el año 1911. La aparición de ese aventurero es el segundo en la cadena de acontecimientos que iban a desembocar en la Guerra del Chaco.

---

Salamanca quebró la consigna abstencionista que el Partido Republicano había lanzado para las elecciones del mes de mayo de ese año. Sabía que sus correligionarios conspiraban, dirigidos por Saavedra, y estaban jugando a dos caballos para triunfar personalmente, resultara o no la conspiración.

El mes de junio la conspiración republicana estalló por fin. Gracias a la intervención de la Escuela de Clases, de los regimientos “Campero” y “1º de Línea”, y de la guarnición de Viacha, el liberalismo fue derrocado con mucha mayor facilidad de la que parecía posible después de veinte años de gobierno.

|||

Durante las agitadas horas subsiguientes al triunfo, Saavedra emergió como el dueño único de la situación- Conocía o sospechaba por lo menos las vinculaciones de Salamanca con los derrocados, pero, así y todo, hizo llamar a su colega, entonces descansando en Cochabamba. Su telegrama se atrasó, un detalle que parece nimio, pero que tuvo importantes consecuencias. Saavedra se vio precisado a formar, sin él, el nuevo gobierno.

Pareció, en primera instancia, un gobierno de coalición social dirigido por las clases dominantes e integrado por las clases medias en todas sus capas; pero, con Escalier en Buenos Aires y Salamanca haciéndose esperar, afloraron las contradicciones internas del republicanismo con las clases medias controlando el poder y las clases dominantes tascando el freno.

Salamanca y Escalier llegaron a los doce días del cambio de gobierno, advirtieron el curso de los acontecimientos y se dispusieron a detener a Saavedra proponiendo, para la Presidencia de la República, el nombre de Luis Paz, lo que no prosperó, e insistiendo, luego, en la convocatoria a una Convención encargada de elegir el Ejecutivo, lo que fue aceptado.

Saavedra aprovechó su tiempo nombrando gentes que le eran personalmente adictas como autoridades departamentales y provinciales, ganándose al clero y dictando un Reglamento Electoral, algo más amplio que el vigente, con el que se llamó a elecciones para el mes de diciembre.

Sensible como era a las aspiraciones populares, envió, ante la Liga de las Naciones, una delegación de notables: Aramayo y Franz Tamayo entre otros, para reclamar la nulidad del Tratado de 1904. Esa delegación presentó una alegato irrefutable. Chile replicó aduciendo que la Liga no tenía facultades para revisar acuerdos bilaterales y las grandes potencias, rehusantes a poner a prueba el nuevo organismo por causa de dos pequeñas naciones, postergaron el caso para el año siguiente.

La oposición de Salamanca y de Escalier, fracasada en la mesa de las discusiones, derivó hacia la violencia, Saavedra tuvo que enviar tropas a Oruro y

---

reprimir, en La Paz, un alzamiento militar. Las clases dominantes, amargadas por la pérdida del poder, pasaban a la ofensiva. Saavedra, para fortalecerse, buscó el apoyo de la clase obrera y, para ese fin, reglamenté las relaciones entre el capital y el trabajo, reconociendo a los obreros la facultad de organizarse y el derecho de huelga.

Las elecciones del mes de diciembre fueron ganadas por el saavedrismo y la Convención, respaldada por varios dramáticos incidentes, eligió al caudillo como Presidente Constitucional de la República.

En el entretanto, el Paraguay había ocupado “los esteros de Patiño”, con lo que bloqueé a Bolivia la navegación de la cuenca platense, vía río Pilcomayo.

La victoria de Saavedra consolidó a las clases medias en el poder. El suyo, por eso, parecía un gobierno similar al de Belzu; pero no lo era, Belzu había actuado dentro de una sociedad semifeudal, obra del latifundismo y donde las clases medias, consiguientemente, constituían el extremo opuesto de las clases dominantes, por lo menos en el ámbito urbano, arena donde se tramitaba la suerte del país; Saavedra surgió de una sociedad en proceso de semicolonización, creada por la burguesía internacional y donde el extremo opuesto de las clases dominantes era la joven clase obrera. Su gobierno, por eso, en el campo social, se desarrolló bajo el signo pendular propio de las clases medias dentro de una sociedad capitalista.

Hasta principios de 1924 rindió, por hambre una huelga de los tranviarios paceños; se negó a ilegalizar las ventajas obtenidas por los obreros de “Huanchaca” en el tema de las pulperías libres; envió tropas a Jesús de Machaca para reprimir a los campesinos alzados contra un corregidor que había provocado la muerte de uno de los suyos; nombré a su Ministro de Hacienda para presidir el directorio del Banco de la Nación Boliviana obstruyendo la desestatización que había consagrado Montes; convirtió en Ley el reglamento que racionalizaba las relaciones entre el capital y el trabajo añadiéndole la jornada de ocho horas con carácter obligatorio para todo el país; encarpeó un proyecto congresal destinado a suprimir el derecho de huelga y transé con sus originadores indirectos: taxistas, ferroviarios y gráficos; se responsabilizó de la masacre de Uncía, ocurrida en junio de 1923, que había sido provocada por el desconocimiento del derecho de reunión obrera por parte de las autoridades de Oruro; dicté una Ley sobre accidentes del trabajo; instituyó el ahorro obrero y elevó las tasas impositivas a las utilidades conforme al principio de la proporcionalidad entre la inversión y los beneficios. Por último, con el precio del estaño en su más alto nivel desde la guerra y el de la goma en un nuevo ascenso que duraría hasta 1929, elevó los impuestos a la exportación de ambos productos. Allí concluyeron sus oscilaciones. Había acabado de poner a las clases medias, empujadas por la clase obrera, frente a las clases dominantes y ese hecho, con valor de definición, determinó su futuro político y su recuerdo histórico.

Las clases dominantes insistieron en su ofensiva. Su decisión de derrocar al caudillo, durante el período de las oscilaciones, adoptó diversas formas. Trataron, primero, por medio de Daniel Sánchez Bustamante, ex-Ministro liberal y abogado de la

---

Railway, de enfilarse contra el gobierno el movimiento universitario que, a imitación de otros en el continente, había enarbolado el estandarte de la Autonomía Universitaria. Lanzaron, después, a los liberales a la palestra de la violencia. Hubo un motín militar dirigido por José Luis Tejada Sorzano, tres conspiraciones descubiertas poco antes de estallar, una involucrando a varios cadetes del Colegio Militar y otra en la que figuraban algunos latifundistas prominentes como Benedicto Goytia.

A fines de 1921, los republicanos salamanquistas, reunidos en Oruro, adoptaron el nombre de genuinos y, dos años más tarde, se unieron a los liberales en la llamada "Coalición", con lo cual, las clases dominantes pasaron a contar con un solo pero más amplio instrumento político.

Saavedra se defendió, en todos los casos, recurriendo a la ayuda popular, que nunca le fue mezquinada; modificando sus gabinetes de acuerdo a la doble necesidad de dividir a sus adversarios y fortalecer a los suyos, y alternando las amnistías con la represión.

Hizo obras a pesar de la permanente alerta en el que hubo de vivir durante todo ese tiempo. Inspiró una Ley de Tierras Baldías destinada a fomentar, racionalmente, el crecimiento del país: empezó la urbanización de La Paz, de Cochabamba y de la villa de Obrajés; concluyó el camino entre Tupiza y Villazón; inauguró dos ferrocarriles Machacamarca-Uncía y Tupiza-Villazón e inició dos más: Potosí-Sucre y Cochabamba-Santa Cruz.

En el plano de la política exterior, desarrolló una tarea igualmente vasta pero no siempre acertada. La ocupación de los "esteros de Patiño" por parte del Paraguay no le había pasado desapercibida. Apenas la carga de los acontecimientos le permitió un respiro, replicó a la movida con la creación de tres fortines: "Muños", "Saavedra" y "Magariños", dispuestos alrededor de esos esteros.

Eso respecto al Paraguay. Respecto a Chile, dejó que el tema fuera manejado por su Ministro de Relaciones Exteriores, Alberto Gutiérrez que, como firmante del Tratado de 1904, estaba comprometido con una línea inclinada de conducta. El alegato ante la Liga de las Naciones del año 1920, fue convertido, en 1921, en una inocua invitación a las partes para que discutieran el asunto por sí mismas y, como una invitación no es mandatoria, Chile se reservó el derecho de acudir a esas discusiones cuando Bolivia hubiera creado un "ambiente favorable a la medida de su satisfacción. Es más. Se adelantó una tercería en el pleito de Tacna y Anca, lo que importaba abandonar la idea de reivindicar lo propio a cambio de aspirar a lo que había sido ajeno. Con esa medida, el Partido Republicano, como el Liberal en su tiempo, después de ser reivindicacionista en la oposición, se hizo pro-chileno en el gobierno.

Las oscilaciones de las clases medias en el poder constituyen la primera de las características de la época que le tocó gobernar a Saavedra. La segunda es la penetración del imperialismo norteamericano en Bolivia.

---

Esa penetración era parte de un largo y victorioso proceso competitivo destinado a desplazar del continente al imperialismo británico y que empezó a extenderse, como una mancha de aceite, desde el norte hasta el sur americano durante el último cuarto del siglo XIX. Respaldada por cuatro mil millones y medio de dólares en inversiones, se había adueñado del petróleo en México y Venezuela, de la fruta de Centroamérica y Colombia, del café de Colombia y el Brasil, del azúcar del Perú... Monopolizaba las empresas de comunicaciones y energía en casi todos ellos, había reemplazado a la libra esterlina por el dólar como medida de cambio. Y en apoyo de tan extendidos intereses, su gobierno había enviado tropas a Santo Domingo en 1904, a Nicaragua en 1912, a Haití en 1914, cooperado a modificar el curso de la Revolución Mexicana apoyando a un reformista como Obregón en perjuicio de dos revolucionarios agraristas como Zapata y Villa, sostenido las tiranías de Juan Vicente Gómez en Venezuela, Machado en Cuba...

La penetración del imperialismo norteamericano en Bolivia se realizó de dos maneras. La una estuvo dirigida al control del petróleo boliviano y su agente fue la Standard Oil Company de Nueva Jersey.

La Standard inició sus actividades bolivianas concentrando las concesiones recibidas de Gutiérrez Guerra más las que había adquirido Graden de Calvo, Urriolagoitia, Ostría, du Rels. De ese modo, se hizo con 3.708.295 hectáreas e incorporó a su red de intereses a un grupo de gentes que iban a tener una sostenida figuración política en el país. Era el tercero en la cadena de acontecimientos destinados a desembocar en la guerra del Chaco.

A pesar de la levantada oposición de un diputado, Abel Iturralde, el Congreso legalizó esa concentración. Saavedra no quiso o no pudo hacer más que reglamentar el tema mediante una Ley Orgánica de Petróleo que fijaba extensiones máximas y limitaba los plazos de exploración.

La segunda vía para la penetración del imperialismo norteamericano en Bolivia fue financiera. A fin de pagar sus obras ferroviarias y camineras, el caudillo contrató un empréstito de un millón de dólares con Stiffel Nicolaus, cediéndole una exclusividad para que gestionara una considerable ampliación con The Equitable Trust Company de Nueva York. Obtuvo esa ampliación, hasta los 29 millones de dólares, en febrero de 1923, pero las condiciones eran francamente onerosas, no solo por el alto tipo de interés y el bajo valor colocable, sino, sobre todo, por las condiciones ajenas. Tuvo que admitirse la supervigilancia de los prestatarios en el manejo de los recursos fiscales a través de una Comisión Fiscal Permanente, lo que importaba renunciar a la soberanía financiera del país en favor de un ente respaldado por un gobierno extranjero, el de los Estados Unidos.

Con la Standard convertida en dueña de la riqueza petrolera, ese empréstito rendía el país a la dominación del imperialismo norteamericano en su doble aspecto: la dependencia económica y la subordinación política. El imperialismo norteamericano,

---

empujando al debilitado imperialismo británico, había llegado hasta la frontera Argentina.

Patiño percibió la dirección del viento e izó sus velas en consecuencia. Había concentrado en sus manos un 45 por ciento del total de la producción del estaño boliviano y así provisto, inscribió su sede social en Delaware, los Estados Unidos, como firma norteamericana, con el equivalente de 6 millones y medio de libras esterlinas de capital, cediendo algunas acciones a la International Lead para justificar la operación.

De esa manera, como Aramayo lo había hecho en 1907 y Hochschild lo venía haciendo desde siempre, se convirtió en una parte más de la burguesía internacional, en otro engranaje del imperialismo norteamericano como al Standard o como Nicolaus.

El hecho concluyó por configurar al país como una semicolonía económicamente dependiente y políticamente subordinada, y tuvo varias graves implicaciones; entre el 80 y el 86 por ciento de los beneficios líquidos derivados de la explotación de las minas, ya no volvería jamás al país. Bolivia, consecuentemente, quedaba condenada a sufrir las consecuencias de las crisis cíclicas del capitalismo pero no a beneficiarse con su contraparte: la prosperidad, y sus necesidades importables debían satisfacerse con un porcentaje muy minuido de sus exportaciones. La primera de esas consecuencias no tenía solución mientras existieran las grandes baronías; la segunda podía remediarse mediante el mecanismo de los impuestos, el control del cambio y la fijación de porcentajes obligatorios para la entrega de divisas por parte de los exportadores.

Dos factores confluyeron para que Saavedra concluyera sus oscilaciones a principios de 1924: la recuperación de una sólida mayoría parlamentaria y el apoyo de Partido Socialista nacido a fines de 1919.

Las clases dominantes, en respuesta, exacerbaron su oposición. Fue descubierta una tentativa para asesinar al caudillo y, en rápida sucesión, se produjeron en Yacuiba, un levantamiento militar inspirado por los genuinos y dirigido por el general Oscar Mariaca Pando, y un motín heterogéneo en Santa Cruz.

Con el año 1924 moría el mandato de Saavedra. Este rechazó la tentación de hacerse reelegir por un segundo período y, para sucederle, escogió a Gabino Villanueva, un médico que, aún antes de posesionarse, buscó acuerdos reservados con liberales y genuinos.

Era, cuanto menos, una ingratitud. Saavedra hizo que cancelaran las credenciales del Presidente electo y entregó el poder a la cabeza del Congreso, Felipe Segundo Guzmán, para que presidiera nuevas elecciones.

El republicanismo estaba destinado a ganar esas elecciones y el problema, por

---

lo tanto, consistía en escoger un reemplazante de Villanueva. El general Hans Kundt, un militar alemán contratado como asesor del ejército, y el coronel David Toro, propusieron, a nombre del establecimiento castrense, la candidatura de Hernando Siles, ministro del caudillo, Este, apremiado por el tiempo, accedió. La Convención del Partido Republicado recibió fielmente la consigna y proclamó una fórmula integrada por Siles y Abdón Saavedra, hermano del caudillo, para la segunda magistratura. Al mismo tiempo, escamada por la experiencia, dispuso que el Presidente, si resultaba miembro del republicanismo, debía gobernar de acuerdo con su jefe, una movida precautoria con cierta lógica inherente, pero que, desde el punto de vista de Siles, importaba desconfianza y supeditación. El nuevo candidato, hombre de amor propio, si lo sintió, supo ocultarlo.

El electorado confirmé, sin disidencia, la fórmula del Partido Republicano, Saavedra viajé a Europa como representante diplomático y, el mes de marzo, Siles fue posesionado en la Presidencia.

Poco antes se había cumplido el primer centenario de la República. La Paz estaba adquiriendo el aspecto de una ciudad moderna y Cochabamba no le iba muy en zaga. El país contaba ya con una línea aérea propia y acababa de instalarse la primera fábrica textil: "Forno", cuna de un nuevo tipo de obrero, el de la manufactura.

#### IV

El positivismo spenceriano, durante los últimos años del siglo XIX, había sido la inspiración de las clases medias, agrupadas dentro del Partido Liberal, en su lucha con las clases dominantes afiliadas al Partido Conservador. El Partido Liberal, en sus vicisitudes: el triunfo, su penetración por los conservadores, su división y su transformación paulatina en un partido más de las clases dominantes, no abandonó esa su inspiración original. El positivismo spenceriano, por lo tanto, terminó convertido en el pensamiento de las clases medias y de las clases dominantes al mismo tiempo, y, naturalmente, también en el de los distintos banderíos que representaban a las unas y a las otras: liberales en todas sus ramas, genuinos y republicanos.

Como hijo legítimo que era del liberalismo, sirvió para viabilizar, sin traba alguna, también en el de los distintos banderíos que representaban a las unas y a las otras: liberales en todas sus ramas, genuinos y republicanos.

Como hijo legítimo que era del liberalismo, sirvió para viabilizar, sin traba alguna, el crecimiento y la maduración de la burguesía internacional y nacional, acunada por las minas, los siringales, los ferrocarriles y la banca. Justificó el mito de la libre empresa con toda su estructura consecuente y dio sentido, por una parte, a la edificación institucional del país urbano y, por otra, a las luchas libradas para imponer las libertades democráticas.

Hubo, en ello, una paradoja visible. La libre empresa es, efectivamente, un mito

---

en una Nación cuyos extremos económicos: el precio de las materias primas que exporta y de los bienes que importa en cambio, son controlados por voluntad ajena, porque hace dependiente a esa Nación y facilita el drenaje de su riqueza. La pobreza consiguiente, a su vez, obstaculiza la institucionalidad y fragiliza las libertades democráticas.

El positivismo se convirtió, pues, en una especie de trampa para las mismas clases medias que lo habían impuesto a través de un sacrificado esfuerzo de veinte años, cuando todavía eran dueñas del Partido Liberal. Y en una especie de trampa de la que no podían salir, porque les cerraba los ojos a la posibilidad de oponerse a ese drenaje o de alzarse contra esa dependencia.

Para las clases dominantes, en cambio, resultó una bendición. No solo podían crecer y madurar de acuerdo con unas reglas que les iban a la medida, sino al mismo tiempo, quedaban facultadas para ignorar la contrapartida de esas reglas, el pago que, en su tiempo, la burguesía europea había efectuado en cambio: la liberación del campesino.

Era, en ese aspecto, como si los dos lóbulos de un mismo cerebro pensarán en forma diferente. El positivismo spenceriano fue aplicado en el país urbano, pero no en el país rural. Y ello porque la burguesía o, al menos, su sector predominante, se hallaba dedicada a producir materias primas y no necesitaba ampliar el mercado interno de consumo con el concurso campesino, porque su mercado de consumo eran los Estados Unidos, Inglaterra o Alemania.

Algunas de las derivaciones menos importantes de las teorías positivas: la separación de la Iglesia y el Estado, la supeditación del poder militar al poder civil y la indiferencia por las formas territoriales de una soberanía nacional, configuraron varias de las medidas más fácilmente calificables de los gobiernos liberales: la superación del “fuero eclesiástico”, la Ley del Matrimonio Civil, la exclusión de los sacerdotes y de los militares del derecho a votar y a deliberar, la Ley del Divorcio Absoluto y, sobre todo, los Tratados con Chile y el Brasil.

Fue Aramayo, en 1901, quien racionalizó la indiferencia del positivismo por las formas territoriales de la soberanía boliviana, afirmando que el programa liberal, en materia de política exterior, se “reducía a un gran pensamiento regenerador: definir el período geográfico de la República. Es difícil ver qué había de regenerador en la cesión del Litoral y del Acre, ni por qué una definición del “período geográfico de la República” debía equivaler a su mutilación; pero no puede negarse que la frase concretaba un estado de ánimo a tal punto generalizado entre las clases dominantes de ese tiempo que el propio Montes, al inaugurar el Congreso del año 1905, pudo decir: “el Ejecutivo ha pensado que Bolivia puede vivir y desarrollarse con kilómetros más o menos de territorio”, sin temor a ser contradicho por sus pares.

El positivismo spenceriano fue sostenido, con distinción, en los campos del derecho. por José Carrasco, autor de un tratado sobre derecho constitucional; por



---

José Palma que publicó unos “Principios de Derecho Civil; por Bautista Saavedra, teórico eminente del derecho público y por Federico Diez de Medina, firmante de un difundido texto sobre derecho internacional.

En materia económica no produjo más que un opúsculo de Salamanca: “Apuntes para una Teoría del Valor”, tentativa incompleta para difundir las especulaciones de la escuela vienesa sobre las utilidades marginales.

En el terreno sociológico lo aplicó Saavedra para escribir “El Ayllu”, cuyo alto mérito hubiera sido mucho mayor de haber profundizado más en la investigación misma del tema y haberse apoyado menos en las conclusiones extraídas por otros autores del estudio de formas distintas de agrupamientos sociales. En el de la educación, lo hicieron Daniel Sánchez Bustamante y Misael Saracho.

La generación surgida en tiempos de Saavedra y agrupada en torno a la bandera de la autonomía universitaria, adelantó su oposición al liberalismo clásico en nombre de las teorías del pensador español Ortega y Gasset. Lo hizo sin advertir que esas teorías, centralizadas en torno al criterio neokantiano de que la realidad vital está constituida por una permanente interacción entre el yo y sus circunstancias, poseían también un fondo liberal; pero atraída, tal vez, por dos de sus conclusiones consecuentes: la relatividad de todos los valores desde el punto de vista, y la categorización de esos puntos de vista de generación en generación.

Quiso, por eso, distinguirse como tal generación y se dio a sí misma el nombre de “generación del Centenario”. Su portavoz más consistente, por desgracia prematuramente desaparecido, fue Ignacio Prudencio Bustillo, autor de un “Ensayo de Filosofía Jurídica”, en el que postula el examen de todo lo nuevo.

La clase obrera no podía hacer suyo el liberalismo en cualquiera de sus formas, sin correr el riesgo de perpetuarse mansamente como una clase explotada. Su personalización, por eso, no fue solo organizativa sino, asimismo, doctrinaria. Debido a la difusión del anarquismo en España y, a través de los emigrados españoles, en la Argentina, tomó ese carril antes que otro cualquiera, tal como lo de muestra la creación preambular de la F.O.T.

Sólo más tarde recordó el socialismo que Casimiro Corral y Andrés Ibáñez habían tratado en vano de difundir entre las clases medias el siglo anterior. La primera organización obrera con un programa por lo menos en parte socialista, fue la Federación Obrera Ferroviaria de Oruro, fundado en 1918. De ella nació, más tarde, el Partido Socialista que acabó cooperando con Saavedra al final de su período presidencial. Sus fundadores fueron Adolfo Flores y Ricardo Soruco, y tiene importancia histórica porque se constituyó en la primera agrupación política creada bajo la inspiración de una de las varias escuelas de pensamiento opuestas al liberalismo. Está afiliada, no al socialismo marxista y revolucionario representado entonces por los partidos de la Tercera Internacional, sino más bien, al socialismo evolutivo, tipo fabiano, adaptado a las normas de la mecánica demo-liberal.

---

El socialismo marxista advino a Bolivia tardíamente, en 1924 poco más o menos, a través de la Federación Obrera de Llallagua. El carácter clandestino que estaba obligado a asumir entonces, ha tendido un velo sobre el nombre de sus primeros cultores sindicales.

La prosperidad, normalmente, tenía que haber estimulado el progreso científico. La ciencia es empero, por una parte, acumulativa y, por otra, requiere de una infraestructura técnica, y Bolivia no poseía ni tradición científica ni equipos, laboratorios o materiales lo suficientemente elaborados, de manera que la pasión científica de los pocos que la poseían, tuvo que canalizarse al estudio de algunas peculiaridades nacionales para las que no hacía falta más que tiempo y buena voluntad, amén de imaginación y un conocimiento básico de la materia. Es por eso que solo de dos especializaciones surgieron nombres realmente destacables: la biología y la antropología.

En materia biológica, Néstor Morales Villazón, un médico al que no se le ha dado aún el lugar que verdaderamente merece, estudió algunas de las enfermedades de las grandes alturas o, más precisamente, la influencia de las grandes alturas en los desarreglos orgánicos.

En materia antropológica, los nombres destacables son principalmente extranjeros. La antropología cultural quedó en deuda con Adolfo Bandelier y la arqueología con Max Hule, Erland Nordeskiold y, sobre todo, Arturo Posnansky, investigadores de las culturas andinas. Posnansky que, entre otras cosas, intentó el desbloqueo de Puerto Alonso durante la guerra del Acre, no poseía el dominio técnico ni la disciplina de los otros dos; pero, en cambio, dedicó media vida a la exploración y la investigación. Gracias a sus esfuerzos, Tiwanacu empezó a tomar nombre y forma; sus ruinas, en gran parte, fueron rescatadas de la tierra que las había cubierto en el transcurso de los siglos y su estilo cerámico y escultórico se difundió en el mundo entero. Publicó también una copiosa serie de trabajos, desde libros hasta monografías, altamente meritorios por sus datos, pero también disminuidos por las teorizaciones que los acompañaban, más fantasiosas que serias. Solo en la lingüística y en paleontología, otras ramas de la antropología, surgieron nombres netamente bolivianos: el de Belisario Díaz Romero que, además, publicó opúsculos que abarcan desde la botánica hasta la técnica militar y el de Rosendo Echazú, que rescató los restos fósiles antdiluvianos de Taria. José María Camacho, que también incursionó en la lingüística, no alcanzó ni la profundidad ni la dedicación de Díaz Romero.

Carlos Romero con “Las Taras de Nuestra Democracia” y Gustavo Adolfo Otero, con Figura y Carácter del Indio” y “Vida Social en el coloniaje”, se califican dentro del capítulo de la sociología, bien que sus obras, la última publicada en otro período posterior, más que aplicaciones teóricas, constituyen observaciones prácticas.

Un renglón aparte, la influencia del medio geográfico en el hombre y en su historia, tuvo un cultor eminente en Jaime Mendoza, autor de “La Creación de una

---

Nacionalidad”, “La Ruta Atlántica”, “El Mar del Sur” y, sobre todo “El Macizo Boliviano”, desenvueltas con lógica y escritas fluidamente.

La educación, durante todo el periodo, reflejó, por una parte, la composición social y el pensamiento de los gobiernos de turno y, por otra, el compromiso tácito, sobre la materia, a que esos gobiernos habían llegado entre los puntos de vista del latifundismo, interesado en la privación educativa del campesino, y la burguesía, necesitada de algunos tipos de profesionales. Sin embargo, aún dentro de esas limitaciones, la obra educativa del Partido Liberal sobre todo, y del Republicano más tarde, resultó uno de sus más considerables y meritorios aportes a la institucionalidad del país, del país urbano naturalmente.

El primer hito de ese aporte se puso durante el gobierno de Pando haciendo que la educación volviera a la dependencia del Estado, un largo postulado positivista. De acuerdo con esa disposición, Misael Saracho, entonces Ministro de Educación, generalizó los textos y reglamentó los exámenes en todos los ciclos.

La prosperidad, luego, alimentó la multiplicación de los locales y de las facilidades escolares, un segundo hito. Se generalizaron, no ya los textos, sino, asimismo, los planes de estudio, fue creada la matrícula de profesores con ánimo de especializar al maestro y algunos de los nuevos matriculados fueron becados en el exterior. En agosto de 1906, el tercer hito, se decretó la gratuidad de la enseñanza media. Poco más tarde, algunos maestros chilenos importados a título de asesores, contribuyeron a la creación de las primeras escuelas modelo.

Daniel Sánchez Bustamante merece acápite aparte como Ministro de Educación. Su criterio: “el problema no consiste en multiplicar escuelas, sino en organizar bien las existentes”, refleja la mentalidad restrictiva de las clases dominantes y desluce pero no empaña la consistencia de su obra educativa. Implantó un plan de estudios dividido en cuatro ciclos, añadiendo el kindergarten a los tres existentes, que, con ligeras modificaciones, iba a durar cerca de medio siglo y se relievaba como el cuarto hito, tal vez más importante que los tres anteriores, del aporte de los gobiernos liberales a la institucionalidad del país urbano en materia educativa.

Es más. En junio de 1909 inauguró la Normal de Maestros de Sucre, dirigida George Rouma y de la cual, en una primera tanda, iban a titularse importantes educadores; Enrique Finot, más tarde prestado a la vida pública, Rómulo Arano Peredo. Saturnino Rodrigo.

Rouma era un individualista, dedicado a la idea de “formar el alma infantil” y, como tal, partidario de la aplicación en Bolivia de métodos universales. Ello levantó polvo. El clero lo atacó por un flanco en nombre del tradicionalismo y, por el otro flanco, lo hizo Franz Tamayo, propiciando la adaptación de esos métodos al carácter nacional.

El ataque tamayano se concretó en “La Creación de la Pedagogía Nacional”,

---

algo más que una obra polémica, la postulación filosófica del indigenismo, consistente o en una revalorización del nativoalzada frente al derrotismo tradicionalista, pero detenida en el límite entre lo literario y lo práctico: el problema de la tierra. Se trata de un trabajo pleno de vigor, brillante por su originalidad y escrito con un estilo que, sin duda, no tuvo igual, dentro de su escuela, ni en su tiempo ni más tarde. Revela, mejor que nada, las enormes posibilidades encerradas en el alma del gran mestizo y que éste, quien sabe porqué razones, nunca terminó de desarrollar. Como postulación filosófica, se constituyó en la primera clarinada del indigenismo, una moda para emplear el término adecuado, que había de invadir, bien pronto, incluso la literatura, pero de la cual, el sujeto, el indio, no sólo no se benefició para nada, sino, lo que es más, ni se enteró siquiera.

La visible necesidad de adaptar los métodos educativos propiciados por Rouma al carácter nacional, obligó a las autoridades a una transacción: la creación de las Normales Rurales de Umala y Colomi, ambas operadas de acuerdo a la tesis, defendida primero por Felipe Segundo Guzmán, de castellanizar al indio a fin de incorporarlo a una cultura mucho más desarrollada que la suya propia. Esas Normales vegetaron un tiempo y murieron luego de consunción. La educación del campesino era contraria al compromiso tácito existente entre las clases dominantes y el Estado ofició de enterrador con el simple expediente de privarlas de recursos.

El año 1917 se creó el Instituto Normal Superior de La Paz y se abrió la Escuela de Artes y Oficios de Cochabamba, a ejemplo, en lo mediato, de lo que había hecho Belzu y, en lo inmediato, de lo que hacían, en sus establecimientos, los sacerdotes salesianos.

La caída del Partido Liberal aflojó la disciplina educativa a causa, en parte, de la penetración de la política en el magisterio y, en parte, de la obligatoriedad de la llamada instrucción premilitar, un buen recurso para naciones asediadas pero que, en Bolivia, no sirvió mucho más que para añadir una obligación más a las cargas del alumno.

Saavedra, antiguo Ministro de Educación, trató de remediar el daño que él mismo había causado indirectamente y elevó la Matrícula de profesores al rango de Escalafón. Asimismo, como parte de las celebraciones del Centenario, auspició un Congreso Pedagógico Continental, caja de resonancia para la difusión de las nuevas ideas concretadas en el lema de la autonomía universitaria.

Guzmán, por su parte y a pesar de la brevedad de su interinato, se dio tiempo para modificar con vistas a la vocacionalidad, el plan de estudios ideado por Sánchez Bustamante y, lo que parecía lógico en un país cuyo gobierno se hallaba perpetuamente falto de fondos, disminuyó dos años del ciclo medio.

El período, a pesar de sus innegables progresos, concluyó, educativamente, con una cifra desalentadora. Sólo 55 mil personas recibían enseñanza en todo el país.

---

El estudio de la historia, como en los últimos decenios del siglo anterior, continuó vuelto al pasado. Luis 5. Crespo, en colaboración con Manuel Ordóñez, publicó un “Bosquejo de la Historia de Bolivia” que va desde la prehistoria hasta la Guerra del Pacífico, carece de equilibrio y resulta, más bien, un texto de enseñanza que una historia propiamente dicha, es decir, un trabajo de investigación, ordenamiento, evaluación e interpretación. Quien inició una tentativa para interpretar la historia, fue Agustín Iturricha, con una “Historia de Bolivia bajo la Administración del General Andrés de Santa Cruz”, infortunadamente incompleta y desordenada. Luis Paz, el jefe conservador, metió baja en la competencia y con mayor fortuna que los dos anteriores. Su “Historia del Alto Perú Hoy Bolivia”, en dos tomos, desarrolla la prehistoria en forma similar al “Bosquejo” de Crespo y se extiende, además, a la guerra de la independencia, pero tampoco con datos nuevos. Sus historias de la Corte Suprema de Justicia y de la Universidad Mayor de San Francisco Xavier poseen, por el contrario, el mérito de la investigación. José María Camacho, además de una “Historia de Bolivia”, más completa pero de similar propósito que la de Crespo, descuella con un trabajo meritorio: “Los Aymaras”. Pedro Kramer, junto a una biografía del General Carlos de Villegas, publicó una “Historia de Bolivia” buena pero bien dispuesta y mejor escrita.

La investigación histórica, uno de los campos mejor cultivados durante los últimos decenios del siglo anterior, decayó hasta la chatura. Sólo Nicolás Aranzáes y León M. Loza, trillaron la huella distinguida por Gabriel René Moreno, Rosendo Gutiérrez y otros investigadores ilustres. En cambio, tomó impulso la especialización. La guerra del Acre motivó varias obras de Miguel Alaiza, Benjamín Azcui y Elías Sagárnaga, la mejor perteneciente a José M. Aponte quien, además, escribió un buen estudio sobre la batalla de Ingavi. Manuel María Pinto publicó, acerca de la Revolución de 1809 en La Paz, un trabajo denso, pulido y de obligada consulta y, por otra parte, abrió el camino para historiar la guerra del Pacífico, terreno en el que solo habían avanzado Juan Vicente Ochoa y Julio L. Jaimes, Marcos Beltrán Avila, otra de las meritorias figuras de la historiografía nacional, inició, con la “Historia del Alto Perú en 1810”, una serie de trabajos que lo iban a colocar en peldaño preferente entre los especialistas de la guerra de la Independencia. Casto Rojas compiló una “Historia Financiera de Bolivia”, indispensable para el estudio del tema aunque puramente narrativa. Alfredo Jáuregui Rosquellas pulió, con sabor añejo, una historia de Chuquisaca. Carlos Blanco Galindo, uno de los jefes militares que cooperaron con Saavedra en el campo de gobierno del año 1920, roturó el campo para la especialización histórica castrense con un “Resumen de la Historia Militar de Bolivia”, Moisés Ascarrunz cronicó el paso del Partido Liberal por el poder y Pío Cáceres hizo una historia del Senado hasta 1925.

Dentro de la especialización aparecieron, naturalmente, los polemistas, aquellos escritores dedicados a la defensa de los puntos de vista nacionales en sus varios conflictos con los países vecinos. El primero, con “Bolivia y Chile”, fue Julio César Valdez. Lo siguió Alberto Gutiérrez, el más destacable por su estilo, su equilibrio y la riqueza de sus datos, con dos obras sobre la guerra de 1879 y, más aún, sobre sus proyecciones diplomáticas, una débil capa de hielo que, como a

---

firmante del Tratado de 1904, se le hundió más tarde bajo los pies. Ricardo Mujía, no siempre vigoroso pero sí lúcido, inició el largo debate sobre la cuestión del Chaco, con “Bolivia y el Paraguay” y “El Chaco”, seguido en tono menor, por innumerables historiadores entre los que debe citarse a Miguel Alaiza y José Antezana, cada vez más encendidos. José María Baldivia, a propósito de la tercera impuesta en el pleito peruano-chileno acerca de Tacna y Anca, publicó dos libros: recopilación de opiniones ajenas. Y Pedro López hizo “Bolivia y el Petróleo”, con gran riqueza de datos.

Dentro de la especialización histórica, junto a los polemistas, formaron los biógrafos. El primero que merece el título es Eufonio Viscarra, quien profundizó en la vida de Esteban Arze con algo más, en materia de investigación, que los publicados hasta entonces sobre la Guerra de la Independencia. El ejemplo sirvió para que Luis Paz ampliara el campo de sus inquietudes con “El Gran Tribuno”, una biografía de Baptista realizada con la admiración del devoto, lo más relevante, sin duda, de toda su obra. Alberto Gutiérrez, por su parte, trazó algunos perfiles, generalmente laudatorios, en “Hombres y Cosas de Ayer”, seguido en tono menor, por Gustavo Adolfo Otero. Joaquín Lemoine, por su parte, biografó al general Eleodoro Camacho.

La curiosa reticencia de los historiadores para tratar su actualidad, tan visible en el último cuarto del siglo anterior, cedió el campo, como entonces, a la historiación introspectiva. Sobre el tímido sendero abierto por el inquieto Valdez con “La Revolución”, transcurrieron tres figuras principales, dos de ellas: Alcibiades Guzmán y Alberto Gutiérrez, cuya trascendencia se debe a otras actividades, y una tercera, Alcides Arguedas, que la adquirió en ella por derecho propio.

Guzmán publicó, “Los Colorados de Bolivia”, una crítica al militarismo; Gutiérrez, “El Melgarejismo Antes y Después de Melgarejo”, el dibujo más agudo que se podía hacer acerca de la interacción entre la tiranía y el servilismo; y Arguedas, “Pueblo Enfermo”, una pseudociencia, de inspiración racista, cargando la culpa de los males bolivianos sobre los hombros de indios y mestizos.

Es posible que cada uno de ellos explorara la introspección con el ánimo de fijar responsabilidades contra quienes, personas, instituciones o grupos étnicos, habían, a su juicio, provocado las frustraciones pasadas por la bolivianidad; pero los tres erraron el blanco, confundieron los efectos: el militarismo, la servilidad y el atraso y la ignorancia generalizadas entre los indios y los mestizos, con las causas: la dictadura de las clases dominantes, que posibilita el drenaje de la riqueza nacional, tenía convertido el país rural en un gran campo de trabajo forzado y limitaba la participación de las clases medias en la constitución del poder. Y erraron el blanco por la sencilla razón de que, consciente o subconscientemente, no podían acertarlo sin sentarse a sí mismos en el banquillo de los acusados, sin criticar y, por lo tanto, empezar a destruir, el orden de cosas del que, como latifundistas que eran, se beneficiaban principalmente.

Entre los tres, Arguedas fue el más audaz y, al mismo tiempo, el más desaprensivo. Su pintura del indio y del mestizo no se limita al señalamiento del atraso

---

o de la ignorancia: achaca esa ignorancia y ese atraso a taras congénitas que, según él, les eran propias, cargando las tintas que Cortés primero y Baptista después, habían ya mezclado. Y, sin embargo, fue el que tuvo más éxito entre todos. El militarismo y los serviles, al fin y al cabo, eran o podían ser útiles a las clases dominantes; los mestizos y los indios, en cambio, no, todo lo contrario. Constituían, en consecuencia, el mejor chivo expiatorio para que las clases dominantes transfirieran a otros sus propias culpas. Y no solo eso, también para justificarse. Si eran congénitamente tarados, podían explotárselos sin cargo alguno de conciencia y, más bien, como un servicio público.

La filosofía informativa de “Pueblo Enfermo” sirvió de base para que Arguedas escribiera, más tarde, con el respaldo financiero de Patiño, una historia boliviana en varios volúmenes: “La Fundación de la República”, “Los Caudillos Letrados”, “La Plebe en Acción”, “La Dictadura y la Anarquía” y “Los Caudillos Bárbaros”, el primero de los cuales vio la luz el año 1920, cuya totalidad abarca hasta el asesinato de Morales y que fue seguida, muy posteriormente, por un resumen: Historia General de Bolivia”, que avanza hasta los gobiernos conservadores y esboza, muy a grandes rasgos, el período liberal.

El estilo es vigoroso y, aunque incorrecto, se lee sin cansancio, Discurre, empero, en la anécdota depresiva, la personalización caricaturesca, el juicio sin pruebas y se detiene, con especial insistencia, en todo hecho, así sea falso, como la actitud de Melgarejo a la muerte de Belzu, útil para demostrar que Bolivia es, efectivamente, un “pueblo enfermo”. Pasa por alto, en cambio, no sólo la crónica cultural del país, sino su proceso social y hasta los hechos más elementales de su acontecer económico. Es difícil medir todo el daño moral que ha causado y viene causando. Si el boliviano término medio, como se ha afirmado repetidamente, es ahistórico y rehuye el conocimiento de su pasado, se debe, sobre todo, a que rehuye mirarse en el deformado espejo que Arguedas ha pulido.

La prosperidad, una vinculación más rápida y constante con el resto del mundo y el estímulo de algunas corrientes llegadas al país aunque con cierto retraso, se matrimoniaron, en materia literaria, para dar a luz una floración más importante, cuantitativa y cualitativamente, que las del siglo anterior.

Los primeros nombres de esa floración, cursaron el mismo camino de transición entre el romanticismo y el realismo que, décadas antes, habían cursado Julio César Valdez y Lindaura Anzoátegui. Tal es el caso de Armando Chirveches, el primero de los escritores bolivianos puramente dedicados a su vocación, que produjo “La Candidatura de Rojas”. “La Virgen del Lago” y, sobre todo, “Casa Solariega”. Agua fuerte costumbrista pintado sobre un fondo temático más bien convencional, explora algunas esquinas peculiares a la mentalidad y los usos de su tiempo, y, por eso, tiene la calidad de testimonio que, constituye la primero de las condiciones para que una obra de creación escape al olvido.

Alcides Arguedas, con “Vida Criolla” y, mas que nada “Raza de Bronce”, acabó

---

con la transición del romanticismo al realismo. Escritas ambas con el mismo vigor desarreglado de su "Historia", esboza, la primera, un cuadro de las clases medias y pinta, la segunda, la vida del campo cuando el latifundio deformaba las relaciones humanas entre los blancos y los indios.

Detrás de Arguedas, en el campo del realismo, aparecieron varios novelistas de nota: José Eduardo Guerra que, en "El Alto de las Animas", hace gala de cierta agudeza psicológica; Jaime Mendoza, autor de "Páginas Bárbaras" y "En las Tierras del Potosí", meritorias, sobre todo, a causa de sus vívidas descripciones ambientales, y Walter Carvapal, padre de "Renovarse o Morir", un acierto técnico indebidamente pasado por alto. No puede dejar de mencionarse, aunque en un plano modesto, a Enrique Finot, por "El Cholo Portales", a José Aguirre Achá, firmante de "Platonía", a Demetrio Canelas, padre de "Aguas Estancadas", y a Arturo Oblitas.

El cuento no desmerece la novela. Adela Zamudio desbrozó la transición al realismo y, una vez limpiado ese camino, surgieron, a su cabo, Juan Francisco Bedregal, dueño de una saludable vena satírica y, en un alto lugar, Man Cespied. Su obra, una rara combinación de elegancia estilística, dominio idiomático y originalidad de pensamiento, se consagró a la prosa poética, un género en el que produjo "Símbolos Profanos" y "Sol y Horizontes", dos joyas de raro valor.

La poesía fue sacudida por el advenimiento del modernismo. Lo introdujo Sixto López Ballesteros, José Eduardo Guerra le dio carta de ciudadanía, Claudio Peñaranda lo adornó de simbolismo, Fabián Vaca Chávez junto con Emilio Finot lo difundieron y, por último, Manuel María Pinto, Ricardo Jaimes Freyre y Franz Tamayo lo llevaron a su más alta expresión dentro del país.

Pinto radica su mérito en la maestría técnica y el afán de exploración de nuevas formas. Jaimes, el más emocional de los tres, descansó en los mitos nórdicos para producir versos que tienen la majestad y el ritmo de las olas en un mar a punto de tempestad. Tamayo, de fondo helénico, cerebral y contenido, desarrolló un estilo pulidamente económico en los medios expresivos. "Castalia Bárbara" y "Los Sueños son Vida" de Jaimes, así como "La Prometheida", "Scopas", "Scherzos", "Nuevos Rubayats" y "Epigramas Griegos" de Tamayo, contienen versos que figuran, por derecho propio, entre las mejores de su tiempo en el continente. Son, al mismo tiempo, indicativos de la mentalidad extranjerizante determinada por el dominio de la burguesía internacional.

Tanto Jaimes como Tamayo teorizaron sobre la técnica poética y lo hicieron con gran profundidad. Hasta el advenimiento del verso libre, las "Leyes de la Versificación Castellana" del primero y "Horado y el Arte Lírico" del segundo, resultaban indispensables para hacer poesía como para comprenderla.

Un tanto más jóvenes que los anteriores y menos fácilmente encasillables, Gregorio Reynolds y Abel Alarcón, tienen un lugar propio en la crónica poética boliviana. El primero, dosificando la técnica modernista y el espíritu romántico, se



---

acercó mejor a la comprensión pública y resultó, por eso, más leído que sus pares. Algunos de sus sonetos, acabados a la perfección, tienen casi, la categoría de pequeñas obras maestras. La poesía del segundo, menos jerarquizada, transparenta un alma limpia.

La llamada “generación del Centenario” interrumpió en la escena cultural por la vía del teatro y del cuento, enarbolando también el estandarte realista. Adolfo Costa du Rels hizo representar *Hacia el Atardecer* y publicó luego, en colaboración con Alberto Ostria Gutiérrez, *“El Traje de Arlequín”* y, ya solo, *“El Embrujo del Oro”*, en los cuales firma algunos cuentos como *“La Misqui-Simi”*, de indudable calidad. Esos cuentos constituyen, paradójicamente, el comienzo y, al mismo tiempo, el punto más alto de su larga carrera literaria, distinguida por varias novelas como *“Tierras Hechizadas”* y numerosas obras teatrales.

Nicolás Ortiz Pacheco, más tarde poeta satirista, escribió dos obras de teatro; Mario Flores, también cuentista, resultó, mejor, un escritor de sainetes. Saturnino Rodrigo, Angel Salas y Walter Dalence, periodistas y poetas, aportaron al conjunto, sin desmerecerlo, con algunos trabajos bien recibidos en su tiempo<sup>0</sup>.

Empero, excepción hecha de los cuentos de Costa, la versatilidad resintió la calidad. He ahí porque los primeros que se distinguieron del conjunto dentro de esa generación, fueron los especializados. En el teatro, Alberto Saavedra Pérez produjo, entre otras varias piezas, *“El Wolfram”* y *“Melgarejo”*. de adecuada técnica y enorme vigor, repetidamente representados por un grupo brillante de actores, entre los que merece recordarse a Emmo Reyes, los hermanos Rudón, Maco Iburgüen y Wenceslao Monroy, el enorme *“tío Ubico”*. Antonio Díaz Villamil, inició, a su sombra, con *La Voz de la Quena*, una carrera teatralista particularizada por la devoción al indigenismo, el realismo aplicado al tema de la tierra, cuyo iniciador fue Zacarías Monje Ortiz con *“Supay Marca”*. Al lado de todos esos nombres, Antonio Barrenedhea, con *“La Víctima”*, abrió el camino para el teatro como expresión de protesta social.

Alfredo Flores, especializado en el cuento, publicó algunos aciertos indudables; *“Quietud de Pueblo”* y *“Desierto Verde”*, meritados, además, por el amor a las tierras orientales.

Gustavo Navarro se especializó en la novela de tinte satírico con una primera producción. *“Suetonio Pimienta”*. Jesús Lara, otro especializado, empezó a demostrar, por entonces, alguna de las condiciones que, más tarde, habrían de convertirlo en una figura mayor.

Además de Nicolás Ortiz, la nueva generación aportó también algunos poetas de consideración: Juan Capriles, original y bohemio; José Enrique Viaña, cuidado y cadencioso, y Luis Felipe Lira Girón, sencillo y suave tanto en el fondo cuanto en la forma.

La crítica literaria atrajo numerosos cultores, la mayoría de los cuales se había hecho ya un nombre en otros campos: José Eduardo Guerra con *“Itinerario Espiritual*

---

de Bolivia”, Enrique Finot con una “Historia de la Literatura Boliviana”, Juan Francisco Bedregal con un “Estudio Sintético de la Literatura Boliviana”, Angel Salas y Emilio Finot.

La suerte de las artes no corrió pareja con la de las letras. La prosperidad le dio impulso, pero las modas llegadas del extranjero, en vez de cooperar a ese impulso, lo anegaron. El espíritu nacional, que debía haber aprovechado la técnica foránea y, tal vez, hasta el ejemplo, se les subordinó en vez de hacer de ese ejemplo y de esa técnica sus servidores. El resultado general fue la medianía.

Dentro de esa medianía, la pintura dio algunos nombres: Francisco García, José M. Ballivián, Ezequiel Peñaranda, todos ellos clacisistas, y Zenón Iturralde, discípulo del primero. Carlos Berdecio se calificó como retratista y José Alvarez en la acuarela. Escapan de la medianía, en cierta medida, Avelino Nogales, continuador de la tradición colonial y David García, capaz de unos poderosos claroscuros.

En materia escultórica, Huberto Beltrán Olivera realizó pocas obras pero superiores al común, como el “Cristo Crucificado” del cementerio de Cochabamba. Urrías Rodríguez empezó a romper con el romanticismo.

En la cerámica, Nicanor Barrenechea, un iniciador, merece, por ello, mención aparte.

La arquitectura no produjo ningún nombre que sobreviva al recuerdo. El estilo afrancesado que los grandes mineros de la plata habían importado a Sucre durante el siglo anterior, se extendió a La Paz llevada por la nueva riqueza liberal. Las obras urbanas iniciadas por Saavedra, sirvieron, paradójicamente, a sus adversarios. Fueron los liberales quienes flanquearon las nuevas avenidas de estridentes construcciones, con exceso de habitaciones enormes y rematadas por inútiles torrecillas.

La música escapó, en cierta medida, a la regla impuesta por la imitación en las otras artes. Manuel B. Sagárnaga rompió el fuego de lo que bien puede llamarse el clacisismo indigenista, una combinación feliz entre el modo de los grandes maestros y las melodías folklóricas nativas. En 1907, hecho que tal vez merezca mencionarse, David Molina fundó el Conservatorio Nacional de Música.

El único nombre, en todo el campo de las artes, que escapa del límite nacional, fue el del pintor Arturo Borda. un bohemio torturado, autodidacta, largo tiempo incomprendido, que llevó al lienzo un poder de expresión extraordinario dentro de un estilo que oscila entre Brueghel y los primeros impresionistas, pero con caracteres propios.

La oratoria no perdió su influyente importancia, sobre todo en política, donde un discurso brillante continuó pesando mejor que una exposición fundamentada. En su estilo romántico, dirigido a encandilar las emociones del auditorio. produjo dos nombres de nota: Ismael Vásquez y Domingo L. Ramírez, el “pico de oro”: en su estilo

---

expositivo, apelado a capturar la razón, nació con Salamanca. Saavedra, culto y pasional al mismo tiempo, fue un puente tendido entre ambos igual que Abel Iturralde y el polifacético Tamayo.

La prosperidad económica, típica de esos años aún a despecho de sus breves paréntesis, y la tendencia institucionalista de los dos partidos que gobernaron en su transcurso, determinaron una nueva etapa en la historia de la prensa.

Las hojas de tinte conservador desaparecieron, para todo propósito práctico, junto con el derrumbe de Fernández Alonso; pero, en la otra cara de la medalla, la división de los vencedores, primero entre federales y unitarios y, luego, entre doctrinarios y puritanos, revivió la vieja distinción entre una prensa de mayorías y una prensa de minorías.

Los unitarios, mas tarde convertidos en doctrinarios, hallaron eco en “La Epoca” y “El Diario”, fundado por José Carrasco en 1904. Los federales, fueron transformados en puritanos, vocearon sus puntos de vista en “El Herald” de Juan Francisco Velarde y “El Siglo XX” de José Quintín Mendoza, publicado en Cochabamba.

Se trataba, editorialmente, de una continuación de la pugna política entre ambas fracciones liberales: paralelamente, sin embargo, esas hojas y algunas otras más no tan dignas de nota, se hallaban compitiendo, económicamente motivadas, para transformarse en empresas periodísticas, como “El Comercio”, respaldado por Montes.

Fue “El Diario”, con el poderoso apoyo de Patiño y de Goytia, quien triunfó al cabo. Convertido en un nudo más del entramado burgués, superó su tono fraccional en favor de otro más amplio, informado, ya no por intereses partidistas sino por intereses de clase, y pudo, así, sobrevivir a la caída del Partido Liberal.

El endurecimiento de Montes durante su segunda presidencia determinó la liquidación virtual de la prensa puritana; pero, más, tarde, la declinación del Partido Liberal, revivió una nueva prensa de mayorías, independiente o republicana. “El Fígaro” de Tamayo se unió, en la oposición, a “La Verdad” de Iturralde”. “El Hombre Libre” de Saavedra y “La Razón”, fundada por Escalier y Aramayo. con David Alvéstegui. un genuino, como director. Los precedió “La Defensa Obrera” de la F.O.I., primer vocero de los trabajadores.

La vida de todas esas hojas, como la de toda la prensa de mayorías en el pasado, fue una aventura permanente. Montes, contrariando la solemnidad de su carácter, llegó hasta la ironía, a fin de acallarlas, e hizo cerrar sus puertas poniéndoles herraduras. La libertad de prensa era válida únicamente para las empresas periodísticas, un rasgo típico de la democracia semicolonial, que iba a subsistir mucho tiempo.

---

El triunfo de Saavedra tonificó “La República”. título asumido poco antes por “El Hombre Libre” y cuya dirección fue confiada a Gabriel Gosálvez y Arze Lecaze. ‘La Razón’ pasó a convertirse en el órgano del genuinismo y las demás hojas desaparecieron. Saavedra no era de los que hacía cerrar las puertas de las redacciones, pero sí de los que hacía desterrar periodistas.

Entre los otros medios de difusión del pensamiento, el panfleto se aparejó a los avatares de la libertad de prensa y, en menos medida, también al deseo anónimo de sus cultores. Como parte del debate entre el clero y el gobierno para centralizar la educación, vieron la luz varios sabrosos ejemplos. El panfletario más vigoroso de todo el período fue José Quintín Mendoza, recordado mucho tiempo por “Los Gansos del Capitolio”. un envenenado alfilerazo dirigido contra el Parlamento, y seguido, a corta distancia, por Tamayo, joven aún, flexionando los músculos que iban a convertirlo en el maestro del género.

El folklore nativo que, a raíz de la Cuera del Pacífico, había entrado en una etapa de estancamiento, se petrificó en sus cauces tradicionales, contraparte exacta de la petrificación de la cultura nativa. El folklore mestizo, a su vez, continuó nutriéndose de aquel y barroquizándolo de acuerdo con su propio modo de ser. Fueron folkloristas, en ese sentido, Juan Barragán, Simeón Roncal, Teófilo Vargas, Eduardo Caba y Eduardo Berdecio, cinco figuras importantes, todos ellos autores de algunas piezas que todavía conservan su vigencia.

Antonio González Bravo, un investigador diligente y silencioso, empezó la ímproba tarea de recopilar folklore. Sin sus esfuerzos, y los de algunos pocos seguidores de su ejemplo, el folklore nativo, petrificado, tal vez se hubiera perdido sin remedio.

## LA GENERACIÓN DEL CHACO

|

Siles empleó todo el primer año de su gobierno en sacudirse de la tutela de Saavedra y hacerse con una base política propia.

Empezó enviando al Vicepresidente en una misión al exterior, transparentemente inútil y, ya libre de ese centinela, modificó su gabinete, enteramente republicano, por otro basado en gentes que le eran personalmente adictas.

La movida amplió su campo de maniobra y le dio ímpetu. Alentó la organización de un republicanismo llamado antipersonalista, contrario al caudillo; tomó contacto con la “generación del Centenario” e invitó a sus principales personeros:

---

Enrique Baldivieso, José Tamayo, Guillermo Viscarra, a unirse a los jóvenes liberales que le habían ofrecido su adhesión encabezados por Enrique Finot.

Había tendido sus líneas. En una tercera fase, formé un gabinete de transición. Con él, reconoció a Patiño una inversión inicial que nunca había efectuado ayudándolo, de ese modo, a reducir sus porcentajes impositivos. Empezaba a modificarse la fisonomía social del régimen.

El mes de diciembre fue armado un gabinete de antipersonalistas, genuinos y liberales. Siles había logrado sacudirse la tutela de Saavedra, pero, en el proceso, el régimen había sido transformado. El poder político ya no se hallaba en manos de las clases medias respaldada por la clase obrera, sino en las de una alianza dirigida por las clases dominantes con una parte de las clases medias. Abdón Saavedra, que había retornado subrepticamente, fue expulsado del país.

Durante todo el año así invertido, Siles no había hecho más que ordenar, en Inglaterra, la adquisición de armamento Vickers por un total de dos millones de libras. Con su tejido político completado al menos en una primera parte, se decidió a recuperar el tiempo perdido. Obtuvo autorización congresal para contratar un empréstito con Dillon Read de los Estados Unidos destinado a la financiación de un plan de obras públicas; pero, como los banqueros abrigaban dudas sobre la capacidad de pago del Estado boliviano, se les admitió la creación de una comisión mixta de norteamericanos y bolivianos, la Misión Kemmerer, facultada para reorganizar la maquinaria administrativa del gobierno. Era un nudo más en las ataduras con que el imperialismo norteamericano se había afincado en Bolivia. Las conversaciones entre los jóvenes liberales y los jóvenes generacionistas acabaron con la fundación de la llamada Unión Nacional. Su programa era esencialmente liberal, adecuado al nuevo carácter del régimen. La alianza dirigida por las clases dominantes, había producido un equipo de reemplazo para competir con los viejos: liberales, genuinos y antipersonalistas que las habían representado hasta entonces. Y el Presidente contaba ya con una base política propia.

Las elecciones parlamentarias convocadas para mayo de 1927 iban a decidir la primera vuelta de esa competencia: quien gobernaría con Siles. La campaña, pues, resultó violenta y bulliciosa. En el interior fue cruelmente reprimido un levantamiento campesino en Combaya y se firmó, con el Paraguay, un protocolo entregando al arbitraje argentino la cuestión del Chaco, grave error. La Argentina poseía allí fuertes intereses entramados con los intereses paraguayos. Casado Hermanos, el ex-Canciller Estanislao Zevallos, el Banco del Río de La Plata y el Banco Inglés del Río de la Plata solamente, totalizaban cuatro millones de hectáreas y 40 millones de pesos en inversiones. Y no solo eso, todavía girando en la órbita del imperialismo británico, constituía un instrumento natural de la Shell Oil Company, engarzada en feroz competencia con la Standard.

La Unión Nacional triunfó en las elecciones y los antipersonalistas se plegaron

---

al carro vencedor.

El Ejecutivo, poco más tarde, entró a considerar los proyectos presentados por la Misión Kemmerer. Eran siete y, entre los principales, figuraba una Ley de Bancos, la creación de un Banco Central con facultades de conversión y una reforma monetaria. El Congreso iba a aprobarlos con ligeros añadidos, orillando la entrega de divisas al Estado, declarando no imponibles las utilidades de las empresas ex portadoras en el exterior y desvirtuando el sentido del Banco Central mediante el esquinado expediente de hacer que el Estado, mayoritario en el aporte de capital, resultara minoritario en la directiva. Era una prueba más de la orientación del régimen y, por si faltan otras, el mes de julio, el ejército, enviado contra los campesinos de Chayanta, los reprimió en dos verdaderas batallas: Tarabuco y Esquena, dejando a su paso una alfombra de cadáveres.

La Standard descubrió petróleo en Sanandita. Sumado al que existía en Bermejo, totalizaba una cantidad apreciable, lista para su venta, pero que no tenía mercado debido a las maniobras de la Shell para privarlo de ingreso a la Argentina o de salida al océano Atlántico. Era el cuarto en la cadena de acontecimientos que iban a desembocar en la Guerra del Chaco y, tal vez, el más importante; no sólo un acontecimiento, uno de los factores determinantes de esa guerra.

A cambio de la aprobación legislativa de los proyectos elaborados por la Misión Kemmerer, el gobierno obtuvo un segundo empréstito de Dillon Read destinado, en parte, al pago de obligaciones devengadas y, en parte, a un nuevo plan de vialidad. Dentro de ese plan, se asignó una primera prioridad al camino de penetración al Chaco, vía Villa Montes, donde la imprecisión del statuto quo venia provocando repetidos incidentes.

El Paraguay había fundado dos nuevos fortines: “Boquerón” y “Toledo”. Siles, a su vez, ordenó la fundación de “Vanguardia” que, el mes de diciembre, fue atacado y capturado por tropas paraguayas.

La noticia provocó una explosión de ira en el país. Hubo fervorosas manifestaciones y se produjeron choques entre los manifestantes y la policía. Siles no se inclinó ante la presión popular. En una rápida serie de medidas, despidió al representante diplomático paraguayo, ordenó retomar “Vanguardia”, capturar “Boquerón” y “Mariscal López” y aceptó los buenos oficios de una Comisión Internacional de Arbitraje que, al año siguiente, iba a propiciar, salomónicamente, el intercambio de los fortines capturados por ambos países.

Fue su mejor momento histórico. Se habló de concordia nacional y fue constituido un gabinete de coalición con liberales, genuinos y unionistas, pero no republicanos.

La tregua consiguiente permitió al Presidente atender otro ángulo de su frente exterior. Se firmó el Tratado Vaca Chávez-Mangabeira, un paso más en la

---

implementación del Tratado de Petrópolis. El Brasil fue relevado de la obligación de construir el ferrocarril Madera-Mamoré a cambio de un millón de libras destinadas a un nuevo ferrocarril entre Santa Cruz y la frontera brasilera.

Esa tregua, empero, resultó apenas una pausa cerrada por la convocatoria a las elecciones parlamentarias del año 1929. Esas elecciones se libraron en dos frentes: uno, el de la competencia entre los unionistas y la entente liberal-genuina y otro, el de la pugna, con su trasfondo social, entre todos esos partidos y el republicanism. Hubo heridos, muertos y se apresó a los republicanos vencedores. La coalición se había roto y los unionistas, por fin, acabaron como dueños del poder.

La entente liberal-genuina, amargada, se lanzó a una nerviosa campaña agitando el regionalismo, reverdeciendo el tema de la Autonomía Universitaria y exigiendo una “posición de fuerza” en la cuestión del Chaco. El portavoz fue Salamanca. Su actitud, representativa de los intereses que el genuinismo había anudado con la Standard Oil a través del bufete Calvo donde estaban asociados los abogados principales de la burguesía internacional, dirigentes políticos todos, convirtió al Partido Genuino en el segundo de los factores del conflicto por venir.

La beligerancia genuina no quedó sin respuesta. Algunos jóvenes potosinos de tendencia stalinista, la denunciaron en nombre de la solidaridad internacional del proletariado.

La pugna política interna y las preocupaciones emergentes de la cuestión del Chaco, hicieron que Bolivia fuera sorprendida, el mes de junio, por la firma del Tratado de Ancón, entre Chile y el Perú. En un Protocolo complementario, el Perú obtuvo el derecho de vetar toda concesión a terceros en los territorios que habían sido suyos.

Faltaba menos de un año para que concluyera el mandato de Siles. Volvieron al país Montes y Saavedra. El gobierno ordenó su destierro e hizo frente a la tempestad resultante, atropellando las manifestaciones republicanas, confinando diputados, ordenando la censura de prensa y prolongando el estado de sitio **sine die**.

Es entonces, el mes de octubre, que se produjo el derrumbe más espectacular de la Bolsa de Valores de Nueva York, expresión de una crisis cíclica más, la peor hasta entonces, del capitalismo internacional. Los valores accionarios se redujeron a la nada, los precios de las materias primas cayeron en un 70 por ciento, las cifras de desocupados llegaron a un total nunca visto. La internacionalización de las grandes baronías del estaño, habían hecho al país vulnerable a esos fenómenos. Sufrió, pues, como nunca había sufrido desde la peste y la guerra de los años 1878 y 1879. Decenas de minas medianas y pequeñas cerraron sus puertas, la carestía desnudó sus agujones, los precios de los alimentos y de las manufacturas se elevaron por las nubes. El latifundismo empezó a empeñarse en el Crédito Hipotecario, la burguesía nacional se encontró sin materias primas para mover el aparato manufacturero y sin dinero para renovar sus existencias comerciales. Las clases medias y la clase obrera,

---

fueron, naturalmente, más afectadas aún. El desencanto de las primeras alimentó la iracundia del republicanismo y las segundas, sin otra alternativa que la tibieza socialista, dejaron que sus dirigentes la afiliaran a la C.E.T.A.L., brazo latinoamericano del sindicalismo stalinista.

La cuestión del Chaco, por su parte, se sumó al cuadro para recargar sus tintes ominosos. El comando militar adelantó posiciones y provocó un choque en "Carayí". Era el mes de enero de 1930. Siles exigió una explicación. El comando defendió sus puntos de vista y se atuvo a ellos. Había desarrollado, pues, una política propia en la cuestión. Así comprometido, se convirtió en el tercero de los factores del previsible conflicto, por parte de Bolivia. En el Paraguay, paralelamente, se venían desarrollando otros similares.

Siles no previno las visibles consecuencias políticas de la crisis. Al contrario, se dejó convencer de que debía prorrogarse en el gobierno. Esa prórroga, cuando las clases dominantes tenían un pie en la oposición y otro en el gobierno, cuando las clases medias y la clase obrera estaban siendo empujadas a la desesperación por efectos de la crisis, y el comando militar, con una política exterior propia, excepción hecha de Kundt y de Toro, la voluntad de defenderlo, proveyó la causa inmediata de su dramática caída.

Las clases medias: estudiantes universitarios y cadetes del Colegio Militar, llenaron las filas combatientes del alzamiento; pero, a última hora, fueron las clases dominantes, que no habían combatido, quienes se apoderaron de la victoria en las espaldas del ejército. El 27 de junio, Siles se asiló, Kundt y Toro se dieron a la fuga y una Junta Militar se hizo cargo del poder.

Esa Junta estaba presidida por Carlos Blanco Galindo e integrada por Oscar Mariaca Pando, Filiberto Osorio y José Luis Lanza. El primero era empleado de Patiño, el segundo había ligado su suerte a la del genuinismo desde enero de 1924 y los dos restantes pertenecían a una logia masónica organizada por Montes. Como asesores suyos, reaparecieron Casto flojas, Tomás Manuel Elío, Daniel Sánchez Bustamante, Calvo.

Poco más tarde, fue adscrito a la Junta el coronel Bernardino Bilbao Rioja y se le reconoció el mismo rango, pero en misión exterior, a otro coronel, José Ayoroa, de tendencia socialista.

Durante el mes de agosto, Montes, Salamanca y Saavedra retornaron a La Paz, Cada uno fue recibido por sus partidarios, una confrontación que sirvió para demostrar que Saavedra contaba, indiscutiblemente, con una enorme mayoría de electorado.

La Junta había sido creada por las clases dominantes para preparar el retorno al poder de sus agentes civiles y no el del caudillo, de modo que los juntistas, después de un intrincado tira y afloja, convocaron a elecciones para el mes de diciembre e



---

impusieron la fórmula de Salamanca-Tejada Sorzano. con el simple recurso de anunciar que desconocerían un triunfo de Saavedra.

De otra parte, anunciaron un referendum, para enero de 1931, a fin de someter al juicio público algunas reformas constitucionales como la institución del habeas corpus, la limitación del estado de sitio a los 60 días, una serie de garantías para los parlamentarios y los detenidos políticos, la no reelección del Presidente y la Autonomía Universitaria. Esas medidas, en conjunto, constituyen un avance substancial en la institucionalidad del país urbano dentro del molde liberal.

La crisis obligó a la Junta a suspender los pagos de la deuda externa y el temor a las contingencias de las continuas alzas de precios, a reglamentar, restrictivamente, el derecho de reunión. Su naturaleza la instó a olvidar que la Standard debía entrar en producción el 1~ de enero según el Código Petrolero en vigencia y a dictar, con cargo de aprobación legislativa, una Ley de Defensa Social, proyectada por Calvo, de claro contenido antiobrero.

En el entretanto. Patiño se había decidido a defender los precios del estaño. Gracias a la enorme influencia que le daba el monopolio fundidor que había levantado, reunió a los representantes de los países productores y creó, con ellos, el Comité Internacional del Estaño, facultado para limitar la producción mundial mediante la fijación de cuotas nacionales, a fin de disminuir la oferta y, consiguientemente, mejorar el precio.

Tal como estaba previsto, Salamanca fue elegido el mes de diciembre y, en enero de 1931, el referendum resultó aprobado por el voto popular.

El último acto de la Junta consistió en repartir, entre los productores, la cuota fijada a Bolivia por el Comité Internacional del Estaño. Patiño obtuvo más de la mitad de esa cuota, Hochschild un 10 por ciento y Aramayo un 5 por ciento. No correspondían a la capacidad productiva de cada uno de ellos, sino a su influencia política y, por eso, la lucha intestina entre los barones para aumentar esa su influencia y, por lo tanto, mejorar su cuota exportable, había de convertirse en un importante factor histórico.

## II

Cuando Salamanca juró la Presidencia, el mes de marzo, acabó por reunir en el poder, socialmente, a la alianza dirigida por las clases dominantes con parte de las clases medias y, en el plano de lo internacional, referido al Paraguay, los tres factores determinantes de la guerra por venir que, en lo tocante a Bolivia, había venido destilando la química de las circunstancias: la Standard, el comando militar y el propio Salamanca con el Partido Genuino.

La dinámica generada en consecuencia empezó a operar de inmediato. El

---

Ejecutivo leyó a la suspensión de relaciones con el Paraguay en protesta por la creación de nuevos fortines y el comando militar propuso un Plan de Penetración del Chaco, puramente castrense y lo empezó a ejecutar con otras fundaciones de fortines que, el mes de septiembre, desembocaron en la ocupación de Masamaclay, una posición paraguaya que fue bautizada como Agua Rica.

La crisis, el gran telón de fondo de todo ese cuadro, junto con empequeñecer el beneficio, hizo más dura su disputa. Se negó el derecho de sindicalizarse a los obreros de Potosí, hubo manifestaciones y choques. Más tarde, los telegrafistas entraron en huelga y fueron apoyados por los gráficos jóvenes, quienes dividieron la vieja organización que los unía y fundaron el combativo Sindicato Gráfico. El gobierno, proveyendo nuevas escaramuzas, envió al Parlamento la Lev de Seguridad Social proyectada por Calvo para su ratificación legislativa. Pero, como la represión de los efectos, no podía corregir las causas de la crisis, el campeón de la libre empresa, en la primera de las grandes paradojas de su Presidencia, decretó la inconvertibilidad del billete.

El Partido Republicano endureció su posición opositora y los liberales, decepcionados por su escasa participación en el gabinete, empezaron a vacilar, doc actitudes que hallaron nuevos argumentos para justificarse cuando, en el Congreso, entró a discutirse la Ley del Divorcio Absoluto,

El Paraguay tentó la recuperación de Masamaclay, fracasé y, en el gobierno de Asunción, hasta entonces dubitativo, fue reemplazado dos veces hasta acabar con otro, presidido por Eusebio Ayala, favorable a los sectores belicistas de su país, abierto a los intereses argentinos en el Chaco y sensible a la influencia de la Shell, También al otro lado de la frontera habían concluido por mezclarse en el poder, todos los factores tendentes al conflicto. Hubo choques entre “Boquerón” y “Yujra. El comando militar, a fin de conseguir los medios materiales que creía necesarios, hizo conocer a Salamanca su certeza de que un choque más, por pequeño que fuera, podía encender la guerra. La Comisión de Neutrales, nuevo nombre para la vieja Comisión de Arbitraje, llamó a las partes a discutir un Pacto de no Agresión, idea que no prospero.

El año 1932 nació bajo un signo conflictivo visible. Sólo el comando militar parecía no darse cuenta de ello. A pesar de no haber obtenido los medios materiales que había solicitado de Salamanca. postuló, como objetivo estratégico para su Plan de Penetración en marcha, una salida navegable por el río Pilcomayo, justamente lo que quería la Standard. Los tres factores del conflicto habían llegado a una rara identidad de propósitos.

Saavedra, en un Manifiesto, denunció el peligro que encerraban las actividades del comando militar. Los grupos marxistas, por su parte, exigieron la búsqueda de soluciones pacíficas. Salamanca, como si ello fuera un crimen, ordenó su apresamiento y, al mismo tiempo, habló sobre su “vocación pacifista”. No era sincero. El comando militar dispuso la ocupación de la laguna Pitiantuta y él confirmó la orden.

---

El mes de abril, se elevó el precio de los transportes y el Congreso aprobó la Ley del Divorcio Absoluto. El descontento volvió a alzar la cabeza. Salamanca, para contrarrestar sus causas, decretó la entrega obligatoria del 65 por ciento de las divisas provenientes de las exportaciones, una medida justa y necesaria, pero que, seis días más tarde, fue revocada. Era un prisionero de la burguesía internacional. Detenido en un frente, se volvió contra el otro. Ordenó una rebaja general de sueldos en la administración pública.

A mediados de junio se tomó laguna Pitiantuta, conocida también como laguna Chuquisaca, y el fortín “Carlos Antonio López”. situado a su margen. Días más tarde, el comando paraguayo intentó, sin éxito, su recaptura.

Salamanca suprimió, dentro del país, la noticia del ataque boliviano a “Carlos Antonio López” y magnificó la del fallido contrataque paraguayo, a tiempo que acusaba al gobierno de Asunción como agresor ante la Comisión de Neutrales. Consiguió, con ello, solidificar la opinión pública interna en favor de la guerra.

El Paraguay, a su vez, capturó el fortín “Mariscal Santa Cruz”. Salamanca, con el camino despejado por el apoyo interno, ordenó la adopción de represalias. Tan entusiasmado estaba que, además, respondió al comando que el objetivo estratégico del Plan de Penetración no debía reducirse a una salida navegable por el Pilcomayo, sino comprender la posesión de todo el Chaco.

El Ejecutivo paraguayo estaba igualmente empeinado en un curso de colisión. Decretó la movilización general y obtuvo ayuda, en armas y pertrechos, del gobierno argentino, presidido por el general Agustín P. Justo, pariente de los Casado y dirigido, en sus relaciones exteriores, por el Canciller Carlos Saavedra Lamas, personificación conspicua de los intereses británicos. Coincidió, en ello, con el comandante de sus fuerzas en el Chaco, Félix Estigarribia.

El 21 de junio se dictó el sitio, el 22 los representantes bolivianos abandonaron la Comisión de Neutrales y el 27 se desataron las represalias. Tres fortines: “Corrales”, “Toledo” y “Boquerón” fueron capturados uno detrás de otro.

Aunque Salamanca no quería admitirlo, esas represalias significaban la guerra. Bolivia tenía dos divisiones, la III y la V entre Puerto Suárez y Roboré; una, la VII, desplegada a lo largo del Pilcomayo y otra, la IV, distendida en medio. El plan bélico del comando militar consistía en avanzar las dos primeras por el río Paraguay en tanto que las otras contenían al adversario. Estaba inspirado por la estrategia de la conquista territorial e importaba llevar el centro de gravedad del conflicto hasta el río Paraguay con todas las desventajas consiguientes a una mayor distancia logística.

A principios de septiembre, completada su movilización, el Paraguay tenía dos divisiones, la I y la II, concentrados entre Isla Poi y Villa Militar y cuyas alas se extendían desde Bahía Negra hasta “Nanawa”, y otra más, la III, asentada entre Bahía

---

Negra e Isla Poi. Su idea era detener la III y la V divisiones bolivianas en Bahía Negra y avanzar luego para llegar al río Pilcomayo por el norte de “Esteros”, encerrando la IV y VII divisiones bolivianas. Estaba inspirada en una estrategia de destrucción del enemigo, mantenía su centro grave en la misma línea de sus objetivos finales y sacaba partido de la menor distancia logística.

La empezó a poner en práctica atacando “Boquerón”, que contaba con sólo 28 oficiales y 683 soldados. Una semana más tarde, Salamanca ordenó a loé atacados resistir a toda costa y afirmó que el destino del Chaco dependía de ese fortín. No era así naturalmente y lo único que consiguió fue convertir a “Boquerón” en un tema político, el peor dadas las circunstancias.

Cinco días más tarde, los paraguayos completaron el cerco de “Boquerón”. La primera derrota se hallaba a la vista y el Presidente intentó descargar de sus hombros, sobre los del comando, las tremendas responsabilidades consiguientes calificando la toma de “Carlos Antonio López” como la causa inicial del conflicto, Habida cuenta la orden de tomar represalias, la verdad es que esas responsabilidades se hallaban igualmente distribuidas. Ninguno, sin embargo, podía reconocerlo y el tema de arrojárselas entre uno y otro, había de recurrir, hasta el fin, en el curso de las relaciones entre el Ejecutivo y el comando.

“Boquerón” resistió, con ejemplar bravura, hasta el día 29. Constituyó un botón de muestra de la guerra toda. Un soldado heroico pese al ambiente extraño, sacrificado por la impericia del comando y la soberbia del gobierno.

Su caída repercutió largamente. En el orden político hubo manifestaciones iracundas de descontento que las Cámaras recanalizaron sugiriendo que se llamara a Kundt, una sugerencia que el Ejecutivo hizo buena.

En el orden económico, añadió a la crisis el peso de financiar una guerra. Se confirió al Banco Central la facultad de fijar el cambio, un recurso vasto pero útil para que el gobierno se beneficiara con la diferencia entre el precio que le costaban las divisas adquiridas a los exportadores y el precio en que las vendía a los importadores, y se empezó a emitir papel moneda. Fue, pues, el pueblo quien iba a pagar la guerra mediante la elevación en el costo de su vida.

En el orden militar las consecuencias fueron casi tan malas, “Boquerón” había taponado un territorio casi desguarnecido. Su caída, pues, dejó al camino casi expedito para el avance paraguayo. En el término de 30 días, hasta que llegó Kundt, Estigarribia tomó “Platanillos” y avanzó hasta el kilómetro 7 del camino entre “Alihuatá” y “Saavedra”, donde tropezó con la inteligente resistencia de la IV división, comandada por Enrique Peñaranda y Bilbao Rioja.

Apenas Kundt se hizo cargo de su nuevo puesto, ordenó retomar “Platanillos” un esfuerzo que costó 2.000 vidas, y puso en práctica un plan de envolvimiento del enemigo, que descansaba en la toma de “Nanawa” por una parte y de “Fernández”

---

por la otra. Estigarribia advirtió el propósito del alemán y empezó a levantar defensas y a concentrar gente entre “Alihuatá” y “Fernández”.

Un nuevo ejército había sido llevado al Chaco en reemplazo del perdido después de “Boquerón”. Sus componentes eran, naturalmente, soldados bisoños, estaban en inferioridad numérica y les tocó la época de las lluvias. Todos esos hechos desaconsejaban una ofensiva, pero Kundt no los tomó en cuenta.

Empezó a poner en práctica su plan a principios de enero de 1933. Hasta el 10 de mayo, gracias a la tenacidad y al valor del soldado más que a cualquier otro factor, había obtenido algunos éxitos penosamente pagados en vidas y material: los fortines “Loa”, “Bolívar”, “Duarte”, “Corrales”, “Manuel López”, “Alihuatá” y “Jordán”, pero no sus dos objetivos principales.

En esa fecha el Paraguay declaró la guerra, un medio para obligar a todos los países vecinos actuar como neutrales. es decir, a embargar el tránsito de armas a los beligerantes, medida de la que el mismo se hallaba libre gracias a la parcialidad argentina. El Brasil y el Perú no entraron en el juego, pero sí Chile, en violación del Tratado de 1904, durante un corto pero decisivo período de tiempo.

Bolivia apeló a la Liga de las Naciones. El Brasil propuso que ese organismo delegara su mandato en el A.B.C. -la Argentina, el Brasil, Chile y el Perú— y la Liga así lo hizo.

“Nanawa”, se había convertido en la pieza maestra de una inmensa partida de ajedrez, eje del dispositivo total de los dos adversarios. En ese dispositivo, sin embargo, existía una notable diferencia: Estigarribia, con 12.000 hombres, se hallaba a la defensiva, en tanto que Kundt, con 7.000 solamente y mucho más lejos de sus bases de aprovisionamiento, persistía en atacar.

A principios de junio, el alemán ordenó una ofensiva frontal. Una y otra, seis veces, los soldados bolivianos trataron, en vano de forzar el destino a fuerza de coraje. Fue una hora decisiva. Con 2.500 bajas, mas de una tercera parte, y sin munición ni vituallas suficientes, se enterraron otra vez en sus posiciones primitivas.

Tres meses más duró el impase. En septiembre, el comando paraguayo, que había aguardado pacientemente el desgaste de las tropas bolivianas, inició su ofensiva. Su progreso cortó el camino entre Campo Grande y “Alihuatá”, a espaldas de tres regimientos, uno solo de los cuales logró retirarse a tiempo.

La situación del frente se reflejó, primero, en la moral del comando. La estrella de Kundt empezó a apagarse. En el orden interno, el gobierno se sintió obligado a clausurar la prensa opositora y empezaron las deserciones.

Era, además, un mal momento económico. Vista la caída continua de los precios de los minerales, el Comité Internacional del Estaño decidió crear el **buffer** -

---

**stock**, un mecanismo al que todos los exportadores aportaban dinero en proporción directa con su producción a fin de mantener el precio en un nivel previamente convenido, mediante el recurso de comprar o vender mineral oportunamente.

El A.B.C.P. reconoció su fracaso. El Brasil y la Argentina ofrecieron su arbitraje. Salamanca lo aceptó, pero no el Paraguay. De acuerdo al propósito de la Shell, el gobierno de Asunción no quería más que excluir a Bolivia de la navegación del Pilcomayo. Estigarribia, empero, había avanzado más en sus concepciones. A esa altura de los acontecimientos, su propósito consistía ya en la conquista del petróleo boliviano.

La discrepancia inutilizó la gestión argentino-brasileña y devolvió el problema a la Liga de las Naciones que, recuperado un mandato que le quemaba las manos, organizó una Comisión Especial en Montevideo, la que propuso un armisticio.

La ofensiva paraguaya, entretanto, había empujado a las tropas bolivianas hasta Campo Vía. En diciembre, Estigarribia ocupó "Alihuatá y avanzó por Campo Victoria separando la IV división en retirada, de la IX. La VII. aislada, abandonó el cerco de "Nanawa". El dispositivo boliviano había saltado por completo y el Paraguay, otra vez, tenía su camino casi expedito por delante.

Kundt perdió la perspectiva real del problema. Ordenó resistir entre Campo Vía y Campo Victoria. una imposición que permitió al mando paraguayo encerrar la IV división. 8.000 hombres tuvieron que rendirse. Peñaranda, con 1.500, rompió el cerco y se retiró hacia "Frías".

El pánico se extendió al gobierno que no halló otra salida que una maniobra política: deshacerse de Kundt. La copa de la amargura, sin embargo, no había sido apurada del todo en Campo Vía. Las tropas del Pilcomayo, con su retirada al norte en punto de ser interrumpida, se dirigieron a "Muñoz" en parte y, en parte, huyeron hacia la Argentina.

El candidato de Salamanca para reemplazar a Kundt era Lanza; pero Toro se adelantó. Quería impedir una oportunidad a su adversario del año 1930. Persuadió a Kundt, preparado para huir, que nombrara a Peñaranda, y Kundt, a quien no le quedaba ya nada por perder, así lo hizo. Salamanca quedó hondamente herido. Como parte de la maniobra, Toro recibió el Comando del Primer Cuerpo y Bilbao el del Segundo Cuerpo.

El día 18 de diciembre durante las horas previas al armisticio convenido para el día siguiente, gracias a la Comisión de Montevideo, Estigarribia capturó "Muñoz".

Con el armisticio vino el recuento. El Paraguay contaba con 23.000 hombres fogueados y bien equipados. A Bolivia, del ejército que había levantado después de "Boquerón", le quedaban 7.000.

---

Bolivia usó el respiro para levantar un nuevo ejército. el tercero. Fue pagado con mayores emisiones de billetes en tanto que la entrega obligatoria de divisas se elevaba hasta el 52 por ciento a fin de aumentar también la diferencia en favor del gobierno.

En enero de 1934, inmediatamente después de concluido el armisticio, Estigarribia reanudó su ofensiva. Ocupó "Platanillos", "Bolívar", "Loa" y "Corrales" obligando a replegarse, primero a Toro y después a Bilbao. El Primer Cuerpo fue extendido entre Tres Pozos y Chivalán; el Segundo entre Tezán y Campo Jurado.

El descontento provocado por la crisis y el negativo curso de la guerra, tomó un cauce político debido a la proximidad de las elecciones generales. Saavedra fue desterrado. El gobierno escogió a Tamayo como su candidato y los liberales levantaron el nombre de Juan María Zalles.

La pasión invertida en la campaña electoral, distrajo a la opinión pública de un hecho de tanta importancia como la elección de un Presidente: el descubrimiento, por parte de la Standard, del petróleo de Camiri, mucho más cercano al Paraguay que el de Sanandita o Bermejo. Los Estados Unidos empezaron a interesarse en esa guerra que dos pequeños países sostenían en la frontera sur de su vasto imperio económico.

La presión del avance paraguayo se escalonó en tres etapas: Cañada Tarija, Cañada Cochabamba y Cañada Strongest, donde la III división del Segundo Cuerpo boliviano obtuvo una magnífica victoria el mes de mayo.

El contraste de Cañada Strongest no detuvo a Estigarribia alentado por su superioridad numérica. Obtuvo una saliente en "Condado", lo que hizo indefendible a "Ballivián". Peñaranda propuso su abandono: Salamanca rechazó la idea apoyado por Toro, convirtiendo ese fortín en otro tema político como "Boqueron".

Estigarribia efectuó un traslado de fuerzas para aumentar hasta 25.000 la división que comandaba Rafael Franco y le ordenó elevar hasta Picuiba el nivel de su giro hacia el este. La idea tendía a dislocar las fuerzas bolivianas imprudentemente agrupadas en torno a "Ballivián". Constituía una jugada riesgosa y decisiva. El Paraguay se hallaba en el límite de sus recursos a pesar o, más precisamente, debido a sus victorias, resultado de un esfuerzo económico y humano desproporcionado y causa de una dilatación imprudente de sus líneas de abastecimiento. La Argentina, que lo apreció con claridad, propuso reunir en Buenos Aires a los plenipotenciarios de los dos beligerantes a fin de tratar el cese de fuego y los términos de la paz consiguiente.

Salamanca, presionado por los Estados Unidos, interesado en evitar que el petróleo de Camiri cayera en manos británicas, aceptó con la condición de que las negociaciones se confiaran al A.B.C.P. más los Estados Unidos.

A mediados de agosto, Franco sobrepasó Picuiba y giró al este entre Picuiba y

---

“27 de Noviembre”. tomó Irindagüe, el único depósito permanente de agua en toda la región, “Villazón, “27 de Noviembre” y Huarapitindi, cerca del río Parapeti. Tenía a la vista la cordillera de los chiriguanos pero estaba sin agua. Estigarribia le ordené replegarse lentamente atrayendo el mayor número posible de tropas bolivianas.

Toro fue escogido para detener a Franco y envolverlo entre Carandaití e Irindagüe. Se le confiaron dos divisiones y 6 regimientos, que organizó en el llamado Cuerno de Caballería. Fracasé, primero, en Pozo del Burro y, luego, cerca de Lafaye.

Era el mes de septiembre. Salamanca y Peñaranda se encontraron en Tarija. El primero quería reorganizar el comando, un modo encubierto, cuando la paz se hallaba a la vista, de cargarle las responsabilidades de la guerra. El segundo se opuso naturalmente y Salamanca se volvió a La Paz convencido de que, para coronar sus designios. debía cambiar también al Comandante en Jefe.

A principios de octubre, Franco capturé “Ingavi”, lo que podía cortar el camino entre Santa Cruz y Puerto Suárez, aislando las fuerzas concentradas en ese último punto. Toro continuaba pisándole los talones.

La mayoría de las fuerzas bolivianas había sido atraída hacia el norte, lo que Estigarribia deseaba. Cumplida esa primera parte de su plan, pasó a ejecutar la segunda. Se lanzó contra ‘El Carmen”, cuyos flancos habían quedado desguarnecidos, y lo tomó a mediados de noviembre. Hubo 4.000 prisioneros y £500 muertos. La insistencia presidencial en conservar “Ballivián” había costado un alto precio. La caída de El Carmen obligó al abandono de ese fortín arrastrando consigo las ruinas de otro de los grandes temas políticos del gobierno.

La opinión pública reaccionó indignada y, con ello, la cuestión de las responsabilidades pasó al primer plano. Tanto el gobierno como el comando militar necesitaban, más que nunca, de un chivo expiatorio para desviar la reacción pública de sus propias cabezas.

Tamayo ganó las elecciones y Salamanca, sintiéndose tonificado, viajé, para cumplir con su propósito de reemplazar a Peñaranda, hasta Villa Montes. Pero el comando se le adelanté. El 26 de noviembre, cercó Villa Montes, detuvo al Presidente, lo obligó a renunciar y reconoció a Tejada Sorzano en su reemplazo. Con esa movida, el “corralito”, los papeles se habían trocado y los generales podían, con impunidad, lavarse las manos y echar después el agua sucia contra Salamanca y el Gobierno.

### III

Tejada Sorzano organizó su gabinete con gente de su propio partido y de la desaparecida Unión Nacional. El “corralito”, en consecuencia, no cambió mucho; solo un equipo de las clases dominantes: el genuinismo, por otro, mezcla de los jóvenes y



---

de los viejos que, durante el gobierno de Siles, habían disputado esa situación.

El Paraguay, gracias a un nuevo empréstito argentino, continuaba explotando la victoria de El Carmen, en tanto que Bolivia, en el sector sur, trataba de crear nuevas posiciones sobre una línea extendida desde Capirenda hasta el Pilcomayo, y, en el sector norte, Toro, debilitaba sus fuerzas sobrentendiéndolas, detrás de la huella de Franco, a lo largo de un arco de alrededor de 130 kilómetros provisto por un solo pozo de agua: Irindagüe.

Estigarribia casi no creyó en su buena suerte pero la aprovechó de inmediato. Tomó Irindagüe y atacó, simultáneamente, Villazón” y “27 de Noviembre’. Con esa sola medida, precipité la tragedia de Picuiba. Falto de agua, separado de sus bases, pésimamente conducido, el antes orgulloso Cuerpo de Caballería, se deshizo en una semana- Miles de vidas se apagaron por la sed, el enemigo o, simplemente, la desesperación.

El desastre en el sector norte, expuso, desnudo, el sector sur. A los paraguayos les bastó cerrar el camino de Cururenda a Villa Montes, para obtener una nueva victoria 1.200 hombres cayeron en sus manos, miles más se echaron al río para pasar a la Argentina. Peñaranda reorganizó sus líneas de Palo Marcado a Capirenda, con las espaldas puestas contra las primeras estribaciones andinas.

El Paraguay se aprestaba a dar el golpe de gracia; pero el cambio de paisaje. la amenaza directa a la carnadura misma de la Patria, obraron milagros. Un estado de ánimo, desesperadamente resuelto, se apoderó de los combatientes y hasta de la retaguardia. 25.000 hombres, apenas entrenados pero igualmente decididos, fueron enviados al Chaco. Toro, removido de su mando, acabó elevado a la jefatura del Estado Mayor, donde, como segundo de Peñaranda, un carácter maleable, devino en el verdadero amo del ejército.

El impulso de la ofensiva paraguaya no se detuvo de inmediato, es cierto, pero empezó a pagar, por cada metro de terreno, un precio muchísimo mayor del que estaba acostumbrado. Cerca de un mes entero tardó Franco en llegar a cinco kilómetros de Villa Montes, la llave del altiplano. Estigarribia, por su parte, atacó esa llave, furiosamente, pero sin éxito. La resistencia del soldado boliviano añadida a la longitud y vulnerabilidad de sus líneas, habían acabado con su impulso.

El comandante paraguayo había pensado en el petróleo pero no en la montaña y empezó a convencerse de que, efectivamente, no pasaría. Ese convencimiento se extendió a su gobierno y al gobierno argentino que, con el de Chile, inició sondeos de paz. Los Estados Unidos, con los ojos puestos en el petróleo de Camiri, no quisieron dejar a Saavedra Lamas la batuta de la orquesta y se sumaron a Chile y la Argentina.

Franco insistió en llegar a Villa Montes por entre Aguaragüe y Charagua. Fue detenido. Cambió de dirección para tentar la sorpresa y halló que tampoco podía pasar.

---

Era el mes de marzo, Peñaranda restableció el Cuerpo de Caballería en Boyuibe y, contando con los nuevos conscriptos, ordenó la ofensiva. Ningún general lo habría hecho en semejantes circunstancias. Esos nuevos conscriptos no poseían instrucción suficiente, ropa adecuada, municiones, algunos incluso ni calzados. Pero, otra vez, sucedió lo que podía suceder. Avanzaron. Tomaron Tarairí, Charagua, Carandaití y pusieron en fuga a la VII división paraguaya. La suerte de la guerra había dado un giro completo.

A principios de mayo, gracias a la intervención de los Estados Unidos, se recompuso el A.B.C.P. con su añadido, y se invitó a los beligerantes a una Conferencia en Buenos Aires. La delegación boliviana fue integrada, entre otros, por Elío, Ministro de Relaciones Exteriores, y Saa yedra que, a la caída de Salamanca, había vuelto al país.

El primero, contra la opinión del segundo, aceptó un cese inmediato de hostilidades, que tendía a detener la ofensiva boliviana; la mediación de los comisionados en vez de un arbitraje de derecho, lo que importaba resignarse ante el statu quo ocupacional; y la reducción de tropas, todo lo cual se concretó en un Protocolo el 12 de julio de 1935. Respecto al tema de las fronteras, Bolivia, apoyada por los Estados Unidos, quedó alegando en favor de una salida por el Pilcomayo, en tanto que el Paraguay, con la ayuda argentina, insistía en legalizar sus conquistas.

Bolivia, sin contar 4.500 desertores o refugiados y 21.000 prisioneros, había perdido 52.400 hombres, un dos por ciento de su población total. El circulante llegaba a los 220.000.000 de billetes, el Presupuesto cojeaba con un déficit del 40 por ciento y el cambio había caído hasta los 11,84 peniques.

Eso en el orden económico. En el orden espiritual el panorama era igualmente oscuro. La derrota de una guerra a cuyo inicio el triunfo había parecido tan fácil y tan rápido, produjo un sentimiento de frustración, enorme y amargo, que se volvió contra el pasado, animado por una irrefrenable determinación de cambio. El socialismo se convirtió en la palabra de orden. Los viejos unionistas, tanto los que se habían comprometido con las clases dominantes en tiempo de Siles como los que habían resistido esa tentación, empezaron a llamarse socialistas, y hasta Toro, inflando sus velas a la dirección del viento, se cobijó bajo ese título.

El tema de las responsabilidades caldeaba el ambiente, Los viejos partidos, defensivamente, apretaron filas alrededor del gobierno, y el ejército, dominado por Toro se preparó para asaltar el poder acompañado por los socialistas de ambos pelajes, el Partido Republicano y el POR.

El mes de octubre se denunció, por segunda vez, que la Standard vendía petróleo a la Argentina. Hubo conmoción. Las grandes mayorías intuían ya el papel que el monopolio petrolero había jugado en la guerra.

---

El año 1936 asomó a un ambiente político recargado por el **crescendo** en el debate acerca de las responsabilidades de la guerra, cuyo tono ascendió, hasta la histeria, en los cinco meses siguientes. En mayo, el golpe de Toro, así prolongado, le puso un fin dramático. Se inició una huelga casi generalizada y, para el día 17 de ese mes, Germán Busch, uno de los legítimos héroes de la guerra, asumió el poder, un escudo destinado a absorber el golpe de la primera reacción, acompañado por militares, socialistas comprometidos y no comprometidos, republicanos y poristas.

Busch, creó el Ministerio del Trabajo y nombró a un obrero gráfico, Waldo Alvarez, para desempeñarlo. Pocos días después llegó Toro y juró la Presidencia prometiendo implantar el socialismo. Nunca un sujeto más digno de castigo había sido mejor premiado que él.

El gobierno de Toro, al nacer, descansaba en partes de todas las clases sociales, desde la burguesía internacional, con Aramayo a la cabeza, hasta el proletariado, pero con una espina dorsal militar. Empezó por elevar el cupo exportable del barón del sur, fijó sueldos y salarios mínimos y utilidades máximas para el comercio minorista.

Era imposible, empero, que todas las clases sociales pudieran convivir, así fuera en parte, dentro de un mismo gobierno, y el de Toro no fue una excepción. Menos de un mes después de haberse ceñido la banda presidencial, el derrotado de Picuiba desterró a Saavedra, se deshizo de los poristas y de los socialistas no comprometidos y desembarcó a los republicanos de su gabinete a tiempo que decretaba la disolución de todos los partidos políticos.

Continuaba pregonando su adhesión al socialismo, pero esas medidas lo tipifican como totalitario, una categorización reforzada por las que tomó a continuación. Decretó el trabajo obligatorio entre los 18 y los 60 años, impuso la sindicalización sin alternativas y recurrió al derecho de gobernar mediante decretos con fuerza de Ley. La institucionalidad liberal coronada por las reformas del año 1931, estaba sufriendo sus primeras golpes.

La conmoción creada por la denuncia contra la Standard, crecía y se transformaba en indignación a medida que pasaba el tiempo y no se hacía nada,.

El mes de junio, casualmente, se descubrió el "pacto de caballeros", la compactación del grupo diplomático ligado a la Standard a través de Braden desde las transferencias petroleras del año 1920, y destinado a conservar para sí, tanto la Cancillería cuanto las principales embajadas a fin de imprimir a la política exterior boliviana su propio carácter.

Para el mes de agosto, la agitación exasperada por la crisis sacó a los universitarios a la calle. Toro, en su defensa, empadronó la Industria con vistas al control de precios, creó el Registro de la Propiedad Agraria a fin de racionalizar su imposición, y, por último, en dos decretos paralelos pero de efecto contradictorio,

---

elevó en un 10 por ciento la escala fijada para la entrega obligatoria de divisas y acordó tres tipos de cambio diferenciales, a fin de beneficiar al Estado, como lo había hecho Salamanca, con las diferencias de precios. La marcha en el camino de la inflación empezó a tomar los rasgos de un paso de parada.

En noviembre fue reunido el primer Congreso Nacional de Trabajadores. Concluyó con la creación de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, dominada por los stalinianos, que no pudo absorber a la F.O.I. anarquista, controlada por los trotskistas ni a los ferroviarios que se retiraron.

A principios de 1937, el descontento halló su expresión en Busch, el hombre cuya popularidad innegable había escudado durante tanto tiempo la impunidad de Toro. Renunció a la Jefatura del Estado Mayor en protesta por el incumplimiento del programa que el Presidente había jurado al asumir el poder, pero, aunque fue persuadido para reconsiderar esa determinación, su actitud dividió el ejército, sostén del régimen.

Toro reaccionó voluntariosamente. Arrebató a los obreros el Ministerio del Trabajo y fijó un cambio único al tope de los diferenciales, con lo que se aceleró el paso de parada inflacionario.

La impaciencia de Busch se hizo, entonces, notorio. Toro vio el peligro y decidió conjurarlo con uno de esos disparos providenciales que matan dos pájaros de una sola vez. A mediados de marzo decretó la caducidad de las concesiones de la Standard y creó Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos.

El descontento, postergado Por esa medida, volvió a levantar cabeza en julio, acuciado por las repercusiones de la devaluación. Los trabajadores ferroviarios convocaron a su primer Congreso y aprobaron una larga lista de reivindicaciones.

En ese ambiente empezaron a operar todas las fuerzas contrarias a Toro, como expresión del resentimiento en el caso de Patiño y Hochschild; de la frustración popular en el caso de Busch, los socialistas no comprometidos y el republicanismo- o del apetito de poder en el caso de los socialistas comprometidos. Los republicanos, más los socialistas y comunistas de toda factura propiciaron una huelga de maestros seguida Por otra de mineros y empleados de comercio.

Busch acabó por decidirse. A mediados de julio, recabó la adhesión de la guarnición militar de La Paz e hizo notificar a Toro que debía renunciar. Este se asiló en la Embajada de Chile, De esa manera, sin disparar un tiro, el joven héroe asumió el poder.

Busch, más por instinto que a sabiendas, representaba a las jóvenes clases medias salidas de la guerra, puestas contra el pasado pero sin comprenderlo y determinadas a producir un cambio aunque sin saber cómo exactamente. Hizo un gabinete con patañistas y socialistas comprometidos, representativo de las clases dominantes, que resultó como un cerco puesto a su alrededor, para vedarle toda

---

acción concorde con sus intuiciones. Aunque el ejército continuaba siendo la espina dorsal del régimen, esa contradicción, como una marca de fuego, iba a señalar su paso por el gobierno con el signo de la tragedia. Todas las clases sociales la percibieron claramente pero, en principio, optaron por resolverla mediante diferentes tácticas. Las clases medias y la clase obrera rodearon con su adhesión al joven caudillo; las clases dominantes, en parte, se infiltraron a su alrededor y, en parte, le volvieron la espalda.

Busch reafirmó su convicción socialista pero, al mismo tiempo, declaró vigente la Constitución de 1880 con las enmiendas que se le habían aditado en 1920 y 1931, la expresión jurídica más acabada del orden de cosas creado por el liberalismo. Se abrieron los registros cívicos y se convocó a elecciones para una Constituyente.

En medio de ese panorama cargado de confusiones, a mediados del mes de agosto, un grupo de estudiantes bolivianos capitaneados por Oscar Unzaga de la Vega, fundó, en Santiago de Chile, la Falange Socialista Boliviana, de acuerdo a un programa de corte mussoliniano, ética primoriverista y organización vertical, tipo nazi.

Busch era un prisionero. Su criterio personal se transparentaba en algunas medidas: abrió las puertas del país a los perseguidos judíos y a los refugiados españoles del bando republicano; pero el de sus ministros era igualmente transparente en otras. Se rebajó el porcentaje para la entrega obligatoria de divisas y se elevaron los tipos de cambio diferenciales.

El mes de febrero de 1938 fue firmado, con el Brasil, un Tratado por el que, en resumen, el gobierno brasileño se comprometía a facilitar al boliviano el dinero necesario para construir un ferrocarril de Corumbá a Santa Cruz, a cambio de una participación igualitaria en la explotación petrolera de toda la zona subandina. El firmante era Ostria, del monopolio diplomático, Dionisio Foianini, fundador de Y.P.F.B., opuso objeciones con el argumento del tamaño y la indefinición de esa zona.

Precisamente entonces la cuestión del Chaco empezaba a presentar mejor cariz. Los Estados Unidos habían nombrado a Braden como su representante ante la Conferencia de Paz y éste presentó una propuesta que reflejaba el cambio producido en la política chaqueña de los Estados Unidos a causa de la caducidad de las concesiones de la Standard. No estaba inspirada por el deseo de procurar para el petróleo boliviano una salida navegable hacia el Atlántico, sino, simplemente, en evitar que ese petróleo cayera en manos de la Shel, empujando al Paraguay lejos de Camiri, Sanandita y Bermejo, pero olvidando la accesibilidad boliviana al sur del Pilcomayo.

Las elecciones fueron ganadas por quienes habían candidateado como partidarios de Busch. La mayoría buchista dentro de la Convención, en consecuencia, era una mezcla heterogénea de socialistas comprometidos, socialistas no comprometidos e independientes. Se eligió a Busch como Presidente y a Enrique Baldivieso, un socialista comprometido, como Vice.

---

Después de algunas escaramuzas sin importancia destinadas, más bien, a medirse, los convencionales de mentalidad progresista: socialistas no comprometidos e independientes por igual, empezaron a definirse como un grupo aparte, sobre todo porque se constituían en portavoces de la determinación de cambio que animaba a las clases medias y la clase obrera. Su existencia operó a manera de un puente tendido entre esas clases sociales y el Presidente, y obtuvo su primer éxito en la cuestión del Brasil. Ostria recibió instrucciones para limitar la llamada zona subandina y reducir las franquicias de las sociedades mixtas, lo que fue logrado mediante Notas Reversales.

El 12 de julio, por fin, se firmó con el Paraguay un Tratado de Paz, Amistad y Límites más o menos acorde con la propuesta de Braden. Por él, Bolivia perdía más de lo que debía perder, el Paraguay no ganaba todo lo que había querido ganar, el petróleo boliviano no obtenía salida hacia el Atlántico y la Shell se quedaba con el deseo de apoderarse de él. Todo ese conjunto de frustraciones había costado 100.000 vidas.

Mientras la Convención entraba a discutir las Notas Reversales firmadas con el Brasil, el monopolio diplomático empezó a operar en otros frentes. Se firmó un nuevo Tratado con Chile restringiendo el derecho de libre tránsito y se aprobó un Convenio con la Argentina, calco del Tratado boliviano-brasilero, para estudiar la construcción de un ferrocarril entre Ya cuiba y Santa Cruz a cambio de petróleo.

La Convención finalmente, aprobó una nueva Constitución Política. Conservaba, en general, los mismos rasgos que habían distinguido a la de 1880. pero se singularizaba por la legalización de un nuevo principio, el de la función social de la propiedad, primer atisbo de una nueva institucionalidad no liberal.

En marzo de 1939 murió Saavedra. Su presencia vigilante había sido el único obstáculo que privaba a sus segundos de negociar la lealtad del republicanismo y entregarse, con armas y bagajes, al servicio de las clases dominantes. No esperaron siquiera a que sus huesos se enfriaran. Apenas enterrado su jefe, sellaron un pacto con liberales y genuinos para formar "la Concordancia".

Busch, sorpresivamente, se proclamó dictador el mes de abril. Prometió sujetarse a la Constitución y mantuvo al Vicepresidente en su cargo, y parecía, por eso, dirigida exclusivamente contra la Convención, un triunfo de las clases dominantes; pero no era así. La dictadura empezó por aprobar un nuevo Código del Trabajo y, con esa sola medida, reunió, en su torno, a las dos generaciones de las clases medias y de la clase obrera. Poco después, el 7 de junio, a instancias de algunos socialistas no comprometidos, decretó la entrega obligatoria del 100 por ciento de las divisas, fijó un nuevo tipo de cambio, elevó sueldos y salarios, aumentó el impuesto a las utilidades y estatizó el Banco Minero.

Esas medidas no cambiaban pero si alteraban substancialmente la estructura económica del país. Fueron recibidas con una enorme explosión de júbilo. De un solo golpe, el gobierno se había definido en contra de las clases dominantes.

---

El 2 de agosto fue declarado Día del Indio y, el 3, se estatizó el Banco Central poniendo el crédito en manos del Estado, otro gran adelanto en la creación de una nueva institucionalidad no liberal. Veinticinco días más tarde, el joven caudillo moría a consecuencia de un balazo en la cabeza.

#### IV

La cuestión de la sucesión presidencial se definió mientras Busch agonizaba aún, trasladado al hospital. Se difundió la versión del suicidio; el ejército soldó su unidad elevando a Bilbao a la jefatura del Estado Mayor y proclamó Presidente a Carlos Quintanilla; y los socialistas no comprometidos se dejaron ganar por el desánimo o por el temor. Las clases medias y la clase obrera no hallaron, pues, quien las condujera. En el hecho, habían quedado sin representación política.

El nuevo Presidente era un hombre vano e irresponsable. Se sumergió en el aspecto protocolar del gobierno y dejó el poder efectivo, al bufete Calvo. A través de éste, las clases dominantes recuperaron, de golpe, sus posiciones. Los decretos de 7 de junio fueron suspendidos.

Las clases medias y la clase obrera, buscando una representación que la muerte de Busch había vacado, se orientaron hacia Bilbao, un hombre sin pasado político y dueño de un sólido prestigio de soldado.

La “Concordancia” pidió elecciones y Quintanilla accedió. Esa aquiescencia parecía favorecer a Bilbao, cuya candidatura ganaba vuelo día a día, pero no era así. El héroe de kilómetro 7 fue citado al bufete Calvo. No se sabe bien que compromisos se trató de arrancarle, pero se desprende lógicamente que fueron rechazados, porque entonces se decidió su suerte. Dos días más tarde, en el propio Palacio de Gobierno, sufrió una golpiza y fue puesto en un tren con destino al destierro.

La reacción consecuente fue superada con el auxilio de Peñaranda, puesto en el Ministerio de Defensa y que, de esa manera, se acreditó ante los ojos de las clases dominantes. La “Concordancia” lo proclamó su candidato, los socialistas comprometidos se plegaron a esa proclamación y el general resultó elegido a principios de 1940, poco después de haber estallado la Segunda Guerra Mundial. Su único contendor fue José Antonio Arze, portaestandarte de los marxistas de tendencia staliniana que se movían alrededor de la C.S.T.B.

El Congreso se inauguró el mes de abril, con una docena y media apenas de senadores y diputados ajenos a las clases dominantes y, pocos días más tarde, Peñaranda juró la Presidencia.

Su gobierno fue compuesto y dirigido por las clases dominantes a través de los hombres más conspicuos de los viejos partidos turnándose, periódicamente, en los

---

ministerios, y sus actos lo reflejan así sin lugar a equívocos. Empezó por nulificar del todo los decretos del 7 de junio de 1939, indemnizó a la Standard por la nacionalización de sus pertenencias. Condonó a Patiño la mayor parte de los impuestos que adeudaba al Estado por el reparto de sus bienes entre sus herederos y, por último, promulgó una Ley de Seguridad del Estado tendente al ahogo de las libertades democráticas.

No contaba con una oposición organizada y los precios de los minerales se hallaban en rápido ascenso, lo que tendía a atenuar la disputa por el beneficio y presagiaba una nueva época de prosperidad. Pudo, pues, a pesar de su orientación, a pesar de sus medidas, hacer un gobierno sin grandes resistencias, de no haber mediado la guerra mundial, las presiones generadas económica y políticamente por esa guerra y su disposición a inclinarse ante esas presiones, determinada por la naturaleza de su gobierno.

Nueve meses después de haber comenzado la guerra, los Estados Unidos convocaron una Conferencia Hemisférica en La Habana a fin de organizar económicamente a la América Latina con vistas a su inevitable participación en el conflicto. Esa organización fue convenida en términos de un "intercambio justo": los países situados al sur del Río Grande vendían sus materias primas a los Estados Unidos a precios de contribución para el fortalecimiento de la democracia y los Estados Unidos, a su vez, contribuían al desarrollo de esos países mediante una ayuda directa.

Peñaranda se apresuró a cumplir la parte tocante a Bolivia. El mes de noviembre firmó contrato con la Metal Reserve, agencia oficial norteamericana, para venderle parte de la producción nacional de estaño muy por debajo del precio vigente entonces. Los barones mineros fueron compensados con la promesa de no elevarles impuestos y los Estados Unidos empezaron a crear un **stock-pile**. Poco después enajenó la producción total de wolfram, más o menos en las mismas onerosas condiciones.

En diciembre de 1941, el Japón atacó a los Estados Unidos y éstos, convertidos de proveedores en combatientes, convocaron a una nueva Conferencia Hemisférica a fin de endurecer su política hemisférica. A los tres días de esa Conferencia, Bolivia se declaró solidaria con los países en lucha contra el Eje y, como primera expresión de esa solidaridad, tipificó, como delito de sabotaje, toda obstrucción en la producción de minerales, incluso las huelgas.

La segunda expresión de esa solidaridad consistió en un nuevo contrato para la venta del estaño. Comprendía el total de la producción y estipulaba un precio tan irrisorio como el del primer contrato.

La Conferencia Hemisférica convocada por los Estados Unidos se celebró en Río de Janeiro en enero de 1942. Como emergencia de las resoluciones adoptadas



---

allí, Bolivia, a la suspensión de relaciones con Alemania, Italia y el Japón, añadió el rompimiento; los Estados Unidos, por su parte, enviaron a La Paz una misión económica, presidida por Mervin Bohan, para estudiar las necesidades nacionales. A renglón seguido, se firmó, con la Rubbev Resserve, otra agencia oficial norteamericana, un contrato para la venta total de la producción gomera. Como ejemplo de ese tipo de contratos, vale la pena recordar que el precio convenido era de 30 billetes por kilo, en circunstancias que la Argentina pagaba entre los 700 y los 900 billetes por ese mismo kilo.

Recién a fines de 1942, los Estados Unidos iniciaron, de acuerdo con los informes de la misión Bohan, la ayuda a la que estaban comprometidos. Comprendía, en total, 15 millones de dólares, ni la centésima parte de lo que Bolivia perdía a causa del menor precio en el que vendía sus materias primas y estaba destinada a la prospección petrolera, la construcción de un camino entre Cochabamba y Santa Cruz, la creación de una Corporación Boliviana de Fomento, y la instalación de algunas agencias de los Servicios Interamericanos.

Los contratos para la venta de estaño, wolfram y goma, casi todo lo que entonces exportaba, significaban, para Bolivia, no sólo la renuncia a los beneficios de la prosperidad cuando todo indicaba que esa prosperidad se hallaba a la vuelta de la esquina, sino, lo que es peor, el resignar-se a la continuación de la crisis, con sus secuelas inflacionaria y alcista, que venía arrastrándose desde 1930.

El gobierno, dentro de esa resignación y para defender sus niveles de ingresos, continué devaluando la moneda con un nuevo expediente, el de los "cambios de compensación", variante, más simple, del sistema de vender dólares a un precio mayor del que se los compraba.

Las consecuencias de esa política económica. un modo paulatino de continuar ahogando el país en la miseria, se dieron, primero, en el orden político. Los viejos partidos, instrumentos de las clases dominantes, fueron perdiendo, poco a poco, su prestigio y su caudal, en tanto que, a su frente, la clase obrera y las clases medias, superada la etapa del caudillismo, se orientaban hacia la organización partidaria.

Los primeros en tentar esa organización partidaria fueron los marxistas stalinistas. En mayo de 1941, aprovechando la demostración electoral hecha por José Antonio Arze frente a Peñaranda, se reunieron en un Congreso de Izquierdas y fundaron el Partido de la Izquierda Revolucionaria. Este adelanté un programa resumido en el postulado de la revolución democrático-burguesa, mecánicamente aplicado al país, tanto en la interpretación de su realidad, donde pasaba por alto su carácter semicolonial, cuanto en la formulación de las soluciones adecuadas. Se detenía, por eso, sin tocarlos, ante dos problemas esenciales: el de la propiedad de la riqueza minera y el de la propiedad de la tierra.

El P.I.R. fue el primer partido de masas de la historia boliviana. Contrariamente a las viejas tiendas, constituidas como federaciones de caciques que se elegían ellos

---

mismos, tomaban entre si todas las decisiones y no tenían a nadie ante quien responder, los piristas organizaron sus bases según el sistema celular y establecieron un mecanismo democrático interno.

En enero de 1942, ocho meses más tarde, nació el Movimiento Nacionalista Revolucionario. el segundo de los grandes partidos de masas. Sus fundadores, la mayoría de los cuales había cooperado con Busch y con Bilbao, provenían de tres grupos principales: uno, el de los diputados electos; otro, el de los periodistas que editaban “La Calle” y, por último, el de los jóvenes universitarios que habían coincidido con los anteriores en las luchas contra la “Concordancia’.

Coincidían, esencialmente, en la determinación de cambio, ese sentimiento general nacido en las trincheras durante la Guerra del Chaco, pero poseían distinta formación. Los más eran socialistas, otros marxistas y los había, incluso, de tendencias totalitarias. Esas circunstancias se reflejaron, primero, en la elección del Jefe: Víctor Paz Estenssoro, cooperador de Busch en los decretos de 7 de junio de 1939, prestigiado en el Parlamento por su oposición a los contratos de venta de materias primas y el único entre ellos que era capaz de traducir sus coincidencias y, al mismo tiempo, de enjugar sus contradicciones.

El programa movimientista constituía una caracterización aún incipiente de la realidad nacional y una propuesta de soluciones de tipo progresista, pero no revolucionario, al problema de la tierra y de las minas, lo que atrajo algunos dirigentes obreros y campesinos, todo ello envuelto en una fraseología nazista.

El nacimiento del P.I.R. y del M.N.R. replanteó, en un nuevo plano, la lucha entre las clases dominantes por un lado y la clase obrera por otro, con las clases medias fluctuando en la tierra de nadie. Ambos partidos fueron duramente perseguidos y, contra el segundo, se llegó, incluso, a fraguar un cargo de vinculaciones con la Alemania nazi, más tarde desvirtuado por los propios protagonistas, en cuya preparación y ejecución aparecieron las manos de Braden y de las gentes del monopolio diplomático.

Las consecuencias de la política económica gubernamental, empero, se dieron con mayor dramaticidad aún en el campo social. Los mineros de Huanuni, capitaneados por una palliri heroica, de apellido Irahola, dieron el ejemplo, en 1941, cuando la creación de los “cambios de compensación” empezó a hacer sentir sus efectos en el costo de la vida. Poco después, los ferroviarios realizaron una huelga que doblegó al Ejecutivo.

A mediados de 1942, los ferroviarios, otra vez en pie de lucha, tuvieron que ser movilizados, lo que no impidió que los fabriles entraran en huelga general y lograran un aumento de salarios.

Por último, el 21 de diciembre de 1942, los mineros de Catavi, que se hallaban en huelga, fueron alevemente masacrados como consecuencia de las presiones de

---

Patiño y las órdenes directas del gobierno.

Esa masacre tuvo hondas repercusiones. Algunos militares jóvenes, unidos en la logia "Razón de Patria", un agrupamiento de oficiales nacionalistas y totalitarios, dirigido por el mayor Gualberto Villarroel, se unieron al MNR, para propiciar un cambio de gobierno; los campesinos de Oruro y Ayopaya entraron en huelga de brazos caídos, primera muestra de solidaridad entre los explotados de las minas y del país rural, y, en las Cámaras, se produjo una interpelación al gabinete, que sirvió para distinguir las posiciones del P.I.R., constreñido por sus compromisos internacionales, y del M.N.R. que, desde entonces, pudo contar con la adhesión de los obreros mineros.

A fines de 1943, el gobierno Peñaranda estaba prácticamente caído. Los viejos partidos, ciertos de un fracaso electoral, se hallaban empujando, tanto al Jefe del Estado Mayor cuanto al Ministro de Defensa, a fin de prolongar el dominio político de las clases que representaban, pero fueron ganados de mano.

El 20 de diciembre, la conspiración preparada por el M.N.R. y la R.A.D.E.P.A. entró a ejecutarse con precisión de cronómetro y, cuando el pueblo despertó, halló que el país tenía un nuevo régimen.

## V

El período que empieza con el gobierno de Siles y concluye con la caída de Peñaranda fue, para decirlo con precisión, ideológicamente ebullente.

El positivismo spenceriano libraba sus últimas acciones, las teorías de Ortega y Gasset empezaban a perder el lustre que da la moda frente al embate de las consignas socialistas, se hablaba de Spengler sin poder ubicar el lugar de Bolivia dentro de sus especulaciones, los totalitarismos coqueteaban con los enamorados de la fuerza, el nacionalismo revolucionario daba sus primeros pasos apoyado todavía en otras muletas, el marxismo había ganado sus trincheras básicas. En la mayoría de los casos, sin embargo, esas doctrinas eran empleadas más como un código de conducta casi personal y hasta como un recurso puramente político, que como herramientas para aprehender e influir en la realidad.

El desgaste de los viejos partidos que lo habían postulado y su manifiesta inaplicabilidad en circunstancias de crisis dentro de una sociedad semicolonial, fueron las causas del retroceso y de la paulatina desaparición del positivismo, último reducto del liberalismo. Algunas de sus conquistas, sin embargo, debían sobrevivirlo largamente: la superestructura política demo-liberal, el entramado jurídico de las relaciones individuales, la Autonomía Universitaria...

El empleo de la teoría como código de conducta y hasta como recurso político, nunca fue más evidente que en el caso del ortega y gassetismo, ya que la libertad de examen, esa suerte de luteranismo filosófico, puede ser muy útil, por lo menos para la

---

promoción personal. Contrariamente a cualquier otra disciplina filosófica, religiosa o política —excepto, tal vez, el empirismo—, que reclama para sí la aceptación de ciertos principios excluyentes, permite, a quienes lo profesan, ver las cosas, en el terreno individual, de acuerdo con su propio criterio o su propia conveniencia, lo que, en el terreno general, facilita, por una parte, su circulación desaprensiva de tienda en tienda y, por otra, la asociación de gentes cuyo único denominador es el acuerdo para desacordar.

Así puede explicarse, en primer término, la composición del núcleo central del generacionismo, aquel que formó la Unión Nacional, constituido por gentes que actuaba de acuerdo a ideologías tan diversas como el socialismo y el totalitarismo. En segundo lugar, la indeterminación en el pensamiento y la actitud de esa generación: cómo pudieron convivir, en un intrincado ballet de agrupamientos y reagrupamientos, gentes de tan diferente filiación y porque no contribuyeron a la caracterización de la realidad nacional a pesar de haberse convertido en los primeros y más estridentes portavoces de la determinación de cambio nacida de la Guerra del Chaco. Y, por último, su conducta, la razón que subyace, antes de la guerra, en la tranquila aceptación de un programa liberal, siendo que el liberalismo es la antítesis de los principios socialistas y fascistas que informaban sus actitudes y, después de la guerra, en la desventura con que se movieron, por un lado, dentro de gobiernos como los de Tejada Sorzano o Peñaranda, adscritos a la democracia liberal y, por otro, dentro de gobiernos como el de Toro, francamente totalitarios.

La Guerra del Chaco se constituyó en la mayor experiencia de esa generación, en la circunstancia histórica que modeló, con mayor fuerza que ninguna otra, su carácter y su destino. No sólo convirtió en quiebra la trizadura ideológica iniciada por los jóvenes marxistas potosinos en tiempos de Siles, sino que, al mismo tiempo, la obligó, con carácter general, a la adopción de la etiqueta socialista levantada por Ricardo Soruco y Adolfo Flores durante el gobierno de Saavedra, pese a que unos, los más, estaban ya irremediablemente comprometidos con las clases dominantes y otros, los menos, se habían puesto, también irremediablemente, en contra. Es, por eso, más propio llamarla “generación del Chaco” que “generación del Centenario” como ella misma gustaba llamarse.

Las distintas tiendas socialistas, como el Partido Socialista de Soruco y Flores en su tiempo, advocaban el socialismo fabiano, utópico o revisionista, adaptado al funcionamiento de la democracia liberal. No ofrecían, por lo tanto, a la clase obrera en particular y a las clases oprimidas en general, los medios teóricos para proponerse la transformación del orden de cosas determinante de su explotación o de su opresión, sino, lo mejor, para aliviar esa opresión o esa explotación, procurando la ayuda delantera de las clases medias.

El marxismo, nacido en un nido sindical, fue difundido, en su rama trotskista, por José Aguirre Gainsborg y Gustavo Navarro, más conocido como Tristán Maroff, y, en su rama stalinista, por José Antonio Arze y los jóvenes marxistas potosinos que se habían opuesto a la guerra durante el gobierno de Siles. Aguirre y Arze, articulados y

---

consistentes, alcanzaron más duradera influencia; Navarro, cocinando el marxismo con su buen condimento de indigenismo tamayano, mayor difusión. Aguirre publicó poco, entre lo que se destaca una "Tesis Sobre la Situación Política Nacional" de indudable seriedad. Arze, por el contrario, publicó mucho, pero, por desgracia, dispersado, excepción hecha de una "Sociografía del Incario", el estudio más profundo que se conoce sobre los Perúes precolombinos a la luz del marxismo. Navarro firmó, amén de otros trabajos menores, "El Ingenuo Continente Americano". "Walt Street y el Hambre" y "La Tragedia del Altiplano".

El trotskismo se concretó partidariamente el año 1934, poco después de la victoria de Cañada Strongest. Algunos refugiados en la Argentina, gentes que se negaron a intervenir en la guerra por razones ideológicas o personales, fundaron el Partido Obrero Revolucionario, afiliado a la IV Internacional, bajo la dirección, precisamente, de Aguirre y Navarro. Este, más tarde, rompió con aquél y levantó tienda aparte: el Partido Socialista Obrero Boliviano.

El P.I.R. la organización política del marxismo stalinista, no estaba afiliado a la III internacional, cauce madre de todas las corrientes inspiradas o centralizadas entonces en la Unión Soviética, pero Arze mismo y la mayoría de los miembros de su Comité Central, inscritos en uno u otro de los partidos comunistas extranjeros, se manejaban en permanente consulta con delegados de esa Internacional, como el español Francisco Lluch, el austriaco Julio Deusch y el húngaro Jorge Adams.

Los partidos trotskistas, de mayor preocupación purista, fueron creados como partidos de clase, de la clase obrera, dedicados a la instauración de una dictadura proletaria; el P.I.R. no, El estandarte de la revolución democrático burguesa constituía, por su parte, un esfuerzo para unir varias clases sociales, por lo menos a la clase obrera y a las clases medias, en un frente común para acabar con la burguesía nacional.

La fijación de semejantes objetivos en una realidad semicolonial, tenía que privar tanto a los trotskistas como a los stalinistas, como efectivamente sucedió, de intervenir, con las fuerzas suficientes, en el cumplimiento de otros objetivos, no solo necesariamente previos, sino, también, mucho más urgentes, dentro del proceso de cambios originado por la Guerra del Chaco.

El totalitarismo, políticamente cuajado con la creación de F.S.B., tuvo, sin embargo, una larga gestación y una más larga difusión. Totalitarios fueron muchos de los prohombres del unionismo, como Guillermo Viscarra, Ministro de Gobierno en tiempo de Siles, y totalitarios fueron también Toro y los hombres que gobernaron con él después de deshacerse de los socialistas no comprometidos y de los poristas, aunque no lo reconocieran públicamente.

El nacionalismo del M.N.R. en su origen, no fue un cuerpo de doctrina sino la mezcla de varias doctrinas diversas: el socialismo, el marxismo heterodoxo, el

---

marxismo ortodoxo y hasta el mismo totalitarismo, según la filiación ideológica de quienes le dieron vida y el programa con que ese partido se presentó en la arena política.

Su doctrina, el nacionalismo revolucionario, nació lenta y desordenadamente, por etapas, como consecuencia del enfrentamiento entre la determinación de cambio y la realidad diaria con que tropezaba esa determinación. En la primera de sus etapas, la de la caracterización de la realidad nacional, fue obra de Víctor Paz Estenssoro y de Walter Guevara en el Parlamento, de Carlos Montenegro, Augusto Céspedes y José Cuadros Quiroga en la prensa.

La realidad nacional fue caracterizada entre 1938 y 1943, dentro de los grandes debates realizados con motivo de la distribución de las divisas entre los importadores, las devaluaciones monetarias, la compensación a la Standard Oil y la masacre de Catavi, y se lo hizo desnudando la causa última de la pobreza nacional: el drenaje de su riqueza minera por las grandes baronías del estaño; la similitud de intereses de todas las clases nacionales, desde el campesinado hasta la burguesía nacional, frente a la burguesía internacional, la “rosca”; la Identidad o, por lo menos, la relación íntima, entre el imperialismo y esa burguesía internacional: el mecanismo operativo del imperialismo y de esa burguesía internacional en el orden económico, en el campo social, y en la mecánica política. Caracterizada la realidad nacional, es decir, dibujada en sus rasgos más salientes, faltaba definirla o, lo que es lo mismo, integrar sus partes en un todo coherente y, por último, proponer las soluciones consecuentes, dos etapas más.

El pensamiento puro relievó dos nombres principales, Guillermo Francovich y Roberto Prudencio. Resulta difícil clasificar a Francovich dentro de una u otra escuela y tampoco podría afirmarse que ha creado escuela propia; es, más bien, un investigador, un divulgador y un clasificador. ¡-la publicado “La Filosofía en Bolivia”, “El Pensamiento Universitario de Charcas y Otros Ensayos” y “El Pensamiento Boliviano del Siglo XX», donde destacan esas cualidades en todo su brillo pese a que no profundiza en la relación entre las ideas y los acontecimientos. Roberto Prudencio, por su parte, es más fácil de clasificar. Intercalando un breve coqueteo con el existencialismo, empezó y terminó una meritoria tarea de divulgador filosófico con claras simpatías por las doctrinas y los métodos totalitarios.

El cultivo de las ciencias, como difícilmente podía ser de otra manera, continué limitado a aquellas que no requieren tradición acumulada ni infraestructura técnica. La antropología, estimulada por la existencia de Tiwanacu, su misterio y su sugestiva singularidad, mantuvo la preferencia que había logrado desde principios del siglo. En su rama arqueológica, ascendió, desde la especulativa fantasía de un Posnansky, hasta el medido rigor de algunos estudiosos extranjeros como W’endell Bennet, J. Imbelloni y Alfred Metraux que, en la huella de Uhle, contribuyeron con excelentes trabajos a la bibliografía tiwanacota en particular y de la región andina en general. Los bolivianos: Federico Diez de Medina y Maks Portugal, y los extranjeros residentes en Bolivia: Federico Buck, dedicaron sus esfuerzos, principalmente, al trabajo de campo y

---

formaron algunos ricos museos en base de piezas pacientemente buscadas y desenterradas.

La antropología cultural produjo el nombre de un estudioso polifacético, Rigoberto Paredes. Folklorista, geoantropólogo, lingüista, llenó páginas inapreciables con el fruto de una devoción atenta por el tema y una imaginación poderosa pero domesticada. como “El Kollasuyo” y “La Altiplanicie”. Su obra monográfica es vasta así también como sus incursiones en la biografía histórica.

Fuera del terreno de la antropología, la botánica engalanó su hasta entonces magro historial, con el nombre de Martín Cárdenas, un investigador solitario de valor internacional que aportó a su especialización, amén de otros trabajos, el descubrimiento de toda una nueva familia de plantas.

La geología tuvo otro solitario cultivador. Jorge Muñoz Reyes, autor de importantes verificaciones sobre el retroceso de los glaciares andinos.

La educación, debido a la crisis, la guerra y la intensidad de la disputa política. no acabó de reponerse del contraste sufrido a la caída del Partido Liberal. Siles no hizo más que reorganizar, por especialidades, la alta dirección educativa y, como parte de una Cruzada Nacional Pro-Indio determinada tanto por motivos políticos cuanto por la moda del Indigenismo tamayano, crear una Normal Rural Superior que, a poco, corrió la misma suerte que esa Cruzada, el olvido. El número de alumnos, para 1930, había descendido hasta 50.900 y apenas si ese año se titularon 90 bachilleres.

Hubo, sin embargo, dos maestros que hicieron escuela: Marcos Beltrán Morales y Vicente Donoso Torres, con cuyas iniciativas la educación boliviana se halla ciertamente en deuda. Ambos incursionaron también fuera del ámbito propiamente educativo. El primero como defensor de los intereses nacionales. especialmente en el caso de la Standard Oil; el segundo, infortunadamente, no. Durante la guerra surgió otro maestro que sin duda merece mención: Rafael Reyerros, cuyo apego por la educación campesina se concretó en las Normales Rurales de Caquiaviri y Warisata.

La Autonomía Universitaria liberó la Educación Superior de la tuición del Estado liberal y contribuyó a convertir las casas superiores de estudio en cobijo de toda suerte de inquietudes intelectuales, tal como había sucedido, antes de 1809, con San Francisco Xavier. En la otra cara de la medalla, disoció el ciclo superior de sus inferiores debido, sobre todo, a la falta de coordinación en los respectivos programas.

Dentro del período, los maestros, en buena parte, fueron ganados por el marxismo: pero solo unos pocos de ellos, entre los que se destacan Humberto Quesada y Guido Villagomez, se dieron a la tarea de aplicar una doctrina a la viva realidad educacional. Ambos, maestros de maestros, además, resultaron instrumentales en la formación cabal de nuevos educadores.

---

En materia histórica no se publicó más que un libro de texto de valor original: los “Episodios Históricos de Bolivia” de Luis S. Crespo, primer volumen, al parecer, de una obra de mayor envergadura. Es fácil advertir, en esa magrura, una consecuencia directa de la decadencia sufrida por la investigación durante el período inmediatamente anterior.

Esa decadencia, empero, fue felizmente detenida. Un nuevo contingente de investigadores vino a llenar la brecha. Humberto Vásquez Machicado autor de numerosas y breves pero pulidas monografías y su hermano José, si bien publicó menos, realizó una enorme tarea de recopilación de datos y de documentos. José A. Morales, con motivo del Centenario, cronologó los primeros 75 años de la vida republicana en dos gruesos volúmenes.

El repunte de la investigación aparejó otro, similar, en la especialización. Sobresalen, sin duda, entre los historiadores especializados, Miguel Mercado Moreira, autor, entre otros trabajos, de una densa, completa y ordenada “Historia Internacional de Bolivia” y Enrique Finot, que sustrajo tiempo a sus preocupaciones políticas para publicar una encomiable “Historia de la Conquista del Oriente Boliviano”. Marcos Beltrán Avila continuó sus trabajos sobre los años de la Independencia, ejemplos de excelente bagaje documental, que no siempre estuvieron acompañados por la exactitud de la interpretación. Julio Díaz Arguedas firmó dos obras sobre historia militar y Víctor Santa Cruz una acerca del coloniaje en La Paz. Plácido Bolina, que investigó la historia de Santa Cruz en relación con los títulos bolivianos sobre el Chaco; José Macedonio Urquidi que, con “El Origen de la Noble Villa de Oropesa” se inscribió entre los investigadores de la crónica cochabambina y Luis Subieta Sagárnaga, dedicado a la historia militar, a la biografía y al pasado potosino, completan el cuadro de los especializados.

La Guerra del Chaco inspiró dos obras de Ovidio Urioste, livianas pero importantes, y un estudio documentado y monumental de Aquiles Vergara Vicuña, un oficial chileno que luchó en ella y se radicó después, durante largo tiempo, en el país.

La historia polémica, si así puede llamarse a aquella que se inscribe con una finalidad de controversia, revivió dos nombres importantes, el de Daniel Sánchez Bustamante, autor de “Bolivia, su Estructura y sus Derechos en el Pacífico” y el de Jaime Mendoza, padre de varios trabajos sobre la cuestión del Chaco. Raúl Botelho Gosálvez se incorporó a esa lista con “El Proceso Imperialista del Brasil”.

La biografía histórica ganó en cantidad y, a veces, también en calidad. Alberto Gutiérrez y Gustavo Adolfo Otero persistieron en las microbiografías. Ignacio Prudencio Bustillo señoreó el campo con una vida de Aniceto Arce, bien documentada y mejor escrita, seguido de cerca por Costa du Rels que puso en un panegírico de José Avelino Aramayo algunas de las cualidades que lo habiandistinguido como narrador. Moisés Alcázar, por su parte, rescató la personalidad parlamentaria de Abel Iturralde, y Manuel Frontaura Argandoña que aportó un estilo de deliberada añejería a una biografía de Esteban Arze y otra de Linares.



---

La reacción contra la introspección de tipo pesimista no se hizo esperar. Federico Avila, un prolífico autor de desnivelada calidad, propuso la revisión histórica del pasado boliviano, una consecuencia lógica de la determinación de cambio nacida con la Guerra del Chaco.

La guerra del Chaco no sólo modeló el carácter y el destino de la generación que emergió durante el gobierno de Saavedra, le dio también una voz, tal vez la más alta considerando el conjunto, de toda la historia de la literatura nacional. Es peculiar, además, por dos rasgos comunes a la mayoría de sus cultivadores: la adhesión al realismo y el dominio técnico.

Tal fue el impacto emocional del conflicto que casi todos los grandes nombres de esa generación, amén de otros no tan grandes, empezaron escribiendo sobre ella o, por lo menos, le dedicaron sus mejores páginas. Augusto Céspedes publicó "Sangre de Mestizos", Augusto Guzmán dio a la estampa "Prisionero de Guerra", Luis Toro Ramallo se reveló con "Chaco". Oscar Cerruto debutó con "Aluvión de Fuego". Jesús Lara escribió "Repete" y Roberto Leytón firmó "La Punta de los Cuatro Degollados".

Entre todas esas obras destacan las dos primeras. "Sangre de Mestizos" por una prosa muscular y un agudo poder de observación; "Prisionero de Guerra" por la elegancia del estilo y la fluidez del relato.

Pasada la experiencia, algunos abandonaron la novela por la poesía como Cerruto o dejaron otoñarse sus laureles como Toro Ramallo y Leytón. Otros buscaron nuevos rumbos. Céspedes hizo "Metal del Diablo" una biografía novelada de Patiño, más apretada que "Sangre de Mestizos" pero menos espontánea. Lara, en "Surumi" inició la penetración psicológica del alma nativa que, más tarde, iba a coronar con "Yanacuna", una obra que se codea, sin desmedro, con "Sangre de Mestizos" y "Prisionero de Guerra". Guzmán, sin perder sus cualidades originales, se pasó al género biográfico con "Tupaj Ka-tan" y empezó una carrera de crítico, distinguida 'por el acierto del juicio y la profundidad de la penetración con "Historia de la Novela en Bolivia"

Junto a Céspedes, Guzmán y Lara, parte de la misma generación e igualmente señero, emergió, durante la post-guerra, Carlos Medinacelli. Su primera novela, "La Chaskañahui", una vivida descripción del transcurso cotidiano en los poblados provinciales, y sus cuentos, algunos de fondo, igualmente simple, tienen la suave y fácil textura de las obras de arte. Produjo, además, una serie de estudios críticos y de ensayos que todavía constituyen modelos en el género.

Luis Ramírez Velarde, prematuramente desaparecido, pudo haberse empinado hasta la maestría si se juzga por su única obra: "Socavones de Angustia", filiada en la corriente de la protesta social, que incursiona felizmente en la vida del minero.

---

Nazario Pardo Valle, que empezó a novelar mucho más tarde, con grandes aciertos descriptivos y psicológicos con “Cien Años Atrás” y “Peores que Judas”, Antonio Diaz Villamil, autor de “La Niña de sus Ojos”, una preciosa novela costumbrista y Gustavo Navarro, completan la lista de novelistas pertenecientes a la primera promoción de la generación del Chaco; la de cuentistas se llena con María Virginia Estenssoro, Saturnino Rodrigo, Roerto Leytón, Humberto Guzmán, Porfirio Díaz Machicao y Walter Montenegro, algunas de cuyas producciones como “El Pepino”, hacen lamentar que hubiera aban. donado el género.

El mismo Diaz Machicao inició el tema autobiográfico con “El Estudiante Enfermo”, donde empieza imitando al Papini de “Un Uomo Finito” y termina haciéndolo con Carolina Invernizzio. Iba a insistir, más tarde, con “La Bestia Emocional”, donde relata sus experiencias personales como ciudadano que se negó a servir a su Patria durante la Guerra del Chaco y como soldado llevado por la fuerza a la línea de fuego.

La cinematografía, una novedad de la época, produjo un nombre, Luis Bazoberry, que filmó la guerra, y dos cintas inolvidables: “Wara Wara” y “Hacia la Gloria”. En la otra cara de la medalla, su introducción y la consiguiente conversión de los teatros en salas de proyección, deprimió la producción teatral. Díaz Villamil continuó gallardamente en la brecha con “La Rosita”, “Militares ni en Pintura” y “El Traje del Señor Diputado”, seguido por Francisco Alvarez García, Walter Dalence y el pródigo Saturnino Rodrigo. Entre los actores, formado junto a los grandes de la escena española y americana, emergió Carlos Cervantes.

La primera promoción de la generación del Chaco, en poesía, no alcanzó la magnitud ni la calidad que la distingue en la prosa. La crudeza de la guerra tenía que herir de muerte el verso modernista. Los viejos dioses, griegos o escandinavos no estaban hechos para la época de las ametralladoras. Gregorio Reynolds, por eso, se convirtió casi en una institución, imitado y competido por Guillermo Viscarra Fabre, Víctor Ruiz. José Antonio de Sainz, Humberto Viscarra Monje y Antonio Avila Jiménez principalmente. A la cabeza de quienes emprendieron nuevos estilos para reemplazar los antiguos, aparecieron Oscar Cerruto que, con un poco más de visceralidad, podría ser uno de los más importantes poetas americanos; Raúl Otero Reich, maestro de la metáfora imaginativa, Luis Mendizábal Santa Cruz que vivió y murió como un poeta y Primo Castrilo, reconocido mucho más tarde.

La segunda promoción de la generación del Chaco dio, en la novela, a Raúl Botelho Gosálvez, que empezó con una imitación demasiado evidente de “La Vorágine” de Eustacio Rivera, titulada “Borrachera Verde”, pero enmendó la plana con “Coca” y “Altiplano”, y Fernando Diez de Medina, más narrador que novelista propiamente dicho. Un juglar de las palabras, produjo “El Hechicero del Ande”, una biografía de Tamayo, amén de numerosos trabajos sobre crítica y lo que podría llamarse cosmogonía fantástica. En todos -ellos, el brillo de la forma, levantada como una carga de caballos desbocados, hace, a veces, olvidar la vacuidad del fondo.

En la poesía, destacé, principalmente, Yolanda Bedregal, dueña de una rara

---

capacidad para darle belleza al sentimiento; Julio Ameller Ramallo, con copiosos recursos espirituales y técnicos; Octavio Campero Echazú, a veces inesperado a veces fluido; Walter Fernández Calvimontes, que resultó incomprendido en sus tentativas para popularizar la musicalización de las palabras; Carlos Gómez Cornejo, aliviado por sus preocupaciones sociales: Fernando Ortiz Sanz y Guido Villagómez.

Gracias a Medinacelli y Guzmán sobre todo, la crítica de las letras alcanzó un elevado nivel en cuanto a calidad, educatividad y mérito intrínseco.

Buena parte de la producción literaria de la generación del Chaco no hubiera hallado eco ni tenido estímulo, sin la cooperación de los editores. Por esa razón, sino por otra cualquiera, merece nombrarse a uno siquiera: Julio César Velarde, que vaporizó una fortuna en patrocinar valores jóvenes.

La generación de la guerra, en el terreno artístico como en el literario, significó un evidente enriquecimiento de la historia cultural boliviana. Entre los pintores de la primera promoción, sobresalen con relieves propios. Cecilio Guzmán de Rojas, un técnico fuera de lo común; Arturo Reque Meruvia, que pintó la guerra y emigró después para triunfar en el exterior; Jorge Guardia Berdecio, que iba a adquirir un lugar de derecho propio entre los grandes de la pintura mexicana, Carlos Berdecio, y Víctor Arze Góngora. Merecen recuerdo, como grabador, Jenaro Ibáñez, un verdadero maestro de su especialidad y, como dibujante, David Crespo Gastelú y Gil Coimbra.

La arquitectura no dio nombre alguno que pueda recordarse excepto, tal vez, el de Ivica Krsul, que pionerizó la introducción, en el país, del económico estilo moderno norteamericano. En la escultura, Alejandro Guardia, fundador de la Academia de Bellas Artes y Pastor Quiroga, ambos academicistas, merecen mención, más por su obra, por sus preocupaciones en la formación de nuevos valores.

En materia musical, Eloy Salmón, José María Velasco Maidana, Manuel Sagárnaga y José Salmón Ballivián siguieron, sin desmedro, la ruta abierta, durante el período anterior, por Manuel B. Sagárnaga. Jaime Mendoza Nava como director y Andrés Barragán como pianista tienen, a su lado, un lugar propio.

Entre los pintores de la segunda promoción de la Guerra del Chaco, dos alcanzaron nombradía internacional: María Luisa Pacheco y, sobre todo, Miguel Alandía - Pantoja, doblemente valorizado por su entereza intelectual y artística, y otro les siguió muy de cerca: Jorge Carrasco Núñez del Prado. Un pintor extranjero, Juan Rimsa, visitó el país por largo tiempo y dejó una escuela de agudos contrastes en el uso del color. A su lado, surgió un grupo importante de paisajistas cochabambinos entre los que descuellan Mario Unzueta y Raúl G. Prada.

En escultura, Marina Núñez del Prado paseó por el mundo entero, galardonada y aplaudida, un estilo propio, de formas esenciales y espíritu orgullosamente indígena. Emiliano Luján, especializado en la escultura heroica y Fausto Aoiz, un maestro de los

---

bajorrelieves en madera, produjeron trabajos de la más alta calificación.

Dos nombres merecen destacarse en la segunda promoción escultórica de la generación chaqueña: Hugo Almazar, indigenista, y Manuel Fuentes Lira.

Salamanca, Saavedra, Tamayo e Iturralde, hasta la Guerra del Chaco, continuaron siendo, cada uno en su estilo, los maestros reconocidos de la oratoria, junto con el obispo Tomás Aspe, en el campo religioso. Paralelamente, empero, la nueva generación les adicionó algunos nombres: los de Baldivieso, elegante pero repetitivo, el más característico de la confusión que aquejaba su generación, y Guillermo Vizcarra, caústico y popular. La post-guerra completé la lista con Augusto Guzmán, medido entre la exposición y la emocionalidad; Ricardo Anaya, fácil pero contradictorio y Paz Estenssoro, lúcido y contenido, entonces todavía profesoral.

Los medios de difusión del pensamiento se enriquecieron con la adición de la radio. Los hermanos Enrique y Rodolfo Costas, el año 1928, fundaron la primera: Radio Nacional. En 1933, con motivo de la guerra y a fin de difundir continentalmente el punto de vista boliviano, el Estado, por medio del Centro Nacional de Defensa y Propaganda, creó Radio "Illimani", por desgracia en base a un transmisor marítimo de segunda mano.

También en 1928, Carlos Victor Aramayo adquirió control sobre "La Razón", la independizó de la tutela genuina y la puso al servicio de sus intereses. Con ello y todo propósito práctico, ese diario pasó a constituirse en una empresa periodística como "El Diario". Un año después, Mario Flores y Arturo Otero fundaron "Ultima Hora", con maquinaria que le fue obsequiada por Siles, vespertino que, poco más tarde, iba a caer dentro del círculo de influencia de Hochschild y convertirse también en una empresa periodística. la tercera en el país.

La diversificación numérica de la empresa periodística y la competencia intestina consecuente, dieron luz, durante el gobierno de Siles, por un lado, a una prensa de minorías, oficialmente apoyada: "El Norte", "El País", "La Vanguardia" y, por otro, a la aparición del periodista profesional. Lo hubo de dos clases. Unos que mantuvieron su independencia de criterio a pesar de la profesionalización, como Walter Dalence, Arturo Alurralde y Gamaniel Churata, y otros que subordinaron su independencia de criterio a la ambición material. Durante el juicio de responsabilidades que se siguió a Siles después de su caída, fue probado que numerosos periodistas: Alfredo Alexander y Raúl Canedo Reyes entre los que iban a alcanzar, más tarde, alguna notoriedad, habían recibido dinero del gobierno a cambio de propagandizarlo.

La prensa de mayorías, entonces, quedé reducida a "La República", solitaria en su gallarda oposición al gobierno de Siles y, más tarde, al de Salamanca. Sus críticas a la conducción de la guerra, algunas salidas de la pluma del propio Saavedra, tienen ganado un lugar ejemplar en la antología de la prensa boliviana, tanto por su acierto cuanto por su madurez.

---

El destierro del caudillo, su muerte y la posterior evolución del republicanismo hacia las derechas, acabó con “La República” como prensa de mayorías y dejó su puesto para “La Calle”, nacida el año 1936 y donde, junto a Montenegro, Céspedes y Cuadros, hicieron escuela otros profesionales tan capaces, honestos y combativos como Pardo Valle. La vida de ese diario, picante en su titulación y denso en su contenido, que se constituyó en vocero, primero, del socialismo no comprometido y, más tarde, del nacionalismo, hasta su muerte definitiva en 1946, osciló de acuerdo con la suerte de las clases medias y de la clase obrera.

La Guerra del Chaco trajo la censura, que, justificada o no en ese caso particular, iba a subsistir largamente. No afecté, en términos generales, a la empresa periodística, capaz de situarse por encima de la polémica política inmediata en tanto no fueran amenazados los intereses de la burguesía internacional a la que representaba o de la burguesía nacional de la que formaba parte. Es suerte de inmunidad fue fortalecida, más tarde, cuando la empresa periodística se incorporó a la Sociedad Interamericana de Prensa, un organismo hemisférico creado por los propietarios de periódicos de todo el continente con objeto de defender, junto con la libertad de prensa, el derecho a difundir sus puntos de vista y a percibir sus beneficios. La S.J.P., muchos años, fue manejada como un instrumento más de la política exterior norteamericana.

Toro y Busch, cada uno por distintas razones, trataron de penetrar la armadura de las empresas periodísticas, pero sin mayor éxito. Quintanilla y Peñaranda, por su parte, no repararon en clausurar la prensa de mayorías toda vez que así lo creían necesario dentro del gran contexto de la clarificación política entre izquierdas y derechas, que se desenvolvía durante sus gobiernos. Esa definición, al mismo tiempo, determinó una cruda pugna entre los órganos de prensa que representaban a los bandos en disputa. “La Razón” aplaudió la clausura de “La Calle” en 1942 y “El Diario” justificó la masacre de Catavi estatuyendo que el gobierno... no cumpliría su deber si contemplara impasible el desarrollo de la propaganda extremista”.

El año 1943, “La Razón” adquirió maquinaria moderna y elevó su calidad técnica en un grado no conocido hasta entonces en Bolivia. Sus maquinarias viejas fueron obsequiadas a Demetrio Canelas, prohombre del genuinismo, que con ellas, sacó a luz “Los Tiempos” de Cochabamba.

El panfleto existió dentro de las mismas condiciones que influían su suerte desde el siglo anterior. Saavedra fue uno de los mayores panfletarios de su tiempo. Así lo demuestran, no sólo las “Palabras Sinceras” con que liquidó las “Palabras Libres” publicadas en su contra, Por Alcides Arguedas, el año 1928, cuando los liberales pugnaban para con el saavedrismo en el favor de Siles, sino, asimismo, los artículos que publicó en “La República” durante la Guerra del Chaco. Codeándose con él, se elevó Tamayo, debido a su enorme vigor y a la indudable maestría con que manejaba el idioma, cualidades ambas que se sintetizan bien en el “Para Siempre” que descargó sobre la cabeza de Diez de Medina, cuando la publicación de “El

---

Hechicero del Ande". Montenegro se constituyó en el primer aporte de al generación del Chaco al género panfletario y Luis Toro Ramallo en el segundo, gracias a dos folletos firma dos con el seudónimo de Elter que escribió, durante el gobierno de Busch, en favor de Toro, su pariente.

La circulación entre el país urbano y el país rural determinada por la guerra, tendió a la difuminación de las peculiaridades que distinguían, tradicionalmente, el folklore mestizo del folklore nativo, y enriqueció la síntesis resultante. Su mejor expresión musical la constituyen, en el altiplano, Julio Martínez Arteaga, Jorge Luna y Humberto Iporre Salinas, y en el oriente, Mateo Flores, autor del permanente 'Carnaval Grande', amén de Gilberto Rojas, que le siguió los pasos en una veta más moderna. Lo más característico de esa síntesis, fue la producción inspirada por la guerra misma. Nadie que la haya vivido, olvidará nunca, la melodía y los versos de "El Infierno Verde", la amargura de "Boquerón Abandonado" o el embrujo de la "Cueca del 111".

## EL NACIONALISMO REVOLUCIONARIO

---

El triunfo de la R.A.D.E.P.A. y el M.N.R. se concretó con la Presidencia de Villarroel y un gabinete integrado. Por partes iguales entre militares, movimientistas y gentes sin partido, algunos nacionalistas y otros totalitarios; vale decir, por una coalición socialmente representativa de parte de las clases medias y parte de la clase obrera que, por su heterogeneidad ideológica y la carencia de un programa común, dependía de la voluntad de los más fuertes, los militares.

Los Estados Unidos estimaron que constituían una perturbación en su "U patio trasero". Detuvieron el reconocimiento diplomático, suspendieron la ayuda económica acordada el año anterior, y lo que era mucho más grave, interrumpieron las adquisiciones de estaño que venían efectuando. Un 67 por ciento de la producción total exportable quedó, pues, sin venderse, golpe que, a su vez, determinó una súbita agudización de la crisis. Y no solo eso. En el ámbito diplomático, emplearon su enorme influencia para lograr el ingreso al gobierno, oficialmente, de la derecha y, a contramano, del P.I.R.

El embate sacó a luz las diferencias inherentes a la coalición gubernamental. Los nacionalistas, civiles y militares, determinaron un aumento, tipo prima, en los sueldos y salarios; la institución del Fuero Sindical; propiciaron la creación de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, organización matriz del

---

núcleo más explotado y, por lo tanto, más combativo, del proletariado boliviano, dirigido, entre otros, por Juan Lechín, y organizaron el apoyo oficial a la primera fundición de estaño del país. Los totalitarios, actuando alrededor del mayor Celestino Pinto, Ministro de Defensa, sacaron la cabeza como portavoces de una política de apaciguamiento oportunista. Impusieron la expropiación de bienes y el destierro a los Estados Unidos de los súbditos del Eje; vetaron al ingreso del P.I.R. en el gobierno, lo que había de empujar a los pirlistas a una alianza con las derechas dentro del llamado Frente Democrático Antifacista y, finalmente, lograron que el M.N.R. fuera reemplazado, en el gabinete, por socialistas, con Enrique Baldivieso a la cabeza.

Se convocó a elecciones de convencionales para julio de 1944. Mientras ocurría la campaña, fue creada Acción Social Democrática, una tienda política dirigida por Roberto Arce, antiguo gerente de Pa-tiño, que, más tarde, convertida en el Partido Social Demócrata, iba a proveer de representación política a la burguesía nacional.

Las elecciones mismas resultaron ser otro capítulo en el enfrentamiento entre los nacionalistas y los totalitarios reunidos alrededor de Villarroel. Los candidatos movimientistas obtuvieron un 60 por ciento de las bancas en disputa. El 40 por ciento restante, se dividió entre los abanderados de las derechas, del P.I.R. y algunos socialistas e independientes respaldados por los propiciadores del apaciguamiento.

La primera medida de la Convención, una vez inaugurada, consistió en elegir a Villarroel como Presidente de la República. Gracias a su mayoría, el M.N.R. fortaleció sus vínculos con los militares nacionalistas, lo que se tradujo en una rápida serie de nuevas medidas. El Decreto del Fuero Sindical fue elevado a rango de Ley, quedó establecido el Retiro Voluntario, se ampliaron los efectos de la Ley sobre accidentes de trabajo, fueron sumados los impuestos a los dividendos y a las utilidades y, finalmente, quedó aprobada una Ley de Alquileres destinada a amortiguar los efectos de la crisis entre las gentes de menores ingresos.

Las clases dominantes, heridas, no se cruzaron de brazos. El F.D.A. pasó a la conspiración, una decisión tan visible que, a mediados de noviembre, el gobierno, alertado en parte, dictó el sitio e hizo apresar, en La Paz, a algunos de los comprometidos, civiles y militares. El estallido, empero, no fue detenido ni en Oruro ni en Trinidad –

La acción conjunta del ejército y los movimientistas determinó la rápida recuperación de estas ciudades. La noche del 20, mientras Villarroel, en parte enfermo y, en parte agotado por las tensiones del día, se hallaba descansando en sus habitaciones privadas del Palacio de Gobierno, los miembros más influyentes de la R.A.D.E.P.A. entraron a deliberar y concluyeron ordenando la ejecución de algunos de los detenidos.

Las repercusiones fueron disímiles. Villarroel amenazó con renunciar, los autores acabaron por abrir los ojos a la enormidad de lo que habían hecho y perdieron

---

la cabeza entregándose a un trágico juego de escondidas con los restos de los fusilados. Las derechas, asustadas, se llamaron a la inacción. Las clases medias reaccionaron, como era comprensible, arrastradas por el sentimiento y empezaron a derivar hacia la oposición.

Villarreal aprovechó el desconcierto de sus camaradas para invitar al M.N.R. a volver al gabinete. Algunos dirigentes movimientistas se opusieron a la idea —no querían comprometer a su partido en las responsabilidades que el gobierno había echado a las espaldas—; otros, con Paz a la cabeza, argumentaron por la aceptación, pensaban que no debía desdeñarse una posibilidad de proseguir el programa de realizaciones iniciado el año anterior, y prevalecieron. Pero el choque trizó la unidad del movimientismo.

A principios del año 1945 la suerte de Alemania estaba ya sellada. El mes de febrero, Roosevelt, Churchill y Stalin se reunieron en Yalta para tratar los problemas de la postguerra y concluyeron por dividirse el mundo en tres grandes zonas de influencia económica y política. Su acuerdo no sólo alteró el mapa universal y originó la llamada “guerra fría” en los linderos indeterminados de esas tres grandes zonas; eliminó también la competencia entre las grandes potencias, única coyuntura por la que los países pequeños podían orillar la dependencia económica y reacertar su libertad política. De esa manera, se agudizaron las contradicciones entre los países pequeños y las grandes potencias, nació un lento movimiento de identificación entre todos aquellos y se dieron las condiciones necesarias para la aparición del nacionalismo revolucionario, concreción ideológica, por parte de los países pequeños, de la necesidad de asegurarse porvenir y defender su soberanía.

El regreso del M.N.R. al gabinete sirvió, efectivamente, para cerrar el paréntesis de inactividad abierto con su salida. Los sueldos fueron elevados otra vez y se volvió a la entrega obligatoria del 100 por ciento de las divisas provenientes de las exportaciones, medida que, más tarde, había de completarse con un recargo del 30 por ciento en su precio de venta. Se convocó al Primer Congreso Indígena y los petitorios aprobados en ese Congreso fueron concretados en otros tantos Decretos. Se suprimió el pongueaje con carácter general y absoluto, los propietarios de tierras fueron obligados a construir escuelas y contratar maestros, y quedaron definidos los derechos y obligaciones de los patronos y de sus trabajadores en el agro.

La política económica del nuevo gabinete aceleró el ritmo acumulativo de la reserva de divisas y permitió la aprobación de un ambicioso plan de diversificación y desarrollo. En la otra cara de la medalla, al encarecer las divisas para los importadores, provocó una nueva elevación en el costo de la vida. El descontento consiguiente fue exacerbado debido a la intervención de los Estados Unidos. Era cuando había llegado al cargo de Secretario Auxiliar del Departamento de Estado y, aprovechando que había concluido el contrato vigente para la venta de estaño boliviano a los Estados Unidos, demoró su renovación con el propósito de multiplicar las dificultades económicas del gobierno.



---

En el ambiente que necesitaba la oposición para recuperarse y los sindicatos controlados por el P.I.R., la mayoría de clase media, empezaron a agitarse tentando los puntos vulnerables del gobierno hasta que hallaron uno, el desaliento. Hubo renuncias en el M.N.R. el grupo que se había opuesto al regreso al gabinete se desvinculó públicamente de la dirección y, lo que era más grave, la Corte Superior de Justicia de La Paz se volvió contra Villarroel. Todos esos factores, conjugados, llevaron al triunfo a los candidatos de la F.D.A. en las elecciones parciales de mayo de 1946.

A mediados de junio, Aramayo propició un golpe tratando de adelantarse al resto de las clases dominantes en la captura de un fruto: el poder, que parecía ya maduro. No tuvo éxito, pero a la vista de los complicados puestos en libertad por la Corte de Justicia paceña, la oposición se sintió con patente de impunidad y, en vez de un golpe, decidió una insurrección. Los sindicatos piristas, ferroviarios y maestros, pasaron a la huelga apoyados por estudiantes y universitarios. Las derechas, a su vez, exhibiendo el señuelo de la Presidencia, pusieron de su lado a Pinto y los apaciguadores.

Con ello, para mediados de julio, los acontecimientos, confusos, adquirieron una fatal velocidad. Hubo manifestaciones, un estudiante resultó muerto, se atentó contra la vida de Paz, la Universidad fue apedreada, mineros y fabriles se negaron a generalizar la huelga con su participación, los mercados públicos fueron asaltados.

Entre el 19 y el 20, los apaciguadores, adelantando un paso cada vez, lograron el retiro del M.N.R., impusieron un gabinete que convino en retirar a los soldados y carabineros de las calles y exigieron la renuncia de Villarroel, con lo que el ejército acabó por dividirse. Un regimiento, el "Loa", se pasó a la conspiración.

El 21, Villarroel estaba indefenso. Renunció, pero tarde. Los insurrectos tomaron la Municipalidad, el Tránsito y, finalmente, el Palacio de Gobierno sin hallar apenas resistencia.

El Presidente fue muerto. Su cadáver, sangrante y con las ropas rasgadas, terminó colgado en uno de los postes del alumbrado en la plaza Murillo junto a los de su Secretario, uno de sus edecanes y un senador: Roberto Hinojosa, cazado cuando trataba de huir por los techos de un edificio cercano.

Los vencedores no contaban con un acuerdo previo para la distribución del poder y convinieron, por eso, en una tregua destinada a resolverse mediante elecciones, de modo que el gobierno fue confiado a una Junta provisional presidida por Tomás Monje Gutiérrez e integrada por los miembros de la Corte Superior de Justicia de La Paz, a la que se le hicieron sucesivas adiciones personales.

Esa tregua, puramente política, era, en el hecho, una victoria de las clases dominantes. Con una sola excepción, la de un artesano pirista, la Junta estaba constituida por ejecutivos o abogados de las grandes baronías del estaño, parte de la

---

burguesía nacional o del latifundismo y, naturalmente, procedió en consecuencia. Olvidó los decretos dictados en favor de los campesinos después de Congreso indigenal, elevó el precio para la adquisición de divisas a los exportadores mineros, expulsó del Ejército a los oficiales de la R.A.D.E.P.A. y, por último. Ilegalizó el Retiro Voluntario.

La recuperación empezó por la clase obrera. El Congreso de la F.S.T.M.B., reunido el mes de septiembre, en Pulacayo, bajo la Presidencia de Lechín, adoptó una Tesis radical, obra de Guillermo Lora, jefe del P.O.R. desde la muerte de Aguirre Gainsborg. Y en octubre, los trabajadores de Catavi presentaron un pliego de peticiones exigiendo un aumento radical de salarios, reembolso de alquileres, prima y aguinaldo.

En enero de 1947, los mineros de Potosí se lanzaron a las calles para protestar por la ilegalización del Retiro Voluntario. Las autoridades departamentales, piristas en su mayoría, dispararon contra ellos, una masacre sin justificación alguna. A fines de febrero, la F.S.J.M.B. proclamó una huelga general de brazos caídos contra las autoridades convertidas en agentes de la reacción.

Los campesinos fueron los primeros en seguir la huella abierta por el proletariado. Amargados por la decepción, oprimidos más que nunca por la revancha patronal, se alzaron en Cliza y Sacaba, a fines de 1946, pero sólo para sufrir, como tantas veces en el pasado, el peso de la violencia oficial, No fueron detenidos sin embargo- A principios de 1947, los dirigentes del campesinado altiplánico se reunieron en Pucarani, mientras los vallunos lo hacían en Yayani y Tanja, y los llaneros en Incahuasi. Se ignoró sus peticiones y más aún. El gobierno envió tropas a esos cuatro poblados simultáneamente y hubo nuevas masacres.

El principal perjudicado por la reacción obrera y campesina fue el P.I.R. a causa de su alianza con las derechas, de su contribución al derrocamiento de Villarroel y, sobre todo, a su complicidad con la política económica y social de las derechas en el poder. Y el principal beneficiario resultó el M.N.R. que empezó una lenta recuperación, puntuada por una represión cada vez más impiedosa y extendida.

Esa recuperación, nacida de una lucha común con los dirigentes sindicales y campesinos, radicalizó ese partido, lo dotó de una nueva generación de cuadros jóvenes que asumían sus responsabilidades directivas dentro del clima mental creado por la crisis, la persecución y la comunión diaria con las capas más explotadas y combativas de las clases dominadas, y sirvió para superar la etapa de la caracterización de la realidad boliviana en favor de una nueva, la de la definición de esa realidad.

La tregua entre los vencedores del 21 de julio de 1946, se resolvió, efectivamente, mediante elecciones. Republicanos, ge nuidos y socialistas, identificados en una nueva sigla: el Partido de la Unión Republicana Socialista, lanzaron una candidatura integrada por Enrique Hertzog y Mamerto Urriolagoitia; los

---

liberales, a su vez, junto con el P.I.R., propiciaron los nombres de Luis Fernando Guachalla y Guillermo Francovich.

En las elecciones de enero de 1947, Hertzog venció a Guachalla acaparando poco más de 40.000 votos en un país de 4.000.000 de habitantes. Lo indicativo de esos resultados estaban en el enorme porcentaje de abstenciones y en el total obtenido por la fórmula Paz-Lechín, presentada a última hora, casi espontáneamente y a la que se le reconocieron 5.000 votos y anulados otros tantos.

El mes de mayo. Hertzog se hizo cargo del poder.

||

El gobierno de Hertzog, por su naturaleza y por su origen, estaba llamado, por una parte, a facilitar la explotación del país por parte de las clases dominantes y, por otra, a tratar de hacerlo dentro del marco de las libertades democráticas, dos proposiciones excluyentes entre sí.

En mayo de 1947, después de dictar un Laudo Arbitral favorable a Patiño, incorporé a dos piristas al gabinete y envié el Ejército a las minas a fin de respaldar política y militarmente, la “masacre blanca” de Catavi, una reducción desproporcionada e ilegal en el número de obreros.

La lista de hechos así definidos, se engrosó con el correr de los meses. Numerosos dirigentes campesinos del alti- plano fueron desterrados al Ichilo. Aramayo obtuvo autorización para exportar cerca de 500 mil kilos de oro rescatados de Tipuani, el campesinado recibió otro baño de sangre en Culpina y, finalmente, se autorizó a los barones del estaño a rebajar los salarios de sus obreros.

El P.I.R. complicado en todo ello, acabó por definirse como un partido de derechas y la pugna entre las clases dominantes, creadoras y creaturas a la vez de una realidad nacional anquilosada a la que sus propios beneficiarios habían privado de posibilidades evolutivas, y las clases dominadas, pugnando por una realidad nacional nueva, todavía informe, que se debatía en los dolores del alumbramiento, se definió como una confrontación entre el gobierno, alrededor del cual estaban reunidas todas las derechas y el M,N.R., único partido de consideración de las izquierdas.

Esa confrontación, en principio, se desarrolló dentro de los términos de la democracia liberal. El M.N.R. venció en las elecciones, primero, para los Concejos Municipales de La Paz, Potosí y Santa Cruz en diciembre de 1947 y, luego, mucho más claramente, para la renovación del Parlamento, en mayo de 1948. Sus victorias, en todos los casos, fueron desconocidas o anuladas y la persecución se intensificó. El movimientismo, consecuentemente, se vio obligado a buscar otros caminos para llegar al poder.

---

La política económica del gobierno no podían hacer más que combatir los efectos de una crisis que, de hecho, se originaba en su docilidad para facilitar la explotación del país por las clases dominantes. Cred un nuevo tipo de cambio diferencial llamado “de la reserva oro” y elevó los impuestos. Ambas medidas, traducidas en una mayor escasez, determinaron la adopción de un sistema de “permisos previos de importación”, que beneficiaban a los privilegiados que podían obtenerlos con la diferencia entre el tipo de cambio oficial y el del mercado paralelo. Estableció el control de precios para los productos de la industria nacional, con lo que el sistema de cupos terminó por abarcarlo todo y desató una campaña contra la especulación penando el ocultamiento y el recargo de los precios.

Se trataba, simplemente, de paliativos; no atenuaron el descontento y la clase obrera se defendió con creciente vigor. El gobierno, a fin de doblegarla, determinó que todos los sindicatos debían retransmitir su personería jurídica, una maniobra destinada a ilegalizar aquellos que se habían mostrado combativos o molestos siquiera. La FS.TM.B. desconoció ese Decreto; los obreros gráficos entraron en huelga reclamando aumentos y triunfaron.

El gobierno de Chile, aprovechando las preocupaciones puramente internas del gobierno boliviano, empezó a trabajar en el desvío del Lauca, un río que nace en territorio chileno, muere en Bolivia y es, por eso, sujeto de condominio.

La derrota electoral de mayo de 1948 demostró a las clases dominantes que las clases dominadas vanguardizadas por el M.N.R., no podían ser contenidas dentro de los términos de la democracia liberal. Retrocedieron, entonces, a una segunda línea de trincheras, la dictadura. Hertzog pidió licencia, una licencia que iba a acabar en el dorado exilio de un cargo diplomático, y Urriolagoitia se hizo cargo de la Presidencia.

El nuevo Presidente, un latifundista con una mentalidad de funcionario colonial, estaba cortado a la medida para el papel que se le había repartido. A fines de mayo, hizo apresar a Lechín y a los parlamentarios obreros, y los desterró a Chile. Los mineros tomaron rehenes y entraron en huelga.

El Ejército había previsto el caso. Cuatro regimientos fueron lanzados sobre Catavi y arrollaron, en pocas horas, la enconada resistencia que se les opuso. El resto, más que una masacre, fue una cacería.

La clase obrera no se dejó amilanar. Colquiri y las minas del grupo sur entraron en huelga, un ejemplo que fue seguido, de inmediato, por fabriles y ferroviarios. Urriolagoitia decretó la movilización obrera general y quebró la huelga precisamente cuando Paz y algunos otros dirigentes movimientistas atacaban Villazón, en la frontera argentina, en una desesperada tentativa para plegarse a los mineros.

La conspiración movimientista, dirigida por Hernán Siles, completé sus preparativos el mes de agosto. Contaba con algunos elementos militares y, sobre esa

---

base, estaba pensada como un golpe de sorpresa. El gobierno se enteró de su existencia a última hora. Detuvo a los comprometidos en La Paz y alcanzó a alertar la guarnición de Oruro, de modo que su estallido se redujo a captura de Potosí, Sucre, Santa Cruz, Cochabamba, Trinidad, Yacuiba y Camiri, con lo que derivó en una guerra civil para la que el movimientismo no se hallaba preparado.

El Ejército avanzó, con Oruro como base, en dos brazos, uno hacia Potosí y el otro hacia Cochabamba, barriendo a su paso una resistencia en la que el valor no podía suplir la falta de armas y pertrechos. Así y todo, 21 días, hasta el 16 de septiembre, duró la resistencia. A su cabo, la persecución perdió todo freno. Cerca de 30 combatientes fueron fusilados en Potosí, un grupo de dirigentes mineros acabó arrojado al lago Poopó desde un avión militar, los presos fueron cruelmente torturados en las policías y en las cárceles.

Urriolagoitia explotó a fondo su victoria. Autorizó al Banco Central a pignorar el oro de la reserva monetaria y solicitó a las Naciones Unidas el envío de una misión de asistencia técnica, la Misión Keenlyside.

A principios de diciembre se venció el plazo para que Bolivia observara los planes elaborados por Chile para la desviación del río Lauca y la Cancillería lo dejó pasar en su aspecto formal. La razón era indicativa. Ostria, embajador en Chile, se hallaba negociando el problema portuario, una negociación que iba a culminar, en junio de 1950, con una tentativa para comprometer el lago Titicaca en cambio de tierras sobre las que el Perú tenía derechos expectativos de acuerdo con el Tratado de Ancón.

La política económica del gobierno aceleraba la crisis y la crisis, a su vez, exacerbaba el descontento. Dentro de ese marco nació el Partido Comunista de Bolivia y la clase obrera retomó la iniciativa.

Los fundadores del P.C. habían sido, en su mayor parte, miembros dirigentes de la juventud pirista y su agrupamiento en una nueva tienda política, constituía, de su parte, un modo de reivindicar el izquierdismo original, propio del marxismo ortodoxo, que el P.I.R. había abandonado.

La ofensiva del movimiento obrero se concretó en enero de 1950. Los trabajadores fabriles y bancarios y los empleados de la industria y el comercio, presentaron pliegos de peticiones, detrás de los cuales, con ánimo insurreccional, estaba un Comité llamado Cuatripartito, integrado por el M.N.R., el P.O.R., el P.C. y el P.I.R.

Su trámite discurrió accidentalmente hasta el mes de mayo. El día 16, el Comité de Emergencia, versión sindical del Comité Cuatripartito, declaró la huelga general a partir del día 18 y los partidos de oposición se prepararon para canalizarla políticamente.

---

El 18, el país fue efectivamente paralizado. El gobierno movilizó a los carabineros, el Ejército y la aviación dirigida por asesores americanos. El P.I.R. incumplió la promesa de proveer armas a los insurrectos y, debido a esa circunstancia, el gobierno se impuso no sin pagar un alto precio: dos días de combate y 300 muertos.

Tres meses más tarde estalló la Guerra de Corea que iba a recrear el factor principal de la caída del gobierno de Peñaranda: la succión imperialista. En efecto, poco después, se firmó un contrato provisional comprometiendo la producción estañífera por un 60 por ciento de su valor en el mercado.

La crisis, así agudizada, produjo, el mes de septiembre, un alzamiento universitario, duramente reprimido; pero no modificó la política económica del gobierno. A mediados de noviembre, levantó la reserva fiscal del petróleo y se dispuso a licitar, en globo, las reservas de hierro del Mutún.

El pulso del país, al nacer el año 1951, se aceleró con ritmo electoral. Se había programado, para el mes de mayo, la re-novación del Poder Ejecutivo y, parcialmente, también la del Legislativo, y las distintas tiendas tomaron posiciones. El P.U.R.S. y el P.S.D, constituyentes del oficialismo, se aglutinaron alrededor de Gosálvez y Roberto Arce. F.S.B. levantó el nombre del general Bilbao Rioja, el P.I.R. propuso el de José Antonio Arze, el P.L. desempolvó el de Elio y Aramayo terció con su propio candidato, Guillermo Gutiérrez Veá Murguía.

El M.N.R., a su vez, se definió por la candidatura de Paz, a la que, más tarde, se añadió el nombre de Siles, no sin vencer la resistencia de algunos antiguos dirigentes, como Walter Guevara, que preferían una lista transaccional. Fue una imposición de los jóvenes y estuvo subrayada por la adopción de un programa: nacionalización de minas, reforma agraria, voto universal, y desarrollo y diversificación económicos, resumen de las soluciones que se habían ido madurando como lógica consecuencia de la definición de la realidad boliviana. El nacionalismo puro y simple, de tipo progresista, había devenido en el nacionalismo revolucionario.

Ese programa era el que reclamaban las clases medias, la clase obrera y aún la burguesía nacional. Su adopción, una amenaza para unos y una esperanza para otros, determinó una áspera campaña electoral.

El M.N.R. triunfó con amplitud. De 125.000 votos que se alcanzaron a computar, Paz obtuvo un 51,2 por ciento, seguido, a buena distancia, por Gosálvez y Bilbao. El P.I.R., el P.L. y Gutiérrez Veá Murguía no pasaron de los 4.000 votos.

La dictadura había fracasado visiblemente. Las clases dominantes fueron ganadas por el pánico y con el consentimiento de Urriolagoitia, falsificado un supuesto pacto entre el M.N.R. el P.C. y la F.ST.M.B, empujaron a las Fuerzas Armadas a hacerse cargo del gobierno. El 15 de mayo, por una Orden General de Ejército, se designó una Junta Militar presidida por el general Hugo Ballivián, un antiguo oficial

---

torista e integrada, entre otros, por el general Antonio Seleme como Ministro de Gobierno.

Esa Junta, a diferencia del gobierno de-mo-liberal de Hertzog y de la dictadura de Urriolagoitia, no era una trinchera más en el retroceso táctico de las clases dominantes, sino, simplemente, un velo tendido, rápida y nerviosamente. Las clases dominantes habían llegado a la conclusión de que sus días estaban contados y no pensaban más que en ganar tiempo para liquidar sus intereses y fugar. Las minas empezaron a ser trabajadas intensivamente explotando las vetas conocidas y descuidando la exploración y preparación de otras nuevas, los capitales nacidos de la industria y el comercio fueron exportados junto con el ahorro privado, grandes latifundios aparecieron en el mercado de la oferta...

La ascensión de la Junta no se produjo sin problemas. La mañana del 16 de mayo, el Ejército ocupó las minas, las fábricas y los transportes, y llenó las cárceles de detenidos. Sólo de esa manera logró dominar el amago de huelga con el que fue saludada su creación.

A fines de ese mismo mes concluyó el contrato provisional para la venta de estaño a los Estados Unidos, los negociadores no se pusieron de acuerdo sobre los términos de una renovación y la crisis se agravó sensiblemente. El gobierno aceleró la impresión de billetes y creó un nuevo tipo de cambios diferenciales, hechos que se reflejaron en una mayor elevación de los precios, un aumento del malestar consiguiente y un más acelerado crecimiento del M.N.R. La persecución, por ello, alcanzó nuevos límites de extensión y violencia.

A principios de octubre se concretó un Convenio con la Misión Keenlyside. Consistía, una rendición de la soberanía nacional. La administración del Estado, en sus ramas más importantes, quedaba en manos de un grupo de asesores extranjeros, la mayoría norteamericanos e inspirados por los mitos de la libre iniciativa, tan caros a su modo de vida.

El papel de velo militar tendido para defender la huida de las clases dominantes que se había asignado a las Fuerzas Armadas, tenía que resentir a aquellos oficiales capaces de precaver sus consecuencias. Seleme hizo poner en libertad a Lechín y, por su intermedio, se incorporó al M.N.R.

La crisis agravada por la falta de compradores, soplabla la brasa del descontento. En febrero de 1952, los dirigentes de la Universidad de La Paz convocaron a una "Marcha del Hambre" que resultó nutrida y combatiente. Esa marcha, un mes más tarde, fue seguida por una huelga de hambre de las esposas, madres y hermanas de los detenidos y confinados movimientistas.

Siles, Lechín y Seleme se pusieron de acuerdo para dirigir un cambio de gobierno. Se trataba, como en 1949, de un golpe de sorpresa, método que podía ser fácil e incruento habida cuenta la cooperación del tercero. Fracasé, sin embargo, en

---

ese sentido. El gobierno fue alertado. No hubo sorpresa y el golpe derivó en una insurrección popular el 9 de abril.

La clase obrera y gran parte de las clases medias acudieron masivamente al llamado de los dirigentes movimientistas. Tres días enteros se combatió intensamente y hubo momento en que la insurrección, falta de armas y de municiones suficientes para oponerse a un ejército perfectamente pertrechado, parecía a punto de ser arrollada. Pero, a ese ejército le faltaba el ánimo, en tanto que, a su frente, hasta las mujeres y los niños se habían hecho un puesto de ayuda o de combate.

El 11, el coraje popular fue suplementado por la captura de un convoy de municiones y la presencia de los mineros de Milluni. La confrontación había quedado decidida. Seis regimientos fueron derrotados en La Paz y dos en Oruro. Al precio de 1.500 vidas, el movimientismo había alcanzado la victoria.

### III

Definida la realidad nacional y propuestas las soluciones consiguientes, el M.N.R. llegó al poder como vanguardia política de una alianza de obreros, campesinos, clases medias y burguesía nacional, destinada a liquidar la burguesía internacional, prolongación económica y política del imperialismo, acabar con el latifundismo y aprovechar el beneficio que, previamente, era absorbido por esas clases, en desarrollar y diversificar la economía a fin de aumentar la riqueza disponible y repartir esa riqueza de un modo socialmente justo.

Siles, que había capitaneado la victoria, organizó un gabinete en el que los cuatro componentes sociales del movimientismo, conservaban un claro equilibrio.

Paz llegó el día 15, recibido por una manifestación enorme y apasionada, y asumió la Presidencia. Días después, se fundó la Central Obrera Boliviana, presidida por Lechín. Su directiva se hallaba en manos de dirigentes sindicales afiliados al movimientismo y, en consecuencia, resultó ser la organización del sector obrero de ese partido. Al mismo tiempo, empezó a reorganizarse el Ejército. Sus mandos fueron confiados a los antiguos integrantes del grupo nacionalista de R.A.D.E.P.A. y los nuevos cadetes se escogieron de listas presentadas por los sindicatos obreros y campesinos. El vacío entre unos y otros, empero, tuvo que ser llenado con oficiales del viejo ejército.

Todos los obreros que habían sido despedidos por causas políticas y sindicales desde la caída de Villarroel fueron reincorporados a sus puestos por Decreto. Era una medida de estricta e indudable justicia, pero, en el curso de pocos meses, aumentó en una mitad las planillas de trabajadores, elevando los costos productivos y disminuyendo el beneficio minero.



---

El mes de mayo, Paz creó una Comisión encargada de estudiar el método a emplearse para efectivizar la nacionalización de las minas y el modo con que habían de operarse una vez nacionalizadas. Horas más tarde, un segundo paso en el mismo sentido, el Estado, por Decreto, monopolizó la exportación de minerales.

El 21 de julio, aniversario de la muerte de Villarroel, el gabinete aprobó, en su homenaje, el Decreto del Voto Universal, extendiendo los derechos de elección y elegibilidad a todos los bolivianos mayores de edad, sin excepción alguna.

En octubre, Paz apretó a fondo el acelerador revolucionario del vehículo gubernamental. El día 2, creó la Corporación Minera de Bolivia, el ente encargado de administrar las grandes empresas mineras una vez nacionalizadas; el 7 intervino, por fin, esas grandes empresas y el 31 firmó el Decreto de Nacionalización en el mismo lugar donde había acaecido la masacre de Catavi, el año 1942.

La letra de ese Decreto era simple. Eran revertidos al Estado todos los yacimientos mineros detentados por Patiño, Hochschild y Aramayo sin indemnización alguna y se expropiaban sus instalaciones de acuerdo a la doctrina incorporada a la Constitución, el año 1938, sobre la función social de la propiedad. Sus resultados, sin embargo, fueron considerables. De un solo plumazo desapareció el tentáculo más importante de la penetración imperialista en Bolivia, liquidé la burguesía internacional y secó la fuente económica del poder político que, durante medio siglo, había dejado su marca negativa en todo el curso de la historia nacional, su economía, su cultura, sus leyes, su política y su pensamiento. En otro aspecto, elevé la participación del sector público en la riqueza nacional, lo que, a su vez, equilibró el porcentaje detentado por ese sector con el que conservaba el sector privado, configurando una estructura económica a medias socialista y a medias capitalista. Y en la cara negativa de la medalla, determiné un nuevo y enorme desembolso: el pago de indemnizaciones y desahucios por cambio de razón social.

Esos pagos, añadidos a la recontractación, licuaron las escasas disponibilidades destinadas a la mejora social y al desarrollo y la diversificación, agravando la crisis. Paz se vio, por ello, obligado a disponer la adquisición directa de los artículos de primera necesidad, a cerrar, en su escalón más alto, la tijera de los cambios diferenciales, a compensar las elevaciones resultantes mediante una elevación proporcional de sueldos y salarios y, por último, a modificar las escalas impositivas.

Esas decisiones paliaron la crisis pero no la detuvieron. La posibilidad de superar las contradicciones de las distintas clases sociales que formaban el M.N.R. dependía, casi por entero, de la situación económica. Hubieran recedido naturalmente en un ambiente de prosperidad, cuando podía disponerse de la riqueza suficiente para contentar las aspiraciones peculiares a cada una de ellas, pero no en una época de crisis, cuando la escasez de la riqueza disponible tenía que agudizar el filo envenenado de la pugna por el beneficio.

---

Los intereses comunes que había llevado a los obreros, a los campesinos, a las clases medias y a la burguesía nacional a un mismo partido, fueron lo suficientemente fuertes para que esa pugna, en su primer estallido, se mantuviera dentro de las filas del M.N.R.

Fue el 6 de enero de 1953. Algunos representantes de la derecha movimientista, dieron un golpe de sorpresa cuyo objeto parecía, no tanto el derrocamiento de Paz, cuanto la erradicación de Lechín y el sector obrero del movimientismo.

Fracasó al nacer y ese fracaso, rebotando contra sus autores, debilitó la representación de la burguesía nacional y de las clases medias en el gobierno y acreció, proporcionalmente, la influencia del sector obrero, que, el mes de febrero, capturó la mayoría de las directivas partidarias e impuso la minimización de la burguesía nacional y de las capas superiores de las clases medias dentro de la alianza de clases interesada en el proceso revolucionario.

El mismo mes de enero. Paz creó una Comisión para estudiar la Reforma Agraria, su procedimiento y sus bases, de acuerdo a un lema simple: "la tierra pertenece a aquel que la trabaja". Estaba presidida por Siles e integrada por movimientistas, antiguos piristas y gentes de pensamiento democristiano, que se hallaban organizando un nuevo partido puesto bajo la advocación de las doctrinas sociales de la Iglesia Católica.

En mayo, modificó el Convenio de Asistencia Técnica suscrito con las Naciones Unidas, reduciendo a los asesores extranjeros al simple papel de consultivos, con lo que el Estado recuperó la iniciativa y el control de su política económica. Y, al mismo tiempo, prosiguiendo la doble tarea de mejorar la condición de las clases sociales antes dominadas y de diversificar y desarrollar la economía, estableció, para los obreros el subsidio familiar y de lactancia, empezó a capitalizar el ente fiscal del petróleo confiándole el monopolio de la importación y distribución de la gasolina y sus derivados, y puso la piedra fundamental del primer ingenio azucarero del país.

La mejora social y el desarrollo y la diversificación de las fuentes de riqueza no podían concretarse en circunstancias de crisis, cuando el crédito externo era negligible y se había ya pignorado parte de las reservas oro del país, más que imprimiendo billetes. El tipo de cambio del mercado negro continuó elevándose incontrolablemente.

En esas circunstancias se abrió la posibilidad de renovar la cooperación económica norteamericana acordada en la Conferencia de Río de Janeiro durante el gobierno de Peñaranda. La experiencia había demostrado ya que esa cooperación implicaba condiciones económicas, sino explícitas, por lo menos implícitas, debido a la filosofía liberal que gobernaba el modo de vida de ese país y podía preveer-se que, a la larga, por causa de las exigencias de la guerra fría, implicaría también condiciones políticas. Se la aceptó sin embargo. La alternativa, trágica, consistía, en parálizar el

---

desarrollo y dejar que la inflación aventara toda la mejora social lograda hasta entonces.

Días después se firmó la paz de Corea y el precio del estaño cayó hasta la mitad del costo que demandaba el producirlo. El beneficio minero, sobre el que descansaban tantas esperanzas, se convirtió en pérdida. Resurgieron las contradicciones inherentes a las distintas clases sociales que conformaban el M.N.R. y la pugna por el beneficio convertida en pugna por la escasa riqueza disponible, cobró una intensidad primordial. El curso de la revolución boliviana se había decidido al otro lado del mundo, en la lejana Pan Mun Jon.

La Comisión presidida por Siles entregó su informe y el 2 de agosto de 1953, se dictó el Decreto de la Reforma Agraria. En primer término, todas las sayañas fueron propietarizadas, con lo que, de la noche a la mañana, un millón de siervos pasaron a ser dueños, efectivamente, de la tierra que antes trabajaban para otros. En segundo término, se empezó a redistribuir la tierra patronal. El latifundio fue liquidado mediante su parcelación total entre quienes habían sido sus colonos; la empresa agraria, distinguida por el empleo de maquinarias y el pago de salarios, fue respetada después de dotar a sus trabajadores; la propiedad mediana resultó dividida entre el antiguo propietario y sus colonos, y se respetó la propiedad pequeña.

De esa manera, fue derribado el muro centenario que separaba el país urbano del país rural, se crearon las condiciones necesarias para hacer de Bolivia una verdadera Nación, fue remediado el despojo cometido por la Conquista, el Coloniaje y las "revisitas", el campesino resultó incorporado al mercado en calidad de productor y de consumidor, y la demanda fue multiplicada cinco veces para estímulo de la industria y el comercio.

La victoria del M.N.R. el 9 de abril, había acabado con los viejos partidos de corte liberal desgastados por el largo servicio a las clases dominantes. Los afectados por las grandes medidas de la revolución, insuflaron F.S.B, única tienda política de la derecha sin un pasado culpable. El mes de noviembre, los falangistas se lanzaron a la aventura de derrocar al gobierno, obtuvieron algunos éxitos iniciales, pero, a la postre, las organizaciones armadas de los obreros, los campesinos y las gentes de las clases medias, los abrumaron y derrotaron. La represión consiguiente inició un largo feudo, muchas veces cruel, entre ese partido y el M.N.R.

La caída del precio del estaño imprimió a la inflación una velocidad de vértigo. Para principios de 1964, el cambio del mercado paralelo había llegado a 20 veces el valor que tenía en el mercado oficial. Se recurrió, otra vez, a paliativos temporales con la esperanza de que la mayor producción resultante del desarrollo y la diversificación cubriera, a la larga, las cifras del circulante, una desesperada carrera contra el tiempo, pero enfilada en la dirección correcta. Se acordó un nuevo aumento general de sueldos y salarios, los diversos subsidios fueron extendidos a los empleados públicos y quedó establecido un crédito supervisado para la producción de algunos granos

---

esenciales.

Era lógico suponer que, en el entretanto, la crisis provocaría el descontento y así sucedió en efecto. F.S.B. continuó su crecimiento con el aporte de una parte relativamente pequeña, de las capas superiores de las clases medias. El P.C. y el P.O.R. aumentaron su influencia sindical convirtiéndose en un serio factor de competencia para el sector sindical del M.N.R. Y el sociocristianismo acabó de organizarse y nació a la vida política del país con el nombre de Partido Demócrata Cristiano.

La política económica de combatir la inflación mediante el aumento de las cifras productivas, cosechó, el mes de mayo, sus primeros triunfos. Se inauguró el camino pavimentado entre Cochabamba y Santa Cruz, el norte cruceño fue penetrado por las prolongaciones de ese camino y se empezó a exportar gasolina.

A principios de 1955, Paz se reunió, en la frontera, con el Presidente brasileño Café Filho. El motivo ostensible consistía en recibir el ferrocarril de Corumbá a Santa Cruz, pero, en el fondo, se apuntaba a una modificación del Tratado suscrito en 1938, por el que se renunciaba, en favor del Brasil, parte del área petrolera subandina. Tuvo éxito. Las negociaciones iniciadas entonces, iban a culminar, felizmente, dos años más tarde.

Para entonces, empezaba ya a hacerse evidente que la mayor producción determinada por el esfuerzo volcado en el desarrollo y la diversificación, no iba a alcanzar nunca las cifras del circulante a causa de la cantidad de billetes impresos con destino a la mejora social. El sector obrero del M.N.R., empujado por la competencia del P.O.R. y el P.C., desarrolló sus propios objetivos, y chocó con los otros sectores del movimientismo el mes de febrero de ese mismo año a propósito del problema educacional. El estudio de ese problema había probado la necesidad de coordinar un plan integral de estudios entre el Estado y las Universidades. Lechín propuso la revolución universitaria, Guevara se manifestó en contra y Paz permaneció en silencio.

Esa revolución fue, efectivamente, encarada. Algunas universidades resultaron ocupadas temporalmente y se renovaron sus autoridades; pero el impulso revolucionario se agotó con la creación de la Universidad Popular "Tupaj Katari".

Los frutos del desarrollo continuaron visibilizándose casi al mismo tiempo. Fue concluido un oleoducto entre Camiri y Yacuiba y se colocaron los últimos entubamientos del oleoducto entre Cochabamba y Santa Cruz. Los caminos del norte cruceño empezaron a ser pavimentados. A la carretera, el gran instrumento de los llanos hasta la Guerra del Chaco, sucedió el jeep, instrumento de la consolidación de esa penetración.

Faltaba un año poco más o menos para que Paz concluyera su periodo. El Voto Universal, de por sí, constituía un compromiso de que los poderes públicos iban

---

a renovarse mediante elecciones y, para cumplir con ese compromiso. Paz dictó amnistía en favor del falangismo y organizó una Comisión para estudiar un nuevo Estatuto Electoral.

La crisis acabó por imponer una pausa en la marcha de la revolución. La imposibilidad de emparejar la producción, una producción nacida, en su mayor parte, de la emisión inorgánica de billetes, con las cifras del circulante, era ya evidente, incluso para el gobierno. Cercado por un enorme déficit fiscal, limitado por una pérdida igualmente enorme en la producción de divisas y con el cambio libre a 40 veces su valor oficial, se decidió a confiar a capitales extranjeros el desarrollo de aquellas riquezas que no podía encarar con sus propios recursos. Concedió la explotación del oro en el Alto Beni a la South American Gold and Platinum de California y dictó un Código Petrolero que había de atraer a varias compañías del mundo capitalista, principalmente la Gulf Oil Company.

En enero de 1956, la Convención movimientista proclamó la fórmula Hernán Siles-Ñuflo de Chávez. F.S.B., a su vez, lanzó los nombres de Unzaga de la Vega y Elías Belmonte.

Paz, hasta el mes de junio, completó la tarea que se había propuesto en el orden económico. Dictó una Ley de Delitos Económicos, modificó, por segunda vez, las escalas de impuestos y, convencido de que la inflación no podía ser detenida ya, con-trató, con el Fondo Monetario Internacional, el envío de una Misión para estudiar el problema económico y respaldar las soluciones consiguientes.

También en el orden social. La mejora fue coronada con la dictación del Código de Seguridad Social, una recopilación y profundización de todas las disposiciones legales favorables a los obreros dictadas hasta entonces; la institución de los subsidios de natalidad, matrimonio y sepelio; la creación del Instituto Nacional de la Vivienda y la extensión, a los empleados públicos, de los beneficios de la categorización. Paralelamente, contraté la construcción del oleoducto entre Sica-Sica y Anca, más que nunca necesario para establecer un control sobre la producción exportable de las compañías atraídas por el Código del Petróleo.

La campaña electoral fue dura y apasionada. La elección se realizó el 17 de junio, Hubo más de un millón cien mil inscritos y cerca del millón de votantes, diez veces más que antes del Voto Universal, El M.N.R. obtuvo 760.000 votos, F.S.B. 130 mil, el P.C. 12.000 y el P.O.R. 2,000. Con ello, el futuro político de la revolución quedó encausado dentro de los términos de la democracia popular.

El 6 de agosto, Paz entregó el gobierno, y, poco después, viajó a Londres como embajador.

#### IV

---

Durante todo el periodo comprendido entre la caída de Peñaranda y la conclusión del primer período presidencial de Paz Estenssoro, el pensamiento político, en el país, estuvo dominado por el nacionalismo revolucionario. El marxismo ortodoxo fue deslustrado por la desvirtuación del P.I.R. y ni siquiera el nacimiento del P.C. logro devolverle su brillo original. La Tesis de Pulacayo estaba inspirada en el marxismo o, más claramente, en la rama trotskista del marxismo y apoyaba sus conclusiones en la teoría de la “revolución permanente”, pero no fue su inspiración la que cuajó, si no sus métodos. La creación de milicias obreras y la ocupación revolucionaria de las minas, iban a guiar el período más combativo y heroico del proletariado minero.

La definición de la realidad nacional, segunda etapa de la concreción doctrinaria del nacionalismo revolucionario, se realizó integrando las distintas formulaciones surgidas durante la etapa de caracterización de la realidad nacional en base a la experiencia surgida de la confrontación diaria con las aristas más visibles de esa realidad: la redistribución mundial concluida en Yalta, la imposición económica consecuente demostrada a la iniciación de la Guerra de Corea, la explotación intensiva de las riquezas del país por parte de la burguesía internacional, el entramado legal, político, cultural y propagandístico levantado por las clases dominantes para facilitar esa explotación.

Esa labor de integración fue obra de Montenegro, Paz Estenssoro, Walter Guevara y, en artículos de prensa, discursos seminarios, conferencias, de los jóvenes dirigentes surgidos después del 21 de julio de 1946, Nuflo Chávez, Federico Alvaréz Plata, Roberto Méndez Tejada, José Fellmann Velarde. Montenegro la inició en “Nacionalismo y Coloniaje”, una crónica del periodismo boliviano usada como pretexto para desnudar la historia patria en cuanto resultado de una permanente contradicción dialéctica entre las fuerzas foráneas que la explotan desde la Conquista y las fuerzas nacionales que se oponen a esa explotación en defensa de su propia supervivencia. Escrita con la precisión de un bisturí manejado por un cirujano maestro, tanto en su concepción como en su estilo, “Nacionalismo y Coloniaje” ha sido la obra de mayor influencia en la definición de la realidad boliviana. Paz repasó esa huella, con mayor inmediatez, en varios folletos explicativos, lucidos y descarnados, escritos desde el exilio: “Revolución y Contrarrevolución en Bolivia”, “Proceso y Sentencia de la Oligarquía Boliviana”, El mejor resumen o, por lo menos, el más apretado, lo hizo Guevara en su Manifiesto a los Campesinos de Ayopaya.

Como consecuencia de todos esos trabajos, el M.N.R. llegó a las elecciones del año 1951, con una definición ya concreta y, lo que es más importante, divulgada, de la realidad nacional: Bolivia no era una Nación; era, apenas, una República semicolonial y semifeudal, dividida, étnica, económica, cultural, jurídica y políticamente, en dos países distintos, el uno urbano, conformado al modo liberal, y el otro rural, reatado al feudalismo.

---

La riqueza se hallaba concentrada en pocas manos, las de los barones del estaño, meollo de una burguesía internacional que constituía una prolongación del imperialismo, y las de los grandes señores de la tierra, sus aliados menores, supervivencia de la conquista española. Los recursos naturales nacionales, en consecuencia, eran vaciados, sin retorno, para beneficio ajeno, y la tierra rendía solamente debido a la gratuidad del trabajo.

Esa situación había sido creada, profundizada y perpetuada a causa, primero, del poderío económico de las clases dominantes; segundo, al control que, gracias a ese poderío económico, venían ejerciendo. desde siempre aunque con breves paréntesis, de una parte, sobre el poder político a través de los partidos de la derecha, sus servidores y, de otra, sobre los medios de comunicación del pensamiento; tercero, a la superestructura política, jurídica y educativa levantada por esos partidos, desde la Independencia, para su provecho monopólico.

Perjudicaba a la inmensa masa de siervos encerrados en la prisión de una economía natural y reatados de por vida a la sayaña que les era dada en usufructo condicionado a cambio de su trabajo; a los obreros, cuyos salarios eran artificialmente bajos debido a la tercería metropolitana en la división del beneficio; a las clases medias condenadas a proletarizarse a medida del crecimiento de la burguesía internacional; e, inclusive, a la burguesía nacional, cuyas perspectivas de desenvolvimiento se hallaban limitadas por la competencia imperialista y por la pequeñez de un mercado reducido al país urbano. A Bolivia entera, en suma, económicamente dependiente y políticamente subordinada.

Las soluciones propuestas, en enero de 1951: Nacionalización de Minas, Reforma Agraria, Voto Universal y Desarrollo y Diversificación, por mi misma sencillez, constituían la única manera posible para remediar esa situación; pero, a pesar de su sencillez, importaban una revolución, es decir la traslación de la riqueza y del poder de una clase social a otra, e interesaban, por igual, a obreros, campesinos, gentes de las clases medias y burgueses nacionales, los cuatro segmentos sociales que el M.N.R. contenía en su seno.

Fueron propuestas por José Fellmann Velarde, a través de una organización parapartidista, las Brigadas "Waldo Ballivián", pero no inventadas por él. En verdad, se hallaban en boca de todos los cuadros movimientistas, políticos y sindicales, aunque nadie las había dado el respaldo de su firma.

Después de abril de 1952. la explicación de esas soluciones, la creación del lenguaje político del nacionalismo revolucionario, nació, también, paralelamente con los requerimientos del acontecer diario y se debe, en buena parte, a los discursos de Paz, a los proyectos programáticos elaborados por Chávez, a las conferencias de Guevara y de Lechín, a la obra periodística de Carlos Velarde y al trabajo de los distintos organismos propagandísticos del gobierno. Su mejor resumen. empero, figura en los propios considerandos de los Decretos que efectivizaron la Nacionalización de las Minas, la Reforma Agraria, el Voto Universal, y la creación de la Comisión Nacional

---

de Coordinación y Planeamiento.

El pensamiento puro, como en el periodo anterior, continuó en un segundo plano insensible. El existencialismo refloreó entre 1947 y 1949, a impulso de la obra literaria de Sartre y de Camus, pero superficialmente, una moda pasajera de la juventud. Rubén Carrasco, Marvin Sandi y Guillermo Gonzáles Durán especialmente, mantuvieron, desde la cátedra, el amor por el estudio y la divulgación filosóficos.

Las ciencias se beneficiaron con el adelanto técnico alcanzado por otros países mejor dotados para la investigación y la experimentación. Un ingenioso autodidacta, Francisco Pacheco, inventó un carburante autogenerable del hidrógeno como sustituto de la gasolina y viajé, con él, a los Estados Unidos donde los grandes intereses petroleros habían de acallararlo durante mucho tiempo.

Gracias al descubrimiento del carbono-14 como medio destinado a medir la antigüedad de las artesanías, la arqueología superó el carácter especulativo que había tenido anteriormente, Carlos Ponce Sanginés lo aplicó para ubicar a Tiwanaku en el tiempo y para adelantar las exploraciones y clasificaciones de las culturas andinas, una tarea llevada a cabo con minuciosa responsabilidad y que le ha dado una justa preeminencia. Dick Edgar Ibarra Grasso, por su parte, buceé en el enigma de las escrituras precolombinas del área altiplánica y aporté el descubrimiento de algunas culturas líticas a la cadena evolutiva del hombre de la región.

La biología de altura ganó con los trabajos de Jorge Suárez Morales, un digno continuador de Néstor Morales Villazón, en tanto que la geología y la geografía adquirirían nueva calidad gracias a los aportes de Federico Ahlfed y Leonardo Branisa. La sicología, por su parte, ganó en consistencia científica y valor internacional, gracias a los numerosos trabajos de José Antonio Arze y a las aportaciones de Walter Guevara y Ernesto Ayala Mercado en la cátedra. Alipio Valencia Vega y Jorge Ovando publicaron estimables trabajos aplicando la sociología marxista, el primero, a algunos aspectos del derecho y, el segundo, a la cuestión de las nacionalidades en Bolivia.

En el desenvolvimiento de la educación, es fácil distinguir, durante el período, dos etapas claramente diferenciadas. Durante la primera, desde la caída de Peñaranda hasta la insurrección de abril de 1952, la educación, teóricamente y en el hecho, no avanzó mucho en relación con el período anterior, excepción hecha de las medidas tomadas por Villarreal para que los patronos proveyeran de escuelas a los campesinos. Los maestros, empero, ganados por el marxismo ortodoxo, alcanzaron un grado de influencia política considerable. Durante la segunda, el primer período presidencial de Paz, la influencia política de los maestros se redujo pero la educación misma, en cambio, progresó notablemente tanto en su evolución doctrinaria cuanto en su aplicación práctica.

El 11 de abril de 1952 se creó el Ministerio de Asuntos Campesinos con tuición sobre la educación del país rural, que fue orientada en base a la fundamentalidad, vale decir, adecuado al medio y extendida a la familia. Sin embargo, su aplicabilidad



---

habría permanecido anudada por la pobreza fiscal sin la Reforma Agraria, que puso al campesino en posibilidad de contribuir por sí mismo a una solución. Con escasa ayuda del Estado, el número de escuelas rurales, en cuatro años, se multiplicó por 10 y el de alumnos por 7,5.

El 1º de junio de 1953 se creó la Comisión Nacional de Reforma Educativa, presidida por Fernando Diez de Medina e integrada por educadores católicos como el obispo Armando Gutiérrez Granier, comunistas como José Pereyra y movimientistas como Humberto Quesada, encargada de planear las bases para transformar una educación de castas, la que se había desenvuelto hasta entonces, en una educación de masas.

Año y medio más tarde se dictó la Reforma Educacional. Constituía, efectivamente, el esquema teórico necesario para extender los beneficios de la educación a todos los bolivianos en edad escolar, incidía en el predominio de la enseñanza técnica sobre la puramente académica y, para ambos efectos, postulaba una reorganización de la estructura educativa. No fue aplicada de inmediato, excepto en lo referente a la modificación de las direcciones administrativas y planificadoras de la educación: pero empujé un progreso material notable. El número de alumnos entre 1952 y 1956, se elevó de 137.000 a 215.000 y el número de escuelas en el país urbano aumentó en un 23,6 por ciento.

La ciencia histórica, en general, fue marcada con el sello de la generación del Chaco. En el campo del texto, Enrique Finot publicó una "Nueva Historia", de carácter organicista, muy por debajo de la calidad de sus demás trabajos. "Nacionalismo y Coloniaje" de Montenegro, desde el punto de vista histórico, tiene el gran mérito de arar en tierra virgen: la historia como interpretación. Céspedes lo siguió con "El Dictador Suicida", una serie de cuadros históricos meritados por la inconfundible muscularidad de la forma. Porfirio Diez Machicao, en cambio, retrotrajo el interpretacionismo de vuelta hacia la ya superada narración, con seis volúmenes dedicados a la historia de los Presidentes, desde Salamanca hasta Peñaranda, un hilvanado disonante y artesanal de recortes de prensa. Augusto Guzmán, con su fácil estilo, condensó varios siglos de historia cochabambina en "Gesta Valluna.

El interpretacionismo dio a la historia boliviana una nueva dimensión y, lo que es igualmente importante, también una nueva fisonomía. Hubo una reversión casi general de los valores categorizados por el arguedismo, es decir, por la historia escrita dentro del contexto de la semifeudalidad y de la semicolonialidad, notoria, sobre todo, en la prensa.

La investigación fue revivida por Gunnar Mendoza, con notable honestidad y prolijo detenimiento, y por Armando Alba, a quien se debe el ordenamiento y la conservación de los ricos archivos potosinos. Los esposos José de Mesa y Teresa Guisbert, publicaron algunos estudios sobre el arte colonial, principalmente una biografía de Melchor Pérez Holguín, rica en datos aunque no en el ordenamiento de esos datos ni en la ubicación del biografiado en el marco social de su tiempo.

---

La investigación cimentó algunas obras de especialización dignas de crédito. Rodolfo Salamanca Lafuente publicó "Viento Huracanado", una preciosa crónica de la Revolución Federal; Hernando Sanabria Fernández recopiló la leyenda de la expansión interna del oriente boliviano: "El Busca de El Dorado", bien documentado y floridamente escrita; Valentín Abecia Baldivieso inició una distinguida carrera investigadora con "La Revolución de 1809» y Agustín Barcelli historió el movimiento sindical en un rico trabajo de indispensable consulta. Moisés Alcázar añadió unas "Crónicas Parlamentarias" a la lista de sus trabajos.

El polemismo, iniciado por Alberto Gutiérrez, Daniel Sánchez Bustamante y Jaime Mendoza, tuvo sus continuadores, también dedicados a la política exterior boliviana, en Jorge Escobar!, Renán Castrillo, Alvaro Pérez del Castillo y Luis Alberto Alípez, que no los desmerecen en nada, excepto la cantidad.

La biografía histórica continuó su elevado vuelo. Augusto Guzmán la enriqueció con varios trabajos: "Tupaj Catan", "Baptista, Biografía de un Orador Político", "El Kolla Mitrado" y "Adela Zamudio", Joaquín Gantier con "Juana Azurduy de Padilla" y Alfonso Crespo con "Santa Cruz, el Cóndor Indio". En una categoría menor, Manuel Carrasco publicó "Pedro Dominfo Murillo" y "José Ballivián", y Fausto Reinaga firmó un "Belzu" sin otro justificativo que la figura del biografiado. La biografía histórica interpretativa, nació con el segundo "Tupaj Catar!", obra de Alipio Valencia Vega y una vida de Paz Estenssoro, escrita por José Fellmann Velarde.

En las letras y en las artes, es necesario, como en la educación, distinguir dos etapas diferentes. Durante la primera empieza a notarse ya el impacto emocional producido por la postulación revolucionaria en los escritores y en los artistas: en la segunda, desde 1953, ese impacto empieza a dar sus frutos con la ayuda de una comadrona, el Estado, que, hasta entonces, durante siglo y cuarto, había rehusado ese papel. El gobierno revolucionario hizo del fomento a las obras de creación, una parte, más que importante, íntima, de su política oficial y la desarrolló a través de diversos organismos: el Ministerio de Educación, la Subsecretaría de Prensa, Informaciones y Cultura, las municipalidades... Publicó colecciones de libros alternando los viejos clásicos nacionales con la producción de autores nuevos; creó revistas de notable jerarquía intelectual, como "Khana", de la Comuna paceña; sostuvo compañías nacionales de teatro y de títeres; instituyó muestras pictóricas y salones con premios de incentivo; contrató muralistas y pintores para honrar los viejos y nuevos edificios gubernamentales; levantó monumentos a fin de dar cabida a la inquietud de arquitectos y escultores y, con ello, reconoció al creador un puesto de derechos propio en la sociedad nacional. Bien es cierto que el fomento oficial a las obras de creación hubiera servido poco sin la ebullición cultural creada por la lucha primero y por la victoria después de las clases antes dominadas: pero no es menos cierto que, sin ese fomento oficial, esa ebullición no hubiera podido realizarse en su cabal plenitud.

La generación del Chaco, con excepción de Augusto Guzmán que produjo la

---

“Sima Fecunda” y de Jesús Lara que dio “Surumi” y “Yanakuna”, abandonó el ejercicio literario a pesar de hallarse en plena madurez física. Juan E. Coimbra, en “Siringa”. debutó como un estimable descriptivo de la selva boliviana.

La generación de la Revolución, por su parte, adelantó dos nombres, el de Mario Guzmán Aspiazu, autor de “Hombres sin Tierra”, bellamente escrita, y el de José Fellmann Velarde que se inició en el género de la novela con “Una Bala en el Viento”.

Ambas pueden calificarse como obras tentativas. Fue en el cuento y en la poesía donde esa generación, literariamente hablando, alcanzó más pronto su frustración. Entre los cuentistas, un grupo valioso y compacto, se distinguieron Oscar Soria, un explorador de las viejas tradiciones del campo altiplánico; Sergio Suárez y Fernando Medina Ferrada, buscadores de ángulos temáticos originales para su producción; Eduardo Olmedo López, que sublimiza sus experiencias personales en un cuidado idioma poético, Rafael Ulises Peláez y Néstor Taboada Terán.

Entre los poetas surgieron Julio de la Vega, dueño de excelentes recursos y una definida personalidad; Oscar Alfaro, el suave y conmovido poeta de los niños; Jorge Suárez, nuevo maestro del soneto; Oscar Arze Quintanilla, que empezó a dar nuevo sentido a las palabras como, en su tiempo, lo hiciera Neruda; Jacobo Liberman, de personalidad ebullente y original; Alcira Cardona, cuyos versos dedicados a la protesta social se hallan respunteados por metáforas de indudable vigor; Jaime Saenz, pionero de nuevas formas expresivas y, sin duda, el más original de todos; Augusto Valda Chavarría, cuya muerte prematura privó a la poesía boliviana de un alto valor; Armando Soriano Badani, capaz de unir la profundidad del pensamiento con la gracilidad de la expresión, Carlos Shtadling y Gustavo Medinacelli, otro de los promisorios desaparecidos.

El género teatral fue detenido en su desgaste por Raúl Salmón, cuyas obras de sentido social lo equiparan con Alberto Saavedra Pérez gracias a un estilo vigoroso y simple y a un dominio cabal de la técnica. Entre los actores del Teatro Nacional, junto a Carlos Cervantes, hicieron sus primeras armas Celso Peñaranda, Tito Landa y Luis Espinoza. El repertorio de los conjuntos de títeres fue engalanado con algunas inolvidables producciones de Oscar Alfaro como “Juan Pueblo Perdió su Cabeza”.

La crítica ganó en especialización. Junto a Augusto Guzmán, que publicó un nuevo estudio sobre la novela en Bolivia, fino y penetrante, formó Armando Soriano, acucioso descubridor de los recovecos espirituales y estilísticos del cuento. Diez de Medina y Edgar Avila historiaron la literatura nacional, el primero en forma superficial y el segundo petulante. Juan Quirós llevó al género una carga de prejuicios. Indisimulado fruto de una suerte de estereotipología racionalizada.

Las letras, en tanto corto periodo, no hubieran dado tan rica cosecha sin el apoyo de los editores. Werner Guttentag, como César Velarde en su tiempo, puso amor y recursos en un esfuerzo con el que la literatura boliviana se halla todavía en deuda, igual que Rafael Urquiza y Alfonso Tejerina.

---

No fue, sin embargo, en el cuento ni en la poesía, que la generación nacida de la Revolución Nacional alcanzó su jerarquía máxima, sino en la pintura. Miguel Alandía Pantoja se dedicó a los murales y produjo algunas obras de extraordinaria factura conceptiva y técnica, así como Walter Solón Romero, un tanto más conservador. Su producción, la de ambos, nada desmerece en el concierto del muralismo americano. La pintura de caballete, por su parte, se honró, antes de 1952, con los nombres de Enrique Arnal, un artista de honestidad intelectual intransigente y vigorosa y casi transparente materialidad, y Alfredo La Placa, que ha domesticado la técnica para ponerla al servicio del impacto emocional abstracto como los mejores maestros del género.

Después de 1952, se compactó un grupo de pintores jóvenes que, como conjunto, había de poner el nombre del país a la vanguardia de la pintura moderna en el continente. Enrique Aybar, capaz de expresar una emoción con una línea: Oscar Alandía, de una amplísima sensibilidad; Antonio Mariaca, cuyos estudios, cada vez más económicos, de plazas y calles, llevan la marca de lo que no es corriente; Lorgio Vaca, en cuyos lienzos parece haber profundidad al propio tiempo que luz propia; Zoilo Linares, creador de un sistema de composición verdaderamente fuera de lo común; Moisés Chiri Barrientos, un inquieto buscador de novedades estilísticas; Juan Ortega Leyton, recreador de la línea pura propia de los artífices indios de la prehispanidad; Gil Imaná, el poeta del pincel: Carlos Espinoza, María Esther Ballivián e Inés Ovando.

La arquitectura dio una síntesis que, por ser inicial no resultó menos acabada, del matrimonio entre la tradición nativa y la propiedad contemporánea en el monumento a la Revolución, obra de Hugo Almaraz. Marina Núñez del Prado, en el terreno de la escultura, pasó a ser una institución nacional justamente honrada. Víctor Zapana y Claudio Callisaya, los primeros artistas de la piedra surgidos durante la República, demostraron que, roto el alienamiento impuesto por la semifeudalidad, el nativo es capaz de revivir el espíritu que elevó Tiwanaku. Hugo Almaraz Aliaga y Alejandro González empezaron a experimentar formas nuevas para la distribución de las masas.

Hilda Núñez del Prado revivió la orfebrería con un estilo delicado y audaz a la vez, y el maestro Felipe Flores Arce, otro heredero de viejas tradiciones, infundió señorío al tallado funcional de la madera. Rigoberto Villarroel Claure, por su parte, inició la crítica de arte, puna tema intransitado antes y después.

Miguel Ángel Valda se reveló como un músico de estimables cualidades.

La oratoria, a partir del nacimiento de los grandes partidos de masas, tomó nuevos rumbos y se hizo popular, dirigida a las masas, la nueva ecuación principal del teorema político. Paz combinó su cariz profesoral con un fuerte toque emotivo hasta convertirse en una expresión completa de ese nuevo estilo oratorio y, a su lado, surgieron otros tribunos notables, como Ñufló Chávez y Mario Guzmán Galarza. Fue un ejemplo que no dejó de hallar eco aún al otro lado de la trinchera. Un-zaga llegó a

---

ser un inspirado orador, seguido, de cerca, por Mario Gutiérrez y Gonzalo Romero. En el rubro de la exposición y, más particularmente de la polémica, Guillermo Lora empezó a mostrar las incisivas cualidades que, más tarde, lo harían un competidor casi imposible.

Contrariamente a los períodos anteriores, los medios de expresión del pensamiento, casi sin excepciones, sobrenadaron las vicisitudes del acontecer político. La razón, sin duda, debe buscarse en la consolidación de las empresas periodísticas.

Esas empresas, como tales, eran parte de la burguesía nacional y algunas, en razón de los capitales que las financiaban, también de la burguesía internacional. Movidas por esos intereses, se pusieron frente a Villarroel y contribuyeron a su caída de un modo decisivo. El 21 de julio de 1946, junto con Villarroel, murió “La Calle”, última expresión consistente de la prensa de mayorías a tiempo que revivían “La Razón” y “Ultima Hora”, brevemente intervenidas a causa de su participación en la intentona aramayista del 13 de junio de ese mismo año.

Durante el gobierno de Hertzog, los barones del estaño unieron sus esfuerzos para justificarse, sino con hechos, al menos con palabras. Contrataron un aventurero mexicano. Rafael Ordorica, y organizaron la Hemisphere Promotion, un ente dedicado a controlar los medios de comunicación y a propagandizar sus intereses que, en base a “La Razón”, absorbió “Ultima Hora” y empezó a expandirse. Patiño le añadió “El Diario”, después de hacer valer sus acciones para acallar una campaña que, en ese órgano de prensa, venía desarrollándose a favor de una aclaración de sus evasiones impositivas, gracias, sobre todo, a la decisión de otros accionistas, Esther Villalobos de Carrasco y su hijo Mario.

El monopolio de la Hemisphere Promdtion fue brevemente interrumpido por la aparición de - La Noche”, un vespertino publicado por algunos jóvenes movimientistas dirigidos por Luis Alberto Alípez y clausurado, por el gobierno, mediante la violencia.

El año 1950, Alfredo Alexander, con la adquisición de “Ultima Hora”, devolvió a la burguesía nacional uno de los eslabones, el más débil, de la cadena propagandística baronil. Dos años más tarde, con la victoria del M.N.R., “La Razón” cerró sus puertas ante la terminante negativa de Paz para emplear la fuerza pública en defensa de las propiedades de Aramayo. Y Mario Carrasco adquirió la mayoría de las acciones de “El Diario” gracias a un préstamo oficial.

La burguesía nacional se hallaba interesada, como los obreros, los campesinos y las clases medias, en el éxito de la Revolución Nacional, y, por esa razón o, tal vez, por el temor de enfrentarse a un gobierno masivamente apoyado, las empresas periodísticas, entre 1952 y 1956, no disonaron en el unánime concierto afinado alrededor de las grandes medidas que, en esos cuatro años, transformaban el país. La excepción resultó “Los Tiempos”. Contribuyó intelectualmente a la preparación del levantamiento falangista de noviembre de 1953 y, pocas horas después que ese

---

levantamiento fue aplastado, un grupo desprendido de la manifestación que celebraba la victoria, ingresó a su local y se llevó parte de los muebles del propietario, pero no las maquinarias que, meses después, fueron vendidas por sus propietarios en Santa Cruz.

El gobierno de Paz, a su vez, cooperó con las empresas periodísticas. La importación del papel de imprenta, puesta en manos del Ministerio de Economía junto con la de los artículos de primera necesidad, se elevó en un 25 por ciento, contrariamente a lo que sucedía con otros bienes de consumo cuyos niveles de importación fueron mantenidos en las cifras anteriores a 1952. Cooperó también con los periodistas profesionales. legalizando su sindicalización y facilitándoles un empréstito para la adquisición de su sede social.

No fue la prensa, sin embargo, sino la radio, quien logró un mayor alcance, por lo menos en el número de adictos. Hubiera podido, en consecuencia, ejercer también mayor influencia si se lo hubiera propuesto.

El panfleto, tan característicamente boliviano. prosiguió su ininterrumpido florecimiento. La ascensión de Villarroel provocó, por parte de las derechas, algunos ejemplos de consideración, como *Una Revolución Tras los Andes* de Ostria Gutiérrez y *Balo el Signo de la Barbarie* de Pedro Zilveti Arze, además de otros, más dignos de nota por su virulencia que por su apoyo documental, como los de Gustavo Navarro, que inventó, para los fusilados del 20 de noviembre de 1944, toda una inexistente odisea previa.

Tras la caída de Villarroel, fueron los movimientistas quienes recuperaron el panfleto para sus fines políticos. *Yo Acuso de Paz*, *La Hora Cero del Capitalismo* de Montenegro y *Carta a Mis Camaradas del Ejército* de Carmelo Cuéllar, son los más característicos. Gastón Velasco produjo algunos de rico sabor popular y Gustavo Salas Linares resultó un incansable y vigoroso cultor del género.

El panfleto de intención didáctica alcanzó definición e influencia después de 1952, desde la S.P.I.C. Su producción, cientos de miles de ejemplares, inundó, literalmente el país urbano y, por primera vez, también el país rural. El afiche fue otra de las contribuciones de esa oficina al número de los medios de expresión del pensamiento. Es gracias, en buena parte, a uno y otro, que la peculiar mística nacida con la subida al poder de las clases antes dominadas, se mantuvo a pesar de la obra desgastadora de la crisis y que el lenguaje del nacionalismo revolucionario empezó a ser hablado en todo el país.

La cinematografía reveló un nuevo nombre, el de Jorge Ruiz, un técnico entusiasta y sensible, autor de varias producciones tanto publicitarias como puramente artísticas al estilo de *“Vuelve Sebastiana”*.

La Reforma Agraria, junto con derribar los muros seculares que separaban el país urbano del país rural, dio un golpe de gracia inevitable al folklore puramente

---

nativo, creación del indio como expresión del choque entre su espíritu y su ambiente, que agonizaba ya desde la Guerra del Chaco. La tarea de evitar su muerte también en el recuerdo, fue asumida por algunos folkloristas meritorios: Antonio Paredes Candia y José Felipe Costas Arguedas entre ellos, sin cuyos estudios poco o nada sobreviviría de él.

El folklore mestizo, la llamada música popular, en cambio, inició una profunda y extendida penetración en el gusto de todas las capas sociales nacionales como parte de la revalorización de lo boliviano determinada por la revolución de abril de 1952. Roger Becerra y Néstor Olmos aportaron sólidos conocimientos teóricos a la composición de ese tipo de música.

## PARTE IV: LA ACTUALIDAD

---

### NOTAS PRELIMINARES

I

Con la Reforma Agraria y la Nacionalización de las Minas, concluyen, naturalmente, el año 1953, dos grandes períodos de la historia boliviana: el periodo semifeudal inaugurado, en 1825, por la independencia política y la continuidad de las formas económicas estructurales impuestas por la conquista española, y el período semicolonial superpuesto a aquel, desde principios del siglo, debido al dominio económico y político del país por la burguesía internacional o, en otras palabras, por las baronías del estaño y, secundariamente, por el capital financiero e industrial norteamericano.

De entonces en adelante, se entra en un nuevo período, que incluye la presidencia de Siles, la segunda presidencia de Paz y los gobiernos militares posteriores, que resulta difícil denominar con propiedad ya que, hasta la actualidad por lo menos, no parece poseer ningún rasgo estructural común a las distintas agrupaciones y reagrupaciones sociales que se sucedieron conforme se sucedía el tutelaje en el poder político. Es muy posible, empero, que los historiadores del futuro engloben todos esos años bajo un mismo título genérico, el de la Revolución Nacional, ya que, pese a sus diferencias, ninguna de esas agrupaciones o reagrupaciones sociales, modificó, cualitativamente, la re-distribución de la riqueza efectuada entre 1952 y 1956.

Siles llegó a la Presidencia de la República en un mal momento. Estaba obligado a detener la inflación y no podía hacerlo, debido a la fisonomía estructural del país, sin sacrificar a todos los que vivían de ingresos fijos. Su “Plan de Estabilización”, respaldado por el Fondo Monetario Internacional, detuvo la desenfrenada carrera del billete boliviano pero, en el anverso de la misma medalla, le concitó, con el movimiento obrero, las dificultades que eran de esperarse. Se vio, en consecuencia, obligado a



---

buscar en el ala derecha del movimientismo, cada vez más a tono con las aspiraciones de la burguesía nacional, y a refortificar las Fuerzas Armadas. Con ello, la dirección de la alianza de clases que constituía el M.N.R. empezó a trasladarse, del proletariado, a esa burguesía nacional.

F.S.B. midió mal la dirección del descontento. Se alzó en rebelión por segunda vez y, en el fracaso consecuente, perdió, no solo a su jefe, sino, asimismo, a parte de sus dirigentes más capaces y combativos.

Las elecciones para suceder a Siles fueron, casi exclusivamente, un duelo entre Paz Estenssoro acompañado por Lechín, vale decir, entre las clases medias y los obreros movimientistas, y Walter Guevara, apoyado por el ala derecha de ese partido, o sea, por la burguesía nacional. No había proporción, numéricamente hablando, y Paz triunfó con amplitud.

Con la liquidación del latifundismo y de la burguesía internacional, el M.N.R. había cumplido el papel esencial para el que nació a la vida. A fin de perpetuarse políticamente o, con mayor exactitud, de conservar una vigencia dinámica, debía hallar un nuevo objetivo común a todas las clases sociales que representaba, y Paz, en su segunda Presidencia, relievó, como tal objetivo, el desarrollismo.

El desarrollismo, algo que no debe confundirse con el desarrollo y la diversificación, es, en resumen, un recurso más del arsenal capitalista. destinado a los países pobres y por el cual se crea un excedente de riqueza reinvertible a través de la iniciativa privada, gracias a la ayuda, a los créditos y a las inversiones extranjeras. Su éxito depende, primero, de que la ayuda, los créditos y las inversiones extranjeras se materialicen efectivamente, y, segundo, de que los dependientes de ingresos fijos, esperen, para participar en la distribución de los beneficios eventuales, a que el excedente reinvertible crezca lo suficiente como para derramarse por los bordes del proceso productivo.

Paz lo logró, en principio. Hubo ayuda. créditos e inversiones, mas créditos y ayuda que inversiones, y el obrerismo se avino a esperar con la perspectiva de que Lechín asumiera el poder en 1964, con lo que el centro de gravedad de la alianza movimientista de clases se mantuvo más o menos donde lo había dejado Siles.

Pero solo en principio. Con la muerte del Presidente Kennedy, la guerra en el Viet Nam empezó su gran escalada y el continente derivó hacia los regímenes militares, mejor equipados que los civiles, para cuidar el "patio trasero norteamericano. De modo que, cuando Paz se decidió a ser reelegido para un nuevo periodo presidencial, tropezó con dos resistencias surgidas de diferentes direcciones: las Fuerzas Armadas revigorizadas desde la estabilización monetaria del año 1956 y el movimiento obrero decepcionado, demasiado grandes para un M.N.R. desgastado por 12 años de gobierno y por el descorazonamiento consiguiente a la espera desarrollista.

---

La caída de Paz, en noviembre de 1964, deshizo la alianza de clases instaurada en el poder el año 1952, acabó con el papel decisivo de los partidos políticos y dejó, frente a frente, como únicos factores históricamente influyentes, a las Fuerzas Armadas, respaldadas por los Estados Unidos y por la burguesía nacional que, a falta de un medio de persuasión, necesitaban un medio de fuerza para controlar la canalización del excedente reinvertible, y el movimiento obrero, cuya conducción pasó a ser disputada por movimientistas, lechinistas y comunistas de diversos matices.

El general René Barrientos, vencedor en la competencia por el poder ocurrida a la caída de Paz, poseía, a más de su magnetismo personal, instinto para sobrenadar políticamente. Reabrió las pas económicas y políticas a la influencia de la burguesía internacional y concretó el apoyo del campesinado, interesado, sobre todo, en conservar las tierras que la Reforma Agraria había hecho suyas, con el simple expediente de extenderle la promesa de no arrebatarlas. De esa manera, constituyó un gobierno de la burguesía internacional, la burguesía nacional y parte del campesinado, que descansaba en las Fuerzas Armadas y en el respaldo de los Estados Unidos.

Hizo suya la idea desarrollista relievada por Paz y aceleró el proceso de creación de excedentes, rebajando salarios y reprimiendo la reacción del movimiento obrero con nerviosa violencia. Esa doble circunstancia, añadida a la elevación sostenida en el precio de los minerales de exportación, al aumento en el monto de la ayuda y los créditos norteamericanos y al aprovechamiento pleno de los planes y el impulso inicial dejados por Paz, determinaron un ambiente de prosperidad para las nuevas clases dominantes y dieron solidez al régimen.

Ni siquiera la guerrilla dirigida por el "Ché" Guevara el año 1967, alcanzó a conmover esa solidez. Nació condenada, primero, porque la Reforma Agraria había hecho al campesino un elemento refractario a las ideas motoras de toda guerrilla comunista y, segundo, porque las disensiones internas del comunismo fuera y dentro del país, le privaron de la necesaria infraestructura sustantiva en los centros urbanos.

La muerte del "Ché", más que sus ideas. un sacrificio dedicado a la armonía entre el pensamiento y la acción, creó una bandera y dejó un ejemplo. que habían de encender la imaginación de buena parte de la generación joven y no solo en Bolivia.

La muerte de Barrientos, en abril de 1969, agitó primero y rediseñó más tarde, todo el panorama social y político del país. Después de un casual paréntesis civil, el de Luis Adolfo Siles, asumió la Presidencia el general Alfredo Ovando, Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas.

Pudo haber prolongado el esquema barrientista de poder, pero no lo hizo. Las medidas que tomó revelan una desbrujulación esencial. Nacionalizó la Gulf Oil y le reconoció una indemnización excesiva; devolvió al país una parte medida de las libertades democráticas que le había arrebatado Barrientos e intervino la Universidad,

---

y apañó o no pudo esclarecer el asesinato de varios periodistas opositores: permitió la reorganización de las grandes centrales sindicales y se opuso a que se repusieran los salarios vigentes en 1964; mantuvo las promesas que Barrientos había hecho a los campesinos en sentido de respetar sus tierras y sus agentes o sus autoridades dieron muerte a más de uno de los dirigentes de ese campesinado; trató de disminuir la figura de Barrientos y no advirtió que, sin procurarle un substitutivo de la misma medida, trizaba la cohesión interna de las Fuerzas Armadas.

Esa conducta, pensada, tal vez, para contentar a todos, no satisfizo a nadie. En uno u otro trecho de su camino, se vio abandonado por la burguesía internacional y privado del respaldo norteamericano; erizó a los estudiantes, perdió la confianza de los partidos y de los personajes políticos, trizó la alianza del campesinado y el ejército, y se enajenó el apoyo de sus camaradas sin ganar, en cambio, el de la clase obrera. Ya estaba perdido mucho antes de que las Fuerzas Armadas y el movimiento obrero salieran a las calles a disputarse su sucesión en septiembre de 1969.

El gobierno del general Juan José Torres, que reemplazó a Ovando en la Presidencia, fue, en su origen, el fruto de una doble transacción, mucho más sencilla de concertar que de mantener, primero, entre los sectores barrientistas y ovandistas de las Fuerzas Armadas y, segundo, entre las Fuerzas Armadas y el movimiento obrero.

Dependía, en su primer aspecto, de una equilibrada distribución del poder y, en su segundo aspecto, en lo que se refiere a las Fuerzas Armadas y el movimiento obrero, de procurarles un terreno teórico común para coexistir.

Ambas premisas se disolvieron ante producto del sector militar ovandista y, por consiguiente, para asegurarse, distribuyó los mandos entre las gentes de ese sector, postergando o destituyendo a los barrientistas, mucho más numerosos e influyentes. Por otra parte, repuso los salarios vigentes en 1964, nacionalizó el indiferente complejo minero Matilde y, lo que es decisivo, orbitó en el círculo de influencia, no tanto del comunismo ortodoxo cuanto de sus capillas más extremas y, al mismo tiempo, más reducidas, dio luz verde a ocupaciones de empresas económica y políticamente inválidas y hasta risibles, rompió con los partidos nacionales y populares que podían haber provisto el terreno común para el reencuentro entre las Fuerzas Armadas y el movimiento obrero y propició la creación de la Asamblea del Pueblo, un poder paralelo al poder constituido, mecánicamente trasplantado de los libros a la realidad y que, necesariamente, debía terminar en el vulnerable aislamiento de la clase obrera.

Los resultados eran previsibles. Se cristalizó una coalición irritada entre las Fuerzas Armadas, la burguesía nacional y parte del campesinado, las clases medias fueron ganadas por el pánico y la misma clase obrera, percibiendo el riesgo de ser arrastrada por la canínta de las canillas extremas del comunismo, a un enfrentamiento sin esperanza con el resto de la sociedad nacional, se replegó a la expectativa.

---

Durante sus últimas semanas, Torres, para defenderlo, no contaba más que con algunos oficiales que le eran personalmente leales, con los cuadros combatientes de los partidos comunistas y con la generosa ilusión de un buen número de estudiantes.

II

Nunca, como en el período de la Revolución Nacional, el pensamiento tuvo mayor influencia sobre el curso de la política y, a la vez, nunca el curso de la política tuvo mayor influencia sobre el pensamiento.

El nacionalismo revolucionario, como cuerpo de doctrina, poseía los elementos necesarios para desarrollarse teóricamente en la nueva sociedad creada por la Nacionalización de las Minas y la Reforma Agraria, y para postular una segunda serie de objetivos comunes a todas las clases sociales de las que era representante. Después de todo, se había adelantado muchos años al marxismo ortodoxo en apuntar las contradicciones básicas entre los países desarrollados y los países pobres, y en reconocer las similitudes de intereses entre obreros, campesinos, clases medias y burgueses nacionales dentro de una sociedad semicolonial, todo lo cual, por pura lógica, apuntaba a una repostulación antimperialista.

Fracasó, sin embargo, en ese doble empeño. No se desarrolló teóricamente ni postulé nuevos objetivos.

Ese fracaso tiene una explicación. Entre 1954 y 1958, cuando cayó en él, la guerra fría no había llegado al continente, el Mercado Común Europeo no poseía la consistencia autónoma que, más tarde, iba a darle la dirección degaullista, ni los países del Tercer Mundo habían descubierto la necesidad de cavar sus propias trincheras. No existían, por lo tanto, factores de contrapresión que la Revolución Boliviana pudiera oponer a los factores de presión determinados por la indiscutida hegemonía norteamericana a fin de ampliar su margen de independencia. Estaba, pues, condenada a sobrevivir de la tolerancia imperialista y, en semejante circunstancia parecía por lo menos imprudente un voceo antimperialista.

Para 1960, cuando Paz encaró el desarrollismo, la burguesía nacional había asumido ya la dirección de la alianza movimientista de clases en el poder y, naturalmente, no estaba dispuesta a propiciar su minimización ni siquiera como una promesa a largo plazo.

Es bien posible, porque ha sucedido en otras latitudes, que el desarrollismo hubiera podido ser absorbido dentro de una repostulación del nacionalismo revolucionario, a pesar de su intrínseca postergación de las aspiraciones de la clase obrera y de las clases medias, como la pausa necesaria para un avance posterior sobre mejores bases. Pero, en la inexistencia de la tal reposición, el desarrollismo

---

emergió como un accidente teórico y jo como un fruto doctrinario. No fue explicado ni consignado.

La preponderancia de la burguesía nacional a partir de 1956 tuvo, además, otros efectos colaterales. Aportó nuevas gores y nuevas preocupaciones al movimientismo, lo que, con el correr del tiempo, resultó en el abandono paulatino de los presupuestos nacidos, entre 1946 y 1952, de los presupuestos derivados de la definición de la realidad nacional y en el vaciado del verdadero contenido semántico del lenguaje revolucionario.

El nacionalismo revolucionario llegó, pues, a noviembre de 1964, sin carácter, sin voz propia y sin objetivos para el moldeo del futuro. No fue esa, seguramente, la causa de la caída del M.N.R., su creatura, pero si fue la causa de que ese partido, como los demás, perdiera valor decisorio en la competencia política posterior y se viera condenado a seguir a una u otra de las fuerzas que si tenían ese valor decisorio o a dividirse en la disyuntiva.

La incapacidad del nacionalismo revolucionario para incrustar el desarrollismo dentro de un cuerpo de doctrina, facilitó a Barrientos la posibilidad de hacerlo suyo, sin esfuerzo, a pesar de la nueva fisonomía social asumida, bajo su dirección, por el poder.

El barrientismo, en principio, se prestó las galas verbales de la democracia cristiana y aún el concurso personal de algunos de sus portavoces. El pensamiento democristiano, empero, pasaba en Bolivia por la misma crisis de estancamiento que el nacionalismo revolucionario; se hallaba, por lo tanto, ante una disyuntiva igual y acabó dividiéndose, como no podía ser de otra manera, entre seguidores de las Fuerzas Armadas, atendidos a las postulaciones teóricas desarrolladas antes de 1952, y seguidores del movimiento obrero, crucificados en la imposible síntesis del catolicismo postconciliar y del marxismo.

Diluída la experimentación con el pensamiento democristiano, Barrientos y los gobiernos militares que le siguieron, optaron por declararse nacionalistas, entendido ese término como un rótulo político del patriotismo.

La competencia por la dirección del movimiento obrero, librada entre movimientistas, lechinistas y marxistas de diversos tipos, a su vez, fue reduciéndose, poco a poco, en el terreno teórico, a una competencia entre diversas interpretaciones del socialismo y, naturalmente, entre los igualmente diversos métodos para la edificación de una sociedad socialista. Junto a los comunistas del credo moscovita, pekinés o trotskista, surgieron, entre otros de imposible filiación, unos más radicales, partidarios de la guerrilla urbana o rural, que alcanzaron a cuajar, con mayor hondura que los demás, en el ánimo de la juventud universitaria sobre todo.

Los inspiraba el ejemplo combatiente del “Ché” Guevara y, en algunas instancias, la teoría foquista desarrollada por Re-gis Debray. El foquismo, la creencia de que

---

la lucha misma posee la capacidad para unificar el pensamiento de los luchadores, llevó a la guerrilla de Teoponte, durante el gobierno de Ovando, a muchos marxistas, a otros tantos románticos y a los elementos más idealistas del sector democristiano seguidor del movimiento obrero; pero, al mismo tiempo, introdujo, en el seno de esa guerrilla, una fatal diversidad de criterios.

La importancia asumida, durante el período, por el pensamiento aplicado, puso en hibernación al pensamiento puro. Las conclusiones del Concilio Vaticano II y el pensamiento de ese Papa admirable que fue Juan XXIII, las sucesivas capas añadidas a la ortodoxia por los neomarxistas franceses, italianos y norteamericanos, las provocativas especulaciones del padre Teilhard de Chardin, el estiramiento liberal de James Burnham y Jean Jaques Sevan-Schreiber, la original negación de Jean Francois Revel, los inteligentes trabajos de Hebert Marcusse y hasta la pirotecnia intelectual de Cohn-Bendit fueron leídos, es cierto, pero solamente como reservorios de argumentos para la competencia entre las distintas tiendas que se disputaban la dirección del movimiento obrero. No es extraño, pues que en semejante clima, pasaran desapercibidas algunas teorizaciones fundamentales en la crónica del pensamiento contemporáneo, como el estructuralismo de Levy-Strauss.

Las ciencias en general, emparejaron su paso al rápido avance de los demás items culturales, determinado por la aparición, en el país, de condiciones más propicias que en períodos anteriores. Una prueba de esa aparición, es dada por la creación de la Academia Nacional de Ciencias y el Consejo Nacional de Cultura, el año 1960.

La antropología avanzó notablemente. Se empezó con los trabajos de restauración de Tiwanacu a cargo de Carlos Ponce Sanginés, quien, a la vez, difundió parte de los resultados en tres libros de obligada consulta: "La Ciudad de Tiwanacu", "Tiwanacu, Descripción del Templete Semisubterráneo" y "Tunupa y Ekako". Jesús Lara restó tiempo a la novela y produjo, junto con un diccionario quechua y castellano, dos trabajos acerca de la cultura incaica.

Federico Ahlfeld añadió un nuevo libro al estudio de la geografía física boliviana y Enrique Oblitas Poblete al de la medicina india y sus aplicaciones actuales. Walter Guevara, Ernesto Ayala Mercado y Ñuf lo Chávez ensayaron las aplicaciones de la sociología, campo en el que destacé un trabajo póstumo de José Antonio Arze: "Sociología Marxista", a tiempo que Raúl Ruiz González, Pablo Ramos, Comdius Zondag y Guillermo Alborta Velasco lo hacían con la economía.

El país contribuyó con un nombre. el de Hugo Villarroel a la ingeniería del espacio y varios médicos jóvenes empezaron a ensayar, por su cuenta los trasplantes de órganos vivos, en La Paz y Santa Cruz.

La necesidad de aplicar prácticamente el Código de la Educación originó el llamado "Plan Villagómez", iniciado el año 1961, dedicado a la tarea de proveer al estudiante, después de cada ciclo escolar, con la capacidad técnica necesaria para

---

ganarse la vida. Barrientos, por su parte, unificó la dirección de la educación urbana y rural.

El número de escuelas se multiplicó más allá de toda esperanza. El mérito, en el campo, fue casi enteramente de los propios campesinos: en los centros urbanos, del aporte extranjero canalizado a través del Estado, excepción hecha de los primeros 24 edificios levantados entre 1960 y 1964, un esfuerzo puramente estatal.

Durante el gobierno de Ovando hubo, como en los mejores tiempos de la Misión Rouma, un interesante pero fructífero debate acerca de la orientación educacional que debía adoptarse en el país. Ese debate, más tarde, determiné una serie, igualmente interesante, de ensayos escritos por Mariano Baptista Gumucio.

Baptista no sólo ensayó en lo referente a la pedagogía; también lo hizo en lo tocante a la ciencia o, si se quiere, a la aventura intelectual del futurismo, como parte de una floración extraordinaria de ensayistas, tanto cualitativa como cuantitativamente, que incursionaron en diversos campos.

El más importante, sin duda, debido a su influencia, fue Sergio Almaráz. Escribió “Petróleo en Bolivia”, “El Poder y la Caída” y “Requiem para una República”.

Notables por su integridad intelectual, la amplitud de su penetración y el vigor del estilo atacaron tabúes y levantaron otros tantos velos prohibidos hasta entonces.

Guillermo Bedregal produjo dos ensayos consistentes: “Monopolios Contra Países Pobres” y “Bolivia, Imperialismo y Revolución”, además de un tercero: “Los Militares en Bolivia” que él mismo se encargó, más tarde, de erosionar. Ñuflo Chávez Ortiz, en cambio, tonificó dos obras, brillantes y originales: “Cinco Ensayos y un Anhelo” y “Bajo el Signo del Estaño”, desde la cátedra primero y la acción pública después.

Alfredo Franco Guachalla se destacó especialmente por sus trabajos sobre cuestiones sociales; Alipio Valencia Vega adicioné varios títulos a su pmoficula bibliografía: Mario Rolón Anaya perfiló la historia de los partidos políticos en dos libros y Enrique Mariaca dio a la estampa “Mito y Realidad del Petróleo Boliviano”, importante por sus datos.

Ese último título fue parafraseado, dentro de una colección dedicada a los problemas bolivianos más importantes, por Amado Canelas, “Mito y Realidad de la Corporación Minera de Bolivia”, “Mito y Realidad de la Industrialización Boliviana” y “Mito y Realidad de la Reforma Agraria”, llenan una indudable necesidad, pero, al mismo tiempo, adolecen de los defectos inherentes a la prisa en el escribir y en el ordenar. “Petróleo, Imperialismo y Nacionalismo”, y “Historia de una Frustración”, del mismo autor, poseen mejores cualidades pero revelan un curso posicional de lo más contradictorio en quien los escribió.

---

Dos libros, “Ante la Historia” y “Ortega y Gasset y el “Tema de la Revolución”, junto con numerosos artículos de prensa, sirvieron para revelar a Jorge Siles Salinas como al ensayista más culturizado del tradicionalismo.

Luis Iturralde Chinel, Federico Nielsen Reyes, Jorge Escoban, Manuel Fmontaura Argandoña y José Fellmann Velarde añadieron cinco nuevos títulos a la copiosa lista de ensayos sobre problemas internacionales publicados en Bolivia.

La generación del Chaco, una demostración notable de su vitalidad, continuó dominando la narrativa histórica. Céspedes emparejó “El Dictador Suicida” con una continuación igualmente vigorosa de cuadros históricos: “El Presidente Colgado”; Guzmán se inició en el terreno con “Cochabamba” y “Breve Historia de Bolivia” que no podría negar aunque quisiera pues llevan el sello de su cuidado estilo: Manuel Frontaura Argandoña rescató a los “Exploradores y Descubridores de Bolivia”, una obra bien escrita y bien ordenada; Eduardo Amze Quiroga, que ya había compilado una valiosa documentación acerca de la Guerra del Chaco, llevó al libro otra serie, igualmente valiosa, sobre la “Historia de Bolivia en el Siglo XVI”. Roberto Ouerejazu tentó una síntesis histórica del conflicto chaqueño en “Masamaclay”, narrada en su alcance por la carencia de un necesario análisis estratégico.

Oscar Alborta Velasco probé en un bello estudio: “En la Huta de Ñuflo de Chávez”, su amor por el tema y Moisés Alcázar paternizó “Páginas de Sangre” y “Drama y Comedia en el Congreso”. José Fellmann Velarde, de la generación siguiente, publicó, primero, “Los Imperios Andinos” y, luego, “Historia de Bolivia”, en tres tomos, que va para su segunda edición.

El esfuerzo de los narradores estuvo, como es lógico, respaldado por la tarea, casi siempre ingrata, de los investigadores. Werner Gutentag, Arturo Costa de la Torre y Juan Siles Guevara ordenaron importantes bibliografías con acuciosa minuciosidad que, en el caso del primero, se repite cada año y, en el del segundo, es una suerte de monumento que comprende desde 1900 hasta 1963 y resulta un poco mayor de lo que debiera ser en verdad debido al listaje, inclusive, de artículos de prensa.

Como una reafirmación de sus justos títulos en cuanto investigador minucioso, serio y, a la vez, interesante, tres cualidades que raras veces se dan juntas en un género tan árido, Gunnar Mendoza continuó su paciente contribución al andamiaje documental de la historia boliviana. “Bibliografía Guaraya Preliminar”, “Contribución a la Historia del Periodismo en Bolivia” y “Documentos para la Historia de la Literatura de la Independencia”, significan más de lo poco que da a entender la modestia de sus títulos.

La historiografía, rama de la investigación, clavé su primera estaca en el vasto campo de la cultura nacional, gracias a Valentín Abecia Baldivieso, quien transparenta, en su obra, junto con gusto por el buen castellano, un sólido bagaje teórico.



---

Dos nombres: Ramiro Condarco Morales y Juan Albarracín Millán, montaron a caballo entre la investigación y la especialización, campos que, en el hecho, debieran ser uno solo. El primero alcanza la altura del erudito. "Protohistoria Andina", "Atlas Histórico de América" y "El Escenario Andino y el Hombre", sus primeros trabajos, lo demuestran así. El segundo, autor de "El Poder Minero", desenvuelve, con un bagaje documental impresionante, el proceso de nacimiento y extensión de las baronías del estaño, hasta en sus recovecos más oscuros.

La especialización misma produjo un notable grupo de cultores. Tres, entre ellos, acabaron por hacerse autoridades en sus respectivos campos. Valentín Abecia en lo que se refiere a la crónica de la Independencia, Hernando Sanabria en lo tocante al casado de Santa Cruz y los esposos Mesa y Guisbert en materia cultural colonial. Abecia que, junto con Carlos Ponce Sanginés y Raúl Alfonso García había ya desenterrado una importante colección de documentos sobre el tema. publicó "El Criollismo de La Plata" y "La Genial Hipocresía de Don Pedro Domingo Murillo". Ambas obras se hallan escritas con reconocible respeto por el buen castellano y la segunda sobre todo, se meritúa. además, por su utilidad. Acaba, ya que fueron otros quienes empezaron la tarea, con la leyenda tejida por Arguedas en torno al papel desempeñado por Murillo el año 1809. Hernando Sanabria emplea el idioma como un factor más en la creación de sus ambientes. Esa cualidad, junto con un transparente afecto por su tema, "un tema que conoce a fondo, distinguen "Cronistas Cruceños del Alto Perú Virreinal" y "Breve Historia de Santa Cruz de la Sierra", Los esposos Mesa y Guisbert, a su vez, dieron a la estampa en ciudades ediciones, "Escultura Virreinal en Bolivia" "Museos de Bolivia" y "Bolivia. Monumentos Históricos y Arqueológicos", además de numerosos "Cuadernos" monográficos, con las mismas cualidades y defectos de su "Melchor Pérez de Holguín".

Guillermo Lora, el jefe del P.O.R., empezó una monumental "Historia del Movimiento Obrero en Bolivia que va por su cuarto volumen. Está lucidamente ordenada y es riquísima en datos antes desconocidos o ignorados, además de estar llanamente escrita. Alberto Crespo Rodas, autor de "La Guerra entre Vícuñas y Vascongados", dignificó, con esa obra, la herencia de su padre, el historia Luis S. Crepo mejor aún que en su "Historia de la Ciudad de La Paz" publicada años antes. Y Dick Edgar Ibarra Grasso, por su parte, buceó en "La Verdadera Historia de los Inkas", un ensayo en ingenio.

De la biografía histórica puede decirse casi lo mismo que de la especialización. Dos obras principales: "Zárate, el Temible Willca" y "Grandeza y Soledad de Moreno", confirmaron la estatura erudita de Ramiro Condarco. Abundantemente apuntaladas, gozándose casi en su propio detallismo, ambas agotan el tema. Sólo la falta de un hábito de vida impide clasificarlas como obras maestras.

Gunnar Mendoza y Hernando Sanabria incursionaron también en la biografía. El primero publicó "Gabriel René Moreno, Bibliógrafo Boliviano", una exploración exhaustiva del ángulo estudioso del biografiado y el segundo, "Ñuflo de Chávez", una bella acuarela donde se siente latir la fiebre de oro y distancia que animaba a los

---

conquistadores. Joaquín Gantier añadió un Olañeta”, más ambioso y mejor realizado, a su “Juana Azurduy”. David Alvéstegui completó “Salamanca”, en el que la acuciosidad documental acaba por ahogar el espíritu y la carnadura del personaje. Y Fernando Diez de Medina sacó a luz sus mejores recursos: la hilvanación de las palabras con el fin principal de musicalizar la frase, el uso nervioso del tiempo presente aún para describir hechos del pasado y hasta la metáfora poética, para producir una biografía de Barrientos: “El General del Pueblo”, donde una buena tercera parte del texto se halla constituida por puros adjetivos.

La explosión ocurrida en el campo de las letras y de las artes durante el período comprendido entre la caída de Peñaranda y la ascensión de Siles, se prolongó después, gracias a las condiciones creadas entonces, con una riqueza de calidad y cantidad que ni la generación del Chaco alcanzó en su tiempo.

Bien es cierto que esa generación contribuyó mucho a que así fuera sobre todo en la novela. Céspedes publicó “Trópico Enamorado”, un aguafuerte de la vida de los llanos, su coraje, su ingenio y su despreocupación; Guzmán, hizo “Bellacos y Paladines”, su novela más lograda; Hernando Sanabria, reveló nuevos recursos en “La Mura ha Vuelto a Florecer”; Jesús Lara, con “Sujnapura”, puso bajo un nuevo foco el discurrir provinciano; Luciano Durán Boger sacó al papel el vigoroso y provocativo encanto del Beni con “Inundación” y “En las Tierras de Enin”; Humberto Guzmán Arze apuntó un alto blanco en Borrasca en el Valle”; Fernando Ortiz Sanz, autor de “La Barricada” y “La Cruz del Sur” discurrió por los caminos de la novela histórica tan bien hollados por Nazario Pardo Valle; Oscar Albórta Velasco puso un raro amor a su oficio en las obras que tiene escritas y Yolanda Bedregal trasladó a la prosa: “Bajo el Oscuro Sol”, algunas de las excelencias que la habían hecho relevante en la poesía.

De la generación novelística surgida entre 1943 y 1956, José Fellmann Velarde publicó “La Montaña de los Angeles”, “Requiem para una Rebeldía” y “Prohibido ser Feliz”, al mismo tiempo que una serie de escritores más jóvenes, igualmente señalados por un solo denominador común, la búsqueda de nuevas formas en el tratamiento de sus temas. Rosa Melgar de Ipiña hizo “Maura” y “La Ciudad Crece”, donde del diálogo, mejor que la narrativa misma, se encarga de dar vida a los personajes; Oscar Barben enhebró en “Zapata”, “El Reto” y “El Hombre que Soñaba” una peculiar dosis de tensión interior que difumina sus errores en la disposición del material; Oscar lizin entrego un primer trabajo: “El Ocaso de Orión”, que promete otros mejores y Ted Córdova, con “Cita en Tierra Coraje”, condimentó de humor medido un plato naturalmente fuerte. Pero hubo cinco novelistas entre los jóvenes que meritúan mención especial: Renato Prada, autor de “Los Fundadores del Alba”, violento en el lenguaje, distinto en el armado del tema, reciamente humano en la construcción de los personajes: Arturo Von Vacano, padre de “Sombra de Exilio” y “El Apocalipsis de Antón”, donde se percibe una disposición rabelasíaria, tan densa y viva como la de un campesino viejo; Marcelo Ouiroga Santa Cruz que, en “Los Deshabitados”, usa el idioma a modo de bisturí para penetrar en la trama; Fernando Medina Ferrada, el firmante de “Los Muertos Están Cada Día Más Indóciles”, donde la emocionalidad contenida sirve para ejercer sobre el lector una suerte de hipnótica y exasperante

---

atracción y Julio de la Vega que, aunque se halla todavía flexionando los músculos en el ejercicio del género, apunta cualidades fuera de lo común tanto en el escogimiento de sus argumentos cuanto en la manera de desarrollarlos.

Renato Prada, junto con Adolfo Cáceres, publicó un libro de cuentos, verdadero acontecimiento en el panorama literario de la nueva generación. Cáceres, en los que llevan su firma, revela madurez, integridad y equilibrio, unos rasgos que apuntalan sin constreñir el vigor de su prosa y la densidad de sus cuadros. Los dos, Cáceres y Prada, constituyen alentadoras revelaciones en un género tentado, contemporáneamente, por autores ya casi institucionalizados como Augusto Céspedes y Augusto Guzmán. “Papeles y Balas” de José Fellmann Velarde fue honrado con una traducción al ruso, Ignacio Callaú Barben’ mejoré desde “Tierra Camba” hasta “De Climas a Cimas”, Gastón Suárez reafirmé la adelantada posición que había conquistado antes, con “Vigilia por el Ultimo Viaje” y “El Gesto”, Oscar Barbery logró estimables aciertos descriptivos en “Su Hora Más Gloriosa”, Humberto Guzmán equilibré sus intenciones y sus resultados en “Sumuqul y Otros Çuentos” y Néstor Taboada Terán incorporé su propia inconformidad social al tejido de “Indios en Rebelión”.

La prosa poética mantuvo su derecho a la historiación gracias a Mario Guzmán Aspiazu. Es, naturalmente, la catalogación más cabal para la mayor parte de las obras de Diez de Medina, “Mateo Montemayor por ejemplo. Tristán Maroff interesó al lector en sus odios y en sus amores a través de una autobiografía: “La Novela de un Hombre”. Alfonso Prudencio, con el seudónimo de Paulovich, revivió, con finura, el humorismo, tan supuestamente ajeno al alma nacional. Y Renán Estenssoro publicó unos “Relatos Bíblicos” sobriamente elegantes.

Jaime Saenz, incansable, continué produciendo sus originales desafíos al convencionalismo poético, al mismo tiempo que otros poetas ya conocidos y estimados con Armando Soriano, de larga procura; Oscar Alfaro, cada vez más grande en su modestia; Eduardo Olmedo López, con el mismo empeño pulido en el verso que en la prosa y Beatriz Schulze Arana. Su permanencia, sin embargo, no empañé el surgimiento de otros valores estimables como Ignacio Caballero, Félix Rospigliossi, Jaime Canelas López, Jean Russe, Jorge Claros Lafuente y Matilde Casazola. Entre ellos, Juan José Wayar asomó una voz diferente y Héctor Cossío, fresco, pensante e inquieto, dejó, a su muerte, un cuerpo de trabajos que lo harán recordar largamente. Pedro Shimose, abrió nuevas puertas al verso por el decir original, la construcción insperada y la novedad de sus metáforas, una voz que ha trascendido ya las fronteras. Y Alfonso Gumucio Dagrón, el más joven de todos ellos, ha acabado de despuntar, en los pocos versos que se le conocen, como un poeta de hondo pensamiento y bella expresión.

En lo que hace al teatro, fue de lamentar que Raúl Salmón abandonara el tema social. Sus obras históricas apuntan en la dirección correcta pero no se sobreponen totalmente a las dificultades naturales de hacer vivir personajes pasados, de otra mentalidad. Guillermo Francovic y Raúl Botelho no incursionaron ambiciosamente en

---

el campo de la escena. Sergio Suárez Figueroa paternizó el nacimiento del teatro moderno en el país, una aventura feliz que tuvo su más inmediato seguidor en Renato Crespo Paniagua. Guido Calavi se abrió camino en el género con la fresca personalidad de un duende travieso.

La crítica, tan difícil de medir, añadió un nuevo escalón a su importancia con el innovador aporte de Augusto Guzmán, la voz más autorizada del país. Publicó dos obras felices: "Antología Colonial de Bolivia" y "Panorama de la Literatura Boliviana del Siglo XX". Armando Soriano acabó por monopolizar la crítica del cuento gracias a sus indudables conocimientos sobre el tema y Jorge Siles Salinas historió, desde nuevos ángulos, la "Literatura Boliviana de la Guerra del Chaco

Completan el cuadro de críticos verdaderamente tales, Evelio Echeverría, un estudioso chileno que profundizó en "La Novela Social en Bolivia" y Eduardo Ocampo Moscoso. Juan Quirós permaneció en el anverso de esa medalla y, más aún, contagié su racionalizado estereotipo y, naturalmente, sus prejuicios, a dos jóvenes, Oscar Rivera Rodas y Carlos Castañón Barrientos, el segundo de los cuales, sin esa desviación, tal vez se hubiera encarrilado más provechosamente.

La vigorosa fructificación ocurrida en las letras empezó a ganar al público, fondo del mismo cuadro social y, consiguientemente, solidificó, por lo menos en cierta medida, el trabajo editorial. Werner Guttentag, primero en la brecha, llevó el libro al extranjero con variada fortuna, Jorge Catalano aportó al editorialismo una sólida cultura y un acertado buen gusto, y José Camarlinghi inició el difícil empeño de popularizar el libro.

Dos construcciones religiosas verdaderamente bellas, ambas levantadas en La Paz, una en el barrio de San Miguel y otra en el de Miraflores, justifican, en materia arquitectónica. la historiación de otros tantos nombres: Hugo López Videla y Mario Galindo.

Los hermanos Raúl, Walter y César Terrazas, amén de Freddy Barbery y Flavio Ayala, hicieron escultura, en piedra y madera indistintamente, homologados todos, pese a sus distintas personalidades, por la disposición a sintetizar las masas y de las líneas. Manuel Callaú experimentó, con buena fortuna, los ismos contemporáneos.

Barrientos ordenó la destrucción de dos de los murales más ambiciosos y representativos de Miguel Alandia Pantoja, una actitud que, si bien tipifica una época de gobierno, no lo hace con la época misma, ya que la pintura y sus derivados, al mismo tiempo, ganaron un conjunto impresionante de devotos y alcanzaron nuevos peldaños de excelencia. Los murales de Lorgio Vaca en Santa Cruz y de Ricardo Pérez Alcalá en la Casa de la Cultura paceña constituyen, por eso, eslabones de una tradición que, sin duda, empieza ya a ser grande.

---

Excepción hecha de Enrique Aybar, cuya traza se ha perdido y de Zoilo Linares, lastimosamente desaparecido en plena madurez, todos los pintores del periodo precedente continuaron produciendo, experimentando, mejorando, maestros de una nueva generación que nada les desmerece. Entre los jóvenes, la figuratividad ganó a María Teresa Berríos, buena dibujante Zulma Tejada, de visible oficio; Francis Mertke, con sentido del color; David Pringle, honesto en el tratado temático y José Asbún, de trazo seguro. La abstractividad, a su vez, atrajo a Beatriz Mendleta, delicada en el tono; Gonzalo Rodríguez Zambrana, un técnico y Herminio Franco, distinguiblemente personal.

Carmen Baptista, con sus collages y añadidos de papier maché; Erasmo Zarzuela, ora abstracto ora figurativo; Domingo Pando y César Jordán en sus trabajos de óptica geométrica; Juan Fernández, que ya ha hallado su personalidad pictórica; Jeremías Bustamante, una rara síntesis del surrealismo y el impresionismo; César Benavente, con un mundo Interior muy personal y Mafalda Córdoba, reveladora de indudables condiciones, ensayaron los diversos caminos por los que la pintura contemporánea está buscando superar el desafío de la hora presente.

Entre todos los pintores de la nueva generación, seis han alcanzado jerarquía internacional, lo que resulta asombroso dada su juventud. Luis Zilveti, un fulguratiyo que trabaja en Francia donde se halla imponiendo su seguro instinto de la línea; Fernando Montes, cuyos cuadros, en algunas instancias, parecen alcanzar profundidad gracias a la acertada distribución de sus masas; Ricardo Pérez Alcalá, que, muchas veces, satisface con plenitud su encomiable ambición temática; Gonzalo Rivero, en cuyos cuadros, los elementos primitivos de su preferencia componen una acertada arquitectura total, Gíldaro Antezana, sensiblemente permeable a las influencias del medio, y, finalmente pero, desde luego, no el último sino todo lo contrario, Rudy Ayoroa, un concreto, maestro indudable en el empleo de materiales mixtos y que ha logrado la rara distinción de que se le confió una sala propia en el Museo de Arte Moderno de Nueva York.

Tito Kuramoto combina, en sus grabados, la intensidad social con una composición raramente delicada. Carlos Rimassa, en el dibujo, atrae e impacta con una engañosa facilidad y René Noriega, también dibujante, tiene algunas composiciones donde, con muy pocas líneas, logra bulto, armonía y extensión. Manuel Iturri, un pintor que sugiere, en sus cuadros, las raras transferencias marinas, es, al propio tiempo, maestro de la cerámica.

La música, como la arquitectura, se hizo un lugar en la primavera cultural general. Alberto Villalpando, todavía buscando un cauce estilístico definitivo pero tocado ya por la marca del genio, Gustavo Navarre y Jaime Mendoza, volando con alas propias en cielos extranjeros, y Atiliano Auza, constituyeron una distinguida constelación de compositores. Jaime Laredo en el violín. Javier Calderón en la guitarra y Walter Ponce en el piano, compiten, gallardamente, con los mejores maestros internacionales de sus respectivas especializaciones. Carlos Rosso ha demostrado ser un director de orquesta capaz de desenvolverse en cualquier país. Y Carlos

---

Seoane, madurando en el mismo ámbito de la dirección, ha especializado su sensibilidad en la investigación histórica y técnica de la música.

La oratoria, encarrilada ya en el tipo expositivo gracias a la madurez alcanzada por las audiencias, tuvo cuatro buenas expresiones en Ñuflo Chávez Ortiz, Guillermo Lora, Renán Castrillo y Ernesto Ayala Mercado.

La empresa perlodística ganó con la aparición de "Presencia", un diario sostenido o, al menos, iniciado por la Iglesia que gana, técnicamente, día a día; de "Hoy", pionero del color y cuyas páginas deportivas resultan fácilmente exportables como modelos de armadci atractivo y atrayente presentación, y de "Los Tiempos", en una nueva y menos controvertida fase de su existencia.

El M.N.R., a su caída, pareció haber agotado su capacidad panfletaria, tan importante entre 1946 y 1952. Los partidos comunistas, en cambio, reverdecieron el género, durante todo el periodo y, especialmente, en sus postrimerías. Guillermo Lora y Simón Reyes firmaron algunos de los mejores ejemplos del género.

Oscar Soria le añadió una dimensión social a la cinematografía, especialmente en algunos cortometrajes como "Yahuar Mallcu", premiado en más de un festival, y Jorge Ruiz, su experiencia y sensibilidad, dio lustre a los primeros largometrajes en color producidos en el país.

El folklore nativo, ya muerto, permaneció en la memoria gracias a los trabajos de investigación de Felipe Costas Arguedas, autor de un importante "Diccionario del Folklore Boliviano" con el que coronó sus trabajos anteriores sobre el género, de Antonio Paredes Candia, Julia Elena Fortún y Nicolás Oblitas Poblete. Los numerosos festivales que se realizaron y se realizan aún, no desmienten el diagnóstico. Nada nuevo aparece en ello y, más bien, muchas de las viejas coreografías van siendo desvirtuadas mediante su miseginación incluso con los ritmos caribe y norteamericanos más actuales.

El folklore mestizo va ocupando, poco a poco, el lugar del folklore nativo, hasta el extremo de borrar toda distinción en gran parte del público, lo que, en verdad, lo desmerece una vez puesto en su verdadero lugar. Ha conquistado, por otra parte, un buen grupo de compositores: Percy Avila, con un raro sentido de la melodía; Nilo Soruco que, a pesar de su talento, va perdiendo la frustrante batalla que ha empeñado para conservar los viejos sabores del folklore tarijeño; Renio Cruz, que vivió y murió sus sentidas canciones de protesta y, sobre todo, Pedro Shimose, que lo engalana con una pegajosa alegría tanto en la letra como en la música. César Espada, por su parte, se ha destacado como un ingenioso arreglista.

## BIBLIOGRAFIA

---

ABECIA, Valentín.— “Historiografía Boliviana”,  
La Paz, 1965.

ACOSTA, Nicolás.— “Apuntes para la Bibliografía Periodística de la Ciudad de La Paz”,  
La Paz, 1876.

ANGULO I., Dieho.— “Historia del Arte Hispanoamericano”, (2 vls.), Buenos Aires, 1945-  
1950.

AVILA, EDGAR.— «Resumen de la Literatura Boliviana’, La Paz, 1964.

BARRERA LAOS, Felipe.— “Vida Intelectual del Virreinato del Perú”,  
Buenos Aires, 1937.

BERTONIO, Ludovico— “Vocabulario”, La Paz, 1956.

BUSCHIAZA, Mario J.— “Estudios de Arquitectura Colonia  
“Hispanoamericana”, Buenos Aires, 1944.

CORTES, José D.— “Parnasso Boliviano”, Valparaíso, 1869.

COSSIO, Félix.— “Pintura Colonial, Escuela Cuzqueña”,  
Cuzco, 1928.

CHACON, Mario.— “Pintores del Siglo XIX”, La Paz, 1963.

DIEZ DE MEDINA, Fernando.— “Literatura Boliviana”,  
Madrid, 1954.

DIAZ M., Porfirio,— “Prosa y Verso en Bolivia” (4 vls),

- 
- La Paz, 1966.
- FELLMANN Velarde, José.— “Los Imperios Andinos”,  
La Paz 1961.  
“Historia de Bolivia’, (3 vls.), La Paz 1968-70.
- FINOT, Enrique.— “Historia de la Literatura Boliviana”, La Paz, 1955.
- FRANCOVICH, Guillermo.— “La Filosofía en Bolivia, Buenos Aires, 1945.  
“El Pensamiento Universitario de Charcas”, Sucre 1948.  
“El Pensamiento Boliviano en el Siglo XX”, México, 1956.
- GONZALEZ, Pablo.— “La Literatura Perseguida en la Crisis de la Colonia”,  
México, 1958.
- GUERRA, José Eduardo.— “Poetas Contemporáneos de Bolivia”, La Paz, 1920.  
“Itinerario Espiritual de Bolivia”, Barcelona, 1936,
- GUZMAN, Augusto.— “Historia de la Novela Boliviana”, La Paz, 1938.  
“La Novela en Bolivia”, La Paz, 1955.  
“Antología Colonial de Bolivia”, Cochabamba, 1956.
- LARA, Jesús.— “La Poesía Quechua”, México, 1947.
- MACLEAN y E., Roberto.— “Escuelas, Colegios, Seminarios y Universidades en el  
Virreinato del Perú”, Lima, 1943.
- MEDINACELLI, Carlos.— “Estudios Críticos”, La Paz, 1938.
- MENDIETA, Wilson.— “Folklore Tarijeño”, La Paz 1962.
- MENDOZA, Gunnar.— “Gabriel René Moreno, Bibliógrafo Boliviano”,  
Sucre, 1954.
- MESA José (y Gisbert, Teresa).— «Melchor Perez de Holguín”, La Paz, 1956,  
«Historia de la Pintura Cuzqueña”, Buenos Aires, 1962.  
“Escultura Virreinal en Bolivia”, La Paz, 1962.  
“Museos de Bolivia”, La Paz, 1969.
- N QUIROS, Juan.— “La Raíz y las Hojas”,  
La Paz, 1956.
- OTERO, Gustavo Adolfo.— “Crestomatia Boliviana”,  
La Paz, 1948.  
“Figuras de la Cultura Boliviana”, Quito, 1952.



- 
- PAREDES, Rigoberto.— “Mitos y Supersticiones y Supervivencias Populares de Bolivia”, La Paz, 1920.  
“El Arte Folklórico en Bolivia”, La Paz, 1944.
- PAZ ESTENSSORO, Víctor.— “El Pensamiento Económico en Bolivia”, México, 1942.
- PRUDENCIO B., Ignacio.— “Paginas Dispersas”, Sucre, 1942.
- REYEROS, Rafael — “Historia de la Educación en Bolivia”, La Paz, 1952.
- ROLON A., Mario.— “Política y Partidos en Bolivia”, La Paz, 1966.
- SALAS, Angel.— “La Literatura Dramática en Bolivia”, (en “Bolivia en el Primer Centenario de su Independencia”), New York, 1925.
- SUAREZ, Faustino.— “Historia de la Educación en Bolivia”, La Paz, 1963.
- VACA GUZMAN, Santiago.— “La Literatura Boliviana”, Santiago, 1883.
- VILLALOBOS, Rosendo.— “Letras Bolivianas”, La Paz, 1936.
- WETHEY, Harold— “Colonial Architecture and Sculpture in Perú”, Carnbridgge, Mas.1949.